

Parábolas y Enseñanzas de Jesús



Cairbar Schutel

CAIRBAR SCHUTEL

Capa: José Alberto T. Bento

(1ª Edición: enero de 1928)

CASA EDITORA 14ª edición
EL CLARÍN 13.000 ejemplares

Noviembre – 1997

Compuesto e impreso en las oficinas gráficas de la Casa Editora El Clarín (propiedades del Centro Espírita “Amantes de la Pobreza”)
C. G. C. 52313780/0001-23 – Insc. Es. 441002767116
Calle Ruiz Barbosa, 1070 – Centro
Caja Postal 09 – CEP 15990- 000
Matao-SP – Telef.: (016) 282-1066/282-1471
Fax (016) 282-1647

A MIS GUÍAS Y PROTECTORES ESPIRITUALES

¿Cómo podría yo escribir los dictados contenidos en esta obra, sin vuestro paternal auxilio?

Aceptad, como homenaje de amor que me enseñasteis a cultivar, mis mejores servicios a vuestra labor.

CAIRBAR

Homenaje de sincera amistad y gratitud a mi buen compañero
LUIS CARLOS DE OLIVEIRA BORGES

Y su digna esposa
MARÍA ELISA DE OLIVEIRA BORGES

EPÍSTOLA A JESÚS

Maestro y Señor:

Tras largos años de luchas y esfuerzos dedicados a la difusión de tu palabra redentora, llegamos a realizar una de nuestras mayores aspiraciones: dar publicidad a esta modesta obra, que creemos encierra los principios doctrinarios que motivaron tu venida a este mundo, y cuyo único propósito es dar una interpretación clara y sucinta de tu inigualable Doctrina.

El tiempo, ese gran bárbaro que destruye monumentos y devasta grandes ciudades; que asiste al ritmo lento del martillo del progreso, a la sucesión de las generaciones y a la transformación de la más sublimada ciencia que al hombre fue dado a conocer, no tuvo, hasta ahora, poder contra tu Doctrina sin mancha. Todo ha pasado en estos dos mil años, en la Tierra como en el Cielo: pero tu Palabra brilla como un Sol sin ocaso, guiando a las ovejas descarriadas, a los corderos perdidos del Rebaño de Israel a la puerta del aprisco, para devolverlos al Buen Pastor.

De década en década, las religiones, que no son de tu autoría, sienten disminuir su poder, ante los embates de la Verdad, que estrechas sus veredas; las Ciencias, de concepción humana, también vienen a destruirse, en el transcurso del tiempo, los más perfeccionados dogmas; todo ha pasado como los vientos, las aguas y las nubes que se desvanecen, pero tu Palabra permanece, tus Enseñanzas toman cuerpo, tus ejemplos se rememoran, incluso después de siglos y siglos de tu estadía en este mundo.

Y también, Señor, lo que más admirable nos parece, es la divulgación del *espíritu* de esa Doctrina, en su monumental

complemento, levantando a nuestra Humanidad de las regiones de las tinieblas hacia los amenos parajes de la Luz de la Inmortalidad.

Pero, todos esos hechos grandiosos, todo ese movimiento acelerador del progreso humano que consta de tus predicciones, están previstos en tu Evangelio. Aquellas letras memorables con que tus Discípulos tradujeron tu pensamiento, confiado a ellos para que lo hicieran repercutir a través de los siglos y de las generaciones, ahí están, grabadas en las páginas del Libro de la Vida, escritas en todos los idiomas y reclamando la atención de todos, porque, en verdad, llegaron los tiempos de cumplirse tu Palabra en toda la línea, auxiliada, con todo el poder, por la manifestación categórica de tus servidores.

Señor, sabemos que, como prometiste, continúas entre nosotros, no en la materia corruptible, sino en espíritu vivificante, seleccionando las ovejas de tu rebaño, poniendo, a la izquierda, las que parecen ovejas, sin embargo, no son más que lobos devoradores. Sentimos la fuerza de tu grandeza y el poder de tu amor inagotable.

Necesitamos seguir recibiendo los efluvios de tus gracias, pues, sin ellos, nada seremos.

Que el Espíritu Consolador, bajo tus auspicios, venga a dar fuerza a las elucidaciones de este libro, para que él produzca los efectos deseados.

Que la Vida extienda sus horizontes a aquellos que nos leyeran, para que puedan entrever sus destinos inmortales. Ayúdalos a vencer los abismos, protégelos de los enemigos. Que el Ejército Apocalíptico, montado en blancos corceles, los auxilie a derribar barreras, a vencer dificultades y a destruir impedimentos, para que gocen de tu inmaculado bienestar.

Recibe, Señor y Maestro, el más intenso tributo de gratitud y de amor.

CAIRBAR

PRÓLOGO

La lucha entre el espíritu y la materia, parece venir desde tiempos inmemoriales.

Basta pasar la vista por la Historia para que nos convenzamos de las transformaciones sucesivas por las que viene pasando nuestro mundo, accionado siempre por las Potestades Superiores, a las cuales está afecta la dirección de nuestro planeta.

Y es justamente cuando el yugo se vuelve más pesado, cuando el carácter se deprime, cuando la materialidad invade y domina a la familia y a la sociedad, que los seres invisibles acentúan su acción, para que ganemos, en la senda del progreso, el tiempo perdido en inútiles holocaustos, que sólo sirvieron para señalar nuestro atraso espiritual.

Fue en una época semejante a la nuestra, en que la Humanidad había resbalado hacia el terreno accidentado del fanatismo, de la superstición y del materialismo, que el Cielo se hizo oír por su mayor Exponente, por su más legítimo Representante.

Fue en esa época en la que encarnó entre nosotros el gran Espíritu que conocemos como *Jesucristo*.

Enviado con una determinada misión, el Divino Mesías, desde su nacimiento, manifestó poderes superiores, que lo ensalzaban, – en los momentos de dudas y vacilaciones en cuanto a su real grandeza, – a los ojos de los que lo rodeaban.

Todos esos hechos, tenidos como milagrosos por la ignorancia popular y por el autoritarismo clerical, no eran más que pruebas objetivas de los atributos del Espíritu, magníficamente sintetizadas en el Hijo del Hombre.

Las voces de los augurios, los cánticos, las revelaciones, las manifestaciones en sueños, las materializaciones, los diversos fenómenos, los hechos de orden psíquico y extra-sensorial narrados en los Evangelios, constituyen el carácter positivo de la Religión de Jesucristo.

La Palabra de Cristo, en todos sus principios y sancionada por el Espíritu, afirma la Vida más allá de la tumba, la sobrevivencia del Hombre tras la transición que llamamos *muerte*.

Es por este particular que dicha Palabra se hizo querida y respetada hasta incluso de los más reacios.

No es el timbre moral de la Doctrina el que hace a los adversarios inclinar la cabeza ante la Palabra de Jesús, sino los fenómenos de orden físico e intelectual que brillan en las páginas de los Evangelios, hechos que, digamos de paso, con mayor o menor intensidad, nunca dejaron de producirse, desde tiempos inmemoriales hasta en la época en que nos hallamos.

En verdad, ¿qué sería el Cristianismo sin las curas, sin las diversas manifestaciones y sin las aspiraciones? No dejaría de ser una religión como las demás, cultural, dogmática y especulativa. ¿Qué sería el Cristianismo sin el cántico de los Espíritus, anunciando a los pastores de las cercanías de Belén, el nacimiento del Niño Jesús; sin los sueños proféticos de José; sin la transformación del agua en vino en las bodas de Caná; sin la multiplicación de los panes y los peces; sin la dominación de los elementos en el Mar de Galilea; sin las apariciones de Moisés y Elías en el Tabor? ¿Qué sería del Cristianismo sin las manifestaciones físicas e inconsecutivas de Jesús por cuarenta días tras su muerte, sin la explosión del Pentecostés y las portentosas manifestaciones que se dieron por intermedio de los Apóstoles, según narran los *Hechos*, desde la primera hasta la última página? ¿Qué sería del Cristianismo sin el resplandor del Camino de Damasco?

La Religión no puede ser una manifestación platónica al servicio de los cultos o de los dogmas de cualquier iglesia; no es monopolio de determinado pueblo o raza; es una llamada a la razón

y al sentimiento, y conduce al Espíritu a destinos desconocidos, pero inmortales.

¡La Religión no se limita a un solo mundo, a un solo planeta; tiene carácter universal, es mucho más de lo que los sacerdotes proclaman, mucho más de lo que las iglesias conciben! Está fuera del tiempo y del espacio, sin dejar, con todo, de abrazar los mundos y los soles que se equilibran en el éter. Para que tenga carácter eterno, necesita contener el Infinito, sin la dependencia de la voluntad humana y sin estar circunscrita a una familia, a un pueblo, a una nación ni a un mundo.

¡Una religión que determina la existencia de las almas a un mundo como el nuestro, creadas al nacer los cuerpos y con su futuro fijado entre las alternativas de un Infierno perpetuo, y de un estado paradisiaco en un Cielo abstracto, no puede orientar a aquellos que sienten el corazón palpar hacia la Inmortalidad, no puede ser verdadera!

¡La Verdadera Religión despierta grandes aspiraciones que se estrechan entre las almas y Dios, por eso no puede dejar de tener carácter permanente, en el tiempo y fuera del tiempo, en el espacio y fuera del espacio!

¿Cómo explicar la permanencia de la Religión en los Reinos de Plutón, donde las almas, disuadidas de toda misericordia, sin más esperanza de salvación, permanecen en el sufrimiento más atroz, en medio de dolores y lamentaciones, llantos y gemidos?

La Religión, cuya insignia es el Amor, demuestra atributos divinos de bondad, de misericordia y sabiduría; por tanto, no puede sancionar las concepciones absurdas e ilusorias con que pretenden presentarla aquellos que se sujetan a los dogmas de concilios, a las resoluciones de una mayoría ocasional, cuyos artículos de fe constituyen la antítesis de la Revelación del Sinaí, de la Revelación Mesianica y la de la Revelación Espirita, ejemplificando los ascendentes de la Verdad, libre de todas las dificultades humanas.

De hecho, si nos tomáramos el trabajo de recorrer la historia religiosa de los pueblos en su aspecto primitivo, sea de los pueblos de Oriente o de Occidente, nos convenceríamos de que toda esa

gente, que con su trabajo y sacrificio preparó nuestro mundo, para que en él se estableciesen grandes empresas y nobles cometidos, vivía en la Religión Natural, Religión, además, revelada en su forma progresiva, como ocurre en las demás ramas del saber humano, Religión basada en la Inmortalidad, revestida de importantes fenómenos demostrativos de la sobrevivencia, – en un mundo más allá del nuestro, – de aquellos que aquí vivieron y que por su trabajo y sentimientos afectivos constituyeron familias, o al menos, se hallaron entrelazos entre sí por vínculos de amistad.

¡Y ese hecho se viene produciendo permanentemente, de generación en generación, y han servido para alimentar en los corazones, la fe en el futuro, la confianza en nuestros destinos prometedores; es ese hecho el que abre claridades a nuestra esperanza e impulsa, aunque lentamente, el principio de fraternidad, que nos hace volver la mirada hacia lo ilimitado, hacia Dios!

Excluyamos de la Historia todos esos fenómenos supranormales y psíquicos, esas apariciones y voces, esas profecías, esas diferentes manifestaciones, y la Religión desaparecerá, porque toda esa fenomenología, estando dentro de la Naturaleza y revelándose bajo el dominio de la Ley Natural, es la que da el carácter divino a la Religión, bajo cuyos influjos se producen los hechos – letras vivas, cartas escritas por el dedo de Dios como todas las otras manifestaciones de la creación, para que nos instruyamos y nos engrandezcamos con sus lecciones. Por eso dijo sabiamente el filósofo: “La Religión no se basa únicamente en la teoría, sino también en la Historia, en la Filosofía y en los hechos”.

Los hechos son el “todo” de la Religión, así como también de la Ciencia y de la Filosofía. ¿Qué es la Ciencia sin los hechos? ¿Cómo concebir la Química sin la reacción probante de sus principios? ¿La Física sin fenómenos de equilibrio, atracción, etc.? ¿La Botánica sin las plantas? ¿La Zoología sin los animales? ¿La Fisiología sin el cuerpo humano? ¿La Astronomía sin las estrellas, sin planetas, sin los asteroides y los cometas?

Así también, ¿cómo concebir la Religión sin los hechos que le sirven de ayuda, y que vienen a demostrar la existencia y

sobrevivencia del alma, su progreso, su evolución continua, sus grandiosos ímpetus para la Sabiduría y el Amor?

Encarando, bajo todos los aspectos, los hechos llamados *supranormales* – metafísicos y metapsíquicos – todos ellos son otras tantas piedras fundamentales que sustentan el gran edificio al que llamamos *Religión*.

Sean cuales fueren los nombres con que se presenten los hechos, en sus múltiples modalidades, no dejan de ser *fenómenos*, efectos cuya causa no puede ser otra sino el alma, principio inteligente que (está hartamente probado) actúa independientemente del cuerpo carnal.

Y ahí están los estudios del magnetismo, del hipnotismo, del sonambulismo lúcido – provocados o espontáneos – que hablan bien alto, confirmando lo que sólo era una apreciación a nuestra tímida inteligencia.

Científicamente hablando, no hay un sólo hecho de carácter inteligente que sea ajeno al dominio del Espíritu, o, en otros términos, que no pueda ser explicado por el Animismo o por el Espiritismo.

Pero no son sólo estos hechos positivos los que vienen en apoyo de nuestra tesis. También las manifestaciones inteligentes, de cualquier naturaleza, aun las que se presentan como pequeños fenómenos, por ejemplo, la sabiduría precoz de los llamados niños prodigio, denunciando la preexistencia del espíritu, dan mucho que pensar a aquellos que ya meditan el motivo real de las cosas y se esfuerzan por profundizar los enigmas de la Psiquis.

Si penetramos, entonces, en ese laberinto de las manifestaciones espíritas – *apariciones de muertos, comunicaciones de los espíritus* - ¿cómo resolver esos eternos problemas, esos enigmas, sin la Religión de la Inmortalidad, esa Mensajera que viene a guiarnos para que veamos todo como debemos verlo de verdad, que nos esclarece con todas sus voces?

Repetimos el concepto del filósofo: “*Hipoteses nom fingo*” – no formulamos hipótesis, pues no se debe hacer en materia de Religión.

Replicando en esta siembra, sin duda la más eficaz de todas las que fueron legadas a la Humanidad, es de nuestro deber aprovechar todo el contenido que la misma contiene, para, con ella, saciar el hambre de saber que devora los espíritus, concurriendo para el cumplimiento de sus más altos deberes.

Nos parece que fue este el propósito de Jesús, el máximo exponente de la Verdad. En todos sus trabajos, durante toda su vida, sin descanso, su ideal fue demostrar la existencia del Espíritu y su sobrevivencia a la desagregación corpórea. ¿No será el *Sermón de la Montaña* una consecuencia de la Vida del Más Allá? ¡Si la concepción de la moral más pura que los hombres recibieron en esa magistral fracción oratoria estuviese circunscrita al espacio que va de la cuna a la tumba, o si se restringiese a las alternativas de: Mundo, Purgatorio, Infierno; paraíso, su Palabra sería vana, pasaría como la flor de la hierba, como el viento que ruge y cesa!

¡Los pernios de las puertas de la muerte no se pueden abrir para la eterna condenación, sino para un incesante progreso y para una visión más clara del Infinito!

Y estas perspectivas se revelan a través de la Transfiguración en el Tabor, de las Apariciones de Moisés y Elías, de las Parábolas del Hijo Pródigo, de la Oveja Perdida, del Dracma Perdido, en fin, del conjunto armonioso de sus admirables Enseñanzas, que giran sobre el eje inquebrantable de este dictado registrado en el Evangelio de Juan (XII, 50): “Y sé que el mandamiento de Dios es Vida Eterna.”

¡Vida Eterna, uniendo a padres e hijos, pariente a pariente, amigo a amigo y facilitándonos los medios de perfeccionamiento para la felicidad! ¡Vida Eterna desplegando, ante nuestra mirada, los panoramas de los mundos terrestres y siderales, que tenemos que recorrer para estudiar bien los enigmas del Universo!

¡Vida Eterna, como factor de felicidad siempre creciente, interminable!

Y para demostrar la acción permanente, el efecto ininterrumpido que su Doctrina habría de producir en las almas, Jesús no limitó su tarea, como les suele ocurrir a todos los

misioneros; su acción se volvió aún más preponderante tras su paso hacia el Mundo de los Espíritus, después de ese cambio que llamamos *muerte*.

Cada Evangelista dedica un capítulo de su libro a las apariciones y conversaciones de Jesús después de la muerte, siendo que el Evangelista Juan cautiva nuestra atención con dos largos capítulos sobre ese hecho.

Pablo, uno de los mayores genios que la Historia menciona, en sus Epístolas insiste tenazmente sobre las apariciones de Jesús, hecho que, como él mismo afirma, lo convirtió al Cristianismo.

En los *Hechos de los Apóstoles* – el historiador Lucas, que también era médico, refiere todas las manifestaciones del Divino Maestro, comenzando por la Ascensión hasta sus más familiares apariciones a aquellos que lo secundaron en su misión de redimir a la Humanidad, por la creencia en la Vida futura, en la Existencia de la Eternidad Espiritual.

Juan Evangelista escribió su *Apocalipsis* bajo la inspiración de Jesús, que se le apareció en su forma gloriosa, para sellar con hechos que los retrógrados llaman *sobrenaturales* y los saduceos de todos los tiempos niegan sistemáticamente, la Purísima Doctrina que Él fundó.

La intención predominante de Jesús, no nos cansamos de repetirlo, fue liberar a los hombres del yugo del dogma y excluir de los corazones el espíritu de la duda que asedia a los refractarios, a los indecisos y a los que no saben de dónde vinieron, quines son y para dónde van.

¡Son innumerables los pasajes en los que Jesús exhorta a sus oyentes a *seguirlo para vivir eternamente, porque Dios es el Dios de los vivos y no el de los muertos!*

Los hechos producidos por Jesús Resucitado son los que dan valor a su Doctrina, combatida sin piedad por la clase sacerdotal y los grandes de su época.

La Doctrina de Jesús, ofrecida a fanáticos y negadores, no consiguió inclinarles la cabeza ni ablandar su corazón. ¡Unos decían que él tenía el demonio; otros, que había enloquecido! Lo

ultrajaron, lo insultaron, y, finalmente, consiguieron asesinarlo bárbaramente, como quien excluye de la sociedad a un gran criminal.

Los instigadores del crimen, en combinación con el gobierno de aquél tiempo, llegaron hasta el ponto de colocar guardias en el sepulcro para que, decían ellos, “los discípulos no robasen el cuerpo de Jesús y dijesen después que él resucitó.”

Esas almas pequeñas, esas almas de barro, hicieron todo lo posible para anular la idea de la Inmortalidad, que es la base de la Doctrina de Cristo, y, dándole muerte, creyeron haber conseguido sus intentos, en el supuesto de que la Palabra del Maestro, sin acción permanente, no podría subsistir. Pero la muerte fue vencida, y no tuvo otro resultado sino demostrar la vida. Era menester la negación, la mentira, la incredulidad, el error, para que la Verdad se confirmase.

La Resurrección de Jesús es, por eso, el hecho más extraordinario de la Historia. Sin ella, los discípulos, ya dispersados no se hubieran juntado nuevamente para llevar a las naciones, a los pueblos, a la sociedad y a la familia, las nuevas vivificadoras de la Inmortalidad, la certeza de la Vida Eterna demostrada por su Maestro Redivivo.

El sacrificio y la muerte de Jesús eran la víspera del triunfo, de la victoria de su Ideal y de su Religión.

Sometiéndose a todas las torturas, a la saña de sus terribles enemigos, Jesús quiso probar perfectamente, categóricamente, que no hay potestades ni elementos capaces de destruir la Vida, y que esa Vida, que se manifiesta temporalmente en la Tierra, prosigue más allá de la tumba; que la muerte no es el final del hombre, que la inteligencia, la voluntad y la razón son invulnerables a la espada, al veneno y al cañón; que el sentimiento y la vida individual no dependen de las células orgánicas, pues estas no son más que instrumentos de acción exterior.

*

Muchos misioneros vinieron a la Tierra, pero sólo uno unió la Palabra a los hechos, los fenómenos consecuentes y subsiguientes de la Vida Eterna a los principios de la moral más pura, más próxima, más elevada, y, al mismo tiempo, más simple de lo que se pueda concebir.

La Doctrina de Jesús, por eso mismo, es la sanción del amor en su más amplia expresión; del progreso moral y espiritual; de la inmortalidad del alma; de la Vida Eterna que Él no se cansaba de anunciar, antes o después que sus más encarnizados enemigos le dieran muerte en la cruz.

Publicando este libro, cuyas enseñanzas provienen de nuestras relaciones con los Espíritus que dirigen el Movimiento Espírita, que se opera en todo el mundo, tenemos como meta esclarecer a los hombres de buena voluntad, indicándoles la senda del Cristianismo, hasta ahora corrompido y vilipendiado por aquellos que se constituyeron sus emisarios y únicos representantes en la Tierra.

Ójala que los espíritus ávidos de luz y de verdad puedan encontrar en estas páginas la Esperanza que consuela, la Caridad que ampara y la Fe que salva.

PRIMERA PARTE

LAS PARÁBOLAS Y SU INTERPRETACIÓN

En la acepción general del término, *parábola* es una narrativa que tiene por finalidad transmitir verdades indispensables de ser comprendidas.

Las Parábolas de los Evangelios son alegorías que contienen preceptos de moral.

El empleo continuo, que durante su ministerio Jesús hizo de la parábolas, tenía por finalidad esclarecer mejor sus enseñanzas, mediante comparaciones de lo que pretendía decir con lo que ocurre en la vida común y con los intereses terrenos. El Maestro sugería así, figuras y cuadros de las cosas cotidianas, para facilitar más a sus discípulos, por ese método comparativo, la comprensión de las cosas espirituales.

A los que lo escuchaban ansiosamente, procurando comprender sus discursos, la parábola se les volvía un excelente medio elucidativo de los temas y de las disertaciones del Gran Predicador.

Pero los que no buscaban en la parábola la figura que comparaba, la alegoría que representaba la idea espiritual, y se prendían a la forma, despreciando el fondo, para estos la Doctrina ni siquiera aparecía, mas se conservaba oculta, como la nuez dentro de la cáscara.

De ahí la respuesta de Jesús a los discípulos que le preguntaban sobre la razón de por qué Él hablaba por parábolas: “Porque a vosotros es dado conocer los misterios del Reino de los Cielos, mas a ellos no les es dado. Pues al que tiene, se le dará y tendrá en abundancia; mas al que no tiene, hasta aquello que tiene le será quitado.”

“Por eso les hablo por parábolas, porque viendo no ven; y oyendo no oyen, ni entienden. Y en ellos se está cumpliendo la profecía de Isaías, cuando dice: Oiréis pero no entenderéis. Porque la mente de este pueblo está embotada, tienen tapados los oídos y los ojos cerrados, para no ver nada con sus ojos ni oír con sus oídos, ni entender con la mente ni convertirse a mí, para que yo los cure.”

Por el párrafo anterior se observa claramente que los fariseos y la mayoría de los judíos, oyendo la exposición de la parábola, sólo veían la figura alegórica que les era presentada, así como, quien no rompe la nuez, sólo ve la cáscara.

Mientras que con sus discípulos no ocurría lo mismo; ellos veían y oían la enseñanza, el sentido espiritual que permanece para siempre; no se prendían a la figura o a la palabra sonora, que se extingue y desvanece.

De modo que los fariseos escuchaban, pero no oían; miraban, pero no veían (*); porque una cosa es ver y oír con los ojos y oídos del cuerpo, y otra cosa es ver y oír con los ojos y oídos del Espíritu.

La condición que Jesús expone, como indispensable “para que nos sea dado y poseer en abundancia” es, como dice el texto, “nosotros tengamos” – Pero “tengamos ¿qué? Seguramente algún principio doctrinario unido a la buena voluntad para recibir la Verdad – “Aquél que tiene le será dado y tendrá en abundancia.”

Y el obstáculo para recibir su Doctrina es el individuo “no tener” – no tener la más ligera iniciación espiritual y no tener buena voluntad para recibir la Nueva de la Salvación.

(*) En otros términos: oían, pero no escuchaban; miraban, pero no veían.

De modo que la Parábola Evangélica es una instrucción alegórica, expuesta siempre con un fin moral, como un medio fácil de hacer comprender una lección espiritual. Es, por lo menos, la opinión del evangelista Mateo cuando dice: “Jesús decía a la gente todas estas cosas en parábolas, y no les decía nada sin parábolas, para que se cumpliese lo que había anunciado el profeta: Abriré mi boca para decir parábolas y publicaré lo que está oculto desde la creación del mundo.” (Mateo, XIII, 34-35).

Finalmente, las Parábolas tienen poca importancia para los que las toman como fueron escritas; además, el sentido nunca debe ser desnaturalizado o desviado, bajo pena de perjudicar la Idea Cristiana, por ejemplo, al que ve en la parábola del “tesoro escondido” un medio de enriquecerse materialmente, o en la parábola del “administrador infiel” una lección de infidelidad, será preferible para él cerrar los Evangelios y continuar tratando sus negocios materiales.

La inteligencia de los Evangelios explica perfectamente la interpretación espiritual que Jesús da a sus enseñanzas. Si los Evangelios fuesen un montón de alegorías sin importancia espiritual, no tendrían ningún valor.

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

En aquél mismo día, saliendo Jesús de casa, se sentó a la orilla del mar; y se reunió a su alrededor una gran multitud de gente, por eso, subió a una barca, en donde se sentó, estando el pueblo en la ribera; y les dijo muchas cosas por parábolas, hablando de esta manera:

“El sembrador, salió a sembrar, y mientras sembraba, una parte de las semillas cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y las comieron. Otra cayó en lugares pedregosos, en donde no había mucha tierra; y luego nació porque la tierra donde estaba no tenía profundidad. Mas el sol, habiéndose elevado enseguida, la quemó y como no tenía raíz, secó. Otra cayó en el espinar y las espinas, cuando crecieron, la ahogaron. Otra, en fin, cayó en tierra buena y dio fruto, algunos granos rindiendo ciento por uno, otros sesenta y otros treinta. El que tenga oídos para oír, oiga.

Sus discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola. Jesús les respondió: a vosotros os es dado conocer los misterios del Reino de Dios, pero a los otros se les habla en parábolas, para que mirando no vean; y oyendo no entiendan.”

El sentido de la parábola es este:

“Todo aquél que escucha la palabra del reino y no le da importancia, viene el espíritu maligno y le arrebató lo que había sembrado en su corazón; es aquél que recibió la semilla junto al camino.

Aquél que recibió la semilla en medio de las piedras, es el que oye la palabra y por lo pronto la recibe con gozo; pero no tiene en sí raíz, antes es de poca duración; y cuando sobrevienen los obstáculos y las persecuciones, por causa de la palabra, la toma pronto por objeto de escándalo y de caída.

Aquél que recibe la semilla entre espinas, es el que oye la palabra; pero pronto los cuidados de este siglo y la ilusión de las riquezas ahogan en él esa palabra y la vuelven sin fruto.

Mas aquél que recibe la semilla en una buena tierra, es aquél que escucha la palabra, que presta atención y da fruto rindiendo ciento, sesenta o treinta por uno.”

(Mateo, XIII, 1-9 – Marcos, IV, 1-9 – Lucas, VIII, 4-15).

La Parábola del Sembrador es la parábola de las parábolas: resume los caracteres predominantes en todas las almas, al mismo tiempo que nos enseña a distinguirlas por la buena o mala voluntad con que reciben las nuevas espirituales.

Por el argumento del discurso vemos a aquellos que, ante la Palabra de Dios, son “orillas del camino” por donde pasan todas las ideas grandiosas como gentes por los caminos, sin grabar ninguna de ellas; son “piedras” impenetrables a las nuevas ideas, a los conocimientos liberales; son “espinas” que sofocan el crecimiento de todas las verdades, como esas plantas espinosas que debilitan y matan a los vegetales que intentan crecer en sus proximidades.

Pero si así ocurre con el común de los hombres, como para la gran parte de la tierra improductiva, que forma parte de nuestro mundo, también se distingue, de entre todos, una pléyade de espíritus de buena voluntad, que oyen la Palabra de Dios, la practican, y, de esa bendita simiente resulta una producción tan grande que se puede contar “ciento por una”.

De manera que la “simiente” es la Palabra de Dios, la Ley del Amor que abarca la Religión y la Ciencia, la Filosofía y la Moral, inclusive a los “Profetas” y se resume en el dictamen cristiano: “Adora a Dios y haz el bien hasta a tus propios enemigos.”

La Palabra de Dios, la “simiente”, es una sola, es decir, es siempre la misma la que ha sido predicada en todas partes, desde que el hombre se halló en condiciones de recibirla. Y si ella no actúa con la misma eficacia para todos, ese hecho deriva de la variedad y de la desigualdad de Espíritus que existen en la Tierra; unos más adelantados, otros más atrasados; unos propensos al bien, a la caridad, a la liberalidad; a la fraternidad; otros propensos al mal, al egoísmo, al orgullo, apegados a los bienes terrenos y a las diversiones pasajeras.

La tierra que recibe las simientes, representa el estado intelectual y moral de cada uno: “orilla del camino, pedregal, espinar y buena tierra”.

También ocurre que no todos los predicadores de la Palabra la predicán tal como ella es, en su sencillez y desprovista de formas engañosas. Unos la revisten de tantos misterios, de tantos dogmas, de tanta retórica; la adornan con tantas flores que, aunque la “palabra permanezca”, queda oscurecida, encerrada en la forma, sin que se le pueda ver el fondo, la esencia. Muchos la predicán por

interés, como el “materialista que siembra”; otros por vanagloriarse, y, gran parte, por egoísmo. En estos casos no disipan las tinieblas, sino que las aumentan; no ablandan corazones, sino que los endurece; no anuncian la Palabra, sino que de ella hacen un instrumento para recibir oro o fama.

Para predicar y oír la Palabra, es necesario que no la rebajemos, sino que la coloquemos por encima de nosotros mismos, porque aquél que desprecia la Palabra, anunciándola u oyéndola, desprecia a su Instructor, es, como dice Él: “El que me rechaza y no recibe mi doctrina, ya tiene quien lo juzgue; la doctrina que yo he enseñado lo condenará en el último día: *Sermo, quem locutus sum, ille judicabit eum in novísimo dia.*” (Juan, XII, 48).

Qué bellissimo cuadro se presenta ante nuestra vista, cuando estamos animados por el sentimiento del bien y de nuestra propia instrucción espiritual, leemos, con atención, la Parábola del Sembrador. Ante nosotros se expande un vasto campo, donde aparece la extraordinaria Figura del Excelso Sembrador, el mayor ejemplificador del amor de todas las edades, y aquél monumental Sermón resuena en nuestros oídos, convidándonos a la práctica de las virtudes activas, para el gozo de las bienaventuranzas eternas.

El Espiritismo, filosofía, ciencia y religión, exento de todo y cualquier sectarismo, es la doctrina que mejor nos pone a la par de todos esos dictámenes, porque, al lado de las saludables enseñanzas, hace realzar la sobrevivencia humana, base inamovible de la creencia real que perfecciona, corrige y alegra.

¡Que sus adeptos, compenetrados de los deberes que asumieron, semejantes al Sembrador, lleven, a todos los hogares, y planten en todos los corazones, la simiente de la fe que salva, levantando bien alto esa Luz del Evangelio, escondida bajo el celemín de los dogmas y de las falsas enseñanzas que tanto han perjudicado a la Humanidad!

PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

“El Reino de Dios es semejante a un hombre que sembró buena semilla en un campo. Mientras sus hombres dormían, vino su enemigo, esparció cizaña en medio del trigo y se fue. Pero cuando creció la hierba y llevó fruto, apareció también la cizaña. Los criados fueron a decir a su amo: ¿No sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña? Él les dijo: Un hombre enemigo hizo esto. Los criados dijeron: ¿Quieres que vayamos a recogerla? Les contestó: ¡No! No sea que, al recoger la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer juntas las dos cosas hasta la siega; en el tiempo de la siega diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, pero el trigo recogedlo en mi granero.”

(Mateo, XIII, 24-30).

El hombre ha sido, en todos los tiempos, el eterno enemigo de la Verdad.

A todos los rayos de su luz, opone una sombra para oscurecerla o desnaturalizarla.

La cizaña está para el trigo, así como el juicio humano está para las manifestaciones superiores.

Una doctrina, por más clara y pura que sea, en el mismo momento en que es concedida al hombre, suscita enemigos que la destrozan, codiciosos e interesados en mantener la ignorancia que la desvirtúan, revistiéndola de falsas interpretaciones y desnaturalizando completamente su esencia purísima. Son como la cizaña, que humilla, transforma, envenena y hasta mata al trigo.

La Doctrina de Jesús, aunque es de una nitidez incomparable, de una lógica y claridad sin igual, no podía dejar de sufrir esa maliciosa “transformación”, que la hizo olvidada, ignorada e incomprensible de las gentes.

Aunque la Religión de Cristo se resume en el amor a Dios y al prójimo, en el merecimiento por el trabajo, por la abnegación, por las virtudes activas, los sacerdotes hicieron de ella un principio de discordia; la degeneraron en partidos religiosos que se disputan en una lucha tremenda de desamor, de odio, de orgullo, de egoísmo,

destruyendo todos los principios de fraternidad establecidos por Cristo.

En vez de la Religión Inmaculada del Hijo de María, aparecen las religiones aparatosas de sacerdotes preconizando y manteniendo cultos paganos, exterioridades grotescas, dogmas, misterios, milagros, exaltando lo sobrenatural, esclavizando la razón y la conciencia de las gentes.

Esta cizaña, desde hace milenios, y que comenzó a surgir por ocasión de la siembra del buen trigo, nació, creció, sofocó la bendita simiente porque, según dice la parábola, cuando Cristo habló, los hombres no pusieron atención, sino que dormían, dejando de prestar el necesario raciocinio a sus palabras redentoras.

Y luego después, por la mezcla de la Palabra de Cristo con las exterioridades con que la revistieron, se hizo una confusión idéntica a la de la cizaña y del trigo, después de nacer, el Señor decidió esperar hasta la siega, es decir, el fin de los tiempos, que debería presentar el producto de su Palabra y los resultados de las religiones sacerdotales, con sus pompas, para que los segadores se encargasen de quemar la “cizaña” y recoger el “trigo” en el granero.

Es lo que estamos haciendo, y estos escritos elucidativos no tienen el fin esclarecer la Doctrina de Cristo, que es toda Luz, sino quemar con la llama sagrada de la Verdad, la cizaña nociva, reducirla a cenizas, con el fin de que el Cristianismo domine, estableciendo en el corazón humano el amor a Dios y haciendo prevalecer el espíritu de Fraternidad, único capaz de resolver las cuestiones sociales y establecer la paz en el mundo.

PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

“El Reino de Dios es semejante a un grano de mostaza, que toma un hombre, lo echa en su huerto y crece hasta llegar a ser como un árbol, en cuyas ramas anidan las aves.”

(Mateo, VIII, 31-32 – Marcos, IV, 30-32 – Lucas, XIII, 18-19).

Consideremos aquí, el Reino de los Cielos como todo lo que está por encima y por debajo, a la derecha y a la izquierda de nosotros, todo ese inmenso espacio, infinito, incommensurable, donde se mecen los astros y brillan las estrellas (*); todo ese Éter que nos parece vacío, pero que en verdad, encierra multitudes de seres y de mundos, donde se exhiben maravillas del Arte y de la Ciencia de Dios.

Para quien lo ve desde la Tierra, con los ojos del cuerpo, su conocimiento parece insignificante, como lo es un grano de mostaza.

Pero, después de estudiarlo, así como después que se planta la simiente, nuestra inteligencia se dilata, como se dilata la simiente cuando germina; se transforma nuestro modo de pensar, como le suele suceder a la simiente ya modificada en hierba; y el conocimiento del Reino de los Cielos crece en nosotros como crece la mostaza, hasta el punto de volvernos un centro de apoyo alrededor del cual revolotean los Espíritus, así como los hombres que sienten la necesidad de ese apoyo moral y espiritual, de la misma forma que los pájaros, para su descanso, buscan los árboles más exuberantes para gozar de la sombra benéfica de sus ramajes.

(*) Ver también El Espíritu del Cristianismo.

El grano de mostaza sirvió dos veces para las comparaciones de Jesús: una vez lo comparó al Reino de los Cielos; otra, a la Fe.

El grano de mostaza tiene sustancia y un grano produce efecto revulsivo. Esa misma sustancia se transforma en árbol; después da muchas simientes y muchos árboles y hasta sus hojas sirven de alimento.

Pero es necesaria la fertilidad de la tierra, para que trabaje la germinación, haya transformación, crecimiento y fructificación de lo que fue simiente; y es necesario, a su vez, el trabajo de la simiente y de la planta en el aprovechamiento de ese elemento que le fue dado.

Así ocurre con el Reino de los Cielos en el alma humana; sin el trabajo de esa “simiente”, que es hecho por los Espíritus del Señor; sin el concurso de la buena voluntad, que es la mejor fertilidad que le podemos proporcionar; sin el esfuerzo de la investigación, del estudio, no puede aumentar y engrandecerse en nosotros, no se nos puede mostrar tal como es, así como la mostaza no se transforma en hortaliza sin el empleo de los requisitos necesarios para esa modificación.

La Fe es la misma cosa: se parece a un grano de mostaza cuando ya es capaz de “transportar montañas”, pero su tendencia es siempre para el crecimiento, a fin de operar cambio para un campo más extenso, más abierto, de más dilatados horizontes.

La Fe verdadera estudia, examina, investiga, sin espíritu preconcebido, y crece siempre en el conocimiento y en la vivencia del Evangelio de Jesús.

El Espiritismo, con sus hechos positivos, viene a dar un gran impulso a la Fe, descubriendo para todos el Reino de los Cielos.

Así como el Reinado Celeste abarca el infinito, la Fe es todo y de ella todos necesitan para crecer en el conocimiento de la Vida Eterna.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA

“¿A qué compararé el Reino de Dios? Es como la levadura que una mujer toma y la mete en tres medidas de harina hasta que fermenta toda la masa.”

(Mateo, XIII, 33 – Lucas, XIII, 20-21).

No hay quien ignore el proceso de la panificación. Se echa un poco de levadura en la masa de harina, se mezcla y se espera que fermente toda la masa, para lo que contribuye mucho el calor.

Aparentemente, quien ve la masa no dice que tiene levadura; entretanto, después de algunas horas, la propia masa fermentada acusa la presencia de la misma.

Así es el Reino de los Cielos: el hombre no se puede transformar, de simple e ignorante, a sublime y sabio de un momento para otro, como la levadura no transforma la harina en el mismo momento en que en ella es puesta.

A medida que oye la voz de los profetas, la palabra de los emisarios de lo Alto, la inteligencia del hombre se va esclareciendo y su Espíritu se transforma: él asimila el Reino de los Cielos, que a *primera vista* le pareció un enigma, pero después se le presentó positivo, racional y lógico.

¿Quién diría que una sola medida de levadura, en tres medidas de harina, fermenta la misma? Es necesario, sin embargo, recordar que el calor, no sólo en la harina para el pan, sino también en el hombre, para la transformación de Espíritus, es indispensable. Y este calor puede producirse en la actividad que empleamos para el progreso al que somos llamados a conquistar.

PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO

“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo. El que lo encuentra lo esconde y, lleno de alegría va, vende todo lo que tiene y compra aquél campo.”

(Mateo, XIII, 44).

El hombre ha resumido su tarea en la Tierra a buscar “tesoros”, a hallar tesoros, a esconder tesoros, a vender lo que tiene para comprar campos que tengan tesoros. Así ha sucedido y así está sucediendo.

¿Para qué trabaja el hombre en la Tierra? ¿Para qué estudia?
¿Para qué lucha, hasta el punto de matar a su semejante?

¡Para poseer tesoros!

Jesús, sabiendo de los engaños que el hombre emplea en la conquista de los tesoros, hizo del “tesoro escondido” una parábola, comparándolo al Reino de los Cielos; lo hizo, naturalmente, para que los que recibiesen esos conocimientos, también empleasen todo sus talento, todos sus esfuerzos, todo su trabajo, toda su actividad, todos sus sacrificios, en la conquista de ese otro “tesoro”, al cual él llamó *imperecible*, recordando que “la polilla y la herrumbre no lo corroen, y los ladrones no lo roban”.

El Reino de los Cielos es un tesoro oculto al mundo, porque los grandes, los nobles, los guías y los jefes de sectas religiosas no quieren hacer que aparezca para la Humanidad. Pero, gracias a la Revelación, a las Enseñanzas Espíritas, a los Espíritus del Señor, hoy le es muy fácil al hombre hallar ese tesoro. Más difícil le puede ser, “vender lo que tiene y comprar el campo”, es decir, desembarazarse de sus viejas creencias, del egoísmo, del prejuicio, del amor a los bienes terrestres, para poseer los bienes celestes.

Materializado como está, el hombre prefiere siempre los bienes aparentes y perecibles, porque los considera positivos; los bienes reales e imperecibles él los juzga abstractos.

La Parábola del Tesoro Escondido es significativa y digna de meditación: el hombre terreno muere y se queda sin sus bienes; el hombre espiritual permanece para la Vida Eterna y el tesoro del cielo, que él adquirió es de su propiedad permanente.

LA PARÁBOLA DE LA PERLA

“El Reino de los Cielos es semejante a un mercader que busca perlas preciosas. Cuando encuentra una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.”

(Mateo, XIII, 45-46).

Las perlas son adornos para la gente fina; son escasas, por eso son caras. Quien tiene grandes y finas perlas tiene un tesoro, tiene una fortuna.

Además de eso, son joyas muy apreciadas, por su estructura, por su composición.

Los puercos no aprecian las virtudes de la perlas; prefieren mijo o algarrobas. Si les diéramos perlas, ellos las pisarían y las sumergirían en el lodazal en el que viven; por eso dice Jesús: “No deis perlas a los puercos.”

Seguramente el Señor del Verbo Divino ya había comparado el Reino de los Cielos a una perla de raro valor, cuando propuso aquella recomendación a un discípulo que decidió anunciar su Doctrina a un hombre-puerco.

En verdad, que hay hombres que son Hombres, y hay hombres que se parecen mucho a los puercos.

El puerco vive solamente para el estómago y para el barro. Los hombres puercos también viven para el barro y para el estómago. Para estos las “perlas” no significan nada: las algarrobas les saben mejor.

El Reino de los Cielos, en los tiempos actuales, es incompatible con el Reino del Mundo.

Para comprar de la perla el hombre vendió todo lo que tenía; para comprar de la Perla del Reino de los Cielos el hombre necesita vender el Reino del Mundo.

Existe el Reino del Mundo, y existe el Reino de los Cielos. Aquél desaparece con las revoluciones, al llamado de la muerte, o bajo el guante de la miseria.

El Reino de los Cielos permanece en el alma de aquél que supo poseerlo.

PARÁBOLA DE LA RED

“Finalmente, el Reino de los Cielos es semejante a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces; cuando está llena, los pescadores la sacan a la orilla, se sientan, recogen los buenos en cestos y tiran los malos. Así será el fin del mundo. Vendrán los ángeles, separarán a los malos de los justos y los echarán al horno ardiente; allí será el llanto y el crujir de dientes.”

(Mateo, XIII, 47-50).

El fin del mundo es el característico de los tiempos en que estamos, de estos tiempos en que la propia fe se encuentra con mucha dificultad en los corazones; tiempos en los que la lealtad, la sinceridad, el verdadero afecto, el amor, la verdad, andan oscurecidas en las almas; tiempos de discordias, de odios, de confusión tal, que hasta los propios “elegidos” peligran (*).

Es el fin del mundo viejo, es el advenimiento del mundo nuevo; es una fase que se extingue para dar lugar a otra que nace.

No es el fin del mundo, como algunos lo han entendido, sino el fin de las costumbres y sus usos, sus prácticas, su convencionalismo, su ciencia, su filosofía y su religión.

Es una fase de nuestro mundo, que quedará grabada en las páginas de la Historia con letras imborrables, cerrando un ciclo de existencia de la Humanidad y abriendo otra página en blanco pero trayendo en el fondo el nuevo programa de Vida.

La red llena de peces de toda especie representa la Ley Suprema, que, suministrada a todos sin excepción, sean griegos o gentiles, viene trayendo al Tribunal de Cristo gente de toda especie, buenos, medianos y malos, para ser juzgados de acuerdo con sus obras.

(*) Se entiende por “elegido” aquél que, por su vivencia cristiana, ya se liberó en gran parte del Reino del Mundo; no obstante peligra, aún puede caer, donde la advertencia del Apóstol Pablo: “Por tanto, el que crea estar firme, tenga cuidado de no caer.” (I Corintios, 10:12).

Los ángeles son los Espíritus Superiores, a quienes está afecto el poder de juzgar; el fuego de dolor es el símbolo de los mundos inferiores, donde los malos tienen que depurarse entre lágrimas y dolores, para alcanzar una esfera mejor.

Con todo, no se crea que esta parábola sea para los “otros”, y no para los espíritas, o los *creyentes* en el Espiritismo.

Nos parece que les afecta antes que a todos los demás, pues se encuentran dentro de la red tejida por la predicación de los Espíritus en todo el mundo, es decir, que no vale solamente *conocer*, es necesario también *practicar*; no vale estar dentro de la red; es indispensable ser bueno.

Los que conocen el amor y no tienen amor; los que exigen lealtad y sinceridad, pero no las practican; los que piden indulgencia y no son indulgentes; los que hablan de humildad, pero se elevan a los primeros lugares, dejando el banco del discípulo para sentarse en la silla del maestro; todos estos, y aún más los renegados, los convencionalistas, los tibios y los tímidos, no podrán tener la importancia de los buenos, de los humildes, de los que tienen el corazón recto, de los que cultivan el amor por el amor, la fe por su valor progresivo, y trabajan por la Verdad para tener libertad.

La Parábola de la Red es la última de la serie de las siete parábolas que el Maestro propuso a sus discípulos; por eso el Apóstol, al publicarla en su Evangelio, conservó la expresión que Cristo le dio al proponerla:

Finalmente: Ella es la llave con la que Jesús quiso encerrar en aquellos corazones la enseñanza alegórica que les había transmitido, enseñanza bastante explicativa del Reino de los Cielos con todas sus prerrogativas.

PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA

“¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve e irá a buscar la extraviada? Y si la encuentra, os aseguro que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. De la misma manera, vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de esos pequeñuelos.”

(Mateo, XVIII, 12-14 – Lucas, XV, 3-7).

Esta fabulosa parábola parece ser la solemne protesta de la mala interpretación que los sacerdotes han dado a la palabra de Cristo. No hace mucho, nos escribió un padre romano diciéndonos ser una estupidez negar las *penas eternas del Infierno*, cuando en los Evangelios encontramos, por lo menos, quince veces la confirmación de esa *eternidad*; y concluye que ella no es una enseñanza de la Iglesia, sino enseñanza del propio Evangelio.

Jesús preveía ciertamente que sus enseñanzas y pensamiento íntimo serían desnaturalizados por los hombres constituidos en asociaciones religiosas, y quiso, en cierta forma, dejar bien patente a los ojos de todos que Él no podía ser Representante de un Dios que, proclamando el amor y la necesidad indispensable del perdón para la remisión de los pecados, impusiese, a los hijos por Él creados, castigos indefinibles y eternos.

La parábola muestra muy claramente que las almas extraviadas no quedarán perdidas en el laberinto de las pasiones, ni en los abismos donde abundan los abrojos. Como la oveja extraviada, ellas serán buscadas, aunque sea preciso dejar de cuidar a aquellas que alcanzaron ya una altura considerable, aunque las noventa y nueve ovejas queden estacionadas en un lugar del monte, los encargados del rebaño saldrán al campo en busca de la que se perdió.

El Padre no quiere la muerte del impío; no quiere la condenación del malo, del ingrato, del injusto, sino su regeneración, su salvación, su vida y su felicidad.

Aunque sea necesario, para la regeneración del Espíritu, nacer él en la Tierra sin una mano o sin un pie, entrar en la vida manco o lisiado; aunque le sea preciso renacer en el mundo ciego, por causa de los “tropiezos”, por causa de los “escándalos”, su salvación es tan cierta como la de la oveja que se había perdido y es recordada en la parábola, porque todos esos pobres que arrastran el peso del dolor, sus guías y protectores los asisten para conducirlos al puerto seguro de la eterna bonanza.

Lector amigo: cuando os hablen los sacerdotes del *Infierno eterno*, preguntadles qué relación tiene la Parábola de la Oveja Perdida con ese dogma monstruoso, que desnaturaliza e inutiliza todos los atributos divinos.

PARÁBOLA DEL SIERVO DESPIADADO

“Entonces Pedro, se acercó y le dijo: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

El Reino de Dios es semejante a un rey que quiso arreglar sus cuentas con sus empleados. Al comenzar a tomarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. No teniendo con qué pagar, el señor mandó que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que le fuera pagada la deuda. El empleado se echó a sus pies y le suplicó: Dame un plazo y te lo pagaré todo. El señor se compadeció de él, lo soltó y le perdonó la deuda. El empleado, al salir, se encontró con uno de sus compañeros que le debía un poco de dinero, lo agarró por el cuello y le dijo: ¡Paga lo que me debes! El compañero se echó a sus pies y le suplicó: ¡Dame un plazo y te pagaré! Pero él no quiso, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda.

Al ver sus compañeros lo ocurrido, se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces su señor lo llamó y le dijo: Malvado, te he perdonado toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, como yo me compadecí de ti? Y el señor, irritado, lo entregó a los verdugos, hasta que pagase toda la deuda.

Así hará mi Padre Celestial con vosotros si cada uno de vosotros no perdona de corazón a su hermano.”

(Mateo, XVIII, 21-35).

En el capítulo VI del Sermón de la Montaña, según Mateo, versículos del 1 al 15, Jesús enseñó a sus discípulos y a la multitud que se agrupaba para oír sus enseñanzas, la manera de cómo se debía orar; y aprovechó la enseñanza para resumir un excelente e interesante coloquio con Dios, la súplica que al Poderoso Señor debemos dirigir diariamente.

El Maestro renegaba de los largos e interminables *rezos* que los escribas y fariseos de su tiempo proferían, de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. Diciendo a los que lo oían que no hicieran eso, sino que,

cerraran la puerta de su cuarto, y dirigieran, en secreto, la súplica al Señor.

La fórmula que les dio para orar encierra, al mismo tiempo, pedidos y compromisos que tendrían que asumir los suplicantes, y de los cuales se destaca el que constituye objeto de enseñanzas que se hallan contenidas en la Parábola del Siervo Despiadado: “Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.”

Del cumplimiento o no de esta obligación, depende la concesión de nuestro requerimiento. Además, en ese deber se resume toda confesión, comunión, extremaunción, etc.

Aquél que confiesa, comulga, recibe la unción, pero no perdona a sus deudores, no será perdonado; mientras que, el que perdona será inmediatamente perdonado, independientemente de las demás prácticas recomendadas por la Iglesia de Roma, o cualquier otra Iglesia, como medio de salvación.

También sucede que el perdón, conforme Cristo enseñó a Pedro, debe ser perpetuo, y no concedido una, ni dos, ni siete veces.

De ahí viene la Parábola explicativa de la concesión que debemos hacer a nuestro prójimo, para poder recibir de Dios el cambio en la misma moneda.

Vemos que el primer siervo que llegó fue justamente el que más debía: 10.000 *talentos*. Una suma fabulosa en aquél tiempo, para un trabajador, no sólo en aquél tiempo, sino también hoy, pues valiendo cada *talento* Cr\$ 1.890, 00 en moneda brasileña, 10.000 alcanzaba la respetable suma de Cr\$ 18.900.000,00 (dieciocho millones novecientos mil cruzeiros). Si algún siervo, que sólo tuviese mujer, hijos y algunos haberes debiese esa importante cantidad al Vaticano, después de entregado al *brazo fuerte* sería irremisiblemente condenado a las penas eternas del infierno.

Jesús escogió esa gran cantidad para impresionar mejor a sus oyentes sobre la bondad de Dios y la naturaleza de la doctrina que, en nombre del Señor, estaba transmitiendo a todos.

Ningún otro deudor fue recordado en la Parábola, porque sólo el primero era bastante para que se completase toda la lección.

Pues bien, ese deudor, viéndose amenazado de ser vendido con él su mujer e hijos, sin liberarse del pago, pidió moratoria, valiéndose de la benevolencia del rey; este, lleno de compasión, *le perdonó la deuda*, es decir, suspendió las órdenes que había dado para que todo cuanto poseía, mujer, hijos y el mismo siervo, fuese vendido para pagar, ya que él se proponía abonar la deuda a plazos.

Mas, continua la parábola, aquél deudor, que había recibido el perdón, cuando salió encontró a uno de sus compañeros que le debía *cien denarios*, es decir, Cr\$... 31,50 de nuestra moneda, una verdadera bagatela que para él, hombre deudor de aproximadamente 19 millones de cruzeiros, nada representaba; y exigió del deudor, violentamente, su dinero.

Al ver aquella escena, sus compañeros, que habían presenciado todo lo que pasaba, se indignaron y fueron a contarle al rey lo sucedido.

De ahí la nueva resolución del señor: entregó al siervo malvado a los verdugos, a fin de que realizase trabajos forzados, *hasta que le pagase todo lo que le debía*. Esta última condición es también interesante: paga la deuda, el deudor recibe el finiquito; lo que quiere decir: *sublata causa, tollitur effectus*.

La deuda debe forzosamente constar de un cierto número de guarismos; restados estos por otros tantos semejantes, el resultado ha de ser cero.

Quien debe 2 y paga 2, salda la deuda; quien debe dieciocho millones novecientos mil cruzeiros y paga dieciocho millones novecientos mil cruzeiros, no puede continuar *pagando deuda*. Eso está más claro que el agua cristalina.

Jesús termina la Parábola afirmando: *“Así hará mi Padre Celestial con vosotros si cada uno de vosotros no perdona de corazón a su hermano”*.

Sin duda, le es tan difícil a un pecador pagar dieciocho millones novecientos mil pecados, como a un trabajador pagar dieciocho millones novecientos mil cruzeiros. Pero, tanto uno como el otro tiene la Eternidad ante sí; lo que no se puede hacer en una

existencia, se hará en dos, en veinte, en cincuenta, se hará en la Otra Vida, en la que el Espíritu no está inactivo.

Todo eso está de acuerdo con la bondad de Dios, aliada a su justicia; lo que no puede ser es pagar el individuo *eternamente* y continuar pagando, después de haber pagado.

La ley del perdón es inflexible, reina en el Cielo tal como la prescribió en la Tierra el Maestro Nazareno, cuyo Espíritu, ajeno a los principios sacerdotales, a los dogmas y misterios de las Iglesias, debe ser oído, respetado, amado y servido.

PARÁBOLA DE LOS OBREROS DE LA VIÑA

“El reino de los Cielos es como un amo que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. Convino con los obreros en un denario al día, y los envió a su viña. Fue también a las nueve de la mañana, vio a otros que estaban parados en la plaza y les dijo: Id también vosotros a la viña, yo os daré lo que sea justo. Y fueron. De nuevo fue hacia el medio día y otra vez a las tres de la tarde, e hizo lo mismo. Volvió por fin hacia las cinco de la tarde, encontró a otros que estaban parados y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada? Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña. Al caer la tarde dijo el dueño de la viña a su administrador: Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros. Vinieron los de las cinco de la tarde y recibieron un denario cada uno. Al llegar los primeros, pensaron que cobrarían más, pero también ellos recibieron un denario cada uno. Y, al tomarlo, murmuraban contra el amo diciendo: Esos últimos han trabajado una sola hora y los has igualado a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor. Él respondió a uno de ellos: Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No convinimos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Pero yo quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O ves con malos ojos el que yo sea bueno? Así pues, los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos.”

(Mateo, XX, 1-16).

Las condiciones esenciales para los obreros son: la constancia, el desinterés, la buena voluntad y el esfuerzo que hacen en el trabajo que asumieron. Los buenos obreros se distinguen por estas características.

El mercenario trabaja por el dinero; su única idea, su única aspiración es recibir el salario. El verdadero operario, el artista, trabaja por amor al Arte. Así es en todas las ramas de los conocimientos humanos: existen los esclavos del dinero y existe el operario del progreso. En la labranza, en la industria, como en las Artes y Ciencias, se destacan siempre el operario y el mercenario.

El materialismo, la materialidad, la ganancia del oro lograron, en la época en que nos hallamos, más esclavos de lo que la Viña

logró de obreros. Por eso, grande es la siembra y pocos son los trabajadores.

Por lo que se desprende en la Parábola, no se mira la *cantidad* de trabajo, sino de la calidad, y, aún más, de la permanencia del obrero hasta el *final*. Los que trabajaron en la Viña, desde la mañana hasta la noche, no merecieron mayor salario que los que trabajaron una sola hora, dada la *calidad* del trabajo.

Los que llegaron los últimos, si hubiesen sido llamados a la hora tercera habrían hecho, sin duda, el cuádruplo de lo que hicieron aquellos que a esa hora fueron al trabajo. De ahí, la idea del Propietario de la Viña, de pagar primeramente a los que hicieron aparecer mejor el servicio y más desinteresadamente se prestaron al trabajo, para el cual fueron llamados.

Esta Parábola, en parte, se dirige muy bien a los espíritas. ¡Cuántos de ellos andan por ahí, sin estudio, sin práctica, sin orientación, haciendo obras contraproducentes y al mismo tiempo abandonando sus intereses personales, sus deberes de familia y sus deberes para con la sociedad!

En la Siembra se llega a encontrar hasta los vendedores que pregonan sus mercancías por los jornales como el mercader en la plaza pública, siempre mirando los bastardos intereses. Ahora son médiums mistificadores que explotan la salud pública; ahora son “genios” capaces de estremecer a los cielos para satisfacer la curiosidad de los ignorantes. En fin, son muchos los que trabajan, pero pocos los que reúnen, edifican, tratan, como deben, la Viña que fue confiada a su trabajo.

Existe otro orden de espíritas que ningún provecho han dado al Espiritismo. Se encierran entre cuatro paredes, no estudian, no leen, y pasan la vida *adoctrinando espíritus*.

No hay duda de que estos obreros trabajan; ¿pero se puede comparar su obra con la de los que se exponen al ridículo, al odio, a la injuria, a la calumnia, en el largo campo de la divulgación? ¿Se pueden compara los enclaustrados en una sala, haciendo trabajos secretos y la mayoría de las veces improductivos, con los que

sustentan, aquí fuera, reñida lucha, a pecho descubierto, por el triunfo de la causa a la que se unieron?

Finalmente, la Parábola concluye con la lección sobre los *malos ojos*: los envidiosos que cuidan más de sí mismos que de la colectividad; los personalistas, los egoístas que ven siempre mal las gracias de Dios en sus semejantes, y las quieren todas para ellos.

En la Historia del Cristianismo destaca la Parábola de la Viña con sus característicos obreros. “Lo que era es lo que es”, dice Eclesiastés; y lo que pasó es lo que está pasando ahora con la Revelación Complementaria de Cristo. Están los llamados por la madrugada, están los que llegan a la hora tercera, a la hora sexta, a la nona y a la undécima. En verdad estamos en la hora undécima y los que oyeran la llamada y supieran trabajar como los de la hora undécima de entonces, serán los primeros en recibir el salario, porque ahora como entonces, el pago comenzará por los últimos.

¡Ay de los que reclamen contra la voluntad del Señor de la Viña! ¡Ay de los tunantes, de los materialistas, de los ignorantes!

PARÁBOLA DE LA HIGUERA SECA

“Cuando volvía muy temprano a la ciudad, sintió hambre. Vio una higuera junto al camino, se acercó a ella y no encontró más que hojas. Entonces dijo: Jamás brote de ti fruto alguno. Y la higuera se secó en aquél mismo instante. Al ver esto los discípulos, admirados, decían: ¡Cómo se ha secado de repente la higuera! Jesús les respondió: Os aseguro que si tuvierais fe y no dudarais, no sólo haríais lo de la higuera, sino que si decís a este monte: Qúitate de ahí y échate al mar, así se hará. Todo lo que pidáis en oración con fe lo recibiréis.”

(Mateo, XXI, 18-22 – Lucas, XIII, 6-9).

¡Magnífica parábola! ¡Estupenda enseñanza! ¡Cuántas lecciones aprendemos en estos pocos versículos del Evangelio!

Si tomamos la narrativa por el lado científico, observaremos la muerte de un árbol en virtud de una gran descarga de fluidos magnéticos, que inmediatamente secaron el mismo.

La Psicología Moderna, con sus teorías edificantes e importantes, y con sus hechos positivos, nos muestra el poder del magnetismo, que utiliza los fluidos del Universo para destruir, conservar y fortalecer.

La cura de las enfermedades abandonadas por la Ciencia Oficial y la momificación de cadáveres, por el magnetismo, ya se hallan registrados en los anales de la Historia, sin dejar duda a ese respecto.

En el caso de la higuera no se trata de una conservación, sino al contrario, de una destrucción, semejante a la destrucción de las células perjudiciales y causantes de enfermedades, como en la cura de los diez leprosos, y otras narradas por los Evangelios.

La higuera no daba fruto porque su organización celular era insuficiente o deficiente, y Jesús, conociendo ese mal, quiso dar una lección a sus discípulos, no sólo para enseñarles a tener fe, sino también para hacerles ver que los hombres y las instituciones infructíferas, como aquél árbol, sufrirían las mismas consecuencias.

Por el lado filosófico, se destaca de la parábola la necesidad indispensable de la práctica de las buenas obras, no sólo por las instituciones, sino también por los hombres.

Un individuo, por más bien vestido y más rico que sea, retraído en su egoísmo, es semejante a una higuera, de la cual, aproximándonos, no vemos más que hojas.

Una institución, o una asociación religiosa, donde se haga cuestión de estudio, de cultos, de dogmas, de misterios, de ritos, de exterioridades, pero que no practique la caridad y la misericordia; no dé comida a los hambrientos, ropa a los desnudos, cariño y buen trato a los enfermos; no promueva la divulgación del amor al prójimo, de la necesidad de la elevación moral, del establecimiento de la verdadera fe, esa institución o asociación, aunque lleve el nombre de una religiosa, aunque se diga la única religión fuera de la cual no hay salvación (como ocurre con el Catolicismo de Roma), no pasa de ser más que una *higuera llena de hojas, pero sin frutos.*”

Lo que necesitamos del árbol son sus frutos. Lo que necesitamos de la religión son sus buenas obras.

Los dogmas sólo sirven para oscurecer la inteligencia; los sacramentos, para falsear las enseñanzas de Cristo; las fiestas, las excursiones, las procesiones, las imágenes, etc., para gastar dinero en cosas vanas y engañar al pueblo, con un culto que fue condenado por los profetas de los tiempos antiguos, en el Viejo Testamento, y por Jesucristo, en el Nuevo Testamento.

¡La Religión de Cristo no es la religión de las “hojas”, sino la de los frutos!

La Religión de Cristo no consiste en ese ritual utilizado por las religiones humanas.

¡La Religión de Cristo es la de la Caridad, es la del Espíritu, es la de la Verdad!

¡La fe que Cristo recomendó, no fue, por tanto, la fe en dogmas católicos o protestantes, sino la fe en la Vida Eterna, la fe en la existencia de Dios, la fe, es decir, la convicción de la necesidad de la práctica de la Caridad!

Aquél que tenga esa fe, aquél que sepa adquirirla, todo lo que pida en sus oraciones, sin duda lo recibirá, porque limitará sus peticiones a aquello que le sea de utilidad espiritual, así será acto para *secar higueras*, de esas higueras que deambulan en las calles seguidas de media docena de zalameros; de esas higueras, como las religiones sin caridad, que engañan a incautos con promesas ilusorias, y con afirmaciones temerosas sobre los destinos de las almas.

La higuera sin frutos es una plaga en el reino vegetal, así como los egoístas y avaros son plagas en la Humanidad, y las religiones humanas son plagas muy perjudiciales en la Siembra del Señor. No dan frutos; sólo tienen hojas.

*

Estudiada por el lado científico, la parábola es un portento, porque de hecho, Jesús, con una palabra, hizo secar la higuera. ¡Ningún sabio de la Tierra es capaz de imitar al Maestro!

Encarada por el lado filosófico, la lección de la higuera seca es un aviso de lo que les va a suceder a los hombres semejantes a la higuera sin frutos; y a las religiones que igualmente sólo tienen hojas.

¡En esta Parábola se aprende también que la esterilidad, parece, es un mal inevitable! ¡En todas las manifestaciones de la Naturaleza, aquí y allá, se ve la esterilidad como desnaturalizando la creación o extraviando la obra de Dios!

En las plantas, en los animales, en los humanos, la esterilidad es la nota disonante, que obstaculiza la armonía universal.

¡En la Ciencia, en la Religión, en la Filosofía, hasta en el Arte y en la Mecánica, el herrete de la esterilidad no deja de grabar su marca infamante!

Ocurre, sin embargo, que llegado el tiempo propicio, la obra estéril desaparece para no ocupar inútilmente el campo de acción donde se implantó.

La higuera seca de la Parábola es la ejemplificación de todas esas manifestaciones anómalas que se desarrollan ante nuestra vista.

Para no salirnos del tema en que debemos permanecer y que constituye el objeto de este libro, vamos a compararla a la higuera seca con las ciencias humanas y las religiones sacerdotales.

A primera vista, ¿no le parece al lector que la Parábola se adapta perfectamente a estas manifestaciones del pensamiento absoluto y autoritario?

Vemos un árbol, en ese árbol reconocemos que es una higuera; está bien desarrollada, frondosa, bien abonada, vamos a buscar higos y no encontramos ni uno solo.

Vemos un segundo “árbol”, que debe ser el de la Vida, reconocemos en él una religión que ya permanece desde hace muchos años y viene siendo transmitida de generación en generación; buscamos en ella verdades que iluminen, consuelos que fortifiquen, enseñanzas que instruyan, hechos que demuestren, y nada de eso encontramos, a pesar de la gran cantidad de abono que lanzan alrededor de ese mismo “árbol”.

¿Qué le falta al Catolicismo Romano para encontrarse así desprovisto de frutos? ¿Le faltan, por ventura, iglesias, fieles, dinero, libros, sabiduría?

¿No tiene sus sacerdotes en todo el mundo, sus pomposas catedrales y sus templos?

¿No tiene con su papa la mayor fortuna que hay en el mundo, completamente seca, cuando debería convertir ese tesoro, que los ladrones roban, en aquél otro tesoro del Evangelio, inalcanzable a los truhanes y a los gusanos? ¿No tiene millones y millones de adeptos que sustentan toda su jerarquía?

¿Por qué no puede la Iglesia dar frutos demostrativos del verdadero amor, que es inmortal? ¿Por qué no puede demostrar la inmortalidad del alma, que es la mejor caridad que se puede practicar? ¿Y qué diremos de sus enseñanzas arcaicas e irrisorias, semejantes a las hojas herrumbradas de una higuera vieja; de su dogma del Infierno eterno; de su artículo de fe sobre la existencia

del Diablo; de sus sacramentos y misterios tan caducos y absurdos, que llegan a hacer de Dios un ente inconcebible y dudoso?

Y así como es la religión, es la ciencia de los hombres, de esos mismos hombres que, aunque completamente divergentes de las enseñanzas religiosas de los padres, por preconcepción y servilismo andan con ellos codo con codo, como si creyesen en la “fe” predicada por los sacerdotes. Esa ciencia terrena que todos los días afirma y todos los días se desmiente.

Esa ciencia que ayer negó el movimiento de la Tierra y hoy lo afirma; que apoyó la sangría para después condenarla; que proclamó las virtudes del medicamento para años después execrarlo como un deprimente; que hoy, de jeringuilla en mano, transformó al hombre en un laboratorio químico, para, mañana o después, condenar como inhumano ese proceso.

¿Qué le falta a la Ciencia para solucionar ese problema de la muerte, que le parece como un fantasma funesto? ¿Le faltará “abono”? ¿Pero no hay ahí tantos sabios? ¿No tiene ella recursos disponibles para la investigación y la experiencia? ¿No le aparecen en todos los momentos hechos y más hechos de orden supra-materiales, meta-materiales para ser estudiados con método?

¡Señor! Ha vencido el tiempo que concediste para que cavásemos alrededor del “árbol” y echásemos abono para alimentar y fortificar sus raíces. Él no da frutos y los abonos que hemos gastado sólo han servido para hacer al árbol cada vez más frondoso, perjudicando así el ya pequeño espacio de terreno. Manda cortarlo y recomienda a tus siervos que no sólo lo hagan, sino que también lo arranquen de raíz. Él ocupa terreno inútilmente.

En tres días haremos nacer en su lugar uno que cumpla sus fines, y tantos serán sus frutos que la multitud que nos rodea no se vencerá en cosecharlos.

*

La esterilidad es un mal incurable, que se manifiesta en las cosas físicas y metafísicas. Hay personas que son estériles en sentimientos afectivos, otras en actos de generosidad, otras lo son

para las cosas que afectan a la inteligencia. Por más que se enseñen, por más que se exalten, por más que se illustren, las mismas, permanecen como la higuera de la Parábola: no hay estiércol, no hay abonos, no hay lluvia, no hay agua que las hagan fructificar. ¡Estas, sólo el fuego tiene poder sobre ellas!

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS

“Un hombre tenía dos hijos; se acercó al primero y le dijo: Hijo, vete a trabajar hoy a la viña. Y él respondió: Iré, señor; y no fue. Se acercó al otro hijo y le dijo lo mismo, y este respondió: No quiero; pero más tarde tocado por el arrepentimiento fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Le contestaron: El segundo. Jesús dijo: Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán en el Reino de Dios antes que vosotros.”

(Mateo, XXI, 28-31).

Estas dos personalidades revelan perfectamente sus cualidades en sus palabras y acciones. El primer hijo, convidado por el padre a trabajar en su viña, dijo que iría, pero no fue. El segundo dijo que no iría, pero fue. El primero es la personalidad de la creencia (credo) sin obras. El segundo es el tipo de hombre inteligente que, negándose al trabajo espiritual, después de razonar y extraído sus conclusiones, transformó el *no* en *sí*, no con la palabra abstracta, la creencia, la obediencia ciega, sino por un esfuerzo intelectual y por las obras que decidió hacer, “trabajando en la viña”.

Esta parábola enseña que la *voluntad de Dios* es que trabajemos no sólo en provecho nuestro, sino en provecho de nuestros semejantes: mientras la voluntad de Dios no es crearnos sin trabajo, es decir, ciegamente, sin obras.

La creencia ciega es la creencia de los ancianos del pueblo, de los viejos rutinarios y de los sacerdotes, pues son estos a los que Jesús dice que los publicanos y las prostitutas eran superiores, tanto es así que los precederían en el Reino de los Cielos. La Parábola, en la parte en la que se refiere al hijo que dice: “iré, pero no fue”, entiende también con esos ancianos y sacerdotes que, asumiendo la tarea de guiar para la verdad, a los jóvenes y a los que les están subordinados, se mantienen en un exclusivismo condenable, apagando, hasta de las almas, alguna centella de fe que les fue donada.

En fin, el hijo que tardó, y dijo que no iría, pero fue – entiende con esos publicanos y prostitutas que se demoran, como es sabido, pero, al final, cambian de vida y se vuelven, las más de las veces, grandes obreros de la Siembra Divina.

PARÁBOLA DE LOS LABRADORES MALOS O DE LOS ARRENDATARIOS INFIELES

“Un hacendado plantó una viña, la cercó con una valla, cavó en ella un lagar, edificó una torre para guardarla, la arrendó a unos viñadores y se fue de viaje. Cuando llegó el tiempo de la vendimia, mando sus criados a los viñadores para recibir su parte. Pero los viñadores agarraron a los criados, y a uno le pegaron, a otro lo mataron y a otro lo apedrearon. Mandó de nuevo otros criados, más que antes, e hicieron con ellos lo mismo. Finalmente les mando a su hijo diciendo: Respetarán a mi hijo. Pero los viñadores, al ver al hijo, se dijeron: Este es el heredero. Matémoslo y nos quedaremos con su herencia. Lo agarraron, lo echaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos viñadores? Le dijeron: Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros viñadores que le paguen los frutos a su tiempo.”

(Mateo, XXI, 33-42.- Marcos, XII, 1-9.- Lucas, XX, 9-16).

Esta Parábola es la prueba de la inigualable presciencia del Hijo de Dios, así como la magistral sentencia que se había de cumplir en nuestro siglo contra los “arrendatarios infieles”, que han devastado nuestra siembra.

Un propietario plantó una viña, la cercó con una valla hecha de ramas y troncos de árboles; cavó un lagar (lugar con todos los materiales para la fabricación del vino) y edificó una “torre” (gran edificio con protección contra los ataques enemigos).

De manera que la hacienda estaba terminada, todo preparado: tierras de sobra, parras en gran cantidad, lagar, tanques, toneles – todo lo que era necesario para la fabricación del vino. Casa con todas las comodidades y confort. Pero teniendo que ausentarse el propietario, arrendó la hacienda a unos labradores; en el tiempo de la cosecha de los frutos mandaría recibir el producto del arrendamiento, es decir, los frutos que le correspondían.

El contrato fue muy bien redactado: sellado, registrado y con los competentes testigos.

Cuando llegó la primera cosecha, el Señor de la viña mandó que sus empleados fuesen a recibir los frutos que le tocaban.

Los arrendatarios, en vez de dar cuenta del depósito que les fuera confiado, agarraron a los emisarios, hiriendo a uno, apedrearon a otro y mataron al siguiente.

En otra cosecha, el propietario de la hacienda volvió a mandar a otros emisarios, que tuvieron la misma suerte que los primeros.

Viendo el dueño de la hacienda lo que ocurría con sus emisarios, creyó más conveniente delegar poderes al propio hijo, porque, con seguridad, lo respetarían, y lo envió a ajustar cuentas con los arrendatarios.

Pero los labradores, viendo llegar a este a la propiedad, combinaron entre ellos y decidieron matarlo, porque, decían: “este es el heredero, matémoslo y apoderémonos de su herencia”. Y así lo hicieron: lo echaron fuera de la viña y lo mataron.

“¿Cuándo llegue el Señor de la Viña, que hará a aquellos labradores?” – preguntó Jesús al proponer aquella parábola.

Y la respuesta vino enseguida: “Hará perecer a los malvados, a los arrendatarios fraudulentos, y entregará la viña a otros, que le darán los frutos a su debido tiempo.”

*

Parábola es la exposición, o la pintura de una cosa confrontada con otra de relación remota, o de sentido oculto o invisible.

Jesús tenía por costumbre, para explicar aquello que escapaba a la comprensión vulgar, usar las parábolas a fin de que lo comprendieran mejor.

En esta Parábola de los Labradores Malos, arrendatarios infieles, Jesús quiso explicar la soberanía de la acción divina que a veces tarda, pero no falla; y quiso también mostrar a sus discípulos quienes son los labradores que perjudican su siembra.

La siembra es la Humanidad; el propietario es Dios; la viña que él plantó es la Religión; el lagar son los medios de purificación espiritual que él concede; la Casa que edificó es el mundo, los *labradores* que arrendaron la *labranza* son los sacerdotes de todos los tiempos, desde los antiguos que sacrificaban la sangre de los animales, hasta nuestros contemporáneos.

Los primeros siervos que fueron heridos, apedreados y sacrificados, son los profetas de la Antigüedad, que pasaron por duras pruebas: Elías, Eliseo, Daniel, que lo pusieron en la cueva de los leones; el mismo Moisés, que sufrió con los sacerdotes del Faraón y con los israelitas fanáticos que llegaron a fundir un becerro de oro para adorarlo, contra la Ley del Señor; después vino Juan Bautista, que fue decapitado; y después otros siervos, que pasaron por los mismos sufrimientos que los primeros – apóstoles y profetas como Esteban, que fue lapidado; Pablo, Pedro, Juan, Tiago, que sufrieron martirios, y todos los demás que no han acompañado las concepciones sacerdotales.

El Hijo del Propietario, que fue muerto por los arrendatarios que se adueñaron de la hacienda, es Jesucristo, Señor Nuestro, que sufrió el martirio ignominioso de la cruz. Y, de acuerdo con las previsiones de la Parábola, los tales sacerdotes se adueñaron de la herencia con la cual se enriquecen hartamente, dejando la Siembra abandonada y la Viña sin frutos para el Propietario.

En las condiciones en que se halla la Siembra, ¿podrá el Señor dejar su Viña entregada a esa gente, a esos arrendatarios inescrupulosos y malos?

Estamos seguros de que se cumplirá brevemente la última previsión de la Parábola: “El Señor tomará la Viña de esos malvados y la arrendará a otros, que le darán los frutos a su tiempo.”

*

La confusión religiosa es la más espesa oscuridad que hace infelices a las almas.

La creencia es como el fruto de la cepa que alimenta, da valor y reanima. Así como este alimenta el cuerpo, aquella alimenta el alma.

La Religión de Jesucristo no es el culto, las exterioridades, los sacramentos, la fe ciega; tampoco es el fuego que aniquila y consume, el mal que vence al bien, el Diablo que vence a Dios.

La Religión de Jesucristo es el bálsamo que suaviza, es la caridad que consuela, es el perdón que redime, es la luz que ilumina; no es el aniquilamiento, sino la Vida; no es el cuerpo, sino el Espíritu.

La Religión de Jesucristo debe ser, pues, suministrada *en espíritu y verdad* y no en *dogmas* y con *exterioridades aparatosas*, para que pueda ser comprendida, observada y practicada por el Espíritu.

El cuerpo es nada; el Espíritu es todo. El cuerpo existe porque el Espíritu acciona; le da vida y lo mueve. El día en que el Espíritu se separa de él, no le queda ya más vida a ese *envoltorio*, a ese *instrumento*.

¿Qué es el violín sin el músico? ¿Qué es el reloj sin que se le dé cuerda? ¿Qué es la máquina sin maquinista?

El cuerpo sin Espíritu está muerto y se destruye, como una casa que cae y se convierte en escombros.

El cuerpo “pulvis est et in pulveis reverteris”.

Y si así es, ¿cuál es el efecto de los sacramentos y prácticas sibilinas que no alcanzan al Espíritu?

El principio de la Religión es la Inmortalidad y los arrendatarios de la Viña tienen el deber de destacar y demostrar este principio, para que el Templo de la Religión, asentado sobre esta base inamovible, abrigue con la Verdad a los corazones que desean la paz y la felicidad.

Los pastores y los sacerdotes, “arrendatarios de la Viña”, “malos obreros” que ensucian los sentimientos cristianos, transformando la Religión de Jesús en misas, imágenes, procesiones, adornos, músicas, cohetes y sacramentos, serán *llamados a cuentas* y el látigo de la Verdad desde ya los viene

expulsando de la hacienda, que será entregada a otros, para que los frutos de la Viña sean dados a los hambrientos de justicia, a los desheredados de consuelo, a los que buscan la luz que encamina y conduce a la perfección.

Desde tiempos lejanos, la Religión ha sido causa de despreciable explotación. El sacerdocio, por varias veces, ha hecho peligrar el sentimiento religioso. La desgracia de la Religión ha sido, en todas las épocas, el sacerdote. El sacerdote hebreo, el sacerdote egipcio, el sacerdote budista, el sacerdote braman; siempre el sacerdote, la corporación eclesiástica, con toda su jerarquía, su escolástica, sus principios rígidos, sus cultos aparatosos, sus sacramentos arcaicos.

El sacerdocio, volviéndose arrendatario de la Viña, como ha ocurrido, sólo conoce un “dios” a quien obedece ciegamente; “dios” constituido eclesiásticamente, y sacado o escogido de entre uno de sus propios miembros. Todas las religiones han tenido y continúan teniendo su papa, su *mayoral*, o su *patriarca*, o su *jefe*, a quien todos obedecen en detrimento del Supremo Señor y Creador.

De ahí la lucha cruenta que el *sacerdocio* ha desarrollado contra los *profetas* en todas las épocas.

Esta Parábola es la comparación de todas las luchas que los genios, los grandes misioneros, los profetas que hablan en nombre de la Divinidad y de la Religión, han mantenido contra el clero.

Desde que el Gran Propietario plantó en la Tierra su Viña; desde que hizo brillar en el mundo el Sol vivificador de la Religión, cercando la Viña con una valla, construyendo un lagar y edificando una torre; desde que los principios religiosos fueron establecidos y quedaron grabados en los Códigos de los divinos preceptos, los malos labradores se apoderaron de ella como arrendatarios traidores, dejando perecer las viñas y masacrando a los enviados que en nombre del Señor les venían a pedir o reclamar, como lo hacemos hoy, los frutos de la Viña.

Los siervos del Propietario de la Labranza eran presos, heridos y muertos. Con el pretexto de herejía y apostasía, quemaron cuerpos como quien quema leña seca y verde; les inflingieron los

más duros suplicios, manchando de sangre las páginas de la Historia de nuestro mundo. Ni el Hijo de Dios, cuya parábola premonitrice de muerte acabamos de leer, ni Él fue evitado de la clase sacerdotal, que tenía por Pontífices a Anás y Caifás, en conspiración con los gobiernos de la época.

La clase sacerdotal, que nada hizo a la Humanidad y fascinó a los hombres con sus cultos aparatosos y sus dogmas horripilantes, es precisamente lo que constituye, en línea general, los “malos labradores” de la parábola.

Ellos están muy bien representados en esos obreros fraudulentos y mercenarios que proliferan en todo el mundo, vendiendo la fe, la salvación y las gracias.

¿Qué les hará el Propietario de la Viña a tan malos obreros? El resultado no puede ser otro: “los hará perecer, les retirará el poder que les concedió y la entregará a otros, que darán el fruto a su tiempo.”

Felizmente también llegó la época de la realización de la premonición de Cristo registrada en los Evangelios.

Los Espíritus de la Verdad bajan al mundo, unos toman un envoltorio carnal, y otros, a través del velo que separa las dos vidas, vienen a apoderarse de la Viña, para que ella dé los resultados designados por el Señor de Todas las cosas.

El sacerdocio cae, pero la Religión prosigue; los dogmas son abatidos, pero la Verdadera Fe aparece, robusteciendo conciencias, consolando corazones, y, principalmente, haciendo surgir en la Tierra la aurora de la Inmortalidad, para realzar al Dios Espíritu, al Dios Justo, al Dios Poderoso y Sabio que reina en todo el Universo.

PARÁBOLA DEL FESTÍN DE BODAS

“Y Jesús se puso a hablar de nuevo en parábolas: El reino de Dios es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo. Envío sus criados a llamar a los invitados a las bodas, y no quisieron venir. Mandó de nuevo a otros criados con este encargo: Decid a los invitados: Mi banquete está preparado, mis terneros y cebones dispuestos, todo está a punto; venid a las bodas. Pero ellos no hicieron caso y se fueron, unos a su campo y otros a su negocio; los demás echaron mano a los criados, los maltrataron y los mataron. El rey, entonces, se irritó, mandó sus tropas a exterminar a aquellos asesinos e incendió su ciudad. Luego dijo a sus criados: El banquete de bodas está preparado, pero los invitados no eran dignos. Id a las encrucijadas de los caminos y a todos los que encontréis convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y recogieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de invitados. El rey entró para ver a los invitados, reparó en un hombre que no tenía traje de boda y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin tener un traje de boda? Pero él no contestó. Entonces el rey dijo a los camareros: Atadlo de pies y manos y arrojadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes. Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.”

(Mateo, XXII, 1-14).

El Cristianismo, como el Espiritismo, representa la celebración de las bodas de un gran y rico propietario, cuyo padre no ahorra trabajo, sacrificio y dinero para dar a la fiesta el mayor realce haciendo participar de ella al mayor número posible de convidados. Y para que todos se hartan, se satisfagan y se alegren, el señor de las bodas les presenta una espléndida mesa con variados manjares, sin faltar música y discursos que exaltan el sentimiento y la inteligencia.

Los manjares representan las enseñanzas espirituales; así como aquellas satisfacen y fortalecen el cuerpo, estos mantienen y vivifican el Espíritu.

La Parábola del Festín de Bodas es una alegoría, una comparación de lo que se realizaba en aquella época con el propio Jesucristo.

Los primeros convidados fueron los doctos, los ricos, los sabios, los aristócratas, los sacerdotes, porque nadie mejor que estos estaban en condiciones de participar de las bodas, y hacerse representar en aquella fiesta solemnísimas para la cual el Rey de los Cielos, sin medir ni pesar sacrificios, había mandado a la Tierra a su Hijo, de quien quería celebrar merecidamente las bodas.

¿Y quién podría apreciar mejor a Jesucristo y participar con él de sus bodas, admirando la gran sabiduría del Maestro, sea en la cura de los enfermos, sea en los prodigiosos fenómenos de materialización y desmaterialización por Él realizados, como la multiplicación de los panes y de los peces, la manifestación del Tabor, la dominación de los elementos y sus sucesivas apariciones después de la muerte?

¿Quién era más apto para comprender el Sermón de la Montaña, el Sermón Profético, el Sermón de la Cena, sus Enseñanzas, sus Parábolas, si no los doctores, los rabinos y los sacerdotes?

¿Serían los pescadores, los carpinteros, los labradores y las mujeres incultas?

Infelizmente, sin embargo, lo que sucedió ayer es lo que sucede hoy: esta gente, toda ella se da por excusada: unos porque tienen que preocuparse de su campo, otros de su negocio; existen también otros, como ocurre con el sacerdocio romano y protestante, que agarran a los siervos encargados del convite, los ultrajan, y, si no los matan, es porque tienen el Código Penal, que está en vigor en la nueva época en la que nos hallamos.

¿Qué hará el Señor de esta gente que no quiere oír su llamamiento, ni acceder a sus reiterados convites?

¿Quién es el culpable, o quienes son los culpables de estar, actualmente, festejando las bodas individuos sin competencia ninguna para la ejecución de esa tarea?

¿Quiénes son los responsables por haber ocupado un lugar en la mesa del banquete hasta personas sin el traje nupcial, sin la vestimenta apropiada para tal ceremonia?

Lean la Parábola del Festín de Bodas los señores padres, los señores doctores, los señores ministros, los señores que andan extraviando a sus oyentes y lectores con una ciencia sin base y una religión toda material, sin pruebas, sin hechos, sin raciocinio. Digan: ¿quién tiene la culpa de la decadencia moral, de la depresión de la inteligencia y del sentimiento que se verifica en todas partes?

Si la Parábola del Festín de Bodas no hubiese sido dicha para las eminencias religiosas y científicas del tiempo de Jesús, serviría perfectamente para las de hoy, que repudian y combaten el Espiritismo.

Entretanto, el hecho es que los indoctos, los pequeños, los humildes de hoy, como los indoctos y humildes de ayer, están llevando de ventaja toda esa pléyade de sabios y portentosos; e incluso sin letras, sin representación y sin vestiduras, auxiliados por los poderes de lo Alto, están concurriendo eficazmente para que las Bodas sean bien festejadas y concurridas.

LA VESTIMENTA NUPCIAL

Era una costumbre antigua, además, como hoy aún es, usar para cada acto, o cada ceremonia, una ropa de acuerdo con el acto o la ceremonia a la que se va asistir.

El preconcepto de todos los tiempos ha determinado el vestuario a ser utilizado en ciertas y determinadas ocasiones. Es así que no se va a un entierro con una ropa clara, como no se va a una boda con un traje de lino.

Aprovechando esas exigencias sociales, muy celebradas por los escribas y fariseos, y mayormente por los doctores de la Ley y sacerdotes, Jesús, al proponer la Parábola del Festín de Bodas, dio a entender que, para comparecer a esas reuniones, era necesaria una *túnica nupcial*; y aquél que no estuviese revestido de ese ropaje, sería echado fuera y lanzado a las tinieblas, donde habría llanto y crujir de dientes, naturalmente por haber derrochado tanto dinero en cosas sin ningún valor, con preferencia a la “túnica de nupcias”, y

por haber perdido el tiempo en cosas inútiles, en vez de tejer, como debían, la túnica para comparecer a las bodas.

La *vestimenta de nupcias* simboliza el amor, la humildad, la buena voluntad en encontrar la Verdad para observarla, es decir, la pureza de las intenciones, la virginidad espiritual.

El interesado, el mercader, el astuto, el hipócrita que, aunque convidado a tomar parte en las bodas, está sin la túnica, no puede permanecer allí: será lanzado fuera, así como será dado de lado al convidado a una boda o a una ceremonia que no se vista de acuerdo con el acto al que se va asistir.

Hace muy poco tiempo, vimos, por ocasión de un jurado en una ciudad vecina, el juez convidar a un jurado “para componerse” sólo por el hecho de hallarse el mismo con una ropa de lino claro. El jurado fue echado fuera, ya que no estaba revestido con la “vestimenta de juicio”

*

Como esté el Evangelio diseminado en todos los medios sociales (lo que además constituye una de las señales exactas del “fin del mundo”), sólo incluso los hombres de mala voluntad, los orgullosos, vanidosos y de espíritu preconcebido ignoran sus deberes de humildad, para recibir la Palabra Divina.

A estos no les garantizamos un éxito feliz cuando comparecen al Banquete de Espiritualidad, que se está realizando en todo el mundo, en el consorcio del Cielo con la Tierra, de los vivos con los muertos, para el triunfo de la Inmortalidad.

Se dará, sin duda, con esos halagadores del oro y turibularios, lo que dice Isaías en su profecía: “Oirán y no entenderán; verán y no percibirán.”

Justamente lo contrario auguramos a los que, “haciéndose niños”, quisieran encontrar la Verdad para abrazarla, y tengan el firme propósito de hacerlo, esté ella con quien estuviera y donde estuviera. Así es la lección alegórica del Festín de Bodas y de las Vestimentas Nupciales.

PARÁBOLA DE LA HIGUERA EN GERMINACIÓN

“Aprended del ejemplo de la higuera. Cuando sus ramas se ponen tiernas y echan hojas, conocéis que el verano se acerca. Así también vosotros, cuando veáis todo esto, sabed que él (El Hijo del Hombre) ya está cerca, a las puertas.”

(Mateo, XXIV, 32-34 – Marcos, XII, 28-30 – Lucas, XXI, 29-32).

La higuera era, en Palestina, uno de los árboles más valiosos. Al lado del trigo, de la cebada, del centeno, del olivo, del almendro, del bálsamo y de la mirra, los higos eran uno de los productos más importantes. Este árbol, aunque no es de hoja perenne, al aproximarse el verano los brotes de sus hojas comienzan a aparecer, caracterizando así el cambio de estación.

Para señalar bien el período de la transformación del mundo, que precedería a su venida, Jesús lo comparó al período que existe entre la primavera y el verano, cuyas señales son descritas en el capítulo XXIV del Evangelio de Mateo, así como la entrada del verano es señalada por los brotes de la higuera.

Y ese Sermón Profético se ha cumplido en toda línea.

Comenzando por el derrocamiento de los tiempos, el mundo ha pasado por todas las tribulaciones – peste, hambre, guerras, terremotos, maremotos; dolores y sufrimientos de todas las clases.

Estos brotes de hojas de la “higuera-mundo”, después de transformarse en vastos ramajes y deliciosos higos, servirán para la preparación de la Humanidad, a fin de, estando más apta, recibir las instrucciones de Cristo, no exteriormente, sino en espíritu y verdad, grabando en su alma esos talentos con los que rescatará su pasado y conquistará su futuro.

Esta Parábola de la Higuera es, pues, una exhortación a la vigilancia y a la observación de las señales de los tiempos, porque el Hijo del Hombre vendrá en el momento en que nadie lo espera.

En el capítulo Señales de los Tiempos, el lector se enterará mejor del significado de esta Parábola.

PARÁBOLA DE LOS SIERVOS BUENOS Y MALOS

“¿Quién es, entonces, el administrador fiel y prudente, para que dé a la servidumbre la comida a su hora? Dichoso ese criado si, al llegar su amo, lo encuentra cumpliendo con su deber. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si ese criado, pensando que su amo va a tardar en venir, se pone a maltratar a los demás criados y criadas y a comer y beber hasta emborracharse, su amo vendrá el día y la hora que él menos lo espere, lo castigará severamente y lo pondrá en la calle, donde se pone a los que no son fieles. El criado que sabe lo que su amo quiere y no lo hace será severamente castigado. Pero el que no lo sabe, si hace algo que merece castigo, será castigado con menos severidad. Al que mucho se le da, mucho se le reclamará; y al que mucho se le confía, más se le pedirá.”

(Mateo, XXIV, 45-51 – Lucas, XII, 42-48).

Esta enseñanza, que constituye el verdadero mandamiento para el “siervo vigilante”, deja ver bien claro a los ojos de todos, cuales son los siervos buenos y cuales son los siervos malos que trabajan en la Siembra Divina.

No son los que viven de la Religión, *comiendo y bebiendo*, los que se destacan como obreros del Bien y de la Verdad.

No son los que repudian, condenan y excomulgan a sus semejantes, los que el Señor escogió como sus verdaderos siervos, sino los que son *fieles* a su Palabra y *prudentes* en el cumplimiento de sus deberes.

Quien sólo trabaja por el dinero, no puede interpretar el pensamiento íntimo del Maestro; no puede, por eso, ser sabio, prudente y fiel.

El buen siervo sólo cumple los deseos y la voluntad de su señor; el siervo malo hace lo que le place.

Aquél trabaja para cumplir con sus deberes; este, por vil interés y para satisfacer deseos ilícitos.

Se da también la circunstancia de que los buenos siervos trabajan siempre, trabajan sin cesar, pues saben que el trabajador de la última hora no es el que llega el último, sino el que trabaja hasta última hora, y no regatea esfuerzos para que todos los bienes que le fueron concedidos sean puestos en acción, estén en movimiento para vencer intereses.

Lo que nos fue confiado, no lo fue para ser enterrado o guardado, como ocurre con el “talento” entregado al mal operario, sin embargo, lo fue para ser aprovechado por nosotros y por nuestros semejantes. Por eso, cada uno es responsable de lo que le han dado; a quien mucho se le ha dado, mucho se le pedirá; a quien poco se le ha dado, poco se le pedirá.

Todas las parábolas de Jesús son exhortaciones, convites, consejos, mandamientos para la observación de sus enseñanzas, libres de los injertos humanos y de los preceptos y mandamientos de las iglesias de piedra.

El Día del Señor es siempre Hoy, y su Palabra está siempre guiando y enseñando a los que a Él se unen con buena voluntad para aprender sus inestimables lecciones. El que dijera, pues, “mi señor tarda en venir”, no es un Hombre-Espíritu, sino un ser animal que aún no puede sobrepasar las barreras que separan el instinto de la inteligencia, la vida del cuerpo, de la vida del alma. El Reino del Mundo, del Reino de Dios.

Finalmente, los siervos buenos se distinguen de los siervos malos como se distinguen las naranjas, por su dulzor.

PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES SENSATAS Y DE LAS NECIAS

“El Reino de Dios será comparado a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del novio. Cinco de ellas eran necias y cinco sensatas. Las necias, tomando sus lámparas no se provieron de aceite; mientras que las sensatas llevaron las lámparas y aceiteras con aceite. Como tardara el novio, les entró sueño y todas se durmieron. A media noche se oyó un grito: ya está ahí el novio, salid a su encuentro. Entonces se despertaron todas las vírgenes y se pusieron a aderezar sus lámparas. Las necias dijeron a las sensatas: Dadnos de vuestro aceite, pues nuestras lámparas se apagan. Las sensatas respondieron: No sea que no baste para nosotras y vosotras, mejor es que vayáis a los vendedores y lo compréis. Mientras fueron a comprarlo, vino el novio y las que estaban dispuestas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes diciendo: Señor, señor, ábrenos. Y él respondió: os aseguro que no os conozco.

Por tanto, estad en guardia, porque no sabéis el día ni la hora.”

(Mateo, XXV, 1-13).

Hay vírgenes y vírgenes, porque si unas son sensatas, otras son necias. Esta interesante parábola deja ver bien claro que el Reino de los Cielos no es un pandemónium de sabios e ignorantes, no es un ambiente donde tengan la misma medida los sensatos y los atolondrados.

La instrucción espiritual es indispensable, así como lo es la instrucción intelectual en la vida social. Los que pasan la vida ociosamente bebiendo de ella lo que tiene de bueno para ofrecerles para la satisfacción de sus deleites, los necios que creen obtener el Reino de Dios, sin estudiar, sin esfuerzo, sin trabajo, finalmente aquellos que no hacen provisión de conocimientos que les aumenten la fe, están sujetos a ver apagadas sus lámparas, y perderán la entrada a las bodas cuando se vieran forzados, de un momento a otro, a adquirir el aceite, que representa los conocimientos que hacen combustión en nuestras almas, encendiendo en nuestro corazón la lámpara sagrada de la Fe.

La fe sin conocimiento puede ser comparada a una lámpara mal abastecida que a media noche no da más luz.

Así es la fe dogmática, misteriosa, abstracta: en el momento de las pruebas, de los dolores, de los sufrimientos, en la mitad de la noche por la que todos pasan, esa fe es semejante a la mecha humeante, de la torcida que ya sorbió la última gota de aceite.

La prudencia, al contrario, manda al hombre que sea precavido, que abastezca abundantemente no solamente su lámpara, sino también la mayor vasija que pudiera transportar, con el combustible que se convierte en luz para iluminar sus pasos, el camino, la senda por donde tiene que seguir, y que así pueda, envuelto en claridad, afrontar las tinieblas de la noche entera y aún le sobre luz para con ella saludar a los primeros rayos de Sol naciente.

La prudencia manda al hombre que estudie, investigue, examine, razone y comprenda.

Las vírgenes, tanto las de primera condición, como las de la segunda, representan la incorruptibilidad, representan a todos aquellos que se conservan exentos de la corrupción del mundo.

Pero no basta resguardarse de la corrupción para aproximarse al Gran Modelo: Jesucristo.

Así como sin la lámpara bien abastecida de combustible las vírgenes necias no pudieron ir al encuentro del novio y entrar con él en las bodas, así tampoco sin una luz que alumbré bien y también una provisión de combustible que dé luz, nadie puede ir al encuentro de Cristo y penetrar en los umbrales de la alianza espiritual, para tomar parte de las bodas, cantando hosannas al santo nombre de Dios.

La necesidad es un obstáculo que paraliza el espíritu, arrojándolo después en la más densa oscuridad.

No basta la virginidad espiritual para que la criatura humana entre en el Reino de Dios, es necesario que la misma vaya unida al conocimiento, a todo el conocimiento que nos fue dado por Jesucristo, nuestro Maestro y Hermano Mayor.

No puede haber en el Cielo una mezcla de ignorancia y de santidad. Toda santidad está llena de sabiduría, porque es de la sabiduría aliada a la santidad de donde viene la verdadera Fe y la consecuente práctica de las buenas obras.

Las vírgenes necias, por no tener aceite, no encontraron y no pudieron recibir al novio, así como no tomaron parte en las bodas, porque sus lámparas se apagaron a la llegada del novio.

Las vírgenes sensatas, por el contrario, acompañaron al novio y con él entraron en las bodas, porque tenían sus lámparas bien encendidas. La Religión no es una creencia abstracta. Es un conjunto maravilloso de hechos, de enseñanzas, que se unen, se completan y se armonizan concretamente.

Sólo los necios no la comprenden, porque no abastecen las lámparas que les iluminarían ese Reino de la Verdad, donde las bodas eternas felicitan a los espíritus trabajadores, humildes y sensatos. La necedad, es la antítesis de la sensatez; esta no puede existir donde impera aquella. Necedad, ignorancia, falta de cordura, son los mayores obstáculos para la elevación del Espíritu hacia Dios. La sensatez está llena de sabiduría, de prudencia, de consideración y de serenidad de espíritu. La prudencia no obra desordenadamente, sino que se afirma por la templanza, por la sensatez y por la discreción.

Lo inverso se da con la necedad. Envuelta en tinieblas, debatiéndose en plena oscuridad, no mide las responsabilidades, no prevé consecuencias, no razona los actos que practica.

Esta parábola, como decimos, enseña a los que aspiran al Reino de los Cielos, la necesidad de instrucción, del cultivo del espíritu, del ejercicio de la inteligencia y de la razón, para la obtención del conocimiento supremo, que nos elevará a la eterna felicidad. No basta decir: ¡Señor! ¡Señor! No basta decir oraciones, ni buscar oraciones más o menos emocionantes para que la puerta de la felicidad se nos abra. Es necesario, ante todo, “abastecer las lámparas y los vasos”. El mandamiento no es sólo: *amaos*, también es: *instruíos*. La sabiduría es el aceite sagrado de la instrucción. Sin

ella no existe el camino para el Reino de los Cielos, ni la entrada para la “Casa de Dios”.

Siendo nuestra estancia en la Tierra un medio de instrucción, seremos necios si descuidamos ese deber para entregarnos a labores o diversiones fútiles que ningún progreso espiritual nos pueden proporcionar. Las cinco “vírgenes sensatas” simbolizan a los que leen, estudian, experimentan, investigan, razonan, y, procuran comprender la vida, trabajando por su propio perfeccionamiento.

Las cinco “vírgenes necias” son el símbolo de aquellos que saben todo lo que pasó, menos lo que necesitan saber: no estudian, les fastidia cuando se les habla de asuntos espirituales; llegan incluso a decir que, mientras están en esta vida, de ella disfrutarán, reservando su trabajo de Espíritu para cuando pasen para el Otro Mundo.

Generalmente, son estos los que, en los momentos angustiosos, o cuando la “muerte” llama a su puerta, se revisten de una “fe” toda ficticia y exclaman: ¡Señor! ¡Señor! Y como no pueden obtener el “aceite” del que habla la parábola, piensan que lo pueden adquirir a través de los *mercaderes*, pero al volver encuentran “la puerta cerrada” y oyen la voz desde dentro que les dice: “¡En verdad no os conozco!”

Es necesario *vigilar*: buscar la verdad donde quiera que se encuentre. Es necesario adquirir conocimientos, luces internas que nos hacen ver al Señor y nos permiten ingresar en su morada.

La Religión es Luz y Armonía; así se presentó ella a los Discípulos en el Cenáculo: en forma de “lenguas de fuego y como un viento impetuoso que llenó toda la sala”. Y para seguirla es necesario tener ojos y oídos.

La necedad nada sabe, nada comprende, nada conoce y nada piensa. Sólo la sensatez nos puede guiar en el camino de la Vida, aproximándonos a Aquél por cuyos dictámenes conseguiremos nuestra redención espiritual.

PARÁBOLA DE LOS TALENTOS Y DE LAS MINAS

“Porque es como un hombre que al irse de viaje, llamó a sus criados y les confió su hacienda. A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno según su capacidad, y se fue. El que había recibido cinco se puso enseguida a trabajar con ellos y ganó otros cinco. Asimismo el de los dos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno solo fue, cavó en la tierra y enterró allí el dinero de su señor. Después de mucho tiempo, volvió el amo de aquellos criados y les tomó cuenta. Llegó el que había recibido cinco talentos y presentó otros cinco, diciendo: Señor, me diste cinco talentos; aquí tienes otros cinco que he ganado. El amo le dijo: Bien, criado bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te confiaré lo mucho. Entra en el gozo de tu señor. Se presentó también el de los dos talentos, y dijo: Señor, me diste dos talentos; mira, he ganado otros dos. Su amo le dijo: Bien, criado bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te confiaré lo mucho. Entra en el gozo de tu señor. Se acercó también el que había recibido un solo talento, y dijo: Señor, sé que eres duro, que cosechas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Tuve miedo, fui y escondí tu talento en la tierra. Aquí tienes lo tuyo. Su amo le respondió: Siervo malo y holgazán, ¿sabíais que quiero cosechar donde no he sembrado y recoger donde no he esparcido? Debías, por tanto, haber entregado mi dinero a los banqueros para que, al volver yo, retirase lo mío con intereses. Quitadle, pues, el talento y dádsele al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y a ese criado inútil echadlo a las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujir de dientes.”

(Mateo, XXV, 14-30).

“Como la gente lo escuchaba, les propuso una parábola, ya que estaban cerca de Jerusalén y creían que la manifestación del Reino de Dios era inminente. Dijo: Un hombre de la nobleza marchó a un país lejano para recibir la dignidad real y volver. Llamó a diez criados, les dio diez monedas de gran valor y les dijo: Negociad mientras vengo. Pero sus conciudadanos lo odiaban y enviaron tras él una embajada diciendo: No lo queremos por rey. Él regresó investido de la realeza, y mandó llamar a los criados a los que había dado el dinero para saber cuánto había ganado cada uno. El primero se presentó y dijo: Señor, tu dinero ha producido diez veces más. Y le contestó: Muy bien, criado bueno; puesto que has sido fiel en lo poco, recibe el gobierno de diez ciudades. El segundo llegó y dijo: Señor, tu dinero ha producido cinco veces más. Y dijo igualmente a este: Manda tú también en cinco ciudades. Llegó otro y dijo: Señor,

aquí tienes tu dinero, que he tenido guardado en un pañuelo, porque tuve miedo de ti, pues eres un hombre duro; recoges lo que no pusiste y cosechas lo que no sembraste. Él le dijo: Por tus mismas palabras te juzgo, mal criado. ¿Sabías que soy muy duro, que recojo lo que no he puesto y cosecho lo que no he sembrado? Y, ¿por qué no pusiste mi dinero en la banca, y yo, al volver, lo hubiera retirado con los intereses? Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la moneda y dádsela al que tiene diez monedas. Ellos le dijeron: Señor, ya tiene diez monedas. Yo os digo que al que tiene se le dará, y al que no tiene aun lo que tiene se le quitará. En cuanto a mis enemigos, esos que no me quisieron por rey, traedlos aquí y degolladlos en mi presencia.”

(Lucas, XIX, 11-27).

La Parábola de los Talentos tiene la misma significación que la de las *Minas*. Aquella narrada por Mateo, y esta por Lucas, expresan perfectamente los deberes que nos asisten, material, moral y espiritualmente.

Todos somos hijos de Dios; el Padre de las Almas reparte con todos igualmente sus dones; a unos da más, a otros da menos, siempre de acuerdo con la capacidad de cada uno. A unos les da dinero, a otros la sabiduría, a otros dones espirituales, y, finalmente, a otros concede todas esas dádivas reunidas.

De modo que uno tiene cinco talentos, otro dos, otro uno; o entonces uno tiene diez minas, otro cinco y otro dos.

No hay privilegios ni exclusiones para el Señor; y si cada cual, consciente de lo que posee y compenetrado de sus deberes actuase de acuerdo con los preceptos de la Ley Divina, estamos seguros de que nadie tendría razón de quejarse de la suerte o de protestar contra la “mala situación” en que la mayoría dice encontrarse.

No existe un solo individuo en el mundo que no sea depositario de un talento o de dos minas. Aun incluso aquellos que se creen en la pobreza y mendigan la caridad pública, si indagaran sus aptitudes, lo que traen oculto en lo recóndito del alma, verían que no son tan desgraciados como se creen.

Todos, todos traen a este mundo talentos y minas para garantizar no sólo el estado presente, sino también su situación futura, porque el mundo no es más que una estancia donde venimos

a adquirir provisiones para construir y abastecer nuestra futura morada.

Mirad al mendigo que pasa andrajoso y sucio, procurad detenerlo por unos momentos, indagad algo de su vida, instígalo a hablar, investigad sus cualidades y sus defectos, penetrad en el receso de su corazón y de su cerebro; estudiadlo física, moral y espiritualmente; haced psicología, y tendréis ocasión de ver en esa figura escuálida, monótona y a veces repelente, cualidades superiores a las de muchos hombres que se jactan en las plazas, así como veréis en ellos dones adormecidos, semejantes a las minas escondidas en la tierra o al talento envuelto en un pañuelo.

Y si así sucede con el mendigo, el miserable, el andrajoso, con mayor cantidad de razones la parábola se puede aplicar a los grandes, a los poderosos, a los doctos, a los sacerdotes que justamente por llamarse guías de los pueblos, son merecedores de mayor suma de “azotes”.

En la época en que el Señor de las *Minas* y de los *Talentos* exigió de los siervos la primera presentación de cuentas, sólo fueron considerados siervos malos los que habían recibido el mínimo de minas y de talentos, pues los que los habían recibido en mayor número presentaron buenas cuentas. Pero si el Señor viniese ahora a pedirnos cuenta de la nueva emisión de dólares, minas, talentos que esparció por el mundo, seguro que sucedería justamente lo contrario, porque no vemos el trabajo ni el “negocio” de los que recibieron dos, cinco, diez minas y talentos.

Aún más, nos parece que el propio capital, que por los siervos malos de antes fue repuesto del pañuelo o desenterrado, ni este aparecería, pues la época es de “bancarrotas” y de “quiebra fraudulenta”.

De hecho, hace dos mil años el Supremo Señor envió al mundo a su hijo amado y representante, cuya doctrina sabia, consoladora y ungida de amor es la única capaz de salvar a la Humanidad; y ¿que observamos por todas partes?

En la esfera religiosa, como en la esfera científica el dolor, la mala fe y la desfiguración de la Verdad.

El grito de las guerras de 1914 a 1939, con sus consecuencias, llevó la orfandad a los hogares, muchas ciudades fueron arrasadas y la inmoralidad sentó su cátedra en todas partes, desterrando de las almas los principios de fraternidad que Cristo nos legó.

¿Y dónde están las ayudas y los ayudados; los siervos, los talentos y las minas legados en el Evangelio a las generaciones?

Esos siervos perezosos, llenos de preconceptos y temores humanos, por haber ocultado los sustanciosos dictámenes que les fueron donados, para que con ese “capital” ganasen medios de elevarse, pasarán por una penosa existencia de expiación y de tinieblas hasta que, más humildes, más sumisos a la voluntad divina, reciban nuevo talento, con el cual puedan comenzar a preparar su bienestar futuro.

¿Y qué diremos de los hipócritas, de los mercenarios, de los estafadores, de los ladrones que unidos a coro impedían e impiden el dominio de la Ley de Dios, cerrando los Cielos, no entrando y aun impidiendo la entrada a los que desean conocerlo? ¿Qué diremos de los que, sembrando el odio y la disensión al sonar de campanas, de cohetes y de fanfarria, hacen una doctrina personal, sustituyendo a Cristo por la criatura, y diseminan la “fe de los concilios” en vez de la fe en los Preceptos de Cristo? ¿Qué diremos de los sumisos, de los indignos que, teniendo ideas espíritas y estando convencidos de que el Espiritismo es la única doctrina capaz de iniciarnos en el Camino de la Perfección, o por miedo de los “mayorales”, o por miedo del ridículo, niegan su fe, traicionan su conciencia y esconden sus sentimientos?

¿No tendrá el Señor derecho de ordenar a los siervos: conservad muertos a esos suicidas, que se aniquilan a sí mismos; dejadlos en la tumba de la incredulidad que ellos mismos cavarán?

Todos somos hijos de Dios: el Padre reparte por igual sus dádivas entre todos sus hijos; hace salir el Sol para los buenos y malos y hace caer la lluvia para los justos e injustos; pero exige que esas dádivas sean aumentadas por todos. Los que obedecen Sus mandatos tienen el mérito de sus obras; los que desobedecen, el

demérito, y son responsables por la falta de obediencia de sus sagrados deberes.

El dinero no nos fue dado para placeres ni la sabiduría para embrutecernos; así como los dones espirituales no nos fueron concedidos sino para ser provechosos a la Fe, a la Esperanza y a la Caridad.

Si hubiese más siervos y más ayudas les fuesen concedidas, aún no bastarían para emplear mal su tiempo, derrochando la fortuna que les fuera concedida, a ellos, meros depositarios, y de la cual tendrán que rendir severas cuentas.

Tratando, pues de *dones-talentos* materiales y morales, y de siervos dotados con este género de ayuda, no es necesario extendernos en mayores consideraciones. El libro del mundo está abierto y todos pueden leer en él lo que pasa.

Encaremos ahora las parábolas bajo el punto de vista espírita.

Ellas se dirigen justamente a aquellos que tuvieron la felicidad de recibir los talentos y las minas de los conocimientos espíritas.

Ahora, es muy sabido que estos conocimientos cuando, están bien entendidos y bien aplicados, son una fuente perenne de felicidad, y, al contrario, cuando están mal entendidos y mal aplicados, son como flechas de remordimiento clavadas en las conciencias desviadas del bien y de la verdad.

Aquellos que reciben la Doctrina y también los dones espirituales, y los aplican en provecho propio y ajeno, con el fin especial de hacer conocer la Palabra de Dios, son los que recibieron dos y cinco talentos, cinco y diez minas; a la última hora del trabajo, cuando son llamados al ajuste de cuentas, se les dirá: “Siervos buenos y diligentes. Fuisteis fieles en lo poco, también lo seréis en lo mucho; os confiaré lo mucho, entrad en el gozo de vuestro Señor”. O entonces: “Siervo bueno, porque fuiste fiel en lo poco, tendrá autoridad sobre diez ciudades, sobre cinco ciudades, de acuerdo, cada uno, con los talentos y las minas que recibió.”

Aquellos que reciben la Doctrina y los dones espirituales y no los observan, o los aplican mal, perjudicando a la Causa que debían vigilar, son semejantes a los que enterraron el talento y las minas.

A estos dirá el Señor: “Decís que el Señor es exigente y celoso, y, en vez de, al menos, poner el talento o las minas a rendir beneficios en un banco, los escondisteis o los derrochasteis, pues, por vuestra boca yo os juzgaré; entregad inmediatamente las minas y el talento a los que tienen diez y cinco, porque al que tiene, se le dará y tendrá en abundancia, y, al que no tiene, hasta lo que tiene le será quitado.”

PARÁBOLA DE LA SIMIENTE

“El reino de Dios es como un hombre que echa semilla en la tierra. Lo mismo si está dormido como si está despierto, si es de noche como si es de día, la semilla, sin que sepa como, germina, y crece. La tierra por sí misma da el fruto: primero la hierba, luego la espiga, después el grano gordo en la espiga. Y cuando el fruto está maduro, el hombre echa la hoz porque es el tiempo de la cosecha.”

(Marcos, IV, 26-29).

La tierra es un prodigio de fecundidad. Es de ella de donde nos viene el alimento, y, por tanto, el cuerpo; es de ella de donde nos viene la ropa. Todo viene de la tierra; ella produce la hierba, hace brotar la espiga, hace nacer y madurar el fruto; y, lanzada la simiente a la tierra, germina y crece sin saber cómo.

Así es el Reino de los Cielos; traído a la Tierra por el Gran Sembrador, aunque estuviesen los hombres ajenos a las cosas del Cielo y presos a la Tierra, la Palabra de Jesús, que es la simiente del árbol que da frutos de Vida Eterna, lanzada en la oscuridad de Palestina, se transformó, se volvió un nuevo cuerpo lleno de fortaleza, dio la *planta en embrión*, subterránea más perfectamente organizada, cuya raíz se introdujo en el corazón de sus discípulos, y, hendida la tierra productiva, dejó salir el tallo que va creciendo exuberante, saludando a la luz, apareciendo a los ojos de todos, con sus reflejos verdosos de la Esperanza, que anuncia la producción del oxígeno espiritual indispensable para la vida de las almas. Con hojas muy abiertas y flores perfumadas, se muestra el árbol adulto y lozano, tal como fue previsto en el Apocalipsis por el Cantor de Patmos; el árbol que serviría para la cura y vida de los Espíritus.

La fuerza secreta que produce todas las transformaciones orgánicas, también produce las transformaciones psíquicas.

¿Y de dónde viene esa fuerza, ese poder? De Dios. Y, aunque los hombres descuiden sus deberes, así como la simiente se transforma en árbol, la simiente del Reino de Dios se transforma en

reino de Dios por la fuerza del progreso incoercible que domina todas las cosas.

Partiendo del “germen”, la Palabra de Jesús se amplió, se desarrolló, y, por su acción, hizo desarrollar en su pecho, una genealogía entera de entes que, diferentes en la forma y grandeza, van constituyendo y anunciando a todos el Reino de Dios.

Así es la Simiente de la Parábola, que ha pasado por todos los procesos: germinación, crecimiento, floración y fructificación, sin que la Revelación dejase un sólo instante de vivificarla con sus benéficas inspiraciones.

La Revelación es el influjo divino que levanta el movimiento de todos los seres, que los eleva a las cimas de la Espiritualidad. El Reino de Dios, sustituido hasta hace poco por el Reino del Mundo, ya está dando frutos de amor y de verdad, que permanecerán para siempre y transformarán nuestro planeta de un infierno hambriento en estancia feliz, donde las almas encontrarán los elementos de progreso para su ascensión a la felicidad eterna.

PARÁBOLA DE LA CANDELA

“Nadie enciende una candela y la oculta en una vasija o la pone debajo de la cama; la coloca en un candelero para que los que entren vean la luz. Porque nada hay oculto que no sea descubierto, ni secreto que no sea conocido y puesto en claro. Mirad bien cómo escucháis; porque al que tiene se le dará más, y al que no tiene se le quitará aun lo que cree que tiene.”

(Lucas, VIII, 16-18).

“También les dijo: ¿Acaso se trae una candela para ocultarla en una vasija o ponerla debajo de la cama? ¿No es para colocarla en el candelero? Porque nada hay oculto que no sea descubierto, y nada secreto que no sea puesto en claro. El que tenga oídos para oír que oiga. Les decía también: Atención a lo que oís. Con la misma medida con que midáis seréis medidos, y se os dará con creces. Porque al que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.”

(Marcos, IV, 21-25).

La Luz es indispensable para la vida material y para la vida espiritual. Sin luz no hay vida; la vida es luz sea en la esfera física, sea en la esfera psíquica. Si se apagase en Sol, fuente de las luces materiales el mundo dejaría, inmediatamente, de existir. Escóndase la luz de la sabiduría y de la Religión bajo el *modismo* de la mala fe o del preconcepción, y la Humanidad no dará un paso más, quedará estancada debatiéndose en las tinieblas.

Así, pues, tan ridículo es encender una candela y ponerla debajo de la cama, como concebir o recibir un nuevo conocimiento, una nueva verdad y ocultarlos a nuestros semejantes.

Creemos también que no es tan difícil encontrar lo que se escondió porque “no hay cosa oculta que no sea descubierta”. Hoy, mañana, un indicio de claridad denunciará la existencia de la candela que está debajo de la cama o bajo el modismo, ¡y qué desilusión sufrirá el insensato que ahí la colocó!

La recomendación hecha en la parábola es que la luz debe ser puesta en el candelero con el fin de que todos la vean, se iluminen

con ella, o entonces, para que esa luz sea juzgada de acuerdo con su claridad.

“Un mal árbol no puede dar buenos frutos”; y el combustible inferior no da, por la misma razón, buena luz. El árbol se conoce por sus frutos y el combustible por la claridad y la pureza de la luz que da.

La luz del aceite no se puede comparar con la del petróleo, ni esta con la del acetileno; pero todas juntas no se equiparan a la electricidad.

Sea como fuere, es necesario que la luz esté en el candelero, para distinguir una de la otra. De ahí la necesidad del candelero.

En el sentido espiritual, que es justamente en el que Jesús hablaba, todos los que recibieran la Luz de su Doctrina necesitan mostrarla, no esconderla bajo el *modismo* del interés, ni bajo la cama de la hipocresía. Sea débil, mediana o fuerte; ilumine en la proporción del aceite, del petróleo, del acetileno o de la electricidad, el mandamiento es: “Que vuestra luz brille ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras – que son las irradiaciones de esa luz – glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos.”

Tener luz y no dejarla que ilumine, es colocarla bajo el *modismo*; es lo mismo que no tenerla; y aquél que no la tiene y piensa que la tiene, hasta lo que parece tener le será quitado. Por el contrario, “aquél que tiene, más le será dado”, es decir, aquél que utiliza lo que tiene en provecho propio y de sus semejantes, más se le dará. La llama de una vela no disminuye, ni se gasta su combustible por encender cien velas; mientras que estando apagada es necesario que alguien la encienda para aprovechar y hacer provechosa su luz. Una vela encendiendo cien velas, aumenta la claridad, mientras que, encontrándose apagada, mantiene las tinieblas. Y como tenemos la obligación de vigilar, no sólo por nosotros, sino por nuestros semejantes, incurrimos en una gran responsabilidad por el uso de la “medida” que hiciéramos; si damos un dedal no podemos recibir un alqueire. (*)

(*) Alqueire: medida de capacidad usada antiguamente en Portugal y Brasil.- Diccionario CUYÁS Portugués – Español (*Nota del traductor*).

Si damos una octava, no podemos contar con un kilo en restitución, y, si nada damos ¿qué debemos recibir?

La luz no puede permanecer bajo el *modismo*, ni debajo de la cama. La candela, aunque es materia inerte, nos enseña lo que debemos hacer, para que la Palabra de Cristo permanezca en nosotros, podamos dar muchos frutos y seamos sus discípulos.

Así, el fin de la luz es iluminar y el de la sal es conservar y dar sabor. Siendo los discípulos de Jesús luz y sal, es necesario que enseñen, esclarezcan, iluminen, al mismo tiempo que les corresponde conservar el ánimo de sus oyentes, de su prójimo, la santa doctrina del Cariñoso Rabino, valiéndose para eso del espíritu que le da el sabor moral para ingerir ese pan de vida que verdaderamente alimenta y sacia.

Así como la luz que no ilumina y la sal que no conserva, para nada valen, así, también, los que se dicen discípulos de Cristo y no cumplen con sus preceptos no desempeñan la tarea que les está confiada, sólo sirven para ser lanzados fuera de la comunión espiritual y ser pisoteados por los hombres.

La candela bajo el modismo no ilumina; la sal insípida no sala, no conserva ni da sabor.

PARÁBOLA DE LA HIGUERA QUE SE SECÓ

“Al día siguiente, al salir de Betania, Jesús sintió hambre y, viendo desde lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si encontraba algo en ella; pero al llegar sólo encontró hojas, pues no era tiempo de higos. Entonces dijo a la higuera: Nadie coma jamás fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos.”

“Al atardecer, Jesús salió de la ciudad. Al pasar otra vez por la mañana cerca de la higuera, la vieron seca de raíz. Pedro se acordó y dijo a Jesús: ¡Maestro, mira!, la higuera que maldijiste se ha secado.”

(Marcos, XI, 12-14 – 19-21).

Antes de estudiar este pasaje, se presenta ante nosotros una consideración. Esta *higuera* ¿no será la misma que le sirvió de comparación al Maestro para la exposición de su Parábola, cap. XIII, 6 al 9 del Evangelio de Lucas?

Creemos que sí, porque si no, no habría motivo para tan concisa ejecución. Si la misma Parábola de la Higuera Seca enseña la necesidad de cultivo, de concierto, de reparo, de fertilización con abonos, ante toda y cualquier resolución decisiva, ¿cómo, de momento, sin los requisitos preceptuados en esta enseñanza, Jesús decidió fulminar el árbol que se hallaba bien frondoso, bien “copudo”?

Para el lector, ignorante del sentido espiritual de las Escrituras, se presenta otra dificultad con la aparente contradicción entre la narración del texto de Marcos y la de Mateo, es decir: “En el mismo instante se secó la higuera”. (Mateo, XXI, 18 al 22); aquél: “Por la mañana, vieron que la higuera estaba seca hasta la raíz”.

Entretanto, esa contradicción es sólo aparente. Los antiguos, cuando se expresaban sobre la duración de un hecho, de una cosa, de un fenómeno cualquiera, no eran explícitos, como somos nosotros. Por ejemplo, la palabra que traducimos por *eternidad*, quería decir un *tiempo incalculable, indeterminado, de larga duración*. La Escritura habla de *meses de treinta años* en lugar de

meses de treinta días. Existe también la circunstancia de que la *hora de los hebreos* abarcaba, cada una, tres de las nuestras. (1)

Para la expresión “en el mismo instante”, aplicada al tiempo en que la higuera se secó, el período de cinco horas cabe perfectamente, si comprendemos el modo enfático con que fue pronunciada, porque un árbol, aunque se corte por la raíz, no se secará en ese espacio de tiempo.

Naturalmente no era la primera vez que Jesús y sus discípulos veían aquella higuera. Por tres años consecutivos la vieron sin frutos, e incluso después de ser abonada permaneció estéril. De lo que Jesús se aprovechó para demostrar, a los que tenían que ser sus seguidores, el poder del que se hallaba revestido y la gran sabiduría que lo orientaba.

Recordemos también algo interesante. Marcos dice que: “el árbol sólo tenía hojas, porque no era tiempo de higos”. Ahora, esta higuera, forzosamente debía pertenecer al número de aquellos árboles que dan fruto el año entero; tanto más que la parábola habla de cultivo y de abono aplicados a la misma. Si consideramos el clima de aquella región, veremos que es perfectamente admisible nuestra hipótesis. La región fría está casi adscrita al Norte, en las montañas del Líbano. A medida que se desciende hacia Efraín, Manases y Judá, la temperatura sube, y aumenta aún más hacia Saron y en las costas del Mediterráneo, llegando al grado tropical en el Valle del Jordán y en el Mar Muerto. Por esos lugares es por donde se debería encontrar la *higuera*, por ser incluso el terreno más fértil para plantaciones.

La *higuera*, aparentemente, estaría bien situada. ¿Por qué no daba frutos? Abonos no le faltaron, cuidados no le fueron negados. ¿Por qué sería que sólo le vieron tronco, retoños y hojas?

Con seguridad, aquél lugar donde se hallaba la *higuera* era improductivo, e improductivo hasta tal punto que ni los abonos vencían su esterilidad.

(1) Ver: Interpretación Sintética del Apocalipsis.

O entonces la simiente estaba “seca, vacía”, o era de fondo estéril, haciéndose inútiles todos los cuidados.

Sea como fuere, la enseñanza de Jesús es muy significativa, por haber escogido un árbol, a fin de grabar mejor en el ánimo de sus discípulos la lección que les quería transmitir, así como a las generaciones que deberían estudiar en los Evangelios la Verdad que orienta y salva.

Es instructivo porque, habiendo tomado el Maestro por punto de comparación una higuera, dejó bien claro que la Ley de Dios, extendiéndose por toda la creación y siendo eterna, irrevocable, tiene acción tanto sobre los árboles y los animales, como sobre las criaturas humanas.

Esa Ley, que rige en la higuera la producción de los frutos, es la misma que rige en los hombres la producción de las buenas obras.

Un árbol sin frutos es un árbol inútil, estéril, que no trabaja. Un alma sin virtudes es también semejante a la higuera, en la cual Jesús no encuentra frutos.

Existen, por tanto, frutos de árboles y frutos de almas; frutos que alimentan cuerpos y frutos que alimentan espíritus; todos son frutos indispensables para la vida, tanto los de los cuerpos, como los de las almas.

La higuera, por no tener frutos, secó, sin embargo, tenía buena raíz, un tronco bien formado, retoños bien ramificados y una copa frondosa.

Así también es el espíritu, el hombre, la mujer, y hasta las criaturas sin buenos sentimientos, sin virtudes divinas, sin acciones caritativas, generosas, celestiales, aunque estén vestidos de seda, bordados de brillantes, relumbrantes de oro, han de sufrir forzosamente las mismas consecuencias ocurridas con la higuera que, por no dar frutos, se secó a la autoridad de la Palabra de Jesús.

De esta explicación resulta la necesidad de practicar siempre buenas obras, y, en nuestros corazones, hacer provisión de las Enseñanzas Celestiales, para que el Verbo de Dios se traduzca por generosas acciones.

Entretanto, la Palabra de Dios no es sólo moral, es también sabiduría; y si analizamos por este lado el hecho de la higuera, llegaremos a la conclusión de que la Palabra de Jesús no era simple palabra, sino también acción.

Jesús, durante su misión terrena, fue siempre acompañado de una gran falange de Espíritus que ejecutaban sus órdenes. Cuando Jesús dijo a la higuera: “nunca jamás coma alguien fruto de ti”, algunos de esos Espíritus, con el poder del que disponían, hicieron que se secara la higuera, así como nosotros lo haríamos quemando su tronco.

El centurión, en cuya casa Jesús curó, a distancia, a un siervo que estaba paralítico, comprendió bien el poder de Jesús y por cierto sabía de los auxiliares que con Él actuaban, cuando dijo: “Yo también tengo soldados a mis órdenes, y digo a uno: ve allí, y él va; a otro: ven acá, y él viene; a mi criado: haz esto, y él lo hace.”

Con eso, el centurión había hecho ver a Jesús que conocía su poder, el ejército que lo acompañaba y los criados listos para ejecutar sus órdenes.

PARÁBOLA DEL CIEGO QUE GUÍA A OTRO CIEGO

“¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?

(Lucas, VI, 39).

“Entonces los discípulos se le acercaron y le dijeron: ¿Sabes que los fariseos, al oír tus palabras, se han escandalizado? Él respondió: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz. Dejadlos. Son ciegos, guías de ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo.”

(Mateo, XV, 12-14).

Existen ciegos del cuerpo y ciegos del espíritu, y si horrible es la ceguera del cuerpo, mil veces peor es la del espíritu. Entretanto, es muy difícil, o casi imposible encontrarse a un ciego guiando a otro ciego, mientras que, en lo que se refiere a las cosas del Espíritu, vemos por otra parte, ciegos que guían ciegos.

Cualquier hombre, por haber frecuentado un seminario y haber vestido una sotana, ya se cree con bastante capacidad para ser guía de ciegos.

Nunca se vio a un ciego formado en el Instituto de Ciegos salir a la calle guiando ciegos, pero se ven, todos los días, ciegos mil veces más ciegos que los primeros, salidos del “Instituto de la Ceguera”, guiando a multitud de ciegos que encuentran el “hoyo” de la tumba y en él caen junto con sus guías.

Pero pasemos a la comparación: es triste ver en este mundo a un ciego caminando sólo, o un ciego guiando a otro ciego, si eso fuese posible.

¿Qué le sucede al ciego que camina sin guía? Tropieza aquí, se tambalea allí, cae acá; resbala, se hiere, hasta que un alma caritativa lo tome de la mano y lo conduzca a casa.

La misma suerte le está reservada a los ciegos que guían ciegos; tanto unos, como otros, pasan por los mismos tormentos.

Imagínese ahora a un “ciego de espíritu” caminando sólo: un materialista, ciego voluntario, al llegar al Mundo Espiritual. ¿Cómo podrá caminar él? Este hombre no procuró estudiar el Mundo Espiritual, ni siquiera creía en la Otra Vida: ignora la significación de las palabras *inmortalidad, eternidad, Dios*.

¿Qué le ocurrirá a este ciego al pasar las barreras de la tumba? ¿Qué le sucederá a este Espíritu al verse en un mundo completamente extraño?

Imaginemos, ahora, a un ciego de espíritu conduciendo a una multitud de ciegos de la misma naturaleza, como les ocurre a los guías de las religiones que tienen tarifas. Imaginemos a esos ciegos ofreciéndose en el mundo espiritual. ¿Qué sería de todos ellos? Son ciegos, el mundo donde entraron para ellos es desconocido.

¿Cómo se arreglarán esos ciegos, cuando entren en un mundo cuya existencia negaron, absortos que estaban en las ilusiones de un Cielo de beatífica contemplación, de un Purgatorio de fuego y un Infierno de llamas?

Decididamente, nadie puede saber sin aprender, nadie puede aprender sin estudiar, así como nadie puede ver, siendo ciego.

La parábola de Jesús cabe a todos aquellos que hacen de la fe un bloque de carbón y se someten al “magíster dixit”, sin análisis, sin estudio y sin examen.

Un ciego no puede guiar a otro ciego; un ignorante del mundo espiritual no puede guiar a las almas que para allí se encaminan.

Esta parábola, que hace alusión al sacerdocio hebreo, puede referirse hoy al sacerdocio romano y protestante, así como a los materialistas, modernos saduceos que lo niegan todo.

PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

“Se levantó entonces un doctor de la ley y le dijo para tentarlo: Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella? Él le contestó: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo. Jesús le dijo: Has respondido muy bien; haz eso y vivirás. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Quién es mi prójimo? Jesús respondió: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó entre ladrones, que le robaron todo lo que llevaba, le hirieron gravemente y se fueron dejándolo medio muerto. Un sacerdote bajaba por aquél camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Igualmente un levita, que pasaba por allí, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Pero llegó un samaritano, que iba de viaje, y, al verlo, se compadeció de él; se acercó, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó unos dineros y se los dio al posadero, diciendo: Cuida de él, y lo que gastes demás yo te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Y él contestó: El que se compadeció de él. Jesús le dijo: Ve y haz tu lo mismo.”

(Lucas, X, 25-37).

Si examinamos atentamente la Doctrina de Jesús, veremos en todos sus principios la exaltación de la humildad y la humillación del orgullo.

Las personalidades más impresionantes y significativas de sus parábolas son siempre los pequeños, los humildes, los repudiados por las sectas dominantes, los excomulgados por la furia y el odio sacerdotal, los acusados por los doctores de la Ley, por los rabinos, por los fariseos y escribas del pueblo, en suma, los llamados herejes e incrédulos. Todos estos son los preferidos de Jesús, y juzgados más dignos del Reino de los Cielos que los potentados de su época, que los sacerdotes administradores de la Ley, que los grandes, los orgullosos y los representantes de la alta sociedad.

Lean el pasaje de la “mujer adúltera”, la Parábola del Publicano y del Fariseo, la del Hijo Pródigo, la de la Oveja Perdida,

la del Administrador Infiel, la del Rico y Lázaro; vean el encuentro de Jesús con Zaqueo, o con María de Betania, que le ungió los pies; las Parábolas del Grano de Mostaza en contraposición a la de la frondosa Higuera Sin Frutos, y la del Tesoro Escondido en contraposición a la de los tesoros terrenos y de las ricas pedrerías que adornaban a los sacerdotes.

Esta afirmación se confirma con esta sentencia del Maestro a los fariseos y doctores de la Ley: “En verdad os digo que las meretrices y los pecadores os precederán en el Reino de los Cielos.”

¿Y para qué mejor testimonio de esta verdad, que aparece a la vista de todos los que comprenden el Evangelio en espíritus, que esta Parábola del buen Samaritano?

Los samaritanos eran considerados herejes a los ojos de los judíos ortodoxos; por eso mismo eran despreciados, anatematizados y perseguidos.

Pues bien, ese que, según la afirmación de los sacerdotes, era un incrédulo, un condenado, fue justamente el que Jesús escogió como figura preeminente de su Parábola. Lo más interesante, también, es que la referida parábola fue propuesta a un Doctor de la Ley, a un judío de la alta sociedad que, para tentar al Maestro, fue a interrogarlo a respecto de la *vida eterna*.

¡El judío doctor no ignoraba los mandamientos, y cómo los podía ignorar si era doctor! Pero, con seguridad, no los practicaba. Conocía la teoría, pero desconocía la práctica. El amor de toda el alma, de todo el corazón, de todo el entendimiento y de toda la fuerza que el doctor Judío conocía, no era aún bastante para hacerlo cumplir sus deberes para con Dios y el prójimo.

Amaba, como amaban los fariseos, como los escribas aman y como aman los sacerdotes actuales, los padres contemporáneos y los doctores de la ley de nuestros días. Era un amor muy diferente y quizá opuesto al que preconizó el Hijo de Dios.

Es el amor del *sacerdote*, que, viendo al pobre herido, desnudo y apaleado, casi muerto, pasó de largo; es el amor del *levita* (padre también de la Tribu de Leví), que, viendo caído, ensangrentado, desnudo y jadeante a la orilla del camino, por donde

pasaba, a un pobre hombre, también pasó de largo; es el amor del egoísta, el amor de los que no comprenden aún lo que es el amor; es el amor del sectario fanático que ama la despreocupación pero no ama la realidad.

Destacando en su Parábola esas personalidades poderosas de su época, y cuyo ejemplo es fielmente imitado por el sacerdocio actual, Jesús quiso hacer ver a los que leyese su Evangelio que la santidad de esa gente no llega al mínimo del Reino de los Cielos, mientras que los excomulgados por las Iglesias, que practican el bien, se hallan en el camino de la *vida eterna*.

De hecho, ¿quién es mi prójimo, sino el que necesita de mis servicios, de mi palabra, de mis cuidados y de mi protección?

No es necesario ser cristiano para saber esto que el propio Doctor de la Ley afirmó en respuesta a la interpelación de Jesús: “El prójimo del herido fue aquél que utilizó misericordia para con él”. A lo que Jesús dice, para enseñarle lo que necesitaba hacer a fin de heredar la *vida eterna*: “Ve y haz tú lo mismo”.

Lo que equivale a decir: No basta, ni es necesario ser Doctor de la Ley, ni sacerdote, ni fariseo, ni católico, ni protestante, ni asistir a cultos o cumplir mandamientos de esta o de aquella Iglesia, para tener la *vida eterna*; basta tener corazón, alma y cerebro, es decir, tener amor, porque el que verdaderamente tiene amor, ha de auxiliar a su prójimo con todo lo que le sea posible auxiliar: sea con dinero, sea moralmente enseñando a los que no saben, espiritualmente prodigando afectos y recorriendo a los ojos del prójimo las cortinas de la *vida eterna*, donde el espíritu sobrevive al cuerpo, donde la vida sucede a la muerte, donde la Palabra de Jesús triunfa de los preceptos y preconceptos sacerdotales.

*

Finalmente, la Parábola del Buen Samaritano se refiere verdaderamente a Jesús; el viajante herido es la Humanidad saqueada de sus bienes espirituales y de su libertad, por los poderosos del mundo; el sacerdote y el levita significan los padres

de las religiones que, en vez de tratar de los intereses de la colectividad, tratan de los intereses dogmáticos y del culto de sus Iglesias; el samaritano que se acercó y vendó las heridas, poniendo en ellas aceite y vino, es Jesucristo. El aceite es el símbolo de la fe, el combustible que debe arder en esa lámpara que da claridad para la Vida Eterna – su Doctrina; el vino es la savia de la vida, es el espíritu de su Palabra; los dos denarios dados al hospedero para cuidar al enfermo, son: la caridad y la sabiduría; lo que gastara demás el “enfermero”, se resume en la abnegación, en los cuidados, en la paciencia, en la dedicación, cuyos hechos serán todos recompensados. En fin, el hospedero representa a los que recibieron sus enseñanzas y los “denarios” para cuidar del “viajero herido y saqueado.”

PARÁBOLA DEL AMIGO INOPORTUNO

“Suponed que uno de vosotros tiene un amigo que acude a él a media noche y le dice: Amigo, préstame tres panes, pues un amigo mío ha venido de viaje a mi casa y no tengo qué darle; y que él le responde desde dentro: No me molestes; la puerta está cerrada, y yo y mis hijos acostados; no puedo levantarme a dártelos. Yo os aseguro que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos para que deje de molestarle se levantará y le dará todo lo que necesite. Pues bien, yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque el que pide recibe; el que busca encuentra, y al que llama se le abre. ¿Qué padre de entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará en lugar de un pez una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden?”

(Lucas, XI, 5-13).

En la Tierra se ve mucha maldad, pero al lado de esta se distinguen muchas acciones nobles y generosas, principalmente entre amigos, cuyos sentimientos y aptitudes constituyen lazos de unión y de simpatía. El hombre puede no ser bueno para con un adversario, un enemigo, un desconocido. Pero, cuando se trata de un amigo, incluso de esa amistad que el mundo conoce, sin hablar de la verdadera amistad que es cosa rara en esta Tierra de engaños y apariencias, cuando se trata de un amigo o de un conocido que nos sea simpático, estamos listos para servirlo, sea de día, sea de noche, sea por ser amigo, sea para no ser importunados.

De modo que, si un amigo llama a nuestra puerta a media noche para pedirnos tres panes, y si tenemos los tres panes, nos levantamos, servimos al amigo y volvemos a nuestro lecho, para que no esté el amigo llamando media hora a nuestra puerta repitiendo diez o veinte veces la petición de tres panes, perturbando el sueño y la tranquilidad de nuestra familia. Con esta alegoría Jesús quiso demostrarnos la necesidad de la oración, aunque la repitamos muchas veces y a cualquier hora.

Nos hizo ver así que, siendo Dios todo solícito para con sus criaturas, obrará con más presteza proveyéndonos de lo que es bueno en cualquier lugar en que estemos y en cualquier momento en que le dirijamos nuestra llamada. Siendo la bondad divina infinitamente superior a la bondad de cualquiera de nuestros amigos, si contamos con la respuesta favorable de estos en nuestras necesidades, claro está que, si creemos en Dios, con más fuerte razón deberemos creer en su bondad y en su misericordia.

Jesús, para exaltar mejor la imaginación de sus discípulos y hacerles comprender la acción de la oración, tras haberles enseñado el modo de orar, creyó que era bueno hacer la exposición de la parábola comenzando la comparación con los *amigos* y concluyéndola con los *panes*.

¿"Cuál es el padre, – preguntó el Maestro, – capaz de dar una serpiente al hijo que le pide un pez? ¿Cuál es el padre capaz de dar un escorpión al hijo que le pide un huevo?"

Y añadió: "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, cuanto más vuestro Padre celestial, que dará un buen Espíritu a los que lo pidieran."

Ya en el tiempo de Jesús, incluso entre sus discípulos, la superstición del Diablo, no extraño sofocaba la predominación que los Espíritus buenos tenían, mayormente cuando eran llamados para un acto de caridad o de ciencia.

Los fariseos, como ocurre con los sacerdotes de hoy, decían que todos los hechos extraordinarios que la acción de Jesús causaba, eran oriundos de Belcebú, príncipe de los demonios, tal como se puede verificar en los versos siguientes del capítulo que estamos estudiando.

Los discípulos, como dijimos, también se hallaban impregnados de esa creencia blasfema, que habían heredado de sus padres carnales.

Jesús, que vino a la Tierra para anunciar la Palabra del Dios de Amor, no podía dejar de combatir el error en el que se encontraban aquellos que más tarde tendrían que suministrar a los hombres su Doctrina de Perdón y de Caridad.

La parábola del amigo inoportuno es, pues, la excelente parábola en que el *Espíritu* bueno tiene su primacía.

Está claro que, si nuestro padre es capaz de darnos una serpiente cuando le pedimos un pez, Dios, que es nuestro Padre Espiritual, no nos puede dar un *Espíritu ignorante, atrasado*, cuando le pedimos un *Espíritu bueno*.

PARÁBOLA DEL AVARO

“Las fincas de un hombre rico dieron una gran cosecha. Y él pensó: ¿Qué haré, pues no tengo donde almacenar mis cosechas? Y se dijo: Destruiré mis graneros, los ampliaré y meteré en ellos todas mis cosechas y mis bienes. Luego me diré: Tienes muchos bienes almacenados para largos años; descansa, come, bebe y pásalo bien. Pero Dios le dijo: ¡Insensato, esta misma noche morirás!; ¿para quién será lo que has acumulado? Así sucederá al que amontona riquezas para sí y no es rico a los ojos de Dios.”

(Lucas, XII, 16-21).

Cuanto más se aproximaba el tiempo del cumplimiento de la Misión del Divino Mesías, Él más intensificaba su trabajo de divulgación de la Doctrina de la que había sido encargado, por el Supremo Señor, de traerla a la Tierra.

Los escribas y fariseos ya hacían planes siniestros para acabar con la vida del Hijo del Hombre, cuando el Maestro Excelente inició la exposición de las imaginativas parábolas que constituyen uno de los más elocuentes capítulos del Nuevo Testamento.

La Parábola del Avaro es una síntesis maravillosa del trágico fin de todos aquellos que no ven la felicidad si no es en el dinero y se constituyen en sus esclavos incondicionales. Para esa gente, habiendo dinero, hay de todo. Peligra la familia, se tambalea la sociedad, se arrastra el mendigo por las vías públicas avergonzado y descompuesto, llora y solloce el afligido, grito de dolores el enfermo miserable o inválido sin pan y sin hogar, nada conmueve a esos corazones de piedra, nada les disuade, nada consigue cambiarles o desviarles la vista de “sus frutos”, de sus graneros, de su oro.

Son hombres inhumanos, *sin alma*; por lo menos ignoran la existencia, en sí mismos, de ese principio inmortal que debe constituir, para todos, el principal objeto de cuidados y de cariño.

La avaricia es la víspera de la mendicidad, es decir, el factor de la miseria.

¡Cuántos miserables deambulan por las plazas, implorando el óbolo y que, incluso en esta existencia, fueron ricos, tuvieron grandezas, grandes y rebosantes graneros!

¡Cuántos parias se arrastran por las calles, llamando de puerta en puerta, implorando “una limosna por el amor de Dios”!

¿Cuál es el origen de esa penosa situación que atraviesa, cuál es la causa de esos sufrimientos? ¡La avaricia! ¡Ricos de dinero, eran pobres para con Dios, porque, aunque no les faltase tiempo, nunca se dedicaron a Dios, nunca procuraron su Ley, nunca investigaron el propio interior en busca de algo que existe, que siente, que quiere y que no quiere, que ama y que odia, que ve el pasado, que, al menos, teme el futuro; nunca buscaron saber si esa centella de inteligencia que les da tanto amor al oro, tanta ganancia por los lucros terrenos podrá, quizá, sobrevivir a ese cuerpo que, de un momento a otro, caerá exánime, para ser entregado al banquete de los gusanos!

¡Lo que valen las riquezas efímeras, sombras de felicidad que se desvanecen, humo de grandezas que desaparecen a primera vista de una enfermedad mortal! ¡Lo que valen los graneros repletos en presencia del “ladrón de la muerte”, que llega en el momento más inesperado, y, hasta, cuando nos creemos en plena juventud y con óptima salud!

¡Miseros avarientos de los bienes que Dios os confió! ¿Pensáis, acaso, que no tendréis que prestar al Señor severas cuentas de ese depósito? ¿Pensáis que ellos han de permanecer con vosotros y servirán para multiplicar cada vez más vuestra fortuna? ¡En verdad os digo que vuestro oro se convertirá en brasas para quemar vuestra conciencia! ¡En verdad os digo que él se transformará en obstáculos y cadenas, resultantes de la acción nefasta que ejercisteis en detrimento de los que tenían hambre, de los que tenían ser, de los enfermos despreciados, de los pobres trabajadores de quien explotasteis el trabajo!

¡Ricos! ¡Poned en movimiento ese talento que el Señor os concedió! ¡Ganad amigos con ese tesoro de la iniquidad, para que ellos os ayuden a entrar en los tabernáculos eternos! ¡Haced el bien;

socorred al pobre; amparad al huérfano; auxiliar a la viuda necesitada; curad al enfermo, como si él fuese vuestro hermano o vuestro hijo; pagad con generosidad al trabajador que está a vuestro servicio! Haced más: comprad libros y aprovechad los momentos de ocio para instruíos, porque un rico ignorante es como un asno con montura dorada. ¡Ilustrad a vuestro Espíritu; haced para vosotros, tesoros y graneros en los Cielos, donde los gusanos no llegan, los ladrones no alcanzan y la muerte no entra!

¡Recordad la Parábola del Avaro, cuya alma, en la misma noche que edificaba castillos en el aire, fue llamado por el Señor!

PARÁBOLA DEL SIERVO VIGILANTE

“Estad preparados y tened encendidas vuestras lámparas. Sed como los criados que esperan a su amo de retorno de las bodas para abrirle tan pronto como llegue y llame. ¡Dichosos los criados a quienes el amo encuentra en vela a su llegada! Os aseguro que los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirlos él mismo. Si llega a medianoche o de madrugada y los encuentra así, ¡dichosos ellos! Tened en cuenta que si el amo de casa supiera a qué hora iba a venir el ladrón, estaría en guardia y no dejaría que asaltaran su casa. Estad preparados también vosotros, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre.”

(Lucas, XII, 35-40).

En la esfera espiritual, como en la material, la cualidad indispensable del siervo es ser vigilante.

Siervo vigilante es el que trata con celo los menesteres que le son afectos, correspondiendo, como debe, al salario por el cual se ajustó, y satisfaciendo, al mismo tiempo, las órdenes que recibe de su señor.

La desidia en el trabajo, no sólo rebaja la reputación del operario, sino que también lesiona los intereses de sus superiores.

El buen siervo, que trabaja en las cosas referentes al Espíritu, no tiene tiempo para reclinarse en el lecho y, con la lámpara apagada, dormir el buen sueño, olvidando los trabajos que le son afectos.

Él necesita, con el cinto ceñido y la lámpara encendida, vigilante, aguardar que el Señor llame a la puerta.

Ninguno de los siervos sabe en qué vigilia llegará el Señor, si en la segunda, si en la tercera; y la llegada del Señor es tan segura, como la caída de las lluvias a la tierra, como el cambio del día por la noche, como el calor, como el frío, como los vientos, como la vuelta de los cometas, como el brillo de las estrellas.

En lenguaje evangélico, siervo vigilante es el que estudia, es el que investiga, y, con la lámpara encendida, es decir, con el entendimiento aclarado por la comprensión de los hechos que observó y de los estudios que hizo, ilumina a los que están próximos a él, enseñándoles el camino que va a Dios, que no puede ser otro que el de la caridad, bien comprendida, como enseña el Espiritismo.

PARÁBOLA DE LOS PRIMEROS LUGARES

“Jesús, al observar que los invitados escogían los primeros puestos, les dijo esta parábola: Cuando alguien te invite a una boda, no te pongas en el primer asiento, no sea que haya otro invitado más honorable que tú, venga el que te invitó y te diga: Cede el sitio a este, y entonces tengas que ir avergonzado a ocupar el último puesto, y así, cuando venga el que te invitó, te dirá: Amigo, sube más arriba. Entonces te verás honrado ante todos los comensales. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.”

(Lucas, XIV, 7-11).

Es costumbre de los orgullosos, que quieren ostentar grandeza, ocupar en la sociedad las posiciones más distinguidas; quieren destacar para atraer atenciones.

Jesús, que acostumbraba a frecuentar ciertas reuniones en ocasiones que creía apropiadas, para estudiar el carácter y la psicología de las gentes, antes de proponer a sus discípulos la Parábola de la Gran Cena, creyó que sería bueno enseñarles que, incluso como convidados de ese “banquete espiritual”, no deberían disputar por los *primeros lugares*, posiciones inadecuadas a los que deben observar estrictamente la humildad, único medio de exaltación y de conquista de mérito.

Para Jesús no tienen ningún valor los que se destacan pomposamente en los primeros lugares y practican todas las obras que aparentemente son buenas, para ser visto por los hombres; los que aumentan sus filacterias, alargan sus adornos, y les gusta el primer lugar en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas, de los saludos en las plazas públicas y de ser llamados maestros.

El invitado de la “gran cena” debe ser sobrio, modesto, prudente, recatado, lleno de buena voluntad, laborioso, y, en vez de recostarse cómodamente en el primer lugar que encuentra vacío alrededor de la mesa del banquete, debe hacerse como el siervo que,

después de examinar bien los entremeses, sirve equitativamente a los convidados, según el paladar de cada uno de ellos.

“La silla de Moisés”, el estudiante del Evangelio ya lo sabe, no debe ser ocupada por los nuevos convidados de la “gran cena”, para que no les sea aplicado el escrito condenatorio pronunciado por el Maestro contra los escribas y fariseos. (Mateo, XXIII.)

La sentencia del Maestro “El que se ensalza será humillado; pero el que se humilla será ensalzado”, tiene estricta aplicación a todos los que ya recibieron la Palabra de Jesús en espíritu y verdad.

En la Parábola del Buen Siervo está escrita la obligación de los que desean los “primeros lugares espirituales”. No es por ocupar los “*primeros lugares en la sociedad*” que los obtendremos. Nadie piense recorrer las cimas de la gloria, sin haber prestado sus servicios a la causa de la Verdad, sin haber experimentado, para tal fin, pruebas difíciles de vencer, sin haber triunfado en las luchas, sin haber vencido al mundo con sus engañosas ilusiones.

Los primeros lugares espirituales no son aquellos en los que somos honrados, sino aquellos en los que nos colocamos para honrar; no son aquellos en los que somos servidos, sino en los que nos dan la oportunidad de servir. “El hijo del Hombre no vino al mundo para ser servido, sino para servir.”

La Parábola de Jotan, pronunciada en el crimen de Gerizin, para exhortar al pueblo Shechen, puede ser repetida hoy a los que conquistan las glorias y quieren naturalmente obtener aquellas que no pasan como la flor de la hierba:

LOS ÁRBOLES QUE ESCOGEN UN REY

(Traducción libre)

Cierta vez los árboles decidieron escoger un rey. Unieron sus voces y le dijeron al olivo: reina sobre nosotros. El olivo respondió: ¿abandonaré, acaso, mi grosor, que se utiliza para honrar a los dioses y a los hombres, para reinar sobre los árboles?

Los árboles se volvieron para la higuera y le dijeron: Ven, entonces, tú, y reina sobre nosotros. Pero la higuera respondió:

¿Abandonaré, acaso, mi dulzor y las demás cualidades que poseo para reinar sobre los árboles?

En vista de la negativa, los árboles se congregaron alrededor de la vid y le dijeron: Ven tú, y reina sobre nosotros. La vid también se negó, diciendo: ¿he de dejar mi jugo que alegra a los dioses y a los hombres, para dominar sobre los árboles?

Entonces los árboles se volvieron para el espinar, y le dijeron: Ven tú y reina sobre nosotros. A lo que el espinar respondió: Si vosotros, en verdad, me proclamáis vuestro rey, venid y refugiaos debajo de mi sombra; pero, si no, del espinar saldrá fuego que devorará los cedros del Líbano.

*

Este apólogo, que encierra profundas enseñanzas bajo el velo de la letra, deja ver bien claro que nuestros deberes espirituales para con los hombres, y para con Dios, no deben ser sustituidos por cualquier oferta que nos hagan, aunque aparenten que ellas son con fines de interés público o parezcan con miras de glorias espirituales.

PARÁBOLA DEL GRAN BANQUETE

“Un hombre daba un gran banquete e invitó a muchos. A la hora del banquete mandó a sus criados a decir a sus invitados: Venid, que ya está preparado el banquete. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado un campo y necesito ir a verlo; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco pares de bueyes y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Un tercero dijo: Me he casado y no puedo ir. El criado regresó y se lo contó a su amo. El amo, irritado, dijo a su criado: Sal de prisa a las plazas y a las calles de la ciudad y trae a los pobres y a los inválidos, a los ciegos y a los cojos. El criado dijo: Señor, he hecho lo que me mandaste y todavía hay sitio. El amo le dijo: Sal por los caminos y cercados, y obliga a la gente a entrar para que se llene la casa. Pues os digo que ninguno de los invitados probará mi banquete.”

(Lucas, XIV, 16-24).

El apego al mundo y a las cosas del mundo priva al hombre de las bendiciones de Dios.

Cierta vez, encontrando Jesús a un joven de carácter y rico, que observaba todos los mandamientos, pero no observaba el principal que se refiere al desapego a las cosas del mundo, dijo: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico se salve.”

El hombre superior, el Espíritu evolucionado, jamás prefiere los bienes de la Tierra en perjuicio de los bienes del Cielo, porque sabe que aquellos se extinguen y estos permanecerán para siempre.

No hay campo, no hay bueyes, no hay casamiento, capaces de desviar al hombre de bien de sus deberes espirituales.

Él sabe atender con solicitud a todas las llamadas de lo Alto, aunque se arruinen los campos, los bueyes sin probar y se demore el casamiento.

Lo contrario sucede con el hombre del mundo: preso a los negocios, a las diversiones, a la ganancia loca, se olvida de sus deberes para con Dios, de sus deberes para con su prójimo, de sus

deberes para consigo mismo, es decir, de los deberes espirituales que tiene que realizar en el mundo.

En esta parábola Jesús hace alusión a sus propias prédicas, que son el banquete espiritual; la diversidad de enseñanzas sistematizando la bella y excelente Doctrina Cristiana, son los “platos” variados de la gran mesa en la que todos pueden hartarse, para no sentir más el hambre de saber.

Los convidados fueron los grandes, los potentados, los hacendados, que se negaron a oír la Palabra del Reino de Dios, que no quisieron comparecer a ese banquete celestial.

Estos son los excluidos de las bendiciones del Cielo, porque las rechazaron, prefiriendo los goces del mundo.

Los pobres, los cojos, los estropeados y los ciegos son los que no tienen campos, no tienen bueyes para probarlos, ni casamiento para privarlo de comparecer al banquete. Son los desheredados de las mundanas glorias, de las mundanas pompas, de los bienes mundanos y los que consideran a los llamados del Cielo superiores a los llamados de la Tierra.

De hecho, la Palabra de Jesús, excluye todas las honras, etiquetas y preconceptos terrenos. Para que lleguemos a Él necesitamos compararnos a un niño que no tiene ideas preconcebidas, que no tiene campos, bueyes, casamientos, porque la Palabra de Jesús es superior a todo y requiere de nosotros el máximo respeto, la máxima consideración y el mayor acatamiento.

Y esa palabra no pasó. La mesa continua llena de manjares variados, capaces de satisfacer los más exigentes paladares, así como los grandes del mundo, los propietarios de campos y de bueyes continúan negándose a comparecer a tan atento convite.

La Parábola es la figura de lo que sucede en la época del nacimiento del Cristianismo, y es la figura de lo que ocurre en nuestros tiempos: los “importantes” de este mundo no quieren responder a la llamada que se les hace, por eso los pequeños y desheredados llenan la mesa, aunque, como dice el criado encargado del convite: “aún hay sitio para los que quisieran comparecer”.

El Cristianismo, en su complemento espírita, realiza nuevamente ese llamado, y estamos seguros de que todas las ovejas que formaron el único rebaño del supremo Pastor oirán las incesantes llamadas que les están siendo hechas, y corresponderán, con solicitud y buena voluntad, a los divinos convites que parten de todos los rincones del mundo.

PARÁBOLA DEL DRACMA PERDIDO

“¿Qué mujer que tenga diez dracmas, si pierda uno, no enciende una luz y barre la casa y lo busca cuidadosamente hasta encontrarlo? Y cuando lo encuentra, llama a sus amigas y vecinas y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado el dracma que había perdido. Os digo que así se alegrarán los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.”

(Lucas, XV, 8-10).

El principal propósito de Jesús, durante toda su existencia en la Tierra, fue demostrar a los hombres la Inmortalidad del Alma, la vida Eterna, la bondad, la misericordia, la solitud de ese Dios, que Él anunciaba, para con todas sus criaturas.

El Maestro nunca exigió de sus discípulos holocaustos y sacrificios. Lo que Él quería era que lo amasen, que creyesen en su Palabra y confiaran en el Padre, que Él había venido a anunciar, Padre creador y vigilante de toda su creación, de todas sus obras; que viste a los lirios y a las azucenas, y alimenta a los pajarillos; que busca a la oveja pérdida; que recibe al hijo pródigo, y que siente gran alegría cuando uno de sus hijos se vuelve para Él y le solicita los beneficios que necesita para su ascensión espiritual.

Para grabar bien sus enseñanzas en la imaginación de sus oyentes, el Maestro amoroso, siempre que se le ofrecía ocasión, hacía comparaciones sirviéndose de hechos que se comprobaban todos los días, exaltando así los impecables atributos de Dios.

La Parábola del Dracma Perdido, que no deja de ser un simple período, en que Jesús reunió a las exhortaciones que hizo cierta vez a los publicanos y pecadores, Él compara la alegría que hay en el Mundo Espiritual, en la presencia de los Mentores, cuando un pecador se arrepiente, con la alegría que tiene una mujer al encontrar 315 reales (un dracma*), que había perdido.

(*) Actualmente, el *dracma* es la unidad monetaria de Grecia, dividida en 100 *kepta* y cotizada a 30 por dólar (1968).

Y hace ver que, de la misma forma que la mujer, al perder el dracma, enciende la luz, barre la casa y lo busca cuidadosamente hasta encontrarlo, también Dios emplea todos los medios que sabiamente sugiere a los Espíritus sus Mensajeros para encontrar *su dracma*, es decir, el pecador que se perdió, a fin de ser él llevado a la casa paterna.

El Dios de Jesús, como se ve, es el Dios sabio y benevolente, el Dios amoroso y caritativo, y no el “Dios” pródigo, ocioso, vengativo y malo, enseñado por las religiones humanas, por los sacerdotes.

Esto es lo que quiere la parábola: exaltar la bondad y el amor de Dios, que despierta en nosotros principios de sabiduría, para aproximarnos al Supremo Señor.

PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

“Un hombre tenía dos hijos. Y el menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y el padre les repartió la herencia. A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano y allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida. Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Entonces, reflexionando, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros. Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos. El hijo comenzó a decir: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Sacad inmediatamente el traje mejor y ponédselo; poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies. Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron todos a festejarlo. El hijo mayor estaba en el campo y, al volver y acercarse a la casa, oyó la música y los bailes. Llamó a uno de los criados y le preguntó qué significaba aquello. Y este le contestó: Que ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano. Él se enfadó y no quiso entrar. Su padre salió y se puso a convencerlo. Él contestó a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me has dado ni un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. ¡Ahora llega ese hijo tuyo, que se ha gastado toda su fortuna con malas mujeres, y tú le matas el ternero cebado! El padre le respondió: ¡Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo! En cambio, tu hermano, que estaba muerto, , ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado.”

(Lucas, XV, 11-32).

Esta Parábola imaginativa relatada por el Evangelista Lucas es la dulce y melodiosa Palabra de Jesús, diciendo a los hombres de la bondad sin límites, de la caridad infinita de Dios.

Ambas individualidades, que representan al Hijo Obediente y al Hijo Desobediente simbolizan a la Humanidad terrestre.

El Padre de aquellos hijos, simboliza a Dios.

Una pequeña, pequeñísima parte de la Humanidad personificada en el Hijo Obediente, se esfuerza por guardar la Ley Divina y permanece, por tanto, en la Casa del Padre. La otra parte personifica al Hijo Desobediente, que, teniendo en su poder los haberes celestiales, malgasta todos esos bienes y vive disolutamente, hasta llegar al extremo de tener que comer de las *algarrobas que comen los puercos*. Ese extremo es el que fuerza la vuelta a la casa paterna, donde, acogido con estima y bienestar, vuelve a participar de los privilegios concedidos a los otros hijos.

En resumen: esta simple alegoría, capaz de ser comprendida por un niño, demuestra el amparo y la protección que Dios siempre reserva a todos sus hijos. Ninguno de ellos es abandonado por el Padre Celestial, tenga los pecados que tuviera, practique las faltas que practicara, porque si es verdad que el hijo llega a perder la condición de hijo, el Padre nunca pierde la condición de Padre para con todos, porque todos somos criaturas suyas. Estén ellos donde estén, en el Mundo o en el Espacio; sea en este planeta, sea en un *país lejano*, o sea en otro planeta, con un cuerpo de carne o con un cuerpo espiritual, el Padre a ninguno desprecia, a ninguno abandona, porque nos creó para que gocemos de su Luz, de su Gloria y de su Amor.

El Padre Celestial no es el padre de carne y de sangre, pues como dice el Apóstol: “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios”; la carne y la sangre son corruptibles, sólo el Espíritu es incorruptible, sólo el Espíritu permanece eternamente. El Padre Celestial es Espíritu, es Dios de Verdad, Dios Vivo, por eso sus hijos también son Espíritus que permanecen en la Inmortalidad.

La Luz, la Verdad y el Amor no fueron creados para los cuerpos, sino para las almas.

¡Cómo podría crear Dios un “hijo pródigo”, a no ser para que él, después de pasar por la experiencia dura del mal que practicó, volviera para su Creador, y, arrepentido, proponer el no ser más un

perdido, sino adaptarse a la Voluntad Divina, y caminar para los destinos felices que le están reservados!

¡Cómo podría Dios crear un alma al lado de un Infierno Eterno!

¿Qué padre es ese que crea hijos para mandarlos atormentar para siempre?

La Parábola del Hijo Pródigo es la magnificencia de Dios y al mismo tiempo la solemne y categórica protesta de Jesús contra la doctrina blasfema, caduca, irracional de las *penas eternas del Infierno*, inventada por los hombres.

No hay sufrimientos eternos, no hay dolores indefinibles, no hay castigos sin fin, porque si los mismos fuesen eternos, Dios no sería justo, ni sabio, ni misericordioso.

Hay gozos eternos, hay placeres inextinguibles, hay felicidades indestructibles por todo el infinito, esplendores por toda la Creación, Amor por toda la Eternidad.

Levantad vuestras miradas a los cielos. ¿Qué veis? Un manto estrellado sobre vuestras cabezas, chispas luminosas os rodean de caricias; fulguraciones multicolores os atraen para las regiones de la felicidad y de la luz.

Mirad para abajo, para la tierra, para las aguas: ¿qué veis? Esas chispas, esas luces, esas estrellas, esos centelleos retratados en el espejo de las aguas, en las corolas de las flores, en los tapices verdes de los campos; porque de las luces nacen los colores, son ellas las que dan colorido a las flores, las que iluminan los campos, las que agitan las aguas.

¡Oh! ¡Hombre, donde quiera que estés, si quisieras ver con los ojos del Espíritu, verás la bondad y el amor de Dios animando y vivificando el Universo entero! Tanto por abajo como por arriba, a la izquierda como a la derecha, si abrieras los ojos de la razón, verías la misma ley sabia, justa y equitativa, dirigiendo el grano de arena y el gigantesco Sol que se balancea en el Espacio; el microbio que emerge, la gota de agua y el Espíritu de Luz, que se eleva sereno a las regiones dichosas de la Paz.

¡La Ley de Dios es igual para todos: no podría ser buena para el bueno y mala para el malo; porque tanto el que es bueno como el que es malo, están bajo la mirada del Supremo Creador, que hace del malo bueno, y del bueno mejor: pues todo es creado para glorificar su Inmaculado Nombre!

¡No hay privilegios ni exclusiones para Dios; para todos Él hace nacer su Sol, para todos hace brillar sus estrellas, para todos dio el día y la noche; para todos hace caer la lluvia!

*

Cuando la criatura humana, en un momento de irreflexión se aparta de Dios, y, malgastando los bienes que el Creador a todos nos dio, se entrega a toda suerte de vicios, el dolor y la miseria, esos terribles agujones del Progreso Espiritual hieren con dureza su alma orgullosa hasta que, en un momento supremo de angustia, ella pueda elevarse hacia Dios y decidirse a entrar en el camino de la perfectibilidad. Es entonces cuando, como el Hijo Pródigo, el hombre extraviado, tocado por el arrepentimiento, se vuelve hacia el Padre cariñoso y dice: “Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de llamarme tu hijo...” y Dios, nuestro amoroso Creador, que ya lo había visto encaminarse hacia Él aproximarse y rogar, abre a aquél hijo las puertas de la regeneración y le concede todas las dádivas, todos los dones necesarios para ese grandioso trabajo de la perfección espiritual.

Está escrito en el Evangelio que hubo un banquete con música y fiesta a la llegada del Hijo Pródigo a la Casa Paterna. Y aún más, que el Padre mandó ponerle la mejor ropa para vestir al hijo que volvió, las mejores sandalias para resguardarle los pies y, también le colocó en el dedo un bello anillo, tal fue la alegría que tuvo, y tal es la alegría en los Cielos, cuando un alma extraviada, se vuelva para los Cielos.

El Padre está siempre listo para recibir al Hijo Pródigo, y los Cielos están siempre abiertos a su llegada.

No hay falta, por mayor que sea, que no se pueda reparar; así como no hay mancha, por más fija que parezca, que no se pueda limpiar.

Todo se temple, todo se corrige, todo se transforma, de pequeño para lo grande, de lo malo para lo bueno, de las tinieblas para la luz, del error para la verdad. Todo limpia, todo blanquea, todo reluce a la fricción del fuego sagrado del Progreso, todo se perfecciona, todo evoluciona, todas las almas caminan hacia Dios.

He aquí lo que dice el Evangelio, pero el Evangelio de Jesucristo, el Evangelio del Amor a Dios y al prójimo.

Completando la Parábola, vemos que el Hijo Pródigo recibió los bienes, salió de casa, los derrochó disolutamente llevando una mala vida. Y el que no fue Pródigo, el Hijo Obediente, a su vez, enterró sus bienes, como aquél que enterró el *talento* de la Parábola.

¿Qué dice el Evangelio que hizo el Hijo Obediente de los bienes que poseía?

Él vivía a costa del Padre, participaba de todos los bienes que había en casa, y, con la llegada del hermano, al ver la fiesta con que aquél fue recibido, se entristeció: lleno de egoísmo, de avaricia, se revolvió contra el Padre.

Infelizmente, así es esta atrasada Humanidad. Ella se compone de Hijos Pródigos y de Hijos Obedientes, pero estos parecen ser aún peores que aquellos.

Y tanto es verdad lo que nos pasa por la mente, que, al concluir la Parábola, el Maestro exalta a los *pródigos* que vuelven y censura a los *obedientes* que se quedan, no sólo con los bienes que recibieron, sino también, con las pasiones de las que no se quieren despojar.

Pero la Humanidad progresa, y este mundo pasará a jerarquía más elevada con la venida de Espíritus mejores, que nos orientarán para el Bien y lo Bello, para la realización total de nuestros destinos.

PARÁBOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL

“Jesús dijo también a sus discípulos: Un hombre rico tenía un administrador que fue denunciado como malversador de bienes. Entonces lo llamó y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque quedas despedido. Entonces el administrador se puso a pensar: ¿Qué voy a hacer, pues mi amo me quita la administración? Cavar, ya no puedo; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer, para que haya quien me reciba en su casa cuando no tenga la administración. Llamó a todos los deudores de su amo, y preguntó al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Él contestó: Cien barriles de aceite. Él le dijo: Toma tu recibo, siéntate y escribe cincuenta. Luego dijo a otro: ¿Y tú, cuánto debes? Él respondió: Cien fanegas de trigo. Él le dijo: Toma tu recibo y escribe ochenta. El amo alabó al administrador infiel, porque había actuado con sagacidad. Pues los hijos del mundo son más sagaces en sus relaciones que los hijos de la luz. Y yo os digo: Hacedos amigos con el dinero injustamente adquirido, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas. El que es infiel en lo poco lo es también en lo mucho, y el que es injusto en lo poco, lo es también en lo mucho. Si no habéis sido fieles con el dinero injustamente adquirido, ¿quién os confiará los bienes verdaderos? Y si no habéis sido fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo que es vuestro? Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y amará al otro, o se apegará a uno y desprezará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.”

(Lucas, XVI, 1-13).

El sentido oculto de esta parábola mira estas dos cualidades, por las cuales se reconoce la bondad o la maldad del hombre: *fidelidad e infidelidad.*

Fidelidad es la constancia, la firmeza y la lealtad con que actuamos en todos los momentos de la vida: en la abundancia como en la pobreza, en las grandezas de los palacios como en la humildad de las cabañas, en la salud como en la enfermedad, y hasta en los umbrales de la muerte como en el apogeo de la vida.

El Apóstol Pablo, demostrando su lealtad, su constancia, su fidelidad, su firmeza de carácter, decía: “¿Quién me separará del amor de Cristo?”

La fidelidad es la piedra de toque con que se prueba el grado del carácter del hombre.

¿Es fiel en sus deberes? Tiene forzosamente todas las cualidades exigidas al hombre de carácter: reconocimiento, gratitud, indulgencia, caridad y amor, porque la verdadera fidelidad no se manifiesta con excepciones o preferencias. Aquél que camina para perfeccionarse en todo, obedece a la sentencia de Jesús: “Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre Celestial.”

Por lo que se concluye: exponiendo la parábola, Jesús tuvo por finalidad exhortar a sus discípulos a aplicarse en esa virtud, que se llama *fidelidad*, para que pudiesen un día representarla dignamente, tal como se manifiesta en los Cielos.

Como todo en la Naturaleza y como todo lo que se hace necesario para la perfección, sea en el plano físico o en la esfera intelectual y moral, la fidelidad se va engrandeciendo en nosotros en la proporción que en ella nos perfeccionamos. No la adquirimos de una sola vez en su plenitud, sino paulatinamente, gradualmente. Y aquél que ya la posee en cierto grado, como el “administrador infiel” de la parábola, hace derecho a la benevolencia divina.

Por el estudio analítico de la Parábola vemos que el *administrador* fue acusado por alguien, fue denunciado como malversador de los bienes de su patrón, por lo que este decidió llamarlo al orden, preguntándole: “¿Qué quiere decir esta denuncia que tuve de ti? Da cuenta de tu administración; pues de esa forma no puedes ser más mi empleado.”

Por la prestación de cuentas se verificó que no fue malversación, sino facilidad en negocios, que perjudicaron al patrón. El perjuicio constaba de ventas hechas sin dinero y sin documentos: *cien barriles de aceite y cien fanegas de trigo*. Tanto es así que, puestas al corriente las cuentas, con las letras correspondientes al valor de *cinquenta barriles de aceite y ochenta fanegas de trigo*, “el alabó al administrador infiel, por *haber procedido sabiamente*. Y destacando a sus discípulos la buena táctica comercial del empleado que no sólo garantizaba la empresa que le fue confiada, sino que también constituía un buen medio de

hacer amigos, les dijo: “Haced amigos con las riquezas de la iniquidad, para que, cuando estas os falten, os reciban en las moradas eternas.” Es lo mismo que decir: ayudad, con vuestras obras, a los que tienen necesidad y sed también indulgentes para con los pecadores, no imputándoles el mal que hacen; pero antes, al que debe *cien barriles de mal*, mandadlo a escribir sólo *cincuenta*, y, al que debe *cien fanegas de errores*, mandadlos a escribir *ochenta*; pero observadlos, que necesitan trabajar para rescatar esa deuda. Haced como hizo el *administrador infiel*, llamado así por sus acusadores, pero que, en verdad, *procedió sabiamente*, “porque quien es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho.”

“Si no fuisteis fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo que es VUESTRO?”

Las riquezas de la iniquidad son los bienes materiales, de los cuales no somos más que depositarios; son riquezas injustas y no son NUESTRAS, porque no prevalecen para la OTRA VIDA.

Lo que es NUESTRO son los bienes incorruptibles, de los cuales Jesús habló también a sus discípulos, para que los buscasen con preferencia, porque “los gusanos no los corrompen, la herrumbre no los consume, los ladrones no los roban ni la muerte los quita.”

Los discípulos, – como tienen obligación de hacer todos los que quieren ser discípulos de Jesús – deberían servir solamente a Dios, que es el AMO, sin esclavizarse a ningún inconsciente adinerado o pseudo-sabio que quiera dominarle su conciencia: no se puede servir a Dios y a Mamon.

Se concluye de todo lo que acabamos de leer que el título de *infiel*, dado al *administrador*, fue mal aplicado, desviando por completo el sentido que Jesús dio a la misma parábola.

La palabra divina, habla por el ser cuando de humana interpretación se refiere, se hace necesario recurrir a las Entidades Superiores del Espacio, para que comprendamos siempre el sentido en espíritu y verdad.

PARÁBOLA DEL RICO Y LÁZARO

“Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y blanqueaba a diario espléndidamente. Un pobre, llamado Lázaro, cubierto de úlceras, estaba sentado a la puerta del rico; quería quitarse el hambre con lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros se acercaban y le lamían sus úlceras. Murió el pobre, y los ángeles le llevaron al seno de Abraham. Murió también el rico, y lo enterraron. Y estando en el infierno, entre torturas, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro a su lado. Y gritó: Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro para que moje en agua la yema de su dedo y refresque mi lengua, porque me atormentan estas llamas. Abraham respondió: Hijo, acuérdate que ya recibiste tus bienes durante la vida, y Lázaro, por el contrario, males. Ahora él está aquí consolado, y tu eres atormentado. Y no es esto todo. Entre vosotros y nosotros hay un gran abismo, de tal manera que los que quieran ir de acá para allá no puedan, ni los de allá venir para acá. El rico dijo: Entonces, padre, te ruego que le envíes a mi casa paterna, pues tengo cinco hermanos, para que les diga la verdad y no vengan ellos también a este lugar de tormentos. Abraham respondió: Ya tienen a Moisés y a los profetas; ¡que los escuchen! Pero él dijo: No, padre Abraham; que si alguno de entre los muertos va a verlos, se arrepentirán. Abraham contestó: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso aunque resucite un muerto.”

(Lucas, XVI, 19-31).

Esta enseñanza es la proclamación de la Ley de la Caridad, cuya ejecución es imprescindible para todos los que se protegen bajo su santo palio, así como para los que huyen a sus generosos convites.

El Rico y el pobre Lázaro personifican la Humanidad, siempre rebelde a los dictámenes de la Luz y de la Verdad.

El Rico gozó en el mundo y sufrió en el Espacio; Lázaro sufrió en el mundo y gozó en el Espacio.

Este Rico que se vestía de púrpura y que todos los días se regalaba espléndidamente, es el símbolo de aquellos que quieren cuidar de la vida del cuerpo y se olvidan de la vida del alma.

Son los que buscan la felicidad en el comer, en el beber y en el vestir; son los que se entregan a todos los gozos de la materia;

son los egoístas que viven únicamente para sí, los orgullosos que, entronados en los altares de las pasiones viles, de la vanidad, de la soberbia, no ven sino lo que les puede saciar la sed de los placeres, no cultivan sino la lujuria, que mata los sentimientos afectivos y anula las aptitudes del corazón.

El rico es la personificación de aquellos que son esclavos del reino del mundo, que no ven más que el mundo, ese “paraíso perdido” entre los charcos de la degradación moral, que envilece a las almas y las arroja a los infiernos hambrientos de los vicios.

Jesús hablaba generalmente por parábolas; y esta lección que el Maestro ofreció hace 2000 años a los pueblos de Palestina, y que consta en el Evangelio de Lucas como un consejo saludable y memorable, no es nada más que una parábola; es una enseñanza alegórica, representativa de lo que pasa en el Espacio, para afirmar que nuestra Vida de Ultratumba, es una consecuencia justa y equitativa de nuestra existencia en la Tierra.

El rico pasó toda su vida hartándose espléndidamente, despreciando a los pobres, despreciando a Dios, a no cuidar de su Ley, a dar la espalda a la Religión, a gozar y a descansar, pero, cuando murió, no pudo continuar viviendo como vivía, vistiéndose de púrpura, comiendo manjares, bebiendo licores, porque en el mundo de los Espíritus no hay púrpuras, no hay manjares, no hay licores. Él ya se había hartado con los placeres de la Tierra, no podía hartarse después con los placeres del Cielo, porque no los había buscado, ni había adquirido el tesoro con el que se conquistan las glorias celestiales.

Desnudo, sin dinero, sin crédito para conseguir mejor “morada”, le fue destinado el *Hades*, y, según dice el texto, él allá se hallaba, contrariado, por faltarle las comodidades que tenía en la Tierra, los gozos de los que hiciera su reino en el mundo.

*

Lázaro representa a los excluidos de la sociedad terrena, aquellos que, como mucho, pueden llegar al portón de los grandes

templos, aquellos que no pueden atravesar los umbrales de los palacios dorados, aquellos que esa sociedad corrompida del mundo desprecia, maldice, cubre de deshonras, clava flechas venenosas que les llenan de llagas todo el cuerpo.

Los Lázaros no son esos pobres orgullosos del mundo, que no tienen muchas veces qué comer ni qué vestir, pero están cubiertos con la púrpura del orgullo; no son esa gente que no tiene dinero pero tiene vanidad; no tienen palacios, pero tienen egoísmo; no tienen comidas opíparas, pero tienen placeres nefastos; no, los pobres, de los que Lázaro sirvió de símbolo en la parábola, son los que sufren con resignación, son los que desprecian los bienes de la Tierra, porque buscan las cosas de Dios; son aquellos que se ven usurpados de aquello que por derecho les pertenece en el mundo, pero, pacientes y resignados, no se rebelan, porque creen en el futuro y esperan las dádivas que Dios les tiene reservadas.

Ellos saben, porque estudian, esperan y oran, que existe un Creador, un Padre Supremo, que les dará el premio de sus vigilias, un salario por sus costumbres morales, una luz para su orientación espiritual; y que ese premio, ese salario, esa luz, aunque a veces parezca tardar, no faltará, porque la Justicia de Dios es infalible, es indefectible.

Así es como murió Lázaro, el mendigo, y fue conducido por los ángeles al Seno de Abraham; murió también el rico y fue llevado al Hades.

Dos personalidades distintas, una que gozó, otra que sufrió: una a la que nada le faltaba, otra a la que le faltaba todo, ahora van a cambiar sus condiciones; van a cambiar de escenario: el mendigo va para la abundancia, y el rico es el que pasa a mendigar.

Es el reverso de la moneda, que se presentará a todos en el día del juicio.

¿Vosotros habéis visto muchas monedas? Figurémonos una libra esterlina: por un lado lleva la figura del rey, pero, por el otro, lleva su valor real. Así ocurre también con nosotros. Cada uno de nosotros es una moneda; y como la moneda, la libra de oro vale

según el cambio corriente, así también valemos nosotros de acuerdo con el cambio espiritual, que tasa el valor de nuestras almas.

Aquellos que miran tan sólo la efigie, no conocen el valor del dinero, porque la efigie, el anverso de la moneda, lleva sólo el retrato del rey, y la moneda no vale el rey. Así también sucede a los que miran al hombre por las apariencias, por el exterior, no conocen al hombre, porque el exterior del hombre es la efigie de la *vanidad, del egoísmo y del orgullo*. Lo que vale en la moneda es el reverso; lo que vale en el hombre es el interior, es decir, el Espíritu. El rico traía en el anverso lo característico del rey, pero, después que murió, se averiguó el valor de la moneda grabado en el reverso, y ese valor no permitió al rico si no una “entrada” en el Hades.

Al pobre, que averiguó, desde su existencia en la Tierra, lo que estaba grabado en el reverso de la moneda, ese sacrificio le dio el valor de ser llevado por los ángeles al Seno de Abraham.

¡Qué diferente es el juicio de Dios, del juicio de los hombres!

Dios no se deja llevar por el preconcepto; Dios no se deja llevar por el juicio humano.

¿Qué es el seno de Abraham?

Pero continuemos con nuestro análisis.

¿Qué es el Hades?

¿Que es Hades?

Esto es lo que necesitamos saber para comprender mejor la parábola del Gran Maestro.

*

El Seno de Abraham es la libertad del Espíritu en el Espacio Infinito; el Seno de Abraham es el Mundo Invisible, donde los Espíritus, con sus cuerpos imponderables, caminan libres de todos los obstáculos, realizando siempre nuevas conquistas, haciendo nuevos descubrimientos, aprendiendo nuevas verdades que los elevan en conocimientos, que los elevan en felicidad.

El Seno de Abraham es el Mundo de la Inmortalidad, de la Luz y de la Verdad, donde cuanto más progresamos más

aprendemos, y cuanto más aprendemos más sabemos amar a nuestro Dios y a nuestro prójimo; es el Mundo de la Fe verdadera, que estremece y transporta las montañas, hace agitarse a los océanos y produce vientos; pero que también da calma y bonanza a todos aquellos que, como los discípulos del Mar de Galilea, batidos por el rígido tifón, imploran el auxilio de Jesús, y, con la esperanza de salvarse, oyen las dulces palabras del Humilde de Nazaret resonar en sus oídos como una luz iluminando el camino en una noche tenebrosa.

Abraham fue el Patriarca de los Hebreos, gran personaje del Antiguo Testamento, en el que la fe más se purificaba, más viva y resplandeciente se mostraba, hasta el punto de no vacilar en sacrificar a su hijo Isaac, para obedecer las órdenes que había recibido de lo Alto.

Abraham era un creyente sincero en la Inmortalidad: veía el Espacio sembrado de Espíritus, conversaba con los Espíritus de aquellos que nosotros llamamos, indebidamente, *muertos*, vivía en relaciones continuas con el Mundo de los Espíritus, que era su Seno predilecto, que era su Paraíso, su Cielo, su delicia y su felicidad.

Hacia allí es donde fue Lázaro, con entera libertad de movimiento por los aires. Él había sufrido en la Tierra, agujoneado por el dolor, por la miseria, privado de las delicias del mundo, pero creía en un Dios Supremo, que le concedió aquella existencia de expiación y de pruebas, para que reparase los males de sus vidas pasadas, en las que también había descuidado las cosas divinas y sólo había vivido los gozos efímeros del mundo; Lázaro saldó su cuenta, al salir de la prisión corpórea, había pagado hasta el último cuadrante de sus deudas, y reconquistó el Reino de la Libertad y de la Luz, que Dios concede a todos los que se someten a su Ley, a sus santos designios.

Esto es el Seno de Abraham; este es el cuadro majestuoso que Jesús diseñó a la vista de los oyentes de la parábola con referencia a Lázaro, al mendigo, que tenía como única caridad, en la Tierra, las caricias y los besos de los perros, esos fieles amigos de los hombres, que venían a lamerle las llagas.

Continuemos recogiendo el Evangelio, y del Seno de Abraham pasemos al Hades.- ¿Qué pensáis vosotros que es el Hades?

Los antiguos creían en la existencia de un mundo subterráneo, hacia el cual iban las almas de aquellos que no fueron buenos en la Tierra.

El cuerpo quedaba en el sepulcro, y el Espíritu iba hacia el Hades: “mundo localizado en las entrañas de la Tierra”. (*)

Esas almas no podrían salir de ahí, así como nosotros, en cuerpo de carne, no podemos salir de este mundo. Entretanto, los Espíritus que estaban en el Hades veían con los ojos del alma, y sabían, por tanto, todo lo que pasaba en el Seno de Abraham.

Y era justamente en eso que consistía el sufrimiento de ellos: ver lo que pasaba en lo Alto, y no poder participar de esos privilegios que sólo eran concedidos a aquellos que, como Lázaro, habían saldado su cuenta espiritual.

Por eso dice el Evangelio que el rico levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su Seno, y exclamó: “¡Padre Abraham, ten compasión de mí! Y manda a Lázaro que moje la punta de su dedo y me refresque la lengua, porque estoy atormentado en estas llamas.

(*) El *Hades* eran las regiones infernales en la Mitología Griega, correspondientes al *Tártaro* de los romanos y equivalente al Infierno aceptado por los católicos y protestantes. No debe ser entendido como un “lugar”, sino como un estado de espíritu, es decir, un estado de profundo sufrimiento. En la pregunta 1011 de *El Libro de los Espíritus*, Allan Kardec indaga: “¿Hay un lugar circunscrito en el Universo que esté destinado a las penas y goces de los Espíritus, según sus méritos? Y la respuesta dice lo siguiente: Ya respondimos a esa pregunta. Las penas y los goces son inherentes al grado de perfeccionamiento de los Espíritus. Cada uno posee en sí mismo el principio de su propia felicidad o infelicidad; y como ellos están por todas partes, ningún lugar circunscrito y cerrado, está destinado a uno con preferencia de otro.” Cuando se dice que el Espíritu “entró en el Hades”, esto quiere decir, figuradamente, que él tomó conocimiento de sí mismo, se vio en su profunda miseria moral, cuya consecuencia es un indecible sufrimiento y la imposibilidad de aproximarse a los Espíritus felices.

¡El rico quería agua!

Antiguamente bebía vino y licores finos, pero en el Hades pedía agua; tenía sed y esa sed no era la del cuerpo, no se trataba de agua de ríos o de fuentes, porque el cuerpo estaba en el sepulcro, y el Espíritu no puede beber agua material.

Era sed de consuelo, de esperanza, de perdón.

Él también había comprendido ya que la causa de sus dolores era la vida disoluta que pasó en el mundo y la llama viva del remordimiento abrasaba su conciencia.

Él quería agua, esa agua de la vida, esa agua de salvación que Jesús había dado a la Mujer de Samaria.

Esa agua del perdón de los pecados que el rico había cometido contra todos los que mendigan de los hombres la caridad de la atención para las cosas divinas.

Y Abraham; el gran Patriarca, que vivía feliz en el Mundo de los Espíritus, dirigiendo la enorme falange de Espíritus que había aumentado su descendencia, falange de Espíritus a quien guiaba, y entre los cuales se contaba Lázaro, que era uno de sus protegidos espirituales, Abraham respondió al rico: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida; y Lázaro del mismo modo los males. Es justo, pues, que él, ahora, esté consolado, y tú en tormentos.

“Añade también que entre nosotros y vosotros existe un gran abismo, de modo que ni nosotros podemos vivir donde vosotros estáis, ni vosotros podéis vivir donde nosotros estamos; vuestra atmósfera nos asfixia, así como la nuestra os sofocaría; los aires que respiramos son insuficientes para vosotros que estáis impregnados de materia.

“Cuidaste sólo de la material, sólo del cuerpo; cultivaste la materia que no os deja elevaros ni llegar hasta nosotros. Mientras que Lázaro tuvo la mirada puesta en lo Alto, no teniendo tiempo si no de pagar deudas materiales, y conquistó fluidos espirituales para elevarse al lugar en el que se encuentra actualmente.”

Pero Abraham oía la voz del rico, y el rico oía la voz de Abraham; el rico en el Hades veía a Lázaro en el Seno de Abraham, todos ellos se comunicaban, hablaban, conversaban; porque había

necesidad de que el rico fuese exhortado para regenerarse más tarde, y, como Lázaro, venir nuevamente al mundo a pagar su deuda, para, como Lázaro, después subir también al Seno de Abraham; porque también él era *hijo* de Abraham, y Abraham no dejaría a su hijo perecer.

Abraham lo llamó hijo; y le dijo: “Hijo, acuérdate de tu vida y acuérdate de la vida de Lázaro”, queriendo decir con esto que, sin volver a la vida corporal, semejante a la de Lázaro, para sufrir las consecuencias de su orgullo y de su egoísmo, él, el rico, no llegaría a su Seno.

Fue entonces que el Espíritu del rico, ahora lleno de pobreza y de sufrimiento, acordándose de sus cinco hermanos, que llevaban la misma vida que él llevaba cuando estaba en la Tierra, replicó: “Padre, yo te ruego, entonces, que lo mandes a la casa de mi padre (pues tengo cinco hermanos) para avisarlos, con el fin de que ellos no vengan también para este lugar de tormentos.”

El rico, que estaba en el Hades, sabía muy bien, por qué veía que el Padre Abraham mandaba siempre a otros Espíritus para dar avisos a los hombres de la Tierra; entonces pidió que lo mandase a la casa de aquél que había sido su padre, porque él tenía cinco hermanos que también llevaban una vida disoluta y necesitaban conocer los tormentos que los aguardaban si continuaban así.

Pero Abraham le dijo:

“Ellos tienen a Moisés y los profetas, que los escuchen.” Lo que significa: “Moisés les dice todo lo que necesitan hacer para ser felices, y los profetas, que son *médiums*, les dicen, influenciados por los Espíritus, lo que pasa después de la muerte, a fin de darles instrucciones para que no vengan, como tú, a parar al Hades.” Pero el rico insistió a Abraham, y, presentándole varias razones, dijo: “No, Padre Abraham, que si alguno de entre los muertos va a verlos, se arrepentirán.” El rico deseaba que sus hermanos tuviesen una manifestación positiva de los muertos, porque creía que, de esa forma, se volverían obedientes a la Ley de Dios. Pero Abraham respondió nuevamente: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso aunque resucite un muerto.”

Pues si ellos habían rechazado las exhortaciones de los profetas, por quien los *muertos* acostumbraban hablar, ¿cómo habrían de creer en los muertos?

Para creer en los muertos era necesario creer en los profetas, porque los profetas no eran más que médiums, por quien se comunicaban los Espíritus de los muertos.

Si ellos no creían en los médiums, ¿cómo habrían de creer en los Espíritus?

¿Cómo podrían los Espíritus de los muertos avisarlos, como el hermano quería, sin los médiums indispensables para transmitir la comunicación?

Sabemos que el cuerpo del Espíritu es mucho más fluídico que el nuestro y que por eso no lo podemos ver ni oír; y que el Espíritu siempre se manifiesta con el concurso de un médium; ¿cómo podría Abraham atender la petición de su hijo para satisfacer a otros cinco hijos ricos?

*

Finalmente, antes de que Jesús hubiese propuesto a la multitud, que se hallaba a su alrededor, la bella parábola que acabamos de estudiar, él había dicho a los fariseos, que eran avaros: “La Ley de Moisés y los profetas durarán hasta Juan Bautista; desde ese tiempo el Evangelio del Reino de Dios es anunciado; y todos entrarán a la fuerza en él; sin embargo, de la Ley de Dios no faltará ni un tilde, no será suprimido ni un punto.”

Dios da la libertad a todos para que busquen su Ley; y aquellos que buscan, el Padre no da el Espíritu por medida. Está escrito: “Aquél que pide, recibe: el que busca, encuentra; y al que llama se le abre, porque el Padre no da una piedra a quien le pide un pan, ni una serpiente a quien le pide un pez.” (Mateo, 7-8).

Así Dios respeta el libre albedrío que a cada uno concedió.

Los Espíritus de los muertos pueden comunicarse y se manifiestan a los vivos, pero no pueden obligar a los vivos, aunque

ellos sean ricos y grandes, a tomar, desde ya, posesión de la felicidad futura.

Y es por eso que sabemos que muchos ricos de las cosas del mundo, y muchos pobres que quieren enriquecerse con las cosas del mundo, que, aunque hayan visto y oído manifestaciones y avisos de los muertos, no se convencieron con esos avisos.

Al contrario, dicen que fue una ilusión, miedo, sandez y locura.

Por eso hizo bien Abraham en no permitir la manifestación espírita a los cinco hermanos ricos de aquél que se vestía de púrpura y se daba buenos banquetes todos los días de su existencia en la Tierra.

*

El hombre que se quiere convencer por la fuerza, le ha de ocurrir lo que le ocurrió a la cigarra de la Fontaine:

“Cantó su vida, pero después lloró su muerte.” Y hay que volver llorando en la otra vida para, con justa razón, cantar en la Inmortalidad.

PARÁBOLA DEL SIERVO TRABAJADOR

“Los Apóstoles le dijeron al Señor: Acrecienta nuestra fe. Y el Señor dijo: Si tuvierais una fe tan grande como un grano de mostaza y dijerais a este sicómoro: Arráncate y trasládase al mar, él os obedecería.

¿Quién de vosotros, que tenga un criado arando o pastoreando, le dice cuando llega del campo: Pronto, ven y siéntate a la mesa? Más bien le dirá: Prepárame de cenar, y ponte a servirme hasta que yo coma y beba. Después comerás y beberás tú. ¿Tendría que estar agradecido al criado porque hizo lo que se le había ordenado? Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que se os haya ordenado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer.”

(Lucas, XVII, 7-10).

Era costumbre, antiguamente, valerse de los siervos que trabajaban en la labranza o guardaban ganado: al llegar, a la tarde, preparaban la cena para su amo, servían la mesa, y, después, cenaban. Aquellos que así no lo hiciesen estarían dejando de cumplir su deber, y el que así procedía, no hacía más que cumplir su obligación, porque para tal menester fue contratado y recibía su salario. No se jactaba de proceder así, visto el previo ajuste que hubiera entre él y el patrón.

Jesús que se aprovechaba siempre de lo que ocurría cotidianamente, para dar buenas lecciones a aquellos que debían ser, más tarde, sus apóstoles, al pedir estos al Señor que les aumentase la fe, después de exaltar las virtudes de la fe y el poder que la misma mantiene, les propuso la llamada Parábola del Siervo Trabajador. El Maestro quiso hacer ver a sus discípulos que la fe es el salario de los buenos obreros, y para que ese salario sea aumentado, es necesario que los obreros cumplan primeramente sus deberes, pero sin jactancia, con humildad, como quien se considera pagado con las gracias recibidas para desempeñar su tarea. (*)

La labranza es el símbolo de la Religión, que debe ser cultivada por todos; el ganado constituye o representa “esos todos”,

es decir, los que se quieren instruir en la Religión, los pastores de ganado; el dueño de la labranza o del ganado es Jesús que vino a traernos ese alimento de Vida Eterna.

La fe, como ya dijimos, no es una cosa abstracta, como no es abstracta la simiente de mostaza. Así como esta es una cosa sustancial, también la fe contiene tan poderosos elementos que los que la poseen llegan a realizar maravillas, como “arrancar sicómoros y arrojarlos al mar.”

La simiente de mostaza, cuando está seca, es estéril, no da espigas, no sirve para condimento, no se presta como medicamento, en fin, no tiene valor ninguno.

La fe que se encuentra en estas condiciones tampoco tiene ningún valor. Y ¿qué diremos de la fe cuando ni siquiera aparenta la simiente seca de la mostaza?

Se añade otra circunstancia que observamos en la parábola: los apóstoles no creían en esa fe que se recibe de golpe, como la determinan las Iglesias; creían que ella es susceptible de aumento, tanto que pidieron a Jesús: “Señor, auméntanos la fe.” Y el Señor no los desengañó de esa creencia, antes les alimentó la esperanza, estimulándolos al trabajo y a la perseverancia, al cumplimiento del deber, que es el medio por el cual alcanzarían tal desiderátum.

El Espiritismo, que es el Consolador prometido por Jesús para recordar a los hombres todo lo que Él dijo, explica, en espíritu y verdad, su palabrea y trae, a todos, el complemento de las Enseñanzas Cristianas, que no podían ser dadas en aquella época, debido al atraso intelectual de entonces. El Espiritismo viene a cumplir su misión, ofreciendo a los hombres la explicación su cinta de la Religión en sus modalidades científica y filosófica.

(*) Es propio del siervo verdaderamente útil el realizar su tarea con buena voluntad y alegría; él no solo realiza lo que le mandaron realizar, sino que da siempre un poco más; el siervo inútil, no: hace exclusivamente lo que le pidieron que hiciese, y, cuando le es posible, hasta un poco menos, alegrándose de pensamiento de que “engañó” a su amo. La satisfacción del trabajo bien hecho y dádioso caracteriza al Espíritu Superior.

PARÁBOLA DEL JUEZ INJUSTO

“Sobre la necesidad de orar siempre sin desfallecer jamás, les dijo esta parábola: Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Una viuda, también de aquella ciudad, iba a decirle: Hazme justicia contra mi enemigo. Durante algún tiempo no quiso; pero luego pensó: Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, le voy a hacer justicia para que esta viuda me deje en paz y no me moleste más. Y el Señor dijo: Considerad lo que dice el juez injusto. ¿Y no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Les va a hacer esperar? Yo os digo que les hará justicia prontamente. Pero el hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará fe en la Tierra?”

(Lucas, XVIII, 1-8).

La iniquidad es la falta de equidad, es la justicia que subleva. El injusto es el hombre perverso, criminal, sea doctor, juez, noble, rico, pobre o rey.

En esta esfera moral, incluso aquí en la Tierra, no se distinguen los hombres por el dinero ni por los títulos que poseen, sino por su carácter. El injusto no tiene carácter, o, dicho de otra forma, tiene carácter injusto, pervertido. Pero también ese, cuando tiene que resolver alguna cuestión y el solicitante decide llamar a su puerta hasta que dé proveimiento a su petición, para no ser incomodado, y porque es injusto, resuelve, con prontitud, el problema, no para servirlo, sino para que no le siga molestando.

Fue lo que sucedió con el *juez injusto* ante la insistencia de la *viuda*.

De modo que la demora del despacho en la petición de la viuda fue causada por la injusticia del juez. Si este, fuese equitativo, justo, recto, de buen carácter, cumplidor de sus deberes, la viuda hubiera recibido consentimiento de su pedido con mucha mayor anticipación.

Sea como fuere, el despacho fue realizado, aunque cobrando, tras reiteradas solicitudes, inoportunidades diarias, el juez, a pesar de ser injusto, para no ser “molestado”, resolvió el problema.

“Ahora, dijo Jesús, oíd lo que dijo ese juez injusto; ¿y no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a Él día y noche? ¿Les va hacer esperar? Yo os digo que les hará justicia prontamente.”

Si la justicia, aunque tarde, se hace en la Tierra hasta contra la voluntad de los jueces, ¿cómo no ha de ser hecha por el Supremo y Justo Juez del Cielo?

La deficiencia no es, pues, de Dios, sino de los hombres, mayormente en la época que atravesamos, en que el Hijo del Hombre llama a todas las puertas, indaga en todos los corazones y los encuentra vacíos de fe, vacíos de creencia, vacíos de amor a Dios, vacíos de caridad.

Antiguamente había jueces injustos; hoy, se puede decir que no sólo los jueces, sino los solicitantes son injustos.

La injusticia labra como un incendio devorador, aniquilando las conciencias y manchando los corazones: hombres injustos, hogares injustos, sociedades injustas, gobiernos injustos, legos injustos, sabios injustos; todo eso es debido a la creencia sacerdotal, a los dogmas de las sectas dominantes. Pero el Señor está ahí para destruir la injusticia, y, con ella, a los injustos.

PARÁBOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO

“A unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola: Dos hombres fueron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie, hacía en su interior esta oración: Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano; yo ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, por el contrario, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador. Os digo que este volvió a su casa justificado, y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.”

(Lucas, XVIII, 9-14).

La secta farisaica era la más prestigiosa en el tiempo de Jesús, la más influyente, la más dominadora, la que más se destacaba. Era una especie de Catolicismo Romano.

Los fariseos, entretanto, eran serviles observadores de las prácticas exteriores, del culto de las ceremonias. La religión, para ellos, era una apariencia de virtudes: preferían siempre la *letra de la ley, que mata, al espíritu que vivifica*. Eran hipócritas, enemigos encarnizados de las innovaciones, llenos de orgullo y de excesivo amor al poder.

Ellos tenían una aversión especial a los publicanos, a quienes consideraban gananciosos, y también porque, enemigos del fisco, tenían que pagar a estos los impuestos que les correspondía en la colecta.

De manera que los publicanos eran, para los fariseos, hombres despreciables de baja sociedad, y, por tanto, llenos de defectos, “ladrones, injustos, adúlteros”, no sólo porque no se inclinaban muchas veces a las prácticas de los sacerdotes fariseos, sino, también, porque una prevención partidaria anterior los había separado de la secta farisaica, o del Judaísmo. Jesús, que se ocupó

en desenmascarar la hipocresía de los fariseos, creyó acertado proponer esta parábola, cuyas principales figuras eran: un fariseo y un publicano.

El Maestro quiso mostrar que el orgullo de secta, el orgullo de clase, el orgullo de familia, el orgullo personal y finalmente, el orgullo de sus múltiples formas, es más perjudicial para la salvación que incluso “el publicanismo”, como lo concebían los fariseos. Además: quiso demostrar que en el *publicano*, con todas sus autoridades, aún se encontraba un gesto de humildad, lo que no ocurría con el *fariseo*.

El publicano conoce sus defectos, sabe que es pecador; no se atreve a levantar los ojos al cielo; se limite a darse golpes de pecho y a decir: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador.” Mientras el fariseo reconoce en sí solamente cualidades buenas, y su oración es una acusación hacia los otros, hasta al pobre publicano que allá estaba rogando al Señor el perdón de sus faltas.

El orgullo es un dragón devorador, que destruye todas las cualidades del Espíritu; mientras que la humildad, ante los ojos de Dios, nos eleva a la dignidad de los justos.

Vale más ser publicano y miserable, que fariseo cubierto de oro y de piedras preciosas.

SEGUNDA PARTE

ENSEÑANZAS DE JESÚS

LOS APÓSTOLES

“Paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hombres: Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, echando la red en el lago, pues eran pescadores. Y les dijo: Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. Ellos, al instante, dejaron las redes y lo siguieron. Fue más adelante y vio a otros dos hermanos: Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano, en la barca con su padre Zebedeo, remendando las redes; y los llamó. Ellos, al instante, dejaron la barca y a su padre, y lo siguieron.”

(Mateo, IV, 18-22).

“Reunió a sus doce apóstoles, y les dio poder de echar los espíritus inmundos y de curar todas las enfermedades y dolencias. Los nombres de los doce apóstoles son: primero, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, el de Alfeo, y Tadeo; Simón el Cananeo y Judas el Iscariote, el que le traicionó.”

(Mateo, X, 1-4).

“En aquellos días fue Jesús a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles. Simón, a quien llamó Pedro; su hermano Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, el hijo de Alfeo, Simón, el llamado cananeo, Judas, hijo de Santiago y Judas Iscariote, el que le traicionó. Bajó con ellos y se detuvo en una explanada en la que había un gran número de discípulos y mucha gente del pueblo de toda Judea, de Jerusalén y del litoral de Tiro y Sidón, que habían llegado para escucharlo y ser curados de sus enfermedades. Los que eran atormentados por espíritus inmundos también eran curados. Toda la gente quería tocarlo, porque salía de él una fuerza que curaba a todos.”

(Lucas, VI, 12-19).

La misión religiosa está siempre adscrita a dos naturalezas de obreros: profetas y apóstoles; es así como ella se manifiesta, se divulga y se completa.

La obra cristiana es una evidencia de lo que afirmamos: el Mayor Profeta – Juan Bautista, anuncia al Mayor Enviado – Jesucristo; y este, a su vez, crea Apóstoles que llevan al entendimiento de los hombres el pensamiento divino.

Juan Bautista, el exponente máximo del ministerio de los profetas, tuvo por misión anunciar la venida del Redentor. Es la gran alma que, como una aurora caritativa, brilló en el advenimiento del Cristianismo.

Los Apóstoles vinieron a dar cumplimiento a la Palabra de Cristo.

Por el texto registrado más arriba, comprendemos muy bien la misión apostólica. Jesús, después de elevar su pensamiento al Padre Celestial, para recibir sus intuiciones, desciende de la montaña, elige a los Apóstoles que lo debían auxiliar en la divina misión, y, dirigiéndose a un lugar donde se hallaban varios prosélitos y una multitud del pueblo que, salidos de diversas ciudades, habían ido para oírlo y ser curados por él, les da la sustanciosa lección de cómo deberían ejercer la noble misión, para cuya tarea los hizo obreros: predica el Evangelio, cura muchos enfermos y expulsa a los espíritus inmundos que obsesaban a muchos entre la multitud.

En una breve narrativa es imposible hacer una referencia minuciosa a todos los Apóstoles. Los reunimos y los resumimos a todos ellos en el Apóstol Pedro, que, parece que era el orador oficial de la multitud, según se desprende de los *Hechos de los Apóstoles* y de otros pasajes evangélicos.

Lo que se nota en Pedro se ve más o menos, *mutatis mutandis*, en todos ellos; hombres sencillos, rústicos, salidos de la plebe, hijos del pueblo. Pedro, pues, bien puede representar el Colegio Apostólico.

¿Cuál es la biografía de ese hombre?

La Historia, basada únicamente en los Evangelios, sólo nos dice que Pedro nació en Betsaida, Galilea, y que era hijo de un tal

Jonás, añadiendo que su nombre legítimo era Simón. Pedro vivía con su mujer y su suegra en Cafarnaum, a orillas del Lago Genesaré, donde ejercía la profesión de pescador, extendiendo su acción de pesca en el Mar de Galilea.

El período inicial de la vida cristiana de Pedro, data desde el tiempo en que Jesús, dejando la ciudad de Nazaret, fijó su residencia en Cafarnaum.

Fue en esa ciudad – la Galilea de los gentiles – camino del mar, más allá del Jordán, que el humilde Nazareno comenzó sus predicaciones, convidando al pueblo al arrepentimiento, y anunciando la aproximación del Reino de los Cielos.

Un día Jesús se hizo a la mar y vio a dos individuos lanzando sus redes. Eran los hermanos Pedro y Andrés, que se hallaban ejerciendo su profesión.

El Maestro los llamó y les dijo_ “Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres.”

Inmediatamente ellos dejaron las redes y siguieron a Jesús.

Desde ese día en adelante, nunca más, ni un solo instante, el futuro Apóstol se separó del Incomparable Doctrinador.

¡Qué lección! ¡Qué extraordinario y sustancioso ejemplo nos es dado por el Apóstol Pedro, cuya vida fue toda dedicada al amor y a sus semejantes – por amor a Jesús!

Es lógico suponer que, si Jesús hubiese escogido como su discípulo a un rico y letrado, este no sería más dócil, más constante, con más dedicación por su Maestro de lo que fue Pedro.

Entretanto, Pedro era un pescador que pasaba la vida entera en su barca, preso a la profesión que eligió por inclinación.

¿Quién lo movería de su canoa, de sus remos, de su red, de sus peces, que le proveían, a él y a los suyos, la existencia corporal?

¿Quién lo apartaría del bienestar del hogar, donde reposaba de las fatigas del día, a no ser el Excelso Salvador del Mundo? ¿Qué otro le podría proporcionar cariñosas, dulces, necesarias, convincentes y cautivantes palabras de liberación, como las que salían de los labios del Hijo de María?

Pedro, no hay duda, fue uno de los más amados discípulos de Jesús, el que, en compañía de Juan y Tiago, lo seguía en sus curas y en los momentos más necesarios, especialmente en aquellos en los que se destacaron los más trascendentes fenómenos del Cristianismo.

En las ocasiones de mayor enseñanza, cuando había necesidad de manifestación de los más elocuentes fenómenos, estos tres apóstoles se encontraban siempre al lado de Jesús.

En el Lago de Genesaré, bajo las órdenes del Maestro y por el poder de su clarividencia, los discípulos efectuaron la “pesca maravillosa” tan destacada en los Evangelios.

En su propia casa, en Cafarnaum, Pedro obtuvo de Jesús la cura de su suegra, que yacía en el lecho aquejada de una terrible fiebre.

A lo largo de los caminos, en los campos, en las ciudades, los discípulos asistían a los fenómenos de curas y expulsiones de espíritus malignos, hechos que les deberían servir de lección para su futuro ministerio. En el Mar de Galilea, ellos veían, absortos, bajo las órdenes del Maestro, la cesación de la tempestad que amenazaba con naufragar a la frágil barquilla que bogaba como una cáscara de nuez sobre las olas encrespadas, golpeada por el viento enfurecido.

En el Tabor, día en que Jesús evocó a los Espíritus de Moisés y de Elías y se transfiguró para demostrar positivamente la Inmortalidad, los tres discípulos acompañaron al Maestro, asistiendo boquiabiertos a aquella fulgurante prueba de la Verdad Espírita que hoy anunciamos.

Por ocasión de la Resurrección, ellos vieron y conversaron con el Nazareno, obteniendo así más firmeza en sus convicciones de la inmortalidad.

Todos esos hechos, todas esas lecciones, aliadas a la dulzura de Jesús, deberían ciertamente concurrir para el trabajo al que los futuros operarios del Evangelio se aplicarían para ver realizado el desiderátum cristiano.

Pero es bueno destacar que, a pesar de todas esas lecciones trascendentes y vivificadoras, los apóstoles sólo lo fueron, en

verdad, después que Jesús, dejando este mundo, les envió el Espíritu Consolador, el Espíritu de la Verdad, cuando ellos estaban reunidos en el Cenáculo de Jerusalén; ellos lo recibieron en la forma de “lenguas de fuego”, y se dio lugar al cumplimiento de la promesa que el Maestro les había hecho, para que pudiesen ejercer libremente su tarea misionera.

Fue entonces que el elocuente Verbo de la Verdad brilló esplendoroso por los labios del “pescador de hombres”. Fue en esa ocasión que sus dones, en estado latente, se desarrollaron, y los enfermos fueron curados, y los Espíritus malignos fueron expulsados de los obsesados. Fue entonces que el Evangelio lució como un Sol derramando luces, exaltando a los Espíritus, calentando los corazones en la arena gloriosa del Cristianismo.

No nos detendremos para destacar los hechos apostólicos que marcaron los anales del Cristianismo. El estudiante del Evangelio, verá a través de esas páginas las innumerables conversiones, liberaciones y curas, que, por intermedio de los Apóstoles, fueron realizadas. Basta recordar la predicación de Pentecostés, que, sólo de una vez, arrebató para el redil cristiano a tres mil personas; o el pasaje referente a la puerta *Formosa*, del templo de Jerusalén, donde se restituyó la salud y el andar a un cojo de nacimiento (*).

El gran desinterés de los Apóstoles es una de las notas destacadas de los Evangelios y de la Historia del Cristianismo.

No dejemos de citar este ejemplo:

“Habiendo un día Simón, el Mago, el Astrólogo, ofrecido a Pedro cierta cantidad para que este le concediese la gracia de la imposición de manos, Pedro le respondió: Perezca contigo tu dinero, pues creíste adquirir con él el don de Dios; arrepíentete de tu maldad, pues veo que estás en la amargura de la hiel y en los lazos de la iniquidad.

(*) Al pedido de limosna que le hizo el cojo de nacimiento, Pedro le respondió: “No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, eso te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar.” (Hechos, III, 6).

Para concluir diremos:

La Misión Apostólica es de conversión y de regeneración bajo los dictámenes básicos del Amor, síntesis de la Doctrina de Cristo. La misión religiosa, como se nos presenta, no está afecta a los sacerdotes sino a los Apóstoles de todos los tiempos. A estos les corresponde la representación de Cristo, de acuerdo con su Doctrina, en que el espíritu sobrepuja a la letra.

LAS BIENAVENTURANZAS

UNA PARTE DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

“Al ver las multitudes subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos; y se puso a enseñarles así:

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la Tierra.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

“Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

“Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

“Bienaventurados seréis, cuando os injurien, os persigan y digan contra vosotros toda suerte de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos. Pues también persiguieron a los profetas antes que a vosotros.”

(Mateo, V, 1-12).

En el mundo hay alegrías, sin embargo, existen más dolores y tristezas. Job decía que “el hombre vive poco tiempo en la Tierra y su vida está llena de tribulaciones” – *Brevi vivens tempore repletur multis miseriis.*

Las Escrituras dicen que la Tierra es un Valle de Lágrimas y compara la vida del hombre a la del obrero que sólo a la noche come su pan bañado de sudor.

En este mundo, nos sentimos doblegados al peso del dolor; hoy, mañana o después, él no dejará de visitarnos. El peso de los infortunios acompaña a la Humanidad desde todos los siglos.

El hombre viene al mundo con un grito; un gemido de dolor es su último suspiro.

De la cuna a la tumba, la senda de la vida está sembrada de espinas y bañada de lágrimas. ¡Cuántas ilusiones, cuántas amarguras, cuántos dolores pasamos en este mundo!

El dolor es una ley semejante a la de la muerte; penetra en el tugurio del pobre como en el palacio del rico. En este mundo aún atrasado, donde venimos a progresar, el dolor parece ser el centinela asignado a despertarnos para la perfección.

Max Nordau decía: “Id de ciudad en ciudad y llamad de puerta en puerta; preguntad si ahí se encuentra la felicidad, y todos os responderán: ¡No; ella está muy lejos de nosotros!”

Pero si es verdad que el Señor permitió que los sufrimientos nos asaltasen, no es menos verdad que también nos proporciona la Esperanza, con que aguardamos días mejores. “Bienaventurados los que sufren, porque ellos serán consolados.”

La Esperanza, es la estrella que dirige nuestras más bellas aspiraciones; es la estrella que ilumina la noche tenebrosa de la vida, y nos hace vislumbrar la estancia de salvación. La vida en la Tierra es un camino que nos conduce a los parajes luminosos de la Vida Eterna; no es un descanso, sino una *preparación para el reposo*.

Pablo, el Apóstol de los Gentiles, recordándonos en una de sus luminosas Epístolas la Vida Real, dice: “Día vendrá en que nos despojaremos de la vestimenta mortal para vestir la de la inmortalidad.”

Atravesamos la existencia en la Tierra como el soldado atraviesa un campo de fuego y de sangre, y los bravos y los fuertes de espíritu clavan en las murallas su estandarte y levantan el grito de victoria.

Esto es lo que nos enseña el Espiritismo con su consoladora Doctrina.

Lleno de compasión por el mundo, Cristo descendió de las alturas, se sienta en el monte, atrae hacia sí a multitudes de desventurados y comienza su monumental sermón con las consoladoras promesas:

“Bienaventurados los pobres, los afligidos, los que lloran, porque de ellos es el Reino de los Cielos.” La “buena palabra”, la Esperanza, proporciona siempre resignación, coraje y fe a los desilusionados de las promesas del mundo.

El hombre que confía y espera en Dios, ve en los sufrimientos el rescate de sus faltas, el medio de purificarse de la corrupción. Es necesario tener fe, es necesario tener Esperanza. Decid al moribundo que, en verdad, no morirá, y él, animado por vuestra palabra, enfrentará la muerte y no sufrirá su aguijón.

La Esperanza es el consuelo de los afligidos, la compañera del exilado, la amiga de los desventurados, la mensajera de las promesas de Cristo.

Pierda el hombre todo: bienes, fortuna, salud, seres queridos, amigos, pero si la Esperanza, Hija del Cielo, lo envuelve, él prosigue en su ascensión para el bien, para la vida, para la Inmortalidad.

En lo alto del monte, lleno de tristeza por las desventuras humanas, el Señor enseñaba a la multitud los medios de conquistar, con el trabajo por el que pasaban, el Reino de los Cielos. Y a todos recomendaba resignación en la adversidad, mansedumbre en las luchas de la vida, misericordia en medio de la tiranía, y limpieza de corazón para que pudiesen ver a Dios. En esa auténtica oración, el Señor preveía que serían injuriados y perseguidos todos aquellos que, creyendo en su Palabra, encontrasen en ella el apoyo para sus dolores, el lenitivo para sus sufrimientos; mas recomienda, anticipadamente, que no nos encolericemos con el mal que nos hicieran, para que sea grande nuestra recompensa en los Cielos. Dijo más: que ejemplificásemos nuestra vida como los profetas que nos precedieron, porque, “bienaventurados han sido todos los que son perseguidos por causa de la justicia.”

Luchemos contra el dolor, aprovechando esa prueba que nos fue ofrecida, para la victoria del Espíritu, libre de los lazos terrenos.

Empuñemos la espada de la Fe y el escudo de la Caridad, con todos sus atributos, y el Reino de Dios florecerá en nosotros, como rogamos diariamente en el Padre Nuestro, la oración que Jesús nos legó.

POBRES DE ESPÍRITU Y ESPÍRITUS POBRES

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.”

(Mateo, V, 3).

Dios quiere Espíritus ricos de amor y pobres de orgullo. Los “pobres de espíritu” son los que no tienen orgullo, los espíritus ricos son los que acumulan tesoros en los Cielos, donde la polilla no los roe y los ladrones no los roban.

Los “pobres de Espíritu” son los humildes, que nunca muestran saber lo que saben, y nunca dicen tener lo que tienen; la modestia es su distintivo, porque los verdaderos sabios son los que saben que no saben.

Es por eso que la humildad se volvió tarjeta de visita para ingresar en el Reino de los Cielos.

Sin la humildad, no se mantiene ninguna virtud. La humildad es el propulsor de todas las grandes acciones y rasgos de generosidad, sea en la Filosofía, en el Arte, en la Ciencia o en la Religión.

Bienaventurados los humildes; de ellos es el Reino de los Cielos.

Los humildes son sencillos en el hablar, sinceros y francos en el actuar; no hacen ostentación de saber ni de santidad; detestan los aduladores y serviles y de ellos se compadecen.

La humildad es la virgen sin mancha que a todos comprende sin poder ser por los hombres comprendida.

Tolerante en su sencillez, se compadece de los que pretenden afrontarla con su orgullo; se calla ante las palabras locas de los simples; soporta la injusticia, pero descansa con la verdad.

La humildad respeta al hombre, no por sus haberes, sino por sus virtudes. La pobreza de pasiones, de vicios, de bajas

condiciones que prenden al mundo y el desapego de efímeras glorias, de egoísmo, de orgullo, amparan a los viajantes terrenos que caminan hacia la perfección.

Esta fue la pobreza que Jesús proclamó: pobreza de sentimientos bajos, pobreza de carácter deprimido. ¡Cuántos pobres de bienes terrenos creen ser dignos del Reino de los Cielos, y, entretanto, son almas obstinadas y endurecidas, son seres degradados que, sin cubierto y sin pan, repudian a Jesús y se encierran en los reductos de una fe bastarda, que, en vez de esclarecer, oscurece, en vez de salvar, condena!

No es la ignorancia y la baja condición las que nos dan el Reino de los Cielos, sino los actos nobles: la caridad, el amor, la adquisición de conocimientos que nos permitan alargar el plano de la vida en busca de más vastos horizontes, más allá de los que divisamos.

Si de la imbecilidad viniese la “pobreza de espíritu” que da el Reino de los Cielos, los necios, los cretinos, los locos no serían fustigados en la otra vida, como nos dicen que son, cuando se comunican con nosotros.

Pobres de espíritu son los sencillos y rectos, y no los orgullosos y bellacos; pobres de espíritu son los buenos que saben amar a Dios y al prójimo, tanto como se aman a sí mismos.

Pobres de espíritu son los que estudian con humildad, son los que saben que no saben, son los que imploran de Dios el amparo indispensable para sus almas.

Para estos dijo Jesús: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.”

MANSEDUMBRE E IRRITABILIDAD

“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la Tierra.”

(Mateo, V, 5).

La delicadeza y la cortesía son hijas dilectas de la mansedumbre.

Por la mansedumbre el hombre conquista amistades en la Tierra y bienaventuranzas en el cielo.

Enemiga de la irritabilidad que genera la cólera, la mansedumbre siempre triunfa en las luchas, vence las dificultades y enfrenta los sacrificios.

Los mansos y los humildes de corazón poseerán la Tierra, porque se elevan en la jerarquía espiritual y se constituyen otros tantos defensores invisibles del progreso de sus hermanos, guiándoles sus pasos en las veredas del Amor y de la Ciencia – nobles ideales que nos conducen a Dios.

”Aprended de mí, – dijo Jesús, – que soy humilde y manso de corazón.”

Es en Jesús en quien debemos buscar las lecciones de mansedumbre de que tanto carecemos en las luchas de la vida.

Aunque era enérgico, cuando las circunstancias lo exigían, el Sublime Redentor sabía hacer prevalecer su Palabra por el poder de la verdad que la embalsamaba, y sin odio, sin amargura, combatía los vicios, los embustes que deprimían a las almas.

Siempre bueno, llano, sincero, caritativo, proporcionaba a sus oyentes los medios de adquirir lo necesario para la vida en la Tierra y para la felicidad en el Cielo.

“No os encolericéis para que no seáis condenados.”

La irritabilidad produce la cólera y la cólera es una de las causas predominantes de enfermedades físicas y males psíquicos.

La cólera engendra la neurastenia, las afecciones nerviosas, las molestias del corazón: es un fuego abrasador que corrompe nuestro organismo, es el virus venenoso que mancha nuestra alma.

Hija del odio, la cólera es un sentimiento mezquino de las almas bajas, de los Espíritus inferiores.

Sin mansedumbre no hay piedad, sin piedad no hay paciencia, sin paciencia no hay salvación.

La mansedumbre es una de las formas de caridad que debe ser ejercida por todos los que buscan a Cristo.

Es de la cólera de donde nace la brutalidad que tantas víctimas ha causado.

De la mansedumbre viene la indulgencia, la simpatía, la bondad y el cumplimiento del amor al prójimo.

El hombre prudente es siempre manso de corazón: persuade a sus semejantes sin excitarse; previene los males sin apasionarse; extingue las luchas con dulzura, y graba en las almas progresistas las verdades que sabe estudiar y comprender.

Los mansos y humildes poseerán la Tierra, y serán felices, tanto como se puede ser en el mundo en que se encuentran.

RESIGNACIÓN E INDIFERENCIA

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.”

(Mateo, V, 6),

Bienaventurados los que se rebelan contra la injusticia, pero que son resignados y serenos.

¡Ay de los indiferentes, de los que se acomodan, de los cobardes, de los tímidos, que aplauden a la injusticia en provecho propio!

Hay mucha diferencia entre la resignación y la indiferencia.

La resignación es la conformidad activa en los inevitables acontecimientos de la vida.

La indiferencia es la sumisión pasiva a las injusticias deprimentes.

La resignación está llena de amor, de sentimientos nobles y de elevadas pasiones.

La indiferencia anula el amor, aniquila la nobleza del alma, destruye las virtudes y deprime la moral.

La resignación en las pruebas es obediencia a los decretos de Dios.

La indiferencia en los sufrimientos es dureza de corazón y ausencia de sumisión a la voluntad divina.

El resignado es santo, porque la resignación nace de la paciencia, y la paciencia es hija preferida de la Caridad.

El indiferente es un anormal: tiene cerebro y no piensa; tiene corazón y no siente; tiene alma y no ama.

El resignado no aparenta sufrimiento, porque conoce la Ley de Dios y a ella se somete con humildad.

El indiferente tampoco muestra sentir el dolor, pero, orgulloso y ajeno a los dictámenes celestes, repele de sí la idea del sufrimiento.

La resignación es una excelente virtud, que necesitamos cultivar; la indiferencia es la manifestación del egoísmo, que necesitamos eliminar.

La resignación es el coraje de la virtud.

La indiferencia es la cobardía de la pasión vil.

Aquella eleva, dignifica, enaltece y santifica.

Esta deprime, desmoraliza, deprava y mata.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.”

Bienaventurados los que no se someten a las injusticias de la Tierra, ni pactan con los opresores, los viles turibularios de las altas posiciones.

LIMPIEZA DE CORAZÓN

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.”

(Mateo, V, 8).

Hay corazones limpios y hay corazones sucios. Para aquellos reservó el Señor la visión de Dios.

Y así como necesitamos la limpieza del cuerpo, para que el cuerpo funcione regularmente, con más razón se hace necesaria la limpieza del corazón, para que el Espíritu camine bien.

Es necesario limpiar el corazón para ver a Dios. No existe nadie de corazón sucio que tenga los ojos abiertos para el Supremo Artífice de Todas las Cosas,

“La boca habla de lo que sobreabunda en el corazón; del interior proceden las malas acciones, los malos pensamientos.”

Corazón sucio, hombre sucio; corazón limpio, alma limpia, apta para ver a Dios.

Se hace necesario limpiar el corazón. ¿Pero de qué forma comenzaremos ese aseo?

Es necesario que nos conozcamos primeramente; es preciso que conozcamos el corazón. *Nosce te ipsum*, concóctete a ti mismo. Saber quiénes somos y los deberes que nos corresponde desempeñar; interrogar cotidianamente nuestra conciencia; ejercitar un culto estrictamente interno, tal es el inicio de esa tarea grandiosa para la cual fuimos llamados a la Tierra.

La limpieza de corazón sustituye el culto externo por el interno. Las genuflexiones, las adoraciones paganas, las oraciones cantadas y susurradas, no tienen ningún efecto ante Dios.

Lo que quiere el Señor es la limpieza, la higiene del corazón.

Hacer culto exterior sin el interior, es lo mismo que callar sepulcros que guardan podredumbres.

Limpiar el corazón es renunciar al orgullo y al egoísmo, con toda su prole maléfica. Es pensar, estudiar, comprender; es creer en el Amado Hijo de Dios por sus dictámenes redentores.

Es ser bueno, indulgente, caritativo, humilde, paciente, progresista; es, en fin, renunciar al mal para abrazar al bien; dejar la apariencia por la realidad; preferir el Reino de los Cielos al Reino del Mundo, pues sólo dentro del Supremo Reinado podremos ver a Dios.

LUZ MORTECINA Y SAL INSÍPIDA

“Vosotros sois la sal de la Tierra. Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla a la calle y que la gente la pise. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad situada en la cima de un monte no puede ocultarse. No se enciende una lámpara para ocultarla en una vasija, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los que están en la casa. Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los Cielos.”

(Mateo, V, 13-16)

El hombre espiritual es el que busca satisfacer la razón y el sentimiento de sus semejantes, transmitiéndoles con lógica y coherencia, las enseñanzas de Jesús, practicando esa Doctrina Sublime, incomparable en su grandeza, por las verdades y consuelos que nos proporciona.

El indiferente, el fanático, el supersticioso, el negativo, el malediciente, el hipócrita, el que no se esfuerza por su engrandecimiento y no trabaja por el bien en general, es *sal insípida*, es *luz mortecina*, que no sirve para nada más.

El que no auxilia a los pobres, el que no enseña a los ignorantes, el que no se conduele del mal ajeno y no procura aliviarlo, es *sal insípida*, sólo sirve para ser pisada por los hombres, es *luz mortecina* que entenebrece en vez de iluminar.

Los discípulos de Jesús son la *luz del mundo* y la *sal de la Tierra*; su tarea es esclarecer a sus semejantes y al mismo tiempo procurar conservarlos fieles a los dictámenes cristianos, proporcionándoles consuelos.

La sal insípida no condimenta; la luz mortecina no ilumina.

“De tal modo brille vuestra luz, que los hombres, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos.”

LOS DOS TESTAMENTOS Y LA DEROGACIÓN DE LA LEY

“No penséis que he venido a derogar la ley y los profetas; no he venido a derogarla, sino a darle cumplimiento. Porque os aseguro que, mientras no pasen el cielo y la tierra, ni un punto ni una coma desaparecerán de la ley hasta que todo se cumpla.”

(Mateo, V, 17-18).

Así como no existen dos “leyes” en vigor, una en oposición a la otra, tampoco existen dos “Testamentos” en validez, ambos contradiciéndose, defraudándose y aniquilándose.

Existe la Ley, existen los profetas; existieron los Profetas y existieron la Ley y los Profetas.

Jesús no vino a derogar la Ley y los Profetas, sino a cumplirla; recordar el cumplimiento de la Ley, trabajar por el cumplimiento de la Ley, enseñar el cumplimiento de la Ley, imponer el cumplimiento de la Ley.

Jesús es la Luz del Mundo: esa luz ilumina la Ley, la distingue de lo que no es Ley, orientando a todas las almas de un modo racional, inteligible, para cumplir la Ley, obedecer la Ley, practicar las ordenanzas de la Ley.

Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida: siendo su principal misión *cumplir la Ley*, la Ley debe, forzosamente, limitarse, circunscribirse al Camino que Él personificó, a la Verdad de la que Él fue el paradigma, a la Vida de la que dio el más vivo ejemplo.

La Ley está íntimamente unida a la incomparable personalidad de Jesús. Lo que a Jesús no se une, no se adapta, no se ajusta, no es Ley; no es, por tanto, Camino, no es Verdad, no es Luz, no es Vida: es desvío, es falsedad, es muerte y tiniebla.

“Porque os aseguro que, mientras no pasen el cielo y la tierra, ni un punto ni una coma desaparecerán de la ley hasta que todo se cumpla.”

La Ley es eterna, es de todos los tiempos, de todos los pueblos; y su propósito es hacer felices a los hombres uniéndolos por el mismo ideal a Dios. El ideal es el Amor.

“El Amor a Dios y al prójimo es la síntesis, el resumen de toda la Ley y los Profetas.”

Todo lo que inspira desamor a Dios y al prójimo, no es Ley, ni proviene de la Ley y de los Profetas; todo lo que divide, desune, desarmoniza a la familia humana, está fuera de la Ley; todo lo que impide la libertad, el libre examen, la comprensión, no está comprendido en la Ley.

La Ley fue dada por intermedio de Moisés, pero la gracia y la verdad de la comprensión de la Ley fue dada por Jesucristo; Él es la Luz y la Verdad.

La Ley no es de Moisés; si así fuese, pasaría con Moisés, como la ley de Moisés del *diente por diente, ojo por ojo* pasó, para no volver más; no sólo desaparecieron de ella el *punto* y la *coma*, sino también todo el valor, toda la potencia, todos los caracteres.

Para que la Ley se cumpla, es necesario que desaparezcan todos los opresores que, constituyéndose guardias de la Ley, no la practican, sino que la corrompen. Para que la Ley se cumpla, es necesario que el Viejo Testamento lo pongamos al margen, porque “En verdad, ningún otro fundamento puede ser puesto entre el cielo y la Tierra sino Jesucristo.”

El mayor de los Profetas anuncia al Mayor de los Enviados; el Mayor Enviado exalta el ministerio de los Profetas, adscrito a la Ley resumida en el amor a Dios y al prójimo.

Los *sacerdotes* fueron puestos al margen, como infractores de la Ley; las iglesias de piedra están fuera de la Ley: *de ellas no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada*. (Lucas, XXI, 6).

Los sacerdotes tienen *una* ley que no es la Ley, así como los científicos y los políticos tienen *una* ley, que no es la Ley; sus iglesias, sus academias, sus palacios tienen sus *mandamientos*, pero estos mandamientos no forman la Ley de Dios, son mandamientos y ordenanzas que están fuera de la Ley: han pasado, están pasando y pasarán para desaparecer para siempre.

No puede haber dos Testamentos, no puede haber dos leyes de Dios: *hay un solo Dios, un sólo bautismo, una sola fe, una única verdad*. La ley de las sinagogas, de los templos, del monte, fue derogada por Cristo: “Es llegada la hora, y ahora es cuando no adoraréis a Dios en Jerusalén, ni en el Monte Garizin, sino en espíritu y verdad, porque son estos los que el Padre quiere como sus adoradores.” (Juan, IV, 21-24).

La *ley de las iglesias* no forma parte integrante de la Ley, ella es la misma de las sinagogas, de los templos, de los montes; la *ley de las iglesias* fue denunciada como infracción de la Ley, por Jesucristo.

La Ley no pasará, ni un *punto* ni una *coma* dejará de cumplirse.

El Espiritismo repite las palabras de Jesús: “No penséis que vine a derogar la Ley y los Profetas, no vine a derogarlas, sino a darles cumplimiento.”

EL JURAMENTO

“También sabéis que se dijo a los antiguos: No jurarás en falso, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la Tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey; ni por tu cabeza, porque ningún cabello puedes volver blanco o negro. Decid sencillamente sí o no. Lo que pasa de esto viene del maligno.”

(Mateo, V, 33-37).

El Evangelio es una espada de doble filo que, manejándola a la derecha y a la izquierda, es capaz de destruir errores seculares y preparar a la Humanidad para el cumplimiento de la Palabra Divina.

Es imposible comprender el Espiritismo sin el Cristianismo. Este es, en verdad, la base fundamental de la Nueva Revelación.

Jesús no vino a destruir la Ley de Dios, sino a darla a conocer. Y el Espiritismo repite las palabras del Hijo de Dios.

Siendo nuestra meta hacer renacer en las almas el sentimiento cristiano, se hace necesario desembarazarla de los intereses de secta, que las prenden al yugo de los dogmas.

La palabra de Jesús no puede pasar, ni una coma le será quitada; la luz ha de resplandecer en las tinieblas para iluminar a los hombres la senda de la perfección que el Maestro trazó.

¡Quién podrá disponer, aunque sea de un hilo de cabello, para contrariar la Ley de Dios, si a nadie le es dado volverlo realmente blanco o negro!

El hombre de bien, aquél que tiene por norma de vida el Evangelio, nada hace sin pensar, sin dejar de madurar el raciocinio, sin buscar, en las inspiraciones de lo Alto, los consejos para sus decisiones, que nunca alcanzan el juramento y se basan siempre en el *sí* y en el *no*. Sí, sí; no, no; lo que pasa de esto es de mala procedencia.

El juramento puede ser una institución humana, pero no divina. ¡Y con qué autoridad ordenamos a nuestros semejantes jurar

con la mano en el Evangelio, cuando es en ese mismo Libro donde se lee la expresa prohibición del juramento, que en el propio decir de Jesús “es de mala procedencia”!

El Señor nos dio la inteligencia, la razón y la libertad, para que no nos esclavicemos a quien quiera que sea.

El juramento es una condición de servicio que desagrada: nos deprime el carácter y nos fuerza a la ejecución de actos que muchas veces reprobamos.

La exigencia del juramento tuvo comienzo en las agremiaciones religiosas, que se desviaron del Cristianismo, para mantener sus principios dogmáticos.

Necesitamos liberarnos de las religiones opresoras que explotan la conciencia humana y les esclavizan la razón.

Sí, sí; no, no. Y lo que está escrito, es lo que nos corresponde expresar en nuestras resoluciones.

LA RELIGIÓN DE LOS HOMBRES Y LA RELIGIÓN DE DIOS

“Sabéis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de especial? ¿No hacen eso también los paganos? Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.”

(Mateo, V, 43-48).

“Cuando los fariseos oyeron que había tapado la boca a los saduceos, se reunieron, y uno de ellos, doctor en la ley, le preguntó para tentarlo: Maestro, ¿cuál es el principal mandamiento de la ley? Él le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el principal y el primer mandamiento. El segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se resumen toda la ley y los profetas.”

(Mateo, XXII, 34-40).

La Religión de los hombres no es la Religión de Dios. La religión de los hombres se resume en los sacramentos: bautismo, confesión, confirmación, matrimonio, misas, extremaunción, procesiones, fiestas, días de santos.

La Religión de Dios es caridad, misericordia, paz, paciencia, tolerancia, perdón, amor a Dios y amor al prójimo.

La religión de los hombres es misericordia sujeta al dinero.

La Religión de Dios está exenta del dinero del mundo.

La religión de los hombres circunscribe la razón y el sentimiento, prescribiendo la ignorancia; no admite la evolución.

La Religión de Dios reclama el estudio y proclama el progreso.

La religión de los hombres consiste en dogmas y misterios que la conciencia rechaza y el sentimiento repudia.

La Religión de Dios derriba las barreras de lo sobrenatural y afirma que nunca dijo, ni dirá la última palabra, porque es de evolución permanente.

La religión de los hombres esclaviza a las almas, esclaviza la inteligencia, anula la razón, condena el análisis, la investigación y el libre examen.

La Religión de Dios manda al individuo, como Pablo, a examinarlo todo, crecer con todo el conocimiento, hacer el estudio crítico de lo que le fuera presentado para separar lo bueno de lo malo y no tener tropiezo en el “día de Cristo”.

La religión de los hombres no tiene espíritu: para ella el Evangelio es letra muerta, no tiene la Palabra de Jesús; sus santos son de madera y barro; sus virtudes, de incienso y alhucema; sus obras son jolgorios, fiestas ruidosas, de juegos, de fanfarrias; sus ornamentos, de cintas y papeles de colores.

La Religión de Dios es vivificada por el Espíritu de la Vida Eterna, es accionada por las Revelaciones Sucesivas, se basa en la Palabra de Jesús, en los Evangelios, en las Epístolas Apostólicas. Sus santos son Espíritus vivos, puros, o que se están purificando y que vienen a comunicarse con los hombres en la Tierra, para guiarlos a la Verdad; sus virtudes son las curas de los enfermos realizadas por esos Espíritus, las manifestaciones de materializaciones, de transportes, de fotografía, que vienen a dar la certeza de la Inmortalidad y a establecer la Verdadera Fe.

La religión de los hombres es la aflicción, la desesperación, la muerte; al enfermo sólo le ofrece la confesión auricular; al agonizante, la extremaunción y después de la muerte el *De-Profundis* con las consecuentes misas, que constituyen un gravamen eterno para la familia del muerto.

La Religión de Dios es el consuelo, la esperanza, la vida: al enfermo le da remedios, fluidos divinos para calmar el sufrimiento; al agonizante le revela el Reino de la Inmortalidad y afirma que la Vida continúa independiente de la vida en la Tierra; da de gracia la

misericordia, envuelve al paciente en amor y a todos recomienda la oración *gratuita* como medio de auxiliar a los que sufren.

La religión de los hombres está compuesta de una jerarquía que comienza en el pequeño cura de aldea para elevarse a través de las dignidades de canónigo, monseñor, obispo, arzobispo, cardenal, al caporal mayor, el *Sumo Pontífice Infalible*, el Papa; cada cual se distingue por la tonsura, vestimenta, rubís, pedrería de esmeraldas, brillantes, diamantes y ropajes de seda, de púrpura, de Holanda: obligando al *hábito* a hacer al monje.

La Religión de Dios es suministrada por el Espíritu, por intermedio de los *dones espirituales* de los que habla el gran Apóstol de la Luz en su gloriosa Epístola, hoy de divulgación mundial; ella no distingue al religioso, al cristiano, por el hábito, por la capa, por la sotana, por los anillos, por la corona, por la mantilla, por los rosarios, por las medallas, por las cruces, porque cualquier hipócrita puede utilizar esas insignias; pero reconoce al cristiano, al religioso por el carácter, por el criterio, por la fe que de él emana, por la caridad que lo caracteriza, por la esperanza no fingida que manifiesta.

La religión de los hombres persigue, anatematiza, sirve y ampara a sus propios perseguidores, detractores, calumniadores y adversarios.

La religión de los hombres se ilumina a la luz del aceite, de la cera, de la electricidad.

La Religión de Dios es la Luz del Mundo y de todo el Universo.

La religión de los hombres es insípida, corruptible; utiliza la sal material.

La Religión de Dios es la sal de la Tierra: conserva, transforma y purifica.

La religión de los hombres tiene iglesias de piedra, de tierra, de cal, de hierro, de madera.

La Religión de Dios tiene por Iglesia, como dice el Apóstol, almas, espíritus vivificantes.

Las iglesias de los hombres son de materia inerte, caen al embate de los vientos, de las tempestades, de las corrientes.

Contra la Iglesia de Dios los elementos no prevalecen; ella es imperecible y se nos muestra cada vez más viva, más luminosa.

La religión de los hombres es la opresión, el orgullo, el egoísmo, la mercancía.

La Religión de Dios es la de la libertad, de la humildad, del amor, del desinterés. La religión de los hombres no es la Religión de Dios: la religión de los hombres es de los hombres y para los hombres.

La Religión de Dios es la Luz Universal que proclama la Verdad, el Camino y la Vida, repitiendo la Palabra del incomparable sabio y santo, Jesucristo: *Amad a vuestros enemigos; orad por los que os calumnian; que vuestra justicia sea mayor que la de los escribas y fariseos; amad a Dios y al prójimo, porque en este amor se fundan la Ley y los Profetas; sed perfectos como perfecto es vuestro Padre Celestial.*

LA VIDA EN LA TIERRA Y LA VIDA ETERNA

“Porque eso os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué vais a comer; ni por vuestro cuerpo, qué vais a vestir. Porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Mirad las aves del cielo; no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros, por mucho que cavile, puede añadir una sola hora al tiempo de su vida? Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Mirad cómo crecen los lirios del campo, no se fatigan ni hilan; pero yo os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana se la echa al fuego, ¿no hará más por vosotros, hombres de poca fe? No os inquietéis, diciendo: “¿Qué comeremos?” o “¿qué beberemos?” o “¿Cómo vestiremos?” Por todas esas cosas se afanan los paganos. Vuestro Padre celestial ya sabe que las necesitáis. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. Así que no os inquietéis por el día de mañana, que el mañana traerá su inquietud. A cada día le bastan sus problemas.”

(Mateo, VI, 25-34).

El propósito de la vida en la Tierra es el perfeccionamiento del Espíritu. Aquél que así lo comprende se eleva, se dignifica, y, libre de las dificultades materiales, sube a las alturas inaccesibles al sufrimiento, alcanzando la felicidad eterna.

Aquél que así no lo quiere comprender se rebaja, se desmoraliza, y, absorbido por las malas pasiones, desciende a los abismos del dolor, para expiar y reparar las faltas, las transgresiones de las leyes divinas. El que vive de la carne, muere; el que vive del Espíritu es inmortal.

Luchas, fatigas, trabajos y dolores son luces para los vivos y sepulcros para los muertos. Unos se mantienen serenos y resistentes por encima de las miserias terrestres; otros yacen bajo los escombros amontonados por el tifón inclemente de la adversidad.

El que ve con los ojos de la carne, ve miserias, estertores, muerte; el que ve con los ojos del Espíritu, ve flores que se

marchitan, prados devastados, riachuelos que se secan, fuentes que no echan agua, daño, mutilaciones, cadáveres putrefactos; pero ve también colores que son perfumes, luces que son fuerzas, vidas que despuntan, seres que se agitan, almas que viven y Espíritus que vivifican.

En el panorama del Universo se muestran las dos caras de la Vida como el anverso y el reverso de la moneda: cada efigie tiene su valor encima o debajo de la “paz cambiante”.

Nada se pierde, nada se desvaloriza en la ecuación propuesta para llegar a la incógnita de la Perfección Espiritual.

La Ley ve pasar el tiempo, las generaciones, la Tierra y el cielo, pero permanece inflexible, perfeccionando las generaciones, la Tierra, el cielo, en su acción lenta, pero decisiva y depuradora.

El propósito de la vida es el cumplimiento de la Ley, y el cumplimiento de la Ley, es la Perfección.

Los que transgreden la Ley descienden por los lodazales de las pasiones viles a los abismos tenebrosos del dolor; pero, agujoneados por el dolor, suben a las cimas de las glorias inmortales.

Los que cumplen y proclaman el cumplimiento de la Ley, vuelan entre las luces, colores y perfumes a las Eternas mansiones de los Espíritus Soberanos, donde la armonía, la verdad y la paz imperan en la plenitud de sus derechos divinos.

La vida en la Tierra, para aquellos que en la Tierra tienen su tesoro, termina en la tumba, porque sólo con el renacimiento alcanzarán la Vida Eterna. La Vida en la Tierra, para los que acumulan tesoros en los Cielos, es la senda luminosa que une la Tierra a los Cielos, es la senda comunicativa que les permite pasar para apoderarse de ese tesoro. Los que viven en la Tierra por la Tierra, son de la Tierra; los que viven en la Tierra sin ser de la Tierra, son de los Cielos. La vida en la Tierra es efímera; la Vida en los Cielos es eterna; y la propiedad de la Vida Eterna consiste en el cumplimiento de la Ley: “Buscad el Reino de Dios y su justicia, que todo lo demás os será dado por añadidura.”

LOS DOS CAMINOS Y LAS DOS PUERTAS

“Entrad por la puerta estrecha. Que es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. Y es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y son pocos los que la encuentran.”

(Mateo, VII, 13-14).

Dos son los caminos que se presentan a los hombres: el de la Evolución y el de la Degradación.

También son dos las puertas que se abren a la pobre criatura humana: la puerta de la Vida y la puerta de la Muerte.

Aquellos que caminan por el Camino de la Evolución, han de pasar forzosamente, por la puerta estrecha que conduce a la Vida.

Los que descienden al declive de la degradación, han de atravesar la puerta ancha para vivir en la Muerte.

¡Hay vida en la Vida y hay “vida” en la Muerte!

En la vida de la Tierra hay muerte; en la Vida del Espacio la vida venció a la muerte.

El Camino de la Evolución es angosto, pocos son los que lo encuentran, pero grande es el número de los que no quieren encontrarlo, pues oyeron decir que es “angosto”.

El Camino de la Degradación es espacioso, muchos son los que por él pasan y de él no quieren salir, por ser espacioso y facilitarles una serie considerable de diversiones.

El Camino del Progreso se ve con los ojos del alma, y el alma lo desea, ardientemente, para la adquisición de sus destinos felices; el de la Degradación proporciona en el presente los gozos efímeros del mundo y el hombre material por él camina preso a esas delicias perecibles.

El Camino del Progreso, por ser angosto, exige conocimientos, reclama atención, criterio y raciocinio, para que no se incline para la derecha o para la izquierda.

El Camino de la Degradación está guarnecido de todos los atractivos, festejado con todas las músicas: en él los cinco sentidos humanos se fascinan, se embriagan por las sensaciones exteriores, aniquilando al Espíritu que habla a la conciencia, adormeciendo al alma que deja de agitar la razón.

Para subir por el Camino de la Evolución y entrar por la puerta del Progreso, es necesario Prudencia, Fortaleza, Temperanza, Rectitud, Fe, Esperanza y Caridad. Por eso: “Estrecha es la puerta y angosto es el camino que conduce a la Vida, y pocos son los que la encuentran.”

El Camino de la Degradación es el de la Soberbia, el de la Avaricia, el de la Lujuria, el de la Ira, el del Odio, el de la Gula, el de la Pereza y el de la Envidia, de lo que todo el mundo está lleno; he aquí el por qué: “Ancha es la puerta y espacioso es el camino que conduce a la perdición y muchos son los que entran por ella.”

Entrad por la Puerta Estrecha porque es la que da entrada a la Vida Eterna.

LOS DOS FUNDAMENTOS

“El que escucha mis palabras y las pone en práctica se parece a un hombre sensato que ha construido su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se echaron sobre ella; pero la casa no se cayó, porque estaba cimentada sobre la roca. Y todo el que escucha mis palabras y no las pone en práctica se parece a un hombre insensato que ha construido su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se precipitaron sobre ella, y la casa se cayó y se arruinó totalmente.”

(Mateo, VII, 24-27).

En esta alegoría Jesús compara la creencia con un edificio; la buena creencia es semejante al sólido edificio construido sobre la roca; la mala creencia es como un edificio de mala construcción, levantado sobre la arena movediza.

Existen, pues, dos creencias: la creencia verdadera y la falsa creencia.

La buena creencia nace del estudio, del libre examen, de la observación; es la creencia activa, racional y científica.

La mala creencia es pasiva, tradicional, hereditaria; acepta los dogmas que le son sugeridos, sin conciencia, sin analizar, sin convicción.

La verdadera creencia representa el edificio construido sobre la roca; la falsa, la edificada sobre la arena movediza.

La alegoría es magnífica.

Quien quiere construir un buen edificio, de duración y que pueda, por su solidez, resistir las intemperies, busca un buen terreno, cava cimientos, echa y asienta sobre esos cimientos una base de piedras para que los cimientos soporten el peso de la casa. Sólo después será cuando levante las paredes y concluya el edificio.

Existen otros que no hacen cuestión de terreno, ni de cimientos. Construyen en cualquier lugar y hasta incluso sin

cimientos. Estas casas no ofrecen garantías y se vuelven peligrosas para sus habitantes.

Así es la Religión: quien busca con buena voluntad y libre de ideas preconcebidas la Verdad, y está dispuesto a abrazarla, está edificando sobre la roca; quien se somete a cualquier doctrina, sin conciencia de lo que hace, edifica sin base y en terreno movedizo.

Pero, así como no es suficiente encontrar el terreno para hacer la casa, tampoco es suficiente encontrar la Verdad para tenerla en sí. Es preciso construir la creencia, como se construye una casa.

Después que se encuentra el terreno, se toma posesión de él y se comienza la construcción: primero los cimientos, después las paredes, después el tejado, después el acabado interior y el exterior.

Así es también cuando se encuentra la Verdad, después de haberla buscado y de estar seguro por la investigación, examen, raciocinio, que es, de hecho, la Verdad, urge tratar la construcción de la creencia, comenzando por los cimientos y estos han de ser forzosamente los mismos puestos por Jesús, la Revelación Divina, como dice Él a sus discípulos: “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. (Mateo, XVI, 13-19). Y así, con el material venido del Cielo y con el trabajo y esfuerzo que empleamos, vamos, poco a poco, construyendo el edificio de la creencia que tanto más sólido y más bello será, cuanto mayor fuese la dedicación que tuviéramos para ver terminada esa obra grandiosa, que será nuestro eterno abrigo.

Jesús comparó ambas formas de creencia, una, a un edificio bien construido, y la otra, a una casa mal edificada.

Un edificio bien construido nos guarda de las intemperies y de las tempestades, nos libra de los malhechores, nos da sosiego y paz.

Así es la verdadera creencia: nos consuela en las pruebas, nos libera de las emboscadas de los Espíritus maléficos, nos da calma, coraje y fortaleza para vencer.

Una casa mal edificada corre el riesgo de ser abatida por las tempestades y de derrumbarse a la influencia de la corriente; sujeta de ser asaltada, siempre nos causa sobresaltos.

La creencia ciega es semejante a una casa así construida o adquirida; esa creencia popular, tradicional, hereditaria, sin Evangelio, sin Jesucristo, sin examen, sin raciocinio, en el primer momento de la adversidad, amenaza tales ruinas que ponen en peligro a sus propios adeptos.

La creencia no es una mercancía que se adquiere en la plaza, ni la dádiva que se acepta para ser agradable. La creencia comienza por el estudio y por la investigación; crece en nosotros a medida que la cultivamos. La creencia es la que nos ilustra y nos hace aproximarnos a Dios.

Las casas mal edificadas están sujetas a la demolición. La creencia bastarda debe ser repudiada para dar lugar a la nueva edificación sobre sólidos fundamentos.

Examine cada cual su creencia y observe si la “casa” es de sólida construcción y si está levantada sobre fundamento inamovible.

JESÚS Y EL CENTURIÓN

“Al entrar Jesús en Cafarnaún, se le acercó un oficial suplicándole: Señor, mi criado está parálítico en casa con unos dolores terribles. Jesús le dijo: Yo iré a curarlo. El oficial respondió: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; dilo sólo de palabra, y mi criado quedará curado. Porque yo, que soy un hombre sujeto al mando, tengo bajo mis órdenes soldados, y digo a este: Vete, y va; y a otro, ven, y viene; y a mi criado: haz esto, y lo hace. Jesús, al oírlo, quedó admirado y dijo a los que lo seguían: Os aseguro que en Israel no he encontrado a nadie con una fe como esta. Muchos del oriente y del occidente vendrán y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de Dios, pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de fuera: allí será el llanto y el crujiir de dientes. Y Jesús dijo al oficial: Anda, y que suceda como has creído. Y en aquella misma hora el criado se curó.”

(Mateo, VIII, 5-13).

Cafarnaún, era una de las grandes ciudades de Galilea, muy próxima a la desembocadura del Río Jordán, donde Juan Bautista acostumbraba hacer sus predicaciones, convidando al pueblo al arrepentimiento de los pecados.

Y como queda en el camino comercial que iba de la ciudad de Damasco al Mar Mediterráneo, el gobierno romano tenía allí un ejército compuesto de cien soldados, bajo la dirección de un comandante.

Ese comandante tenía el título de *centurión*, justo porque comandaba cien soldados. Por lo que se comprende de la parte que acabamos de leer, cuando el centurión tuvo conocimiento de la entrada de Jesús en la ciudad de Cafarnaún, sin perder más tiempo se vistió el uniforme y se fue en busca del Joven Nazareno, y, encontrándolo luego, se quejó del mal que sufría su criado: “Mi criado está parálítico en casa, con unos dolores terribles.”

Ahora, siendo Cafarnaún una ciudad populosa, de cierta importancia, hasta el punto de ser protegida por un ejército de cien soldados, comandado por un centurión, forzosamente habría

algunos “médicos” residentes allí – pues en aquél tiempo ya los había; tanto es así que uno de ellos, Lucas, se hizo apóstol de Jesús.

Por lo que dice el Evangelio, podemos también saber que la enfermedad que atacó al criado del Centurión era parálisis; parálisis que ocasionaba grandes sufrimientos; sabemos aún más, que la enfermedad del hombre era grave, y que ese criado del centurión, según afirma Lucas, que era médico, estaba hasta moribundo, en las convulsiones de la agonía, a las puertas de la muerte. Es imposible, pues, que el centurión, que era persona de recursos, y que estimaba mucho a su criado, no hubiese llamado a médicos para tratarlo.

El enfermo no podía haber quedado hasta ese momento sin medicación, aunque la medicación lo hubiese mejorado.

Probablemente desanimado con el tratamiento de la Ciencia de aquél tiempo, el centurión, hombre instruido, sabiendo de las curas que Jesús había realizado, pues, poco antes de entrar en Cafarnaún, el Maestro había curado a un leproso, decidió valerse del Gran Médico Espiritual para curar al criado.

El centurión actuó sabiamente, porque su petición fue recibida con toda consideración:

“¡Yo iré a curarlo!”, dijo Jesús. Admirable frase esta: “¡Yo iré a curarlo!”

¿Cuál es el médico que, sin ver al enfermo, sin examinarlo; sin ver sus ojos, tocar el vientre, el hígado, el pecho o sus costillas; sin auscultar el corazón o los pulmones; sin hacer análisis de orina, o de esputos, o de heces; sin averiguar del enfermo, o de la persona que lo asiste, dónde siente dolor; si come, si bebe, si tiene fiebre, puede decir categóricamente a cualquiera que lo llama para socorrer un sufriente: “Yo iré a curarlo”?

Sabemos que todos los médicos pueden decir, al ser llamados para asistir a un enfermo: “Yo iré a tratarlo”, ¿pero decir: “yo iré a curarlo”?

Sólo hubo uno en la Tierra que, sin tomar el pulso, sin poner termómetro, sin preguntar síntomas y sin ver al enfermo, ni saber su nombre, ni su edad, pudo afirmar sabia y categóricamente, cuando le pedían auxilio: “Yo iré a curarlo”

Por eso siempre afirmamos que Jesús fue el mayor de todos los médicos y que nadie fue, ni es tan sabio como él. El Maestro no trataba al enfermo, no alimentaba enfermedades; curaba a los enfermos, mataba las enfermedades. Su acción en el mundo fue verdaderamente estupenda, extraordinaria, maravillosa. Sólo él era capaz de hacer lo que hizo; sólo él es capaz también hoy de hacer lo que nosotros necesitamos; y lo hará, si, como el centurión, sabemos implorar su asistencia.

Vimos que Jesús se ofreció inmediatamente a ir a la casa del centurión para curar al enfermo. Pero, ¿qué pensó el centurión a la respuesta del Maestro?

“¡Señor! No soy digno de que entres en mi casa; sin embargo, di solamente una palabra, y mi criado ha de sanar. Porque también soy hombre sujeto a la autoridad y tengo soldados a mis órdenes, y digo a uno: ve allí, y él va; a otro: ven acá, y él viene; a mi criado: haz esto, y él lo hace.”

¡Cuántas enseñanzas se extraen de estas palabras, que, no siendo de Jesucristo, fueron, entretanto, dichas ante Él y merecieron su aprobación! “Yo no soy digno de que entres en mi casa.” Esta es la frase que todos nosotros deberíamos siempre, en nuestras oraciones, en nuestros ruegos de todo corazón, dirigirle al Maestro, cuando, todos los días, le solicitamos gracias y beneficios: “¡Señor! Dadnos esto o aquello; haznos este o aquél beneficio, pero no vengas a nuestra casa, porque no somos dignos de que entres en nuestro hogar. Nuestras pasiones, nuestros vicios, nuestra inferioridad y nuestro pequeño corazón nos hacen avergonzarnos en tu presencia.”

Pero, infelizmente, no es eso lo que decimos. Todos llaman a Jesús en sus casas, todos quieren verlo a su lado; y algunos hay que pretender encerrarlo en un armario, o devorarlo, meterlo en el vientre. (*)

¡Ved qué iniquidad, qué naturaleza avara de humildad tiene la criatura humana!

(*) Alusión a la ingestión de la ostia, que, según el catolicismo, encierra al propio Jesús.

El criminal se constriñe ante el magistrado: el reo se avergüenza ante los jueces; la criatura humana, negra de ignorancia, repulsiva de orgullo y vanidad, horrenda de egoísmo, se cree tan iluminada, tan casta, tan pura, hasta el punto de llamarse hermana del Corazón de Jesús; de ese Corazón Inmaculado, purísimo, que no palpita si no para hacer sentir el amor; que no mueve sus labios si no es para transmitir, a los sufrientes, una parte de su purísimo afecto; que no habla si no es para bendecir y enseñar; que no brilla si no es para arrancar a las almas de las tinieblas, del libertinaje, de las mentiras y de los engaños.

No, no era necesario que el Espíritu Purísimo entrase en casa del centurión para que el criado de ese comandante quedase libre de la enfermedad; así como no era necesario que el centurión fuese personalmente a abrir las “puertas de la cárcel” para liberar de ella a un prisionero que dejase libre.

“También yo soy un hombre sujeto a la autoridad, Señor; no eres sólo tú el que estás bajo el dominio de la autoridad; yo también lo estoy; con la diferencia de que mi autoridad es de la Tierra y la tuya es del Cielo. Mi jefe es el gobernador romano; y tu jefe es el Gobernador del Universo. Pero, a pesar de eso, yo tengo soldados a mi disposición; así como también sé que tú tienes legiones de Espíritus santificados por tu Palabra, que están bajo tu dominio. Yo le digo a uno de mis soldados: ve para allá, y él va; a otro: ven para acá, y él viene; a otro: haz esto o aquello, y él lo hace; tú, de la misma forma, mandas en tu ejército; tus soldados y tus criados hacen todo lo que tú ordenas, así como los míos hacen todo cuanto yo ordeno. “Di una sola palabra, y mi criado sanará”, porque yo también, cuando quiero hacer cualquier cosa, sea prender a un perturbador o liberar a un prisionero, digo sólo una palabra, y son cumplidas inmediatamente mis órdenes.

Y Jesús, maravillado ante la fe que amparaba al centurión, lleno de alegría ante las palabras del soldado romano, se dirigió a sus discípulos y les dijo: “En verdad os digo, que ni en Israel hallé tan grande fe”

La luz no fue hecha si no para iluminar, así como la Verdad para liberar, la Esperanza para consolar y animar, la Caridad para amparar y purificar, y la Sabiduría para guiar y engrandecer.

Todas estas virtudes, todos estos dones celestiales, que llenan a la criatura de bienestar y de paz, son rayos coloridos de un mismo Sol, son reflejos multicolores de una misma estrella, que orienta a los pueblos, que encamina las naciones, que eleva la dignidad humana, y cuyas luces penetran en el corazón, suben al cerebro y se expanden en el alma. Esa venturosa claridad de los cielos a la que nosotros llamamos Fe, implantada en el Espíritu humano, nace como el grano de mostaza de la parábola, crece y vuelve a crecer; crece siempre sin parar, y, cuando le llega el momento feliz de no elevar más sus tallos, de no alargar más sus ramas, de no engordar más su tronco, de no extender más sus raíces; cuando llega ese momento, en que a nuestros ojos parece completada la cuenta de sus días, concluido su itinerario, finalizada su vida, es entonces que le es llegado el momento de mayor crecimiento, de mayores trabajos, de más productiva Vida, porque es entonces que ella va a fructificar, para después, extenderse en ramificaciones cada vez más inmensas y crecientes, hasta el punto de hacerse campo y cubrir una extensión considerable de terreno. Esta fue la Fe que Jesús saludó con alegría, cuando la vio cultivada por el soldado romano; esta fue la Fe, engrandecida por los conocimientos, purificada por la humildad, santificada por la oración en la persona del centurión, que el Maestro justificó, diciendo: “En verdad os digo que ni en Israel hallé tan grande fe.”

Además de decir a sus discípulos cerca del centurión: “En verdad os digo que ni en Israel encontré tan grande fe”, el Maestro añadió, aún, como para servir de incentivo a aquellos que lo oían, para que estudiaran, para que hicieran también crecer la fe que poseían:

“Os digo que muchos del oriente y del occidente vendrán y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de Dios, pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de fuera: allí será el llanto y el crujir de dientes.”

Aquellos que estuvieran fuera de las Iglesias que paralizan el crecimiento de la Fe; aquellos que tienen la felicidad de no pertenecer a ese Reino del Mundo, donde los sacerdotes aprisionan a las almas, la política deprime el carácter y la ciencia vacía entenebrece; aquellos que están en el Oriente o en el Occidente, de un lado o de otro, pero no están dentro del Reino del Farisaísmo; aquellos que no son hijos de ese reino, porque sólo tienen como paternidad, como dominio el Reinado de Dios – esos han de subir a las regiones de la felicidad y de la luz, donde están los Espíritus Puros, que antes vivieron en este mundo – Abraham, Isaac y Jaco. Han de sentarse a la mesa espiritual, donde les serán ofrecidos nuevos y más sabrosos manjares, para engrandecer aún más su Fe, para hacerla mayor, más robusta, más viva, más luminosa, más sabia y más divina.

Y los hijos de este reino, de este reino de mentira, de la mercancía, del orgullo, de la hipocresía, de las exterioridades y de la idolatría, quedarán inmersos en esas mismas tinieblas creadas por ellos; paralizarán la creencia, como una poza de agua en el camino; abdicarán los derechos del crecimiento, del engrandecimiento, de la floración de esa plantación cuya simiente les colocará Jesús en el corazón; no tendrán ningún árbol que les dé sombra, ni flores que les den perfume, ni frutos para alimentarse; y llorarán de hambre y será el crujir de dientes en el sufrimiento, en las tinieblas.

Y habiendo Jesús dado todas esas enseñanzas a unos, y bendiciones a otros, pues tanto las enseñanzas, como los aplausos del Maestro, son bendiciones de perfección, es decir, de perfeccionamiento, después de que Jesús exaltó la Fe del Centurión, concluyó su lección diciendo al comandante del ejército:

“¡Vete, y como creíste, así te será hecho!”

“Como creíste, así te será hecho” y el centurión fue y encontró a su criado curado, sano.

¿Cómo creyó el centurión?

¿De qué forma creía él que se debía hacer la cura de su criado?

Naturalmente que, con la autorización y el mandato de Jesús, algunos de los Espíritus que acompañaban al Maestro, en su Misión, irían a casa del centurión y la cura se realizaría. Porque, como dijo él al Nazareno, “no necesitas venir a mi casa, Señor, pero con una palabra tuya mi criado habrá de sanar”; de la misma forma que con una palabra mía, los prisioneros serán puestos en libertad.”

Fue así como el centurión creyó, y fue así como su criado fue curado; y así fue como Jesús afirmó tener él que sanar, cuando dijo: “¡Como creíste, así te será hecho!”

LAS DOS MUERTES

“Jesús, al verse rodeado de tanta gente, mandó que lo llevarán a la otra orilla del lago. Entonces llegó un maestro de la ley y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.

Otro de sus discípulos le dijo: Señor, déjame ir a enterrar a mi padre. Jesús le dijo: Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos.”

(Mateo, VIII, 18-21).

Existen dos vidas, deben, por tanto, existir dos muertes: la muerte concreta y la muerta abstracta.

Cuando el hombre muere, los miembros se le quedan rígidos, su temperatura desaparece, sus células se multiplican y aumentan de volumen; la putrefacción anuncia la desagregación molecular y la personalidad desfigurada desaparece en los torbellinos de la tumba.

Cuando el alma muere, es la memoria moral la que se enriquece; y el frío de la incredulidad caracteriza al cadáver; son las malas pasiones que denuncian la descomposición del individuo y helo aquí, sepulcro ambulante, en tránsito por las necrópolis de los vicios, ostentando suntuoso mausoleo.

Hay alma muerta en cuerpo vivo, porque, así como el cuerpo sin alma está muerto, el Espíritu sin la Fe que vivifica y congratula es un ser inerte como un cadáver.

El cuerpo muerto tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye, tiene boca y no habla, tiene cerebro y no piensa, tiene brazos y no se mueve, tiene piernas y no anda, tiene nariz y no huele; el tacto desaparece y hasta el corazón, el hígado, el estómago, los intestinos, que producen un trabajo mecánico, yacen inmóviles, inertes, helados. El alma, cuando está muerta, también pierde la sensación y la percepción: no piensa, no siente la Vida, no percibe la Moral; ningún sonido, ningún color, ningún perfume, ningún acto generoso, ninguna acción Divina consigue despertar a ese “Lázaro” encerrado en el sepulcro de carne.

¡Qué terrible es la muerte del alma!

Más extraña y penosa cosa es la muerte del alma que la muerte del cuerpo.

La muerte del cuerpo es la liberación del Espíritu; la muerte del alma es su esclavitud al servicio de la carne.

Hay muerte del cuerpo y muerte del alma.

Glorioso es el día de la muerte del cuerpo para los Espíritus que viven; terrible es el día de la muerte del cuerpo para los Espíritus muertos. Entretanto, para unos como para otros, hay resurrección; aquellos resurgen para la gloria y estos para la condenación; de ahí la proposición de quedar los muertos al cuidado de enterrar a sus muertos.

Existen dos muertes: la muerte concreta, que destruye la personalidad (el cuerpo – la figura aparente del Yo); y la muerte abstracta, que adormece, desfigura, deprime la individualidad, el ser que prevalece en la Vida Eterna.

La muerte del cuerpo, para el *alma muerta*, es el arrebatamiento del individuo que queda forzado a alejarse de todos los bienes de la Tierra, de todos los gozos mundanos y hasta de los seres que lo rodeaban en la vida del mundo.

La muerte del alma es la abstracción de todo lo que interesa a la Vida Inmortal, es la ausencia de todos los bienes incorruptibles, es el desconocimiento de la divinidad, es la pobreza de los sentimientos nobles, del carácter y de la virtud.

¡Existen dos vidas, existen dos muertes; existen dos caminos, dos puertas; existen dos señores, sigamos al Señor de los Cielos y *dejemos que los muertos entierren a sus muertos!*

LA TEMPESTAD CALMADA

“Jesús subió a una barca acompañado de sus discípulos. De pronto se alborotó tanto el mar que las olas saltaban por encima de la barca, y él dormía. Se acercaron los discípulos y lo despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Jesús les dijo: ¿Por qué tembláis, hombres de poca fe? Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar y sobrevino una gran calma. Los discípulos, asombrados, decían: ¿Quién es este que hasta el viento y el mar le obedecen?”

(Mateo, VIII, 23-27).

La autoridad de Jesús es verdaderamente universal.

Espíritu Superior que preside los destinos de nuestro planeta, conoce su naturaleza, así como la atmósfera que lo circunda, así como a los Espíritus que actúan en los elementos; sabe, por tanto, que todos los fenómenos sísmicos y atmosféricos están dirigidos por seres inteligentes encargados de las manifestaciones de la Naturaleza.

El Maestro, contemplando el temporal que se desencadenó en el Mar de Galilea, decidió hacerlo cesar, al ruego de sus discípulos, y, para que estos no peligrasen, ordenó que el mar se calmase y los vientos no prosiguiesen en su faena destructora.

Está claro que Jesús no se dirigió al mar ni a los vientos, sino a los Espíritus que agitaban la atmósfera y enfurecían las aguas. El viento y el mar no podrían comprender, para obedecer las órdenes del Maestro.

Esos fenómenos obedecen siempre a una causa y Jesús, actuando sobre la causa, hizo cesar el efecto. Enseña, también, este pasaje, que con la fe en Jesús podemos, si le rogamos, obtener la calma en las tempestades de la vida. La Nueva Revelación, con sus hechos maravillosos, viene a informarnos de tantas cosas que la ignorancia humana consideraba *milagros*, pero que no son más que productos o resultados de la acción de los Espíritus que, a nuestro alrededor, trabajan constantemente.

EL MAYOR PROFETA

“Y si queréis admitirlo, él es Elías, el que había de venir.”

(Mateo, XI, 14).

El mayor Profeta precede al mayor Enviado; aquél es la Voz, este la Acción; uno clama, exhorta, previene; el otro allana valles, arrasa montes, derriba árboles, y, en su pasaje por la Tierra, deja un Camino firme, grande, inmenso, luminoso, que se eleva a la morada eterna del Padre.

Juan bautiza con agua a los arrepentidos, para borrar en ellos las manchas de los elegidos; Jesús, con fuego, destruye y calcina las doctrinas humanas que oscurecen sus almas; si aquél limpia, este da blancura, para que el Espíritu de Dios refleje en ellos el “amor de Dios y del prójimo, que resume la Ley y los Profetas”.

Juan representa a los Profetas: *es el mayor de los profetas, de los nacidos de mujer*; Jesús es la *Gracia y la Verdad*, que recibió en el Tabor los testimonios de la Ley, por el Espíritu de Moisés, y de la Profecía, por el Espíritu de Elías; nuestro Maestro es el mayor de los enviados: la VOZ LO ACLAMÓ, cuando dijo: “ESTE ES MI HIJO AMADO – OÍDLO.”

Todas las VOCES del Padre Celestial dieron testimonio del Nazareno; la Ley, la Profecía, la Gracia y la Verdad; de hecho, Él es el Hijo Unigénito de Dios en sabiduría y Amor.

Juan es el mayor exponente de la Profecía, porque profetizó la venida y la misión del Mayor de los Enviados. El Espíritu de Cristo es mayor que todo y que todos porque él fue y es el mayor exponente del Verbo de Dios: *Et verbum caro factum est et habitavit in nobis*: “El verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros.”

En la Antigua Dispensación, Elías es el mayor poderoso de los profetas; en la Nueva Dispensación, Juan Bautista es el mayor; en la Novísima, Allan Kardec es el elevado buen sentido, la

sublimación de la Profecía en su más elevado ímpetu: *¡Et si vultis recipere, ipse est Elías, qui venturus est!* “Y si queréis admitirlo, este es Elías que habría de venir.”

Elías es el poderoso dominador de las AGUAS; del horizonte hacia lo alto hizo parar las lluvias por tres años y seis meses; levanta un holocausto a su Dios, el fuego lo consume, el cielo se cubre de espesas nubes y la lluvia cae a cántaros para fertilizar la Tierra. En las márgenes del Jordán, su lugar predilecto, a una señal suya las aguas se abren y él pasa a pies enjutos.

Elías es el Profeta de las aguas; Juan aumenta las aguas del Jordán con la multitud que escucha su VOZ; Allan Kardec hace manar del corazón, de los riñones y del vientre de los que buscan a Jesucristo, *ríos de agua viva*, desvendando los secretos del Espíritu de la Profecía; pero quien bautiza con el Espíritu del Padre es Aquél que Es sobre todos.

¡Elías suplicó para las aguas y para el fuego; Juan para el agua y para el sufrimiento; Allan Kardec para el sentimiento y para la razón, pero los tres son un mismo Espíritu. Uno hiere y castiga, otro corrige y enseña y el último vivifica y salva!

EL ESPÍRITU DE SISTEMA Y LAS NUEVAS VERDADES

“Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dijeron: Tiene un demonio. Ha venido el hijo del hombre, que come y bebe, y dice: este es un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores. Pero la sabiduría ha sido justificada con sus obras.”

(Mateo, XI, 18-19).

“Entonces le presentaron un endemoniado ciego y mudo y lo curó, de manera que el mudo hablaba y veía. Y todo el pueblo, asombrado, decía: ¿No es este el hijo de David? Pero los fariseos, al oírlo, dijeron: Este echa los demonios con el poder de Belcebú, príncipe de los demonios.”

(Mateo, XII, 22-24).

El mundo no ha progresado si no a costa de luchas y sufrimientos. Todos los nuevos descubrimientos, todas las grandes verdades, todos los grandes hombres no han conseguido ejercer su misión en nuestro planeta si no con grandes sacrificios y después de una terrible lucha contra el espíritu de ignorancia, que ensombrece todas las clases sociales.

Repasando atentamente las páginas del Evangelio, vemos la lucha incesante que Jesús sustentó contra el espíritu de sistema que componía, no sólo la clase sacerdotal, sino también la clase doctoral de su tiempo.

En los *Hechos de los Apóstoles* se narran las persecuciones que sufrieron los discípulos del Maestro Nazareno, que también enfrentaron no menos luchas con los “sabios” de aquella época.

Pero no fueron sólo ellos los que se sacrificaron en este mundo en el que los grandes son los depositarios de las creencias antepasadas.

Cada rayo de luz que vibra en la mansión de las tinieblas agita a los ignorantes sistemáticos, así como los centelleos del Sol

alborotan a los murciélagos y a las lechuzas que sólo se complacen con la noche.

El árbol secular de las ideas sistemáticas y preconcebidas de nuestros abuelos no pueden caer de un ligero soplo, así como el árbol de los bosques no cae al primer golpe de hachazo; son necesarios muchos “hachazos” y un gran trabajo para arrasar la floresta inculta de las concepciones humanas. Y el progreso no se hace de una vez; viene paulatina, gradualmente, presentándose con sus generosas dádivas, para que, ofreciendo sus inestimables dones, nos volvamos afectos al trabajo y al estudio, fuente principal de todo el entendimiento humano.

¿Qué ha sido la vida de todos los grandes hombres que nos han legado el bienestar que ahora tenemos? Ahí está la Historia, de cuyas páginas no se podrá excluir una sola letra, y que demuestra cuánto puede el espíritu de clase, los conservadores de la rutina unidos a los poderes reunidos del papado.

Dice un sabio contemporáneo, hablando de Allan Kardec: “Aquél que se adelantó cien años a sus contemporáneos, necesita más de cien años para ser comprendido”.

Esta verdad se refleja en todas las épocas históricas.

Antes de Cristo, Sócrates había sido consumado por la cicuta, por causa de su doctrina, precursora del Cristianismo. ¡Y después de Cristo, cuántos suplicios inflingieron a los Apóstoles, tanto en el ramo de la Ciencia, como en el ramo de la Religión! Es casi incalculable el número de mártires que pasaron por el bautismo de la persecución.

Galileo tuvo que reparar la “insólita pretensión” que tuvo de ver la Tierra girar alrededor de su eje, hecho este enseñado actualmente en todo el mundo y abrazado por la Congregación Papalina, que, al final, abjuró la antigua creencia de “parada del Sol por orden de Josué”.

Giordano Bruno fue quemado vivo por afirmar la existencia de otros mundos.

Bailly, el célebre astrónomo francés, y Lavoisier, el gran químico, fueron guillotinado durante la Revolución Francesa;

Priestley, Padre de la Química Moderna, vio incendiada su casa y destruida su biblioteca, entre exclamaciones del populacho inconsciente: “¡No queremos más filósofos!”

¡Con gran dificultad luchó Cristóbal Colón para dejarnos este gran legado, América, donde nacimos, donde ganamos el pan diario, y donde actualmente vivimos!

Cuando Arago presentó a la Academia su trabajo sobre la navegación a vapor, se levantó una tempestad tan grande que casi naufragó su descubrimiento entre burlas y maldiciones de la *gente sabia*.

La Ley de la Gravitación fue considerada una herejía, una blasfemia contra las enseñanzas ortodoxas, y Newton no pudo escapar al desprecio del gran número de sus contemporáneos.

Los estudios de la electricidad dinámica, hechos por Galvani, fueron rechazados por el mundo; entretanto, hoy gozamos todos nosotros, no sólo de este descubrimiento, sino también de todos los que nos proporcionan comodidad y bienestar.

Es que la Verdad termina siempre por triunfar, y cuando ella empieza a iluminar, los obstáculos no consiguen si no retardar su marcha, pero llegado el término, viene la victoria.

¿Cuánto tiempo estuvo el magnetismo luchando, antes de que los sabios le abriesen las puertas de las academias?

Pero los hechos se imponían y la verdad consiguió triunfar en la lucha que le declararon sus perseguidores.

Pues bien; todas esas luchas, esas persecuciones, esos trabajos que sufrieron las grandes verdades y sus defensores, se han repetido en relación al Espiritismo y sus seguidores.

Unos lo acusan de diabólico; otros dicen que produce locura; otros que es contrario a la Religión. Son las mil bocas de la ignorancia hablando de lo que no estudiaron.

Son las investidas del espíritu de sistema contra las nuevas ideas, que vienen a erradicar errores, a cortar el árbol secular de la ignorancia, causa de todos los sufrimientos en la Tierra.

En fin, el mundo no se transforma sin luchas; es luchando como se consigue la victoria y, entonces, aparece la verdad.

En la antigüedad, como hoy, la luz no puede ser soportada por las tinieblas. El argumento demoníaco aún tiene mucho valor por los sectarios. Pero están próximos los tiempos en que la Verdad dominará, guiando a los hombres hacia sus destinos inmortales.

EL SÁBADO Y EL TEMPLO

“Por aquél tiempo iba Jesús un sábado por los sembrados. Sus discípulos tenían hambre, y comenzaron a cortar espigas y a comerlas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: Mira, tus discípulos hacen lo que no está permitido hacer en sábado. Él les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los suyos, cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, de los que no estaba permitido comer ni a él ni a los suyos, sino sólo a los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley que en día de sábado los sacerdotes en el templo quebrantan el sábado y no son culpables? Pues yo os digo que hay aquí algo más grande que el templo. Si hubierais comprendido qué quiere decir: Misericordia quiero y no sacrificios, no condenaríais a los inocentes. Porque el hijo del hombre es Señor del sábado.”

(Mateo, XII, 1-8).

¿Qué es el sábado?

Un día convencional para designar el sexto de la semana.

¿Qué es el templo?

Una casa hecha por manos humanas donde se reúnen los sectarios de una creencia.

Si subimos algunas centenas de leguas en un aerostato, ¿dónde quedó el templo? ¿Dónde está la grandeza del templo?

Si nos elevamos algunas millas en el espacio, ¿dónde está el sábado? ¿Dónde están los siete días de la semana? ¿Dónde está el día? ¿Dónde está la noche? ¿Qué es la noche?

¡Todo el hemisferio está bañado de luz y en las alturas todo es luz!

El sábado, como el templo, pertenece a la Tierra.

Aquél que es de la Tierra, sólo trata las cosas de la Tierra: del sábado, del templo, del día, de la noche; porque no conoce las cosas del Mundo Espiritual.

La religión de la Tierra consiste en holocaustos y sacrificios, pero ni unos ni otros pertenecen a la Religión del Cielo.

“Misericordia quiero y no sacrificio”: sin preocupaciones estériles con las espigas que se puedan coger en días de sábado, o de cualquiera de los panes de la proposición que haya en los templos.

Jesús es mayor que el templo.

El discípulo no debe ser mayor, pero debe ser como el Maestro.

El discípulo de Jesús es mayor que el templo. Jesús es señor del sábado; el discípulo de Jesús es señor del sábado.

El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado.

El sábado queda en la Tierra, el alma sube hacia el Cielo.

¡El templo! Caen las lluvias, soplan los vientos y es grande la ruina de aquella casa.

¡El Espíritu! Cuanto más soplan los vientos, más se eleva el Espíritu; cuanto más caen las lluvias, más hacia lo alto se dirigen las almas.

Formal desprecio manifiesta el Maestro para con el templo: “Aquí está quien es mayor que el templo.”

Cosa secundaria es el sábado: “El Hijo del Hombre es señor del sábado.”

Sábado, templo, sacerdotes, holocausto y sacrificios, no forman parte de la Religión de Dios, son preceptos y formalidades humanas que desaparecen al rugir de la tempestad y al correr de los tiempos.

LA ENSEÑANZA DE LA RELIGIÓN

“Todo escriba instruido en el Reino de los Cielos es semejante a un padre de familia, que de su tesoro saca cosas nuevas y viejas.”

(Mateo, XII, 52).

Después de la exposición de las siete parábolas comparativas al Reino de los Cielos y su adquisición, Jesús, para grabar mejor en el ánimo de sus discípulos la necesidad del estudio de toda la Religión y de toda la Filosofía en sus fases evolutivas del saber humano, comparó todos los hechos y teorías que de él destacan y la Historia registra, con un tesoro, que un padre de familia posee y donde existen monedas viejas y monedas nuevas, bienes antiguos, pero de valor, y bienes de adquisición reciente, constituyendo todos el mismo tesoro.

Existen muchas cosas viejas que no se pueden despreciar, así como existen muchas cosas nuevas que no podemos poner al margen, sin perjudicar nuestro tesoro.

Así es la Religión.

La Religión no consiste solamente en las adquisiciones del pasado, sino en la recepción de los hechos e ideas presentes y futuras, que la enriquecen.

La Religión de Jesús es una religión de progreso, de evolución, y, no de paralización.

El propio Cristo dijo: “Muchas cosas tengo que decir os todavía, pero ahora no estáis capacitados para entenderlas. Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará a la verdad completa. Pues no os hablará por su cuenta, sino que os dirá lo que ha oído y os anunciará las cosas venideras.” (Juan, XVI, 12-13). Aquellos que limitan la Religión a un artículo de fe o a un dogma, desvirtúan sus principios, paralizan su marcha, extinguen, finalmente, la llama sagrada que debe arder siempre al impulso de renovados combustibles.

En las Ciencias, en las Artes, en las industrias el hombre progresa no sólo manteniendo los viejos conocimientos que no son si no los elementos primordiales para nuevas formas que a ellos se adaptan, como también por las nuevas adquisiciones con que engrandecen su saber.

Lo mismo ocurre con la Religión. La religión primitiva, revelada a Abraham, no prescribía ordenación, sino que se limitaba a enseñar al hombre la existencia del Dios Único, ilimitado en atributos, Creador de todo cuanto existe.

A esta le siguió la doctrina del Sinaí, que, confirmando la Primera Revelación, amplió sus dictámenes con las prescripciones morales observadas en el Decálogo. Entretanto, la religión no detuvo ahí su manantial, que aumenta constantemente, pues la fuente viva de la Revelación mana sin cesar. Y así como a la Revelación Abraámica siguió la Revelación Mosaica, a esta sucedió la Revelación Cristiana.

Casi dos mil años después de Moisés, vino el Revelador Vivo de la Doctrina del Amor, que, lejos de revocar esta Ley, afirmó que venía a darle cumplimiento.

Todo lo que procede del Amor prevalece desde el comienzo y prevalecerá eternamente: es “palabra que no pasa”. Todo lo que no es del Amor, no puede formar parte de la Ley y pasará, así como pasa la hierba y como pasa todo lo que no es permanente.

El “escriba instruido en el Reino de los Cielos”, sabe muy bien que en el gran tesoro de la Religión hay monedas viejas y monedas nuevas de Amor, que constituyen su riqueza; por eso, para beneficiar a sus hijos, saca de ese tesoro las monedas que necesita y con las cuales enriquece a los que están sujetos a él.

No hay religión cristalizada: la verdadera Religión es progresiva. A los viejos conocimientos une otros nuevos, a medida que, por nuestro esfuerzo, nos preparamos para recibirlos. Esa medida, a su vez, se dilata con nuestra buena voluntad, por el estudio, por la investigación y por medio de la oración, que nos pone en relación con los Espíritus Superiores encargados de auxiliarnos en nuestra evolución espiritual.

No puede ser de otra forma, porque la Religión no se limita a la Tierra; ella se extiende por todos los mundos planetarios e interplanetarios, por todos los soles, por todas las constelaciones y se expande por el Universo entero, donde viven seres inteligentes, estudian, aman y progresan.

Cada uno tiene su grado de evolución, que es tanto mayor cuanto más intensa es la voluntad, el deseo del estudio y del progreso, y nadie puede asimilar conocimientos superiores a su inteligencia y a su grado de cultura moral y espiritual.

Fue por eso que Jesús dijo a sus discípulos, como figura en el capítulo XVI, 12-13, de Juan: “Muchas cosas tengo que deciros todavía, pero ahora no estáis capacitados para entenderlas. Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará a la verdad completa. Pues no os hablará por su cuenta, sino que os dirá lo que ha oído y os anunciará las cosas venideras.”

Este tramo es característico y plenamente demostrativo de lo que afirmamos: la Religión no es un *punctum stans*, una divinidad inmóvil, sino un *punctum fluens*, fuente viva, que mana incesantemente agua pura y cristalina. Y así como las revelaciones no cesan: a la Abraámica sucedió la Mosaica y a esta la Cristiana, la Revelación Espírita, que es la Revelación de las Revelaciones, como complemento de la Revelación Mesiánica, viene a traer, a los hombres, nuevos conocimientos filosóficos, nuevos conocimientos científicos, nuevos conocimientos religiosos, todos originarios de esa fuente, cuyo manantial se ha mostrado inagotable a través de los siglos.

Y el “escriba instruido en el Reino de los Cielos” sabe mucho de eso; por ese motivo, y también porque, siendo cauteloso, no deja de adquirir conocimientos con los cuales enriquece su tesoro, de él saca cosas nuevas y viejas, como hace el buen padre de familia, para instruir a los que le están afectos.

JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS – EL PEDIDO DE PEDRO

“Hacia las tres de la madrugada se dirigió a ellos andando sobre el lago. Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron y decían: ¡Es un fantasma! Y se pusieron a gritar llenos de miedo. Jesús les dijo: Tranquilizaos. Soy yo, no tengáis miedo. Pedro le respondió: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Él dijo: Ven. Pedro saltó de la barca y fue hacia Jesús andando sobre las aguas. Pero, al ver la fuerza del viento, se asustó y, como empezaba a hundirse, gritó: ¡Sálvame, Señor! Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Cuando subieron a la barca, el viento se calmó. Y los que estaban en ella se postraron ante él, diciendo: Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios.”

(Mateo, XIV, 25-33).

La vida de Jesús y sus hechos son verdaderamente maravillosos. Su poder dominaba todos los elementos; su sabiduría conocía todos los misterios; por eso su acción era prodigiosa. Médium Divino que resumió todos los *dones* y conversaba con todos los grandes Profetas del Más Allá que lo seguían en su Misión y lo auxiliaban, Él camina sobre las aguas de acuerdo con la *ley de la levitación de los cuerpos* que el Espiritismo enseña y explica actualmente.

Sus discípulos, viéndolo caminar sobre las aguas, y como era de noche, no lo conocieron, no lo distinguieron, creyendo que se trataba de la aparición de algún Espíritu, hecho que parece, habían observado ya varias veces, dado el temor que les sobrevino y su exclamación: “¡Es un fantasma”!

Después de que el Maestro se diera a conocer, se tranquilizaron y Pedro le suplicó permiso para ir a su encuentro “por encima de las aguas”.

Accediendo Jesús, Pedro sale de la barca envuelto en los fluidos de su Maestro, y también auxiliado en la levitación por los

Espíritus que acompañaban a Jesús, hasta que, vacilando, es decir, perdiendo la fe, perdió el auxilio superior y se fue sumergiéndose.

Reconociendo, lleno de temor, el desamparo divino, llama nuevamente a Jesús, siendo amparado por este; al contacto con el Nazareno, le vuelve la fe, y fue transportado hacia la barca en compañía del Maestro.

Ese hecho maravilló tanto a los que estaban en la barca, que adoraron a Jesús diciendo: “¡Verdaderamente eres el Hijo de Dios!”

LA TRADICIÓN Y EL MANDAMIENTO

“Entonces se acercaron a Jesús unos fariseos y maestros de la ley de Jerusalén y le dijeron: ¿Por qué tus discípulos quebrantan las tradiciones de los ancianos, pues no se lavan las manos al comer? Él les respondió: ¿Por qué vosotros mismos, por vuestra tradición, quebrantáis el mandamiento de Dios? Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre y el que maldiga a su padre y a su madre será condenado a muerte. Pero vosotros decís: El que diga a su padre o a su madre: Lo que tenía para ayudarte lo he ofrecido al templo, queda libre de la obligación de ayudar a su padre y a su madre. Así habéis anulado el mandamiento de Dios con vuestra tradición.”

(Mateo, XV, 1-6).

La pretensión y el orgullo religioso se han sublevado en todos los tiempos contra los principios fundamentales de la Religión, substituyendo el mandamiento por la tradición.

Esa obra nefasta del farisaísmo se va eternizando hasta el punto de llegar al olvido de las cosas divinas, como ocurre en nuestro siglo.

El hombre tradicionalista no conoce absolutamente la Religión. Preso a los dogmas y preceptos humanos, se limita al culto exterior, dejando el interior lleno de rapiña y podredumbre.

He aquí el mayor de los pecados: comer el pan sin lavarse las manos. Ayer, como hoy, no era pecado comer el pan con el sudor ajeno, pero quien lo comiera sin “lavarse las manos” cometía un crimen de ofensa a la divinidad.

Teniendo las manos limpias, bien lavadas con fino jabón, todos pueden tomar parte en la “mesa de la comunión”, seguros de que de allí saldrán limpios de pecados.

¡Los tunantes ya saben de eso: se lavan las manos, adornan las iglesias con imágenes y velas; y los pobres que pasen hambre, los enfermos que se lamenten y los desprotegidos de la suerte que lloren!

Siempre que las capillas estén adornadas, las imágenes bien vestidas, los altares dorados y las campanas repicando, presentándose el culto con vida, perezcan los pobres en su desnudez, griten los sufrientes, se conserve frío y sin lumbre el fuego de los infelices.

¡Obedecida la tradición, qué importa el mandamiento!

El mandamiento es de Dios y Dios no se ve; la tradición es de los hombres y ahí están los hombres guardando la tradición, “tesoro” que les legaron sus padres y abuelos.

¡No es eso lo que se observa en todas partes! ¿Dónde están los hospitales, los asilos, las escuelas para los niños huérfanos?

¡Y aquellos que aun se ven, con qué desprecio son atendidos, y cómo son dirigidos!

No hay duda en que hay similitud entre la época actual y aquella en que Jesús vino al mundo.

Los mismos escribas y fariseos de antes se manifiestan hoy, y parece que de un modo más imperturbable que los de entonces.

En todas las clases sociales la perversión de carácter se destaca de manera tan repugnante que es necesario caminar por el mundo sin ser del mundo, para poder hacer alguna cosa en provecho propio.

Por todos lados surgen fariseos con preguntas con mala intención; escribas pervertidos desnaturalizan la misión de la Imprenta; falsos profetas y obreros fraudulentos especulan con las cosas más santas, llevando la confusión a los hogares y a las sociedades.

¡Decididamente no se ve más que tradición: manos lavadas!

La Misericordia no alimenta más a los corazones y a la Fe; hace mucho que no calienta a las almas con su llama vivificadora. Actualmente, lo que se ve son holocaustos y sacrificios, y la palabra de Dios anulada por causa de la tradición.

Las enseñanzas de Jesús permanecen encerradas por aquellos que se dicen sus representantes, para que la tradición continúe en vigor y los mandamientos de las iglesias no sean absorbidos por los mandamientos de Dios.

El culto no es dado al Creador, como el Espíritu enseñó a Abraham, a Moisés y por boca de Jesús, sino a la criatura, contra los preceptos del Decálogo y las enseñanzas cristianas, tan olvidadas en nuestra época.

Entretanto, tengamos fe, no todo está perdido. Cuando el Sol se esconde por el poniente y la Tierra es envuelta en el manto de las tinieblas, todo parece caos, confusión, pero, en poco tiempo surge la alborada y el mismo Sol ilumina al mundo y le da vida.

Tengamos fe: a una época de miseria sucede otra de abundancia, así como a las seis vacas gordas sucedieron las delgadas, y a las espigas bien granadas las sustituyeron por las vacías.

EXAMEN DE LAS RELIGIONES

“Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me rinde culto, enseñando doctrinas que son preceptos humanos.”

(Mateo, XV, 8-9).

La religión no consiste en una amalgama de dogmas y en la proclamación de misterios.

La Religión es parte de la Verdad, que se concede a los que la buscan y se les da de acuerdo con su grado de elevación moral.

El conocimiento de la Religión crece en las almas, en la proporción del progreso moral y espiritual de cada una.

Como sucede con la adquisición de cualquier ramificación del saber, la Religión no prescinde del estudio, del análisis y del libre examen.

Pablo, doctor de los gentiles, aconsejaba a sus oyentes, para la obtención del conocimiento de la Religión, el examen nítido, racional e inteligente de todas las Escrituras; por ese medio llegarían al conocimiento de la Verdad: *Examinar todo, pero quedaos sólo con lo que fuera bueno* (I Tesalonicenses, V, 21.)

Pedro concluye su Epístola Universal con la bien significativa sentencia: “Creced en el conocimiento y en la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.” (II Pedro, III, 18.)

Juan dice concluyentemente en una de sus cartas, condenando la ignorancia: “Dios es luz; si decimos que tenemos comunión con Él y caminamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad.” (I Juan, I, 5-6.) Tiago no es menos categórico, cuando pretende alertarnos sobre las tentaciones y las pruebas, recordándonos sus causas y efectos: “La fortaleza debe completar su obra para que seáis perfectos y completos, no faltando en cosa alguna.” (I, 4)

El conocimiento de las circunstancias que nos rodean se debe completar con el conocimiento de nuestra individualidad y de

nuestros deberes religiosos; de lo contrario no tendremos fortaleza para resistir a las tentaciones y vencer las pruebas.

El hombre religioso no es, pues, el esclavo del culto que repite maquinalmente las oraciones del breviario, sino el que estudia y comprende las Revelaciones que le son transmitidas.

“Examinar todo y quedaos sólo con lo que fuera bueno” es examinar todos los sistemas religiosos y hacer con inteligencia y criterio la selección de lo que fuera bueno, rechazando los errores que las religiones enseñan como *artículos de fe*.

Está claro que un sistema religioso que proclama la inhabilidad de sus sacramentos pretende ser intangible y no admite que se le repudie una palabra, cuanto más un *precepto*.

El crítico, por más competente que sea, filiado a ese *credo* tendrá que someterse también a lo que no crea bueno.

Por ejemplo: el católico y el protestante, aunque repugne a su razón los dogmas de las penas eternas y del diablo, no tiene libertad para impugnar su religión; tiene, por la fuerza, que someterse a ellos o ser excluidos de la comunión a la que pertenecen.

Para gozar de las regalías del *todo*, es principio de Teología, se hace imprescindible que el adepto acepte las partes integrantes del principio conjeturado.

“Quien no acepta la *parte* perjudica el *todo*, no puede, *ipso facto*, formar parte de ese *todo*.”

La sentencia de Pablo, por lo que se ve, caduca frente al examen de una religión única, porque teniendo que aceptar el *todo*, es imposible rechazar lo *que no fuera bueno*.

Lo mismo ocurre con las demás recomendaciones de las epístolas de Pedro, Tiago y Juan.

Para los sacerdotes del Catolicismo y del Protestantismo, su religión es la verdad revelada, integral, completa. Aquellos que hicieran *profesión de fe* son porque llegaron al conocimiento de la verdad máxima, *no tienen que crecer en el conocimiento y en la gracia de Nuestro Señor Jesucristo*; ya han crecido, no tienen más que crecer, alcanzaron el punto culminante de la verdad religiosa, saben tanto como Cristo, su conocimiento es incluso igual al de

Dios, porque para esas religiones, Jesucristo es el propio Dios que se manifestó en la *segunda persona de la Trinidad*.

Se concluye que, faltándoles a los católicos y protestantes los atributos de perfección con que su religión debería revestirlos, ellos están, sin duda, fuera de la Verdadera Religión, necesitando, por tanto, poner en práctica las recomendaciones apostólicas para obtener el conocimiento de la Verdad, cuyos preceptos se resumen en la memorable sentencia de Pablo: “Examinarlo todo, pero quedaos sólo con lo que fuera bueno.”

Fue, por tanto, con justa razón que Cristo repitió aquellas palabras al pueblo de entonces, semejante al de hoy, discípulos de los escribas, saduceos y fariseos: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, enseñando doctrinas que son preceptos humanos.”

EL FERMENTO DE LOS FARISEOS Y DE LOS SADUCEOS

“Al ir los discípulos a la otra orilla, se olvidaron de llevar pan. Jesús les dijo: Tened cuidado y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos. Ellos comentaban: Es que no hemos traído pan. Jesús, dándose cuenta, les dijo: ¿Por qué decís que no tenéis pan? ¡Hombres de poca fe! ¿Aún no entendéis? ¿No os acordáis ya de cuando repartí cinco panes para cinco mil hombres? ¿Cuántos cestos recogisteis de las sobras? ¿Y de cuando repartí los siete para los cuatro mil? ¿Cuántas espuertas recogisteis? ¿Cómo no entendéis que no os hablaba de panes? Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos. Entonces comprendieron que no les había dicho que se guardasen del fermento del pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.”

(Mateo, XVI, 5-12).

En uno de los grandes viajes misioneros que hizo, Jesús había salido de Genesaré, pasó por Tiro y Sidón, atravesó Galilea y llegó a Magdala, realizando grandes maravillas en ese largo recorrido, curando enfermos, saciando el hambre a cuatro mil personas de una sola vez, y de otra, alimentando, milagrosamente, a cinco mil personas, con la multiplicación de los panes.

Sus hechos tenían como fin destacarlo como el Salvador de los desengañados de las religiones humanas. Él quiso, en su pasaje por la Tierra, dejar esas pruebas de su autoridad moral y científica.

Saliendo del Monte Carmelo, en Galilea, donde multiplicó los panes y los peces por segunda vez, Jesús fue en una barca hacia los confines de Magdala, habiendo ido después los doce discípulos al encuentro del Maestro.

Era costumbre de algunos de los apóstoles, debido a las largas distancias que recorrían con su amado Maestro, cargar los panes con los que deberían alimentarse en el camino. Esa vez, sin embargo, dado el caso de la multiplicación de los panes en el desierto, que habían saciado el hambre de una multitud enorme,

compuesta de hombres, mujeres y niños, los discípulos dejaron de llevar pan.

Sentados alrededor de su Maestro, como acostumbraban hacer para escuchar sus enseñanzas, Jesús comienza recomendándoles, con gran insistencia, que tuvieran cautela contra el *fermento de los fariseos y saduceos*.

Ellos no comprendían, sin embargo, lo que quería decir aquella expresión: “fermento de los fariseos y saduceos”; creían que el Señor los censuraba por no haber llevado pan.

Por haber empleado Jesús la palabra *fermento*, ellos creían que se trataba de *pan*, porque para la panificación es necesario el fermento.

Entonces les dice Jesús: “¿No comprendéis que no os hablo de pan, ni os censuro por no haber traído el pan? Pues acabasteis de ver cómo hice aparecer panes para cuatro mil personas y sobraron muchos cestos y pedazos. Yo, que hice eso a una enorme multitud, ¿no podré hacer lo mismo en el momento en que sintáis hambre y os sea necesario comer pan? ¡Hombres de poca fe! ¿Aún no comprendéis por qué estáis discurriendo inútilmente? ¿Por qué pensáis sólo en el pan de la tierra, que os coméis pero que dentro de pocas horas, sentís de nuevo la necesidad de comer? ¿Por qué no pensáis en el Pan del Cielo que os saciará para siempre? Pues si yo os hablé del fermento de los fariseos y saduceos, ¿cómo discurrís sobre el pan?”

Fue entonces cuando los discípulos comprendieron que Jesús se refería a la doctrina de los fariseos y de los saduceos.

Si es verdad que hay necesidad de fermento en la hechura del pan, también es una clara verdad que es grande la diferencia que existe entonces entre el pan y el fermento.

El pan sacia el hambre, aunque por momentos, y se transforma en cuerpo, auxilia al trabajo, anima la palabra, para que el Evangelio resuene y la luz brille.

El fermento aceda el estómago, molesta a las vísceras, mata el cuerpo, impide la palabra, paraliza el Evangelio, extingue la luz y sofoca la verdad.

¡Qué grande es la diferencia entre el pan y el fermento!

Pues si el fermento, que está hecho de harina se vuelve tan peligroso, tan venenoso, tan mortífero, ¿qué diremos del fermento religioso?

La religión de los fariseos y de los saduceos era tan perjudicial, causaba tanto mal a las almas, que Jesús nunca se animó a llamarla *religión* ni *doctrina*, la llamó *fermento*.

Los fariseos y los saduceos eran los sacerdotes, los padres de aquella época, los mismos que no perdían ocasión de perseguir a Jesús. Pero, ¿por qué lo hacían?

Porque Jesús enseñaba al pueblo la Religión de Dios y decía abiertamente que lo que los sacerdotes enseñaban no era religión ni doctrina: era *fermento*.

Fermento de dogmas, fermento de sacramentos, fermento de oraciones, fermento de cultos, fermento de ceremonias, fermento de procesiones, fermento de imágenes; y todos esos fermentos juntos envenenaban las almas de tal manera, que nadie podía conseguir la salvación.

Jesús vino a salvar al hombre del dolor y el único medio era aplicar el remedio para la salvación del hombre; Jesús vino a salvar al hombre del naufragio, tenía que hacer que él abandonase la barca podrida, que tenía los cascos carcomidos y estaba naufragando con la tripulación.

La Religión no consiste en dogmas, ni en cultos exteriores; esto no deja de ser *fermento religioso*.

Guardarse del fermento de los fariseos y de los saduceos es sabia precaución recomendada por Jesús.

Cuidado con los *fermentos* que, con inscripciones atrayentes de religión, perjudican a los hombres. ¡Cuidado con el *fermento* de los sacerdotes y de los pastores!

¡Religión es fe y misericordia!

INMORTALIDAD Y RELIGIÓN

“Al llegar Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre? Ellos le dijeron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas. Él les dijo: Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Simón tomó la palabra y dijo: Tú eres el Mesías, el hijo del Dios vivo. Jesús le respondió: Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de Dios, y lo que ates en la Tierra quedará desatado en los Cielos. Entonces ordenó a sus discípulos que no dijesen a nadie que él era el Mesías.”

(Mateo, XVI, 13-20).

La Religión está para la inmortalidad como el cuerpo para el alma. No hay cuerpo sin alma, ni puede haber Religión sin Inmortalidad; por eso todas las “religiones” en vez de animar, agreden y niegan los fenómenos, los hechos de la Inmortalidad, no pasan de ser espectros, de fantasmas cubiertos con el manto de la Religión, pero que, en verdad, son sombras de misticismo que se desvanecen a los primeros rayos de la Verdad.

Un cuerpo sin alma está muerto; una religión sin Inmortalidad es un cadáver embalsamado, que hoy o mañana será inhumado.

La Religión es un cuerpo vivo de acción permanente en que el cerebro y el corazón proclaman las grandezas de la Inmortalidad.

La Religión es la gran reveladora de la Vida en la Eternidad. La Religión es la reveladora; la Inmortalidad es la revelación. Nacidas a la misma vez, una complementa a la otra.

La Revelación es la Piedra sobre la cual edificó Cristo su Iglesia: *super hanc petram edificabo ecclesiam meam*; la Inmortalidad es la revelación. La Religión de Jesús en tiempo alguno será destruida, porque dijo el Maestro y Señor: “Mi palabra no pasará”.

Mateo, V, 18: *Donec transeat coelum et terra, iota unum, aut unus apex non praeteribit a lege, donec ovni fiant.* (Vulgata).

La Religión de Jesús tiene su fundamento en la inmortalidad; su Palabra es de Vida Eterna. Las “religiones” del mundo son productos de los concilios y propiedades de los sacerdotes.

La Religión de Jesucristo nació de la Revelación, se creó en la Revelación, vive y vivirá animada por los influjos vivificantes de la Revelación; la Revelación es su luz, su calor, su vida; por eso ella ha permanecido y permanecerá por todos los siglos de los siglos.

No hay Religión sin Inmortalidad, ni Inmortalidad sin Religión.

La verdadera Religión tiene la obligación de demostrar la Inmortalidad, porque la Inmortalidad es su base inalterable.

Así como el cuerpo exterioriza y proclama la existencia del alma que le da vida; así como las “sombras” se manifiestan en los ares y los “dioses” descienden a la Tierra para responder a las llamadas de la Inmortalidad, que les hacen los hombres, la Religión ha de aceptar, ha de refrendar, ha de inculcar, ha de propagar la verdad de las manifestaciones de los Espíritus que son los Reveladores de la Revelación.

La Religión de Jesús tiene por base la Revelación.

Cuando Simón Pedro dijo, respondiendo a Jesús, “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Vivo”, Jesús lo llamó bienaventurado porque “MI PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS TE LO REVELÓ”, y añadió: *super hanc petram edificabo ecclesiam meam*, es decir, sobre la Revelación edificaré mi Iglesia (*).

La Religión de Cristo es la sublime escalinata que une la vida de la Tierra a la vida del Cielo. A su luz deben caminar todas las almas, porque sólo ella es el Cielo de nuestras cariñosas esperanzas, y la esperanza de nuestra felicidad eterna.

(* Ver: El Diablo y la Iglesia.

REENCARNACIÓN O PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS CORPÓREAS

“Los discípulos le preguntaron: ¿Por qué dicen los maestros de la ley que Elías debe venir antes? Él respondió: Elías vendrá antes a ponerlo todo en orden. Pero yo os digo: Elías ha venido ya y no lo han reconocido, sino que lo han tratado a su antojo. Así también el Hijo del Hombre ha de padecer por parte de ellos. Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista.”

(Mateo, XVII, 10-13).

La reencarnación es uno de los principios fundamentales del Cristianismo.

La idea de que Juan Bautista era el Espíritu de Elías reencarnado, se hizo tan firme en los discípulos de Jesús que no admitían, absolutamente, ninguna duda al respecto. Y es de notar que el Señor no disuadió a sus discípulos de ese pensamiento; al contrario, lo confirmó categóricamente: “Y si queréis admitirlo, él es Elías, el que había de venir.” (Mateo, XI, 14-15).

Y el Maestro añade: “Quien tenga oídos para oír, oiga.”

En los tiempos de Jesús, como suele suceder hoy, existía mucha gente *sin oídos* para oír estas cosas; la Palabra del Nazareno era, pues, dirigida únicamente a quien *tenía oídos* para oír.

La reencarnación de las almas, dijimos en otro capítulo, es la glorificación de la Justicia Divina, mientras que la doctrina de la vida única destruye todos los atributos del Creador.

Además, esa doctrina destaca las cualidades buenas o malas, como propias al Espíritu y no al cuerpo y dice que, por el progreso, los buenos serán aún mejores y los malos se volverán buenos, dependiendo esa adquisición del trabajo que cada uno de nosotros desarrolle para beneficio propio. El cuerpo no es más que un agente, un instrumento para la manifestación de esas cualidades. Al dejar el cuerpo, el Espíritu lleva consigo todo lo que tiene de bueno o de

malo, y, durante las sucesivas encarnaciones, él se depura, corrigiendo la maldad y perfeccionándose en la bondad.

El Espíritu es semejante a un operario que contrata una obra, y el cuerpo es el instrumento que él utiliza para ejecutar el servicio. Cuando pierde o rompe la herramienta, el operario adquiere otra u otras, hasta ejecutar la obra; el Espíritu, cuando el cuerpo muere, toma otro cuerpo, u otros cuerpos, tantos como sean necesarios para terminar la tarea.

El Supremo Artífice del Universo da a sus operarios tantos instrumentos, tantos cuerpos como sean necesarios para que ellos cumplan sus misiones.

¡Bonita doctrina! Dirán unos; bellas enseñanzas, dirán otros; pero todo eso no pasa de ser palabras, palabras que están bien, pero solamente son palabras; y preguntan: “Si así fuese seguramente nos recordaríamos de nuestra existencia o de nuestras existencias pasadas.”

Responderemos también con una interrogación: ¿quién puede penetrar en las profundidades del subconsciente?

La facultad de la memoria ha sido asunto de estudio de los filósofos y de todos los tiempos y, actualmente, aunque se haya hecho mucha luz sobre esos pliegues oscuros de la conciencia, la facultad de la memoria tiene sus caprichos que sólo después de que hayamos evolucionado podremos descubrir.

Por ejemplo: en esta misma existencia nos hemos alimentado del seno materno y no nos recordamos de este acto practicado por nosotros mismos.

Incluso después de adultos, aprendemos de memoria un discurso, una poesía, que recitamos en una reunión, y en el transcurso de los años nos olvidamos de las palabras, de las frases y hasta del tema sobre el que versó aquella disertación. ¡Hay hechos que ocurren en nuestra vida de los que no tenemos ni el más leve recuerdo!

¿Cómo recordar hechos que pasaron en otras vidas, que tuvimos en otros cuerpos, los cuales, seguramente, eran diferentes en perfección de los que tenemos hoy?

El olvido del pasado es necesario para nuestro bienestar presente y para nuestro progreso; nos permite una acción más libre y nos ayuda a pasar más suavemente por las pruebas a las que nos sometemos.

Si todos conservasen el recuerdo de existencias pasadas, con la nitidez que se desea, ese recuerdo, como es natural, se asociaría al recuerdo de todas las personas con quien vivimos y conoceríamos no sólo nuestra vida anterior, sino la de los que nos rodean, principalmente si los seres con quien convivimos hubiesen convivido con nosotros en la precedente vida.

Y ¿qué resultaría de eso?

No es difícil prever la serie de perturbaciones y contrariedades a las que quedaríamos sometidos.

La vida de todos sería indagada por unos y otros.

Herodes o Caifás, por ejemplo, si estuviesen en nuestro medio, tendrían que soportar el desprecio de todos, y quién sabe si no les sería negado el pan y el agua.

Supongamos que se diese el caso de que el lector fuese la reencarnación de Herodes, y se recordase de su existencia en el tiempo de Jesús. ¿No sería una vida de llantos, de humillación, de desesperación que tendría el amigo que pasar, sin necesidad alguna, perjudicando hasta sus quehaceres actuales y su progreso?

El perdón que Dios nos concede, es el olvido de las faltas; si no existiese ese olvido, viviríamos bajo el dolor punitivo de los crímenes practicados, pues es cierto que los practicamos, dada la inferioridad en que todos nos hallamos. ¿No es el remordimiento el que nos hiere de dolor?

He aquí por qué Dios, en sus grandes designios, no permite que nos recordemos de nuestras existencias pasadas.

Entretanto, existen algunos que se acuerdan, no sólo de su pasada existencia, sino de diversas vidas que tuvieron en la Tierra. Hay otros a los que les es revelada la existencia anterior.

Y no son pocos los que se acuerdan de su vida del pasado. Teófilo Gautier, Alexandre Dumas, afirmaron haberse recordado de sus existencias pasadas. Lamartine llegó a describir lugares, ríos,

valles y su propia casa en Judea, donde vivió en una vida anterior, sin que en esos lugares hubiese estado en su última existencia.

Juliano, el Apóstata, afirmaba haber sido Alexandre de Macedonia; Pitágoras decía acordarse de varias existencias, citando aquellas en que fue Herneotinio, Euforbio y por fin uno de los argonautas.

No es necesario citar más nombres.

Cada uno de nosotros revela lo que fue; por eso unos nacen con disposición para el bien, otros para el mal. El “pecado original” consiste en los errores y faltas de nuestra pasada encarnación, errores que necesitamos corregir para obtener la felicidad que deseamos. Y Dios nos concede siempre medios y tiempo para ese trabajo de perfeccionamiento. El Señor no apaga, a quien quiera que sea, la lámpara de la esperanza; nuestros trabajos, nuestros dolores y nuestras fatigas nunca son olvidados por el buen Dios.

No cabe en esta obra otras consideraciones aun más persuasivas sobre el estudio de la reencarnación cara a la Ciencia, por ejemplo, el del Espiritismo Experimental. El lector estudioso debe, a ese respecto, consultar los libros de Gabriel Dellane: *Evolución Anímica, El Espiritismo Ante la Ciencia y La Reencarnación*; y de León Denis: *En lo Invisible y El Problema del Ser, del Destino y del Dolor*; y de Rochas: *Las Vidas Sucesivas y la Exteriorización de la Motilidad*.

LA PIEDRA DESECHADA

“Jesús les dijo: ¿No habéis leído nunca en la Escrituras: La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido; esto ha sido obra del Señor, una maravilla a nuestros ojos?”

(Mateo, XXI, 42).

“La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular; esto ha sido obra del Señor, una maravilla a nuestros ojos.”

(Salmos, CXVIII, 22-23).

“Tú seguías mirando; de pronto una piedra se desprendió de un monte sin intervención humana alguna, alcanzó a la estatua en los pies de hierro y arcilla y los pulverizó.”

(Daniel, II, 34).

“Al llegar Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre? Ellos le dijeron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas. Él les dijo: Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Simón tomó la palabra y dijo: Tú eres el Mesías, el hijo del Dios vivo. Jesús le respondió: Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de Dios, y lo que ates en la Tierra quedará desatado en los Cielos. Entonces ordenó a sus discípulos que no dijesen a nadie que él era el Mesías.”

(Mateo, XVI, 13-20).

La Revelación es la base fundamental de la Religión.

Toda la Moral, toda la Filosofía, toda la Ciencia tiene por base la Revelación. Ella es el fundamento de todo el progreso, es la PIEDRA inamovible sobre la cual se levanta el edificio de la Verdad, que abraza a la Humanidad.

Infelizmente, así no lo han entendido los hombres, que se constituyeron en guías de los pueblos, en pastores de almas, en los dirigentes de la opinión pública de todos los tiempos.

Todos esos constructores de sistemas filosóficos, religiosos y científicos han puesto de lado la PIEDRA sobre la cual se apoya la verdadera construcción. Por eso vemos a la Ciencia sin ideal, a la Filosofía sin lógica y a la Religión sin pruebas, sin razón y sin sentimiento, agitando a la Humanidad en un desvarío tan acentuado, que se puede contar el número de aquellos que buscan orientarse por la brújula de la verdadera Vida.

De ahí la resolución divina en colocar la “Piedra Desechada” como “Cabeza Angular”; y los que tropiezan en ella son aplastados.

Si examinamos la Historia veremos a sabios y doctos de todos los tiempos reducidos a cero por el poder irreprimible de la Revelación. Aun incluso los que se creían intocables a las fuerzas que ese poder encierra, tuvieron que ceder, Dios sabe cómo, a las imposiciones superiores, pagando hasta con la vida, el tributo que le debían.

La Historia Sagrada es un registro admirable de la acción persistente e irreprimible de la Revelación; ahora son los Genios, los Espíritus Protectores de nuestro mundo que, valiéndose de la Revelación, nos guían en la ardua senda de la Evolución; ahora son sus preferidos, los que, en su acción caritativa, abaten reinos, aniquilan poderes y hieren con la espada flameante de la Verdad a los falsos apóstoles, a los ministros fraudulentos que, en la loca pretensión de inhabilidad, arrojan a las almas a los abismos insondables del fanatismo y de la superstición.

Ejemplifiquemos:

En la infancia de la Humanidad, Abraham recibe la Revelación de la unidad de Dios y de su poder sobre todo el Universo: fue la Primera Revelación. Ningún mandamiento, ningún precepto fue establecido en esta manifestación. Más tarde los preferidos divinos bajan al Sinaí y Moisés recibe el Decálogo que, además de refrendar la Manifestación Abraámica, prescribe deberes necesarios a los pueblos de aquella época.

Simple en su pureza, claro en su manifestación, el Espíritu del Sinaí estableció en diez mandamientos las bases de la moral social que prepararía a las gentes para un nuevo ímpetu a las regiones esclarecidas de la Espiritualidad.

Infelizmente, como suele ocurrir en todas las manifestaciones de lo Alto, la mala interpretación humana, mezclándose con el pensamiento divino, desnaturalizó el Decálogo, transformándolo en un Código draconiano donde casi se prescribe el “diente por diente, ojo por ojo”.

Pero la verdad primitiva, a pesar de todo, permanece para aquellos que tienen ojos para ver.

Pasan los tiempos, vienen nuevos tiempos y el cielo decide enviar a la Tierra un Nuevo Mensaje, visible y tangible; es la Revelación Cristiana, vestida con todos los esplendores del Espíritu. Este es el que testifica la verdad del Verbo; exaltando el valor de la piedra la (Revelación), que fue puesta como *piedra angular* de sus enseñanzas, pero que fue *desechada por los constructores*, se volvió la *Cabeza Angular* en la cual tropiezan los ignorantes y los perturbadores de la Ley.

El Divino Mesías no deja de dar esa piedra como fundamento de su Religión, no deja de mencionar la Revelación como siendo el fundamento de su Iglesia: *Super hanc petran edificabo ecclesiam meam*, “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.”

Parece bien claro el texto para que nos detengamos en más consideraciones.

La palabra del hombre es el resultado de la *carne y de la sangre*, pero la *confesión de Pedro* no salió de la *carne o de la sangre*, sino de la Revelación Divina: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo*. “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.”

Nuevamente los tiempos se desvanecen y la Humanidad progresa.

Pasaron casi veinte siglos; pero la palabra no pasa, y la Revelación da un nuevo impulso al mundo paralizado por las ideas de castas, malsanas que hacen abstracción del alma: He aquí que el

Espiritismo, como un Pentecostés solemne, derrama sobre la Tierra las luces de su sublime Revelación.

“Yo tengo aún muchas cosas que decíais pero no las podéis entender ahora; sin embargo, el Espíritu de la Verdad, que permanecerá con vosotros, os guiará en toda la verdad.”

Revelación Abraámica, Revelación Mosaica, Revelación Cristiana, Revelación Espírita; aquella, la primera; esta, la última; Revelación de las Revelaciones.

Reúne, congrega, esclarece, explica todas las revelaciones pasadas y anuncia las futuras; es la Revelación Básica de la Moral, de la Filosofía, de la Ciencia y de la Religión.

He aquí en sus líneas generales el carácter suave e instructivo de la Revelación.

Examinémosla ahora desde otro prisma:

El reinado de Nabucodonosor había alcanzado su apogeo cuando muere el gran rey, sucediéndole en el trono su nieto Baltasar.

Cierto día, se ofrece un gran banquete en palacio. Hombres y mujeres de su corte, convidados, hacían brindis con esos vasos dejados por Nabucodonosor, cuando una mano fluídica aparece próxima a la pared. ¡El rey tiembla de pavor, su cuerpo se estremece de asombro, pero la mano, movida por una fuerza indómita, escribe: *M'ane, Thecel, Phares!*

Es la “piedra cortada sin intervención humana, la cual hirió la estatua en los pies de hierro y de arcilla, y los pulverizó.”

Es la Revelación – aguijón terrible contra el orgullo y la vanidad – que vino a poner término a un reinado inútil.

Prosigamos con el análisis:

Oprimidos por la esclavitud del Faraón en Egipto, los israelitas sufren las más duras pruebas. El poder despótico del rey no da treguas a los esclavos, cuando el Señor, compadecido de sus hijos, llama a Moisés y a Aarón, revistiéndolos de *dones* y envolviéndolos en las gracias de la Revelación.

No es necesario transcribir los prodigios realizados ante el Faraón por aquellos insignes varones. Los magos, con todo su arte y

su encanto, no consiguieron dominar las “plagas” que envolvían a los egipcios, y, si llegaron a imitar algunas de ellas, fue para servir de castigo al rey endurecido, proclamando, por fin, el Espíritu, la libertad de Israel y la subyugación de sus terribles opresores.

Lean la Historia, porque es de ella de donde extrajimos estos hechos gloriosos que exalta la Revelación, caracterizada por todos esos fenómenos objetivos y subjetivos, cuya única causa es la presencia del Espíritu revestido de sus elevados atributos.

En el año 916 antes de la Era Cristiana, Achab, rey de Israel, mandó edificar un templo al dios Baal, donde pontificaban 450 sacerdotes del mismo ídolo. Fue cuando el Profeta Elías, presentándose ante el rey, le dice: “Tan seguro como que Dios existe, no caerá del cielo ni una gota de lluvia sobre esta tierra mala, hasta que yo lo consienta.” Y durante tres años y seis meses no llovió: después Elías pidió lluvia al cielo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo sus frutos.

Luego, el mismo Elías combate con los 450 sacerdotes de Baal. Dos holocaustos fueron armados y mientras el de Baal, con sus 450 padres, permanece inofensivo, el de Elías, a ruegos de este, es devorado por las llamas que él atrae del cielo.

¡La Revelación es extraordinaria, admirable! Con su auxilio Moisés hace pasar a los israelitas por el Mar Rojo a pie, y Elías, abre, a su vez, las aguas del Jordán y lo atraviesa libre, dirigiéndose para Jericó.

Fue la Revelación la que llamó a las puertas de Nínive e hizo al pueblo vestirse de cilicio, cubrirse de ceniza y ayunar.

Fue la Revelación la que movió los labios y la pena de Isaías para que proclamase las grandezas de Dios; es ella la que en todos los tiempos suscitó profetas y constituyó apóstoles; fue ella la que se mostró admirable y gloriosa a Jacob: este, adormecido sobre la *piedra de Betel*, símbolo de la misma Revelación, vio los Cielos abiertos, y, por una escalinata que reposaba sobre la Tierra, subieron y descendieron Espíritus, en su deber continuo de evolución y auxilio de progreso a los que aún en atraso pedían el

cariño de sus superiores para elevarse a las cimas supremas de la Espiritualidad.

Todo hombre, toda la Humanidad es perfectible: de siglo en siglo, de año en año, de día en día, la Humanidad conquista nuevas luces que le dan superioridad moral, material y espiritual. Esta verdad es axiomática. Todos los progresos conquistados nos son proporcionados por la Revelación.

¡Infelizmente no se ha comprendido así, porque los *constructores*, en el ansia de las glorias y subordinados a las ideas bastardas, desecharon la PIEDRA ANGULAR, que, finalmente, fue puesta como CABEZA ANGULAR!

TRINIDAD DEVASTADORA – ¡AY DE VOSOTROS LOS QUE DESCUIDÁIS LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY!

“Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque cerráis el Reino de los Cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros. ¡Ay de vosotros, guías ciegos! Que decís: Si alguno jura por el templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor. ¡Insensatos y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro? También decís: Si alguno jura por el altar, no es nada; pero si alguno jura por la ofrenda que está sobre él, es deudor. ¡Necios y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? Pues el que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él; y el que jura por el templo, jura por él, y por el que lo habita; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquél que está sentado en él. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?”

(Mateo, XXIII, 13-33).

El mundo está dominado por una trinidad devastadora: Política, Religión y Ciencia; Política sin ideal y sin carácter, Religión sin fe y Ciencia sin sabiduría.

Todas las bajezas que caracterizan y deprimen a la pobre Humanidad, todas las enfermedades físicas, morales y espirituales que afectan a los hombres, tienen profundas raíces en ese árbol genealógico de todos los vicios y malas pasiones, que embrutece a las pobres almas y las encadenan a ese terrible suplicio de Tántalo.

“Misterio humano”, semejante al de la “Trinidad Papalina”, que esclavizó las más sagradas dotes de la Libertad y de la Justicia, producto teratológico del egoísmo y del orgullo de los Atilas y de los Herodes de todos los tiempos: “trinidad devastadora”, demoledora por sus principios, astuta por sus manifestaciones, pérfida por sus fines mercantiles, ha aniquilado todos los dictámenes del buen sentido, degenerado todas las inteligencias y apagado todas las luces con que el Sol potente del progreso calienta la Tierra.

En los gobiernos, como en las iglesias y en las academias, labra desoladamente el dolor, la mala fe, el fraude consciente, el monopolio de las posiciones para la explotación del derecho de las gentes, el espíritu de mercancía que, en la pretensión astuta de *poder, de creer y de saber*, no respeta la Justicia, pisotea la Caridad y agrede la Verdad, la celestial virtud a la cual Cristo dedicó una vida entera.

Es de indispensable urgencia una fuerte reacción, vigorosa contra ese mal opresor que viene, desde hace muchos siglos, falseando todos los principios del orden, todas las manifestaciones de la moral, todas las luces de la sabiduría.

Y el Espiritismo ahí está, con sus preferidos invisibles, para dar el golpe fatal a las instituciones cuyo maquiavelismo ensombrece las conciencias, manteniéndolas en la ignorancia de los Divinos Preceptos del Cristianismo.

Su tarea es la misma inscrita en el estandarte del Cristianismo, erguido bien alto por el gran Apóstol de los Gentiles: *Restaurare*

Omnia – restaurar todo, el individuo, la familia, la sociedad, los gobiernos, la Religión y la Ciencia.

Infundir el Espíritu Nuevo en las generaciones, presente y futura, y aniquilar para siempre el Reinado de la Materia, que tanto ha entristecido a la Humanidad.

La lucha está entablada, y de los formidables monumentos que simbolizan la supremacía humana, no quedará piedra sobre piedra, pues todas serán derribadas.

Los pastores del gran rebaño, que desde lo Alto velan por el destino de las almas, ya entraron en acción decisiva, y la Trinidad Devastadora será derrumbada como la Gran Babilonia, ciudad que nunca más será encontrada. Entonces bajo los impulsos regeneradores del progreso y auxilios incesantes de la Verdad, gobiernos y pueblos, iglesias y creyentes, academias y alumnos se orientarán en la senda gloriosa del porvenir, guiados por el Espíritu, en busca de la felicidad imperecible.

A nosotros, espíritas, nos resta la solidaridad en la fe, la unión en el trabajo, la energía en la lucha, para que cada cual, en su lugar, cumpla la tarea que le fue confiada.

¡Ay de los escribas y fariseos!

¡Ay de los ciegos, guías de ciegos!

¡Ay de los sepulcros callados!

¡Ay de los sacerdotes, rabinos, pastores y políticos corruptos!

ODRES NUEVOS – VINO NUEVO ODRES VIEJOS – PAÑOS NUEVOS Y VESTIDOS VIEJOS

“Nadie remienda con paño nuevo un vestido viejo, pues el remiendo nuevo tiraría de lo viejo y el rasgón se haría mayor. Ni echa vino nuevo en odres viejos, pues el vino reventaría los odres y se perdería el vino y los odres, sino que el vino nuevo se echa en odres nuevos.”

(Marcos, II, 21-22).

No vale remendar con paño nuevo un vestido viejo; el vestido se va y queda el remiendo.

Querer corregir los errores de las “religiones” con fragmentos de la Nueva Revelación, es querer remendar un vestido viejo con paño nuevo.

Las religiones sacerdotales son *odres viejos* curtidos de dogmas, de sacramentos; no soportan absolutamente la fuerza de la Nueva Verdad venida del Cielo.

Esas comparaciones fueron hechas por Jesús a propósito de la pregunta que le hicieron acerca del ayuno que los discípulos de Juan Bautista observaban y los de Jesús no.

“¿Cómo pueden mis discípulos ayunar si yo estoy con ellos?”
(Lucas, V, 33-39).

“Mi Palabra no cabe en vuestras Iglesias; justamente por eso ella no os fue ofrecida directamente, pero fue anunciada por encima de los tejados, en los montes, en los campos, en las plazas y en los mares.”

“Quitar un fragmento de la Verdad, que yo legué a todo el mundo, para suprimir el ayuno de los discípulos de Juan y de los fariseos, sería lo mismo que poner un remiendo de paño nuevo en la rotura de un vestido viejo.”

Las Iglesias, en ningún tiempo, sirvieron de receptáculo, de vaso sagrado para el Vino Nuevo de la Revelación.

El Decálogo no fue transmitido a los hebreos por los sacerdotes ni por las Iglesias de Egipto, sino en el Monte Sinaí, por la mediumnidad de Moisés.

El Cristianismo no fue dado al mundo del Templo de Jerusalén, ni por los fariseos, ni por los escribas, ni por los saduceos, ni por los esenios, ni por los samaritanos, ni del Monte Garizim, sino por Jesús, Hombre independiente de todas las Iglesias y de todas las sectas religiosas.

El Espiritismo, así como la Primera Revelación, la Cristiana, también fue y continuará siendo manifestado al Mundo, fuera de todas las Iglesias y de todas las ortodoxias.

“No se echa vino nuevo en odres viejos: pues reventarían los odres y el vino se perdería.”

Añade también la circunstancia del paladar: el que se acostumbra al vino viejo no quiere vino nuevo. Así también aquellos que se acostumbraron a las viejas religiones, no pueden querer la nueva, incluso porque la “religión”, dicen, es como el vino: cuanto más viejo mejor.

Para odres viejos, vino viejo; para viejos incrustados de los parásitos de las viejas religiones, religión vieja.

Las túnicas con las que los cristianos se visten en el Mundo Espiritual no tienen remiendos, así como los odres que tienen que recibir el vino nuevo, no son viejos; de ahí el aviso a Nicodemos, mostrándole la necesidad de *renacer de la carne y del Espíritu*.

El espíritu viejo perjudica y deteriora la *carne nueva*, es decir, la *nueva generación*; de la misma forma el espíritu nuevo no puede ser asimilado por la carne vieja (la vieja generación). Es necesario que se dé el *renacimiento* del espíritu, por la modificación de las ideas, y el del cuerpo, sin lo que no se verá el Reino de Dios. A esta operación Pablo, llamó: “la sustitución del *hombre nuevo* por la expulsión del *hombre viejo*”; y añadió: “los que son de Cristo se volverán *nuevas criaturas*”. Por eso, es inútil esperar de religiosos, anquilosados por las tradiciones y dogmas antepasados, la modificación y regeneración de las costumbres; así como es utopía creer que, de los parásitos que componen la ciencia oficial, venga el

progreso de la Ciencia, y por ellos nazca una filosofía racional que exalte la investigación, el libre examen orientado por los sanos principios de la Lógica.

De la misma manera se puede aplicar la parábola a los representantes de los gobiernos corrompidos que tienen encendido el fuego de la guerra, devastando naciones, oprimiendo pueblos, degradando el carácter nacional, empobreciendo el tesoro público, erigiendo a politiquero de aldea, unida a intereses subalternos.

Esos *religiosos, científicos y políticos* no pueden recibir el *vino nuevo*, son *vestidos viejos*, en los cuales no cabe el remiendo con *pañó nuevo*, de ideas nuevas de paz, de orden y de progreso. Son *odres viejos* que revientan al contacto del *espíritu nuevo*, sólo asimilable por la nueva generación.

“Nadie remienda con paño viejo un vestido nuevo; ni echa vino nuevo en odres viejos.”

LA FE Y EL AMOR

“Y una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años, que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado toda su fortuna sin obtener ninguna mejoría, incluso había empeorado, al oír hablar de Jesús, se acercó a él por detrás entre la gente y le tocó el manto, pues se decía: Con sólo tocar sus vestidos, me curo. Inmediatamente, la fuente de las hemorragias se secó y sintió que su cuerpo estaba curado de la enfermedad. Jesús, al sentir que había salido de él aquella fuerza, se volvió a la gente y dijo: ¿Quién me ha tocado? Sus discípulos le contestaron: Ves que la multitud te apretuja, ¿y dices que quién te ha tocado? Él seguía mirando alrededor para ver a la que lo había hecho. Entonces la mujer, que sabía lo que había ocurrido en ella, se acercó asustada y temblorosa, se prostró ante Jesús y le dijo toda la verdad. Él dijo a la mujer: Hija, tu fe te ha curado; vete en paz, libre ya de tu enfermedad.”

(Marcos, V. 25-34).

Sabiduría y santidad son los dos atributos para la adquisición de la felicidad.

La Luz da sabiduría, la Religión da santidad, pero sólo el Amor resume toda la Ley y los Profetas.

La Esperanza consuela y anima; la Caridad robustece y ampara; la Fe salva; el Amor anima todas estas virtudes; el Amor es la Ley.

Los hombres titubean; la Humanidad degrada; todo parece perdido como la nave golpeada por la tempestad. Aparece el Amor y hace oír su voz convincente: todo se calma.

La bonanza sucede a la impetuosidad de los vientos y a la furia de los mares. La luz sucede a las tinieblas como el día sucede a la noche.

No hay nada que manifieste mejor la Ley de Dios que el Amor. Su nombre, escrito únicamente con cuatro letras, indica los cuatro puntos cardinales de la felicidad espiritual; sus letras son luces; su luz brilla más y arde mejor que el Sol.

La Esperanza está unida a la Inmortalidad; mas la Fe es inseparable del Amor.

La mujer enferma, llena de fe, se aproxima al Señor, le toca los vestidos. “Haciendo eso, pensó: quedaré curada del mal que hace muchos años me aflige.” ¡Y el milagro se efectuó!

Así les sucederá también a todos aquellos que tuvieron fe y se aproximasen a Jesús: “El que me siga no estará en tinieblas.”

Todos los que tuvieron Fe, y con Fe buscasen vencer las dificultades, triunfarán porque el Amor coopera con la Fe para derrumbar barreras, destruir dominios, aniquilar obstáculos y suprimir dificultades.

“Si tuvieras fe, dijo Jesús, dirás a este monte: pásate para allá y él pasará.”

“Si tuvieras fe, dirás a esta higuera: trasplántate más allá, y así ocurrirá.”

La misión exclusiva de Jesús fue revivir los corazones en la Fe, para que las almas lleguen a las alturas del amor de Dios.

En todos sus viajes, el Maestro sembraba Fe, para que las gentes, con su producción, adquiriesen los tesoros del Amor.

Es así como, cultivando sus enseñanzas, nosotros alcanzaremos los mundos de luz que se mueven en el Éter accionados por la voluntad de Dios.

La Luz da Sabiduría y salva; Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida; el Amor es la Ley.

LA TRANSFIGURACIÓN EN EL TABOR

“Seis días después Jesús tomó consigo a Pedro, Tiago y a Juan, y los llevó a un monte alto a solas. Y se transfiguró ante ellos. Sus vestidos se volvieron de una blancura resplandeciente, como ningún batanero de la tierra podría blanquearlos. Y se les aparecieron Elías y Moisés hablando con Jesús. Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: Maestro, ¡qué bien se está aquí! Hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Es que no sabía lo que decía, pues estaban asustados. Una nube los cubrió con su sombra; y desde la nube se oyó una voz: Este es mi hijo amado. Escuchadlo. Miraron inmediatamente alrededor, y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.”

(Marcos, IX, 2-8).

Jesús tomó a tres de sus discípulos, Pedro, Tiago y Juan, y los llevó al Monte Tabor, y se mostró a estos, que había elegido para apostolar la Causa, tal como era en el Mundo de la Verdad; es decir, les apareció en Espíritu; tan bello y radiante estaba, que el Evangelista, por no conocer otra expresión para describir la presentación del Cristo de Dios, dijo “haberse vuelto en extremo resplandecientes sus vestiduras”; añadiendo Mateo: “Y su rostro brillaba como el Sol”.

El texto dice que además Jesús, en su gran y divina sabiduría, decidió invocar a los Espíritus de Moisés y de Elías, que vinieron a traer la excelencia de su testimonio para la glorificación de la Ley de Dios, que Él, Jesús, estaba enseñando a sus discípulos.

Y aun para mayor convicción de aquellos que representaban el Colegio Apostólico, una nube los envolvió y la Voz del Cielo se oyó, señalando a Jesús: “Este es mi hijo amado – ¡OÍDLO!”

Como vemos, el Divino Maestro se revistió de todos los esplendores, se rodeó de todos los testimonios, para demostrar a sus futuros seguidores la tarea que les estaba confiada: testimonio de la Tierra – los tres discípulos que irían a transmitir a los demás las escenas indescriptibles que presenciaron: testimonio del Mundo de

los Espíritus – representado dignamente por los Espíritus de Moisés y de Elías, que aparecieron positivamente a todos; testimonio del propio Jesús que, destacándose del cuerpo material con el que subió al monte, se presentó con el Cuerpo Inmortal con el que ascendería al Infinito; testimonio, finalmente, del Supremo Padre, que, retumbando en la nube de fluidos amorosos con su divino Verbo, confirmó, una vez más, su cariño por el Hijo Amado, que debería ser oído y obedecido por aquellos que, más tarde, tendrían que divulgar sus Palabras Redentoras por todo el mundo.

De ahí se concluye que los esplendores de Cristo no son materiales, sino espirituales; las manifestaciones de Cristo no son carnales, sino manifestaciones de Espíritus.

Oír a Cristo debe ser, pues, nuestro principal anhelo.

Oír a Cristo por los discípulos, oír a Cristo por los representantes del Mundo Espírita, oír a Cristo por la voz que habla en las nubes, porque todos dan testimonio de Cristo, en la tierra, en los ares y en el Mundo Espiritual.

La Ley de Cristo Jesús demuestra la existencia del alma, por el desdoblamiento y transfiguración; demuestra la inmortalidad del alma, con la aparición y comunicación de Moisés y de Elías; y el Verbo, en las nubes, sanciona el divino Amor abarcando el Infinito para que la “Palabra no pase y sea cumplida íntegramente”.

La Transfiguración es la predicación del Cristianismo con todas las fuerzas de su Vida Eterna.

LA PRUEBA DE LA RIQUEZA

“Jesús miró a su alrededor y dijo a sus discípulos: ¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se quedaron asombrados ante estas palabras. Pero Jesús les repitió: Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios. Ellos, más asombrados todavía, se decían: Entonces, ¿quién puede salvarse? Jesús los miró y les dijo: Para los hombres esto es imposible; pero no para Dios, pues para Dios todo es posible.”

(Marcos, X, 23-27).

La opulencia tiene sus virtudes, sus efectos gloriosos, pero son grandes los escollos de los que se hallan en la opulencia.

Espíritus predestinados, tal vez para concurrir con mayor suma de beneficios para el engrandecimiento material, moral y espiritual de sus hermanos, ellos, la mayoría de las veces, se olvidan de la misión que vinieron a desempeñar.

El orgullo insuflado por los aduladores, por los serviles, que no conocen otro dios que el del oro, han extraviado a muchas almas, conduciéndolas a rudas y penosas pruebas, por el mal empleo de la fortuna que el Creador les concedió para su perfeccionamiento y el perfeccionamiento de sus semejantes.

El hombre rico tiene más dificultades a vencer que el pobre. Además de cuidar de sí y de los suyos, además de procurar mantener las exigencias sociales, además de estudiar y estudiar mucho porque dispone de más tiempo que el pobre, aún le cabe el deber preciso de ejercer la Caridad, sea socorriendo a los necesitados del cuerpo, sea enseñando a los ignorantes, dirigiendo a todos palabras de confortamiento, de coraje y de resignación.

Dios no condena la riqueza y nadie es condenado por ser rico.

Lo que Dios condena es el mal uso que se hace de la fortuna.

“¡Qué difícil es que un rico entre en el reino de los Cielos! Es más fácil – dijo Jesús – que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico se salve.”

Esta sentencia del Maestro, viene en apoyo de las pruebas por las que pasan aquellos que pidieron bienes de fortuna, para ofrecerles oportunidad de prestar más beneficios a su prójimo, y, por tanto, progresar más rápidamente. Y basta leer en *El Cielo y el Infierno*, de Allan Kardec, la comunicación del Espíritu de la Condesa Paula, desencarnada en 1851, para ver que el dinero es también un poderoso auxiliar para conquistar la fortuna imperecible que los ladrones no roban, las polillas no roen y la herrumbre no consume.

Aquellos que pidieron la pobreza, porque no se creyeron a la altura de desempeñar los deberes impuestos por la riqueza, deben mantener el coraje y la resignación, pues la verdadera fortuna es la que nos proporcionan las virtudes que practicamos y de las cuales nos rodeamos.

A los ricos, les repetimos el último parte de la comunicación de la Condesa Paula:

“Y vosotros ricos, tened siempre en mente que la verdadera fortuna, la fortuna imperecedera, no existe en la Tierra; procurad antes saber el precio por el cual podréis alcanzar los beneficios del Todopoderoso.”

DEBERES ESPÍRITAS

EL GRAN MANDAMIENTO

“Un maestro de la ley que había oído la discusión, viendo que les había contestado bien, se le acercó y le preguntó: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Jesús respondió: El primero es: Escucha, Israel: el Señor, Dios nuestro, es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que estos. El escriba le dijo: Muy bien, maestro; con razón has dicho que él es uno solo y que no hay otro fuera de él, y amarlo con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale mucho más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús al ver que había respondido tan sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y ya nadie se atrevió a preguntarle más.”

(Marcos, XII, 28-34).

Tres son los deberes indispensables a la criatura humana: 1º) para con Dios; 2º) para consigo mismo; 3º) para con su prójimo. En esto resumió Jesús la Ley y los Profetas.

Siendo Dios el autor de nuestra existencia, nuestro verdadero Padre, debemos dedicar, primeramente a Dios, todos nuestros haberes, nuestra propia Vida.

Los deberes del hombre están en relación con su grado de adelantamiento, con sus aptitudes físicas, intelectuales y psíquicas.

Nadie puede dar si no lo que tiene, pero no hay duda de que debemos dar a Dios todo lo que tenemos. Y como los haberes que dedicamos a Dios son retribuidos con centuplicados intereses, nos corresponde aprovechar todas esas dádivas para provecho propio y en provecho del prójimo.

Es por el cumplimiento de esos deberes cuando comienza la felicidad.

Satisfechos los deberes que tenemos para con Dios, ocurre que debemos cuidar de aquellos que se relacionan con nuestra propia individualidad. Está claro que esas obligaciones son de naturaleza material, intelectual y espiritual.

El hombre vino a la Tierra para progresar y ese progreso depende del buen empleo que haga del tiempo para vigilar su cuerpo, proporcionándole la natural manutención, y cultivar el espíritu, ofreciéndole luces: luces de Vida Eterna; luces de verdadera sabiduría; luces de perfecta moral.

El cuerpo es un intermediario para las recepciones y manifestaciones exteriores; es necesario que lo tratemos y lo utilicemos como tratamos y utilizamos una máquina para ejecutar el trabajo del que estamos encargados.

El Espiritismo abarca la parte material y la parte psíquica del individuo; exige tratamiento del cuerpo y cultivo del Espíritu, sin detrimento uno del otro.

De la misma forma nos corresponde hacer para con nuestro prójimo.

Prójimo es aquél que se acerca a nosotros, sea en cuerpo, sea en Espíritu:

Hay prójimos que están lejos de nosotros y prójimos que están cerca.

En la esfera del Espíritu prevalece la ley de la afinidad. En el terreno de la materia la ley de atracción.

Los principales prójimos son los que están unidos a nosotros por la ley de la afinidad psíquica.

Los prójimos secundarios son los que se valen de nosotros para suplir su necesidad; necesidad de orden material o de orden espiritual, porque nuestros deberes para con el prójimo, para con nosotros mismos y para con Dios son de orden material y espiritual.

El hombre que cumple su deber, no está obligado a nada más. Cuando el hombre hace lo que puede, Dios hace por él lo que él por sí mismo no puede hacer.

Feliz de aquél que hace todo lo que puede y debe hacer, pues ese es el buen empleo del talento para la adquisición de otros tantos talentos.

Tres son los deberes indispensables del hombre: para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo.

El precepto es este: ama a Dios; ama a ti mismo; ama a tu prójimo; instrúyete y procura instruir a tu prójimo. Haz todo eso con toda tu inteligencia, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

No hay otro mandamiento.

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

“Al salir Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: ¡Maestro, mira qué piedras y qué edificio! Jesús le dijo: ¿Ves esos grandes edificios? No quedará aquí piedra sobre piedra; todo será destruido. Y estando sentado en el Monte de los Olivos, de cara al templo, le preguntaron a solas Pedro, Santiago, Juan y Andrés: Dinos, ¿cuándo sucederá eso y cuál será la señal de que todas esas cosas van a cumplirse? Jesús le contestó: Mirad que nadie os engañe. Muchos vendrán usando mi nombre y diciendo: Yo soy, y engañarán a muchos. Cuando oigáis hablar de guerras y noticias de batallas, no os alarméis porque es necesario que eso suceda; pero todavía no será el fin. Se levantarán pueblos contra pueblos y reinos contra reinos; habrá hambre y terremotos por diversos lugares. Eso será el comienzo de los dolores. Mirad por vosotros mismos. Os entregarán a los tribunales, os torturarán en las sinagogas y compareceréis ante los gobernadores y los reyes por causa mía; daréis testimonio entre ellos. Pero antes de todo, el Evangelio será predicado a todos los pueblos. Cuando os lleven para entregaros, no os angustiéis por lo que habréis de decir; decid lo que os será inspirado en aquella hora, pues no hablaréis vosotros, sino el Espíritu Santo. El hermano entregará a la muerte a su hermano, y el padre al hijo, y los hijos se alzarán contra los padres y los matarán. Todos os odiarán por causa mía; pero el que perseverare hasta el fin se salvará. Cuando veáis el ídolo repugnante puesto donde no debe estar (el que lea que entienda), entonces los que estén en Judea que huyan a los montes; el que esté en la terraza que no baje a recoger nada de su casa, y el que esté en el campo que no vuelva por su manto. ¡Ay de las que estén encinta y criando en aquellos días! Rezad para que esto no caiga en invierno. Porque en aquellos días habrá una angustia tan grande como no la ha habido desde el principio del mundo que Dios creó hasta ahora, ni la habrá jamás. Y si el Señor no acortase aquellos días, nadie se salvaría; pero, en atención a los elegidos que él se escogió, acortará esos días. Entonces, si alguien os dice: El Mesías está aquí o allá, no lo creáis. Surgirán falsos mesías y falsos profetas, y harán señales y prodigios para engañar, si fuera posible, aun a los mismos elegidos. Tened cuidado, pues os lo ha dicho todo de antemano. En aquellos días, después de esta angustia, el Sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, las estrellas caerán del cielo y las columnas de los cielos se tambalearán. Entonces se verá venir el Hijo del Hombre entre nubes con gran poder y majestad. Mandará a sus ángeles a reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, desde uno a otro extremo del cielo y de la Tierra.”

(Marcos, XIII, 1-27).

Este trecho del Evangelio, probablemente de la última fase de la vida de Jesús, es digno de nuestro estudio y atención.

El Maestro ya había lanzado su escrito infamatorio contra los escribas y fariseos, los ciegos guías de ciegos, que erigían los sepulcros de los profetas a quienes sus padres habían matado cruelmente; a los traficantes de las gracias de Dios; a los vendedores ambulantes del templo. Él ya se había lamentado de Jerusalén, que mataba a los profetas y enviados que cruzaban sus puertas cuando, al llamar los discípulos su atención para las grandezas del templo, se aprovechó de la oportunidad para decir, ante ellos, su Sermón Profético, como lo llaman los Evangelios.

Fue en esa ocasión que Jesús habló a los discípulos de los tiempos que habían de llegar y de los sucesos que se desatarían en el mundo, hasta la iniciación de una nueva fase de vida para la Humanidad.

Sin otro preámbulo que pudiese desviar la atención de las admirables escenas, por medio de las cuales, mostró a los que lo rodeaban los hechos que se desatarían, después de su marcha hacia la Espiritualidad, Jesús comenzó a hablar del gran y suntuoso Templo de Jerusalén, del cual no quedaría piedra sobre piedra.

Esta era la mayor señal de los acontecimientos que estaban próximos, y fue justamente lo que se realizó.

Del Templo de Jerusalén no quedó piedra sobre piedra, como tampoco quedará piedra sobre piedra de todos los monumentos que el orgullo, la vanidad y el egoísmo humano edificaron en nombre de Dios.

Grande era la misión que le correspondía al Maestro llevar a término, y de retirada del Templo donde Él había acusado a los sacerdotes, el Maestro siguió para el Monte de los Olivos, lugar predilecto donde, varias veces, se había reunido con sus discípulos, mostrándoles desde lo alto del picacho, cuya vista abarcaba extensos horizontes, las bellezas de la Naturaleza matizada por los rayos del Sol.

Sentado en la hierba, melancólico y pensativo, comenzó entonces el Maestro a responder a las preguntas de aquellos que

deberían apostolar su causa, destacando los hechos que señalarían el fin de los tiempos del mundo sacerdotal, que precedería al inicio del mundo espiritual, es decir, de la fase iniciativa del Reinado del Espíritu sobre la materia. Tomando como símbolo de las grandezas humanas el Templo de Jerusalén, Jesús hizo ver a sus discípulos que todas esas pompas lujosas, que adormecen el Espíritu y aniquilan el sentimiento, distraen a los hombres de sus deberes para con Dios y el prójimo, impidiendo a las almas cumplir sus deberes evangélicos.

El Maestro ya había predicho también los grandes martirios que tendría que sufrir, predicciones que se realizaron al pie de la letra; pero que todo eso era preciso que se cumpliese; y que Él volvería al mundo en el tiempo de la restauración final de su Palabra. Pero, antes de eso, el mundo tendría que pasar por grandes transformaciones y la Humanidad por grandes sufrimientos.

Preguntándole los discípulos la época en que ocurrirían esos acontecimientos, Jesús comenzó por enseñarlos a razonar, enseñándoles a discernir de los hombres y los Espíritus, a fin de poder distinguir los tiempos predichos.

“¡Cuidado! Que nadie os engañe, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: yo soy el Cristo, y engañarán a muchos”.

“Si alguien os dice: he aquí el Cristo o helo allí, no lo creáis; porque han de levantarse falsos Cristos y falsos profetas y mostrarán tales señales y milagros que, si fuera posible, engañarán hasta a los elegidos.

“Si dijese que Cristo está en el desierto, no salgáis; si dijere que está en el interior de la casa no lo creáis, porque así como el relámpago sale del Oriente para el Occidente, así será la venida del Hijo del Hombre.”

Con esta exposición Jesús hizo ver que su venida no sería como aquella vez, en la que fue crucificado; vendría en *Espíritu*, presidiendo el gran movimiento de espiritualización del mundo, tal como se está verificando bajo los auspicios del Espiritismo. Mostró bien a los mistificadores, que presentarían a “Cristo” encerrado en cámaras y en el interior de las casas, así como los que aparecen en

los desiertos, arrebatan a multitudes curiosas y constituyen reductos de fanáticos.

Y fue después de exaltar el sentimiento y el raciocinio de sus discípulos, que el Hijo de Dios creyó acertado narrar los dolores por los que el mundo tendría que pasar y las luchas que sus seguidores tendrían que sustentar en la obra de la regeneración humana.

“Tendréis, primeramente, que oír rumores de guerra, pero no os asustéis, porque no es aún en esa ocasión que vendrá el fin, pues se levantará nación contra nación, reino contra reino, y habrá hambre y terremotos en varios lugares; pero todo eso es el principio de los dolores.”

Esta predicción está realizada y continua verificándose; las guerras que tienen asolado últimamente el planeta no dejarán duda sobre la realización de la previsión. Los ataques contra la palabra apostólica, llevando a los divulgadores de la fe a los tribunales, han continuado desde los primeros tiempos del Cristianismo.

Desde los tiempos de Nerón, prosiguiendo siempre, extendiéndose al trazado de la Iglesia de Roma, que entregaba a los “herejes” al *brazo fuerte* para serles inflingidos los mayores suplicios, la historia de los inquisidores y de la Inquisición, componiendo páginas de sangre en la Historia de la Humanidad, dejan de ver claramente también el cumplimiento de ese trecho del Evangelio.

La Gran Guerra de 1914-1918, que se cobró más de 30 millones de víctimas; la gran peste que se llevó a otras tantas o quizá más; las luchas activas que existen en todo el mundo no son más que las señales características, predichas por el Nazareno, del fin de los tiempos en que el mundo tendrá que pasar por una completa reforma en lo que se refiere a la moral.

Jesús añadió que, en virtud de la iniquidad a la que los hombres se entregarían, el amor se enfriaría y no habría más caridad; los afectos se extinguirían y el carácter se degeneraría.

¡Es lo que estamos viendo por todas partes! El lujo, la suntuosidad, la ganancia del oro, el deseo de multiplicar las

fortunas; el egoísmo endiosado; y, por otros lados, el desprecio para con los necesitados, para con los enfermos y abandonados.

¡En vez de hospitales, se edifican iglesias; en vez de escuelas de instrucción, se construyen cárceles; en vez de luz, la Humanidad se viste de tinieblas!

Una de las más características “señales de los tiempos” es la Predicación del Evangelio, como está escrito:

“Este Evangelio será predicado por todo el mundo; entonces vendrá el fin.” Gracias al Espiritismo, es decir, a los Espíritus de la Verdad, este convite para seguir a Cristo se está realizando como un aviso amoroso de la venida, en Espíritu, de Jesús, que establecerá en la Tierra el Reinado del Espíritu.

La predicación del Evangelio es el hacha puesta en la raíz de los árboles infructíferos; es la exhortación a la regeneración de las costumbres para la espiritualización de los hombres.

Otra característica igual es: “la abominación de la desolación predicha por el Profeta Daniel, que se había de verificar en el lugar santo.”

Es un hecho bien patente a los ojos de todos: lo que los hombres llaman *lugar santo* son las iglesias; y no hay quien conteste a la *desolación* que labra en las iglesias.

¿Qué es actualmente religión? Nada. ¿Qué es una iglesia? Un lugar abominable, donde se puede encontrar todo menos amor a Dios, caridad, amor al prójimo, respeto y moral.

La Iglesia actual es un punto de diversión como cualquier otro, es un cafetín de fiestas donde se mercan gallinas y lechones.

¿Qué es la religión del pueblo, hoy?

¿Dónde está la fe, la Esperanza y la Caridad que unen, sustentan, amparan y elevan a la multitud popular? Lo que hay son tráficos de misas, tráficos de bautismos, tráficos de casamientos, tráficos de nacimientos y tráficos de muertos. Todo es mercadería, todo se vende en la religión del pueblo, todo se merca en las iglesias de esa Babilonia.

¡La Inmortalidad, la comunión de las almas y de los santos, desapareció del Credo; el Diablo venció a la Divinidad: el Infierno se tragó el Cielo!

No hay creencia, no hay fe; para la mayoría del pueblo, todo termina con la muerte; la Iglesia proclamó: *pulvis est, et in pulveris reverteris*, “*polvo eres y al polvo volverás*”, *spiritus qui vales non redit*. “*Los muertos no vuelven.*” La tumba es entonces, la última palabra de la vida. He aquí la señal segura del fin de los tiempos; he aquí la desolación y la abominación, predicha por Jesús, imperando en el “lugar santo”.

Las últimas predicciones del Maestro, grabadas en el referido capítulo, tratan sobre los fenómenos físicos, las señales en el cielo. Todos dicen: “el clima está cambiado”. De hecho, el tiempo está cambiado y ese cambio fue predicho por Jesús hace casi dos mil años, para señalar el fin del Mundo de la Carne y el advenimiento del Mundo del Espíritu.

Finalmente, dice el texto: “Las estrellas caerán del cielo y las autoridades serán abatidas.”

Esas Estrellas no son más que Espíritus Superiores, que vinieron a tomar parte en esa restauración, incluso porque sólo ellos serán capaces de abatir a las autoridades, a los gobiernos civiles y religiosos, de la Tierra y del Espacio, que condujeron a los hombres a la degradación en la que se encuentran.

Ellos vienen a reunir a los elegidos de los cuatro vientos y a llamarlos para formar ese Reino deseado, que pedimos diariamente al Señor en el Padre Nuestro.

Vamos a concluir, aconsejando al lector a ocupar un lugar en las filas de Cristo, porque sólo así estará resguardado de los males futuros que harán desaparecer el mundo viejo con sus pasiones, para, una vez removidos los escombros, levantar en cada alma una cátedra donde el Espíritu de la Verdad pueda glorificar.

LA CENA DE PASCUA

“A la hora determinada se puso a la mesa con sus discípulos. Y les dijo: He deseado vivamente comer esta pascua con vosotros antes de mi pasión. Os digo que ya no la comeré hasta que se cumpla en el reino de Dios. Tomó una copa, dio gracias y dijo: Tomad y repartirla entre vosotros, pues os digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios. Luego tomó pan, dio gracias, lo partió y se le dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que es entregado a vosotros; hacer esto en recuerdo mío. Y de la misma manera el cáliz, después de la cena, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que es derramada por vosotros.”

(Lucas, XXII, 14-20).

“Durante la cena Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed. Esto es mi cuerpo. Después tomó un cáliz, dio gracias y se lo dio, diciendo: Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por todos para remisión de los pecados. Os digo que ya no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que beba con vosotros un vino nuevo en el reino de mi Padre.”

(Mateo, XXVI, 26-29).

“Durante la cena Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Después tomó un cáliz, dio gracias, se lo pasó a ellos y bebieron de él todos. Y les dijo: Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que será derramada por todos. Os aseguro que ya no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que beba un vino nuevo en el reino de Dios.

(Marcos, 14, 22-25).

Narran las Escritura que el Profeta Ezequiel, arrebatado en Espíritu, de Babilonia, donde se hallaba cautivo, fue en Jerusalén, y en esta ciudad un Ángel le mostró un Santuario, que tenía la puerta cerrada; y le dijo que “el Príncipe se sentaría a la mesa para comer el pan delante del Señor”. (Ezequiel, 44, 1-3).

¡Extraordinario transporte espiritual! ¡Bellísima visión profética! ¡Maravillosa comunicación premonitoria, que se realizó al pie de la letra, algunas veintenas de años después!

Arrebatado en Espíritu, con gran antelación, el Profeta Ezequiel vio la estupenda escena que se debería desdoblar a través de los tiempos: “Jesús, el Príncipe de la Paz, sentado a una mesa partiendo el pan con sus discípulos, en la ciudad de Jerusalén”, tal como recordamos en este escrito, por la lectura de los Evangelios.

En el “Santuario” sólo podía ser repartido “el pan de la proposición”, por los sacerdotes; para Jesús, que tenía por misión infundir en el Espíritu Humano la Nueva Ley del Amor, del Perdón y de la adoración a Dios en *Espíritu y Verdad*, el Santuario cerró las puertas.

Era preciso que así sucediese para que la Doctrina Cristiana sufriese la contingencia de las duras impugnaciones con que los reaccionarios de todos los tiempos impedían todas las ideas nuevas, hasta la más noble y pura, la más santa y verdadera con la que Dios quiso auxiliar a sus hijos.

Entretanto, el Pan no quedó entero y se repartió con tanta abundancia que hasta hoy, veinte siglos después, podemos con él saciar nuestra hambre de entendimiento. Milagro aún mayor que aquél que multiplicó peces y panes que saciaron a cinco mil personas. Aquellos panes y peces, aunque quitasen el hambre de tanta gente y quedasen también doce cestos de sobras, no llegaron hasta nosotros; mientras que este Pan se refleja a través de las generaciones y envuelve nuestra alma en fluidos benéficos, que verdaderamente sacian el Espíritu.

Respondiendo con minuciosa atención a los trechos evangélicos escritos más arriba, los vemos que guardan íntima relación con los capítulos 13, 14, 15 y 16 del Evangelio de Juan, que recomendamos la atención de los lectores. Y así llegamos a la conclusión, poniendo en acuerdo los cuatro Evangelios, que el fin de Jesús, celebrando la Cena, no fue para comer el pan, por eso dice el Evangelista: “Tomando el pan lo partió; lo dio a los discípulos y les dijo: tomad y comed, este es mi cuerpo, que será entregado por

vosotros; y con el cáliz lleno de vino, les ofreció, diciendo: bebed, esta es mi sangre del Nuevo Testamento que va a ser derramada en vuestro beneficio.”

Por este pasaje se ve claramente que Jesús no se refería al *pan material ni al vino de la uva*, sino a su Doctrina, que es el alimento del Espíritu, y necesita ser repartido con todos, para que ningún Espíritu sienta hambre de conocimientos religiosos; para que todos sean saciados con ese *Pan* que nos da un cuerpo nuevo, incorruptible, inmortal.

Los dos elementos: *el pan y el vino*, no son más que alegorías, que dan idea de la *letra* y del *espíritu*; así como la *carne* y la *sangre* especifican la misma idea: *letra y espíritu*.

Jesús quería, una vez más, recordar a sus discípulos que su cuerpo – que es su Doctrina – no puede ser asimilada únicamente a la letra, sino que necesita ser estudiada y comprendida en *espíritu y verdad*; por eso el Maestro añadió, cuando los judíos se escandalizaron por haber dicho él que sus discípulos necesitaban *comer su carne y beber su sangre*: “La carne para nada beneficia, el espíritu es el que vivifica; las palabras que yo os digo son espíritu y vida.”

No es, pues, con el pan, ni con la hostia, con lo que debemos comulgar, sino con la Palabra de Cristo, con su Doctrina.

Dice David en los Salmos 78, 24 y 26, profetizando sobre Jesús:

“El trigo del Cielo descendió a la Tierra, y los ángeles dieron de comer a los hombres”.

Vemos dos cosas en este pasaje: primero, el trigo es del Cielo; segundo, los ángeles dieron de comer a los hombres.

Ahora, si el trigo es del Cielo, el pan no puede ser material, pero sí espiritual; y si los ángeles son los que dieron de comer a los hombres, se está cumpliendo en nuestros días la palabra profética de David, porque la Doctrina de Cristo está siendo ofrecida en todos los puntos del globo, a todos los hombres, por los Espíritus.

Ángel quiere decir *espíritu mensajero de Dios*. Y ¿no son estos los que vienen a recordarnos la Palabra Divina y a abrir ante nuestros ojos las puertas de la Inmortalidad?

Jesucristo, encarnando la palabra de Dios, el Verbo, dijo que ella es Pan; David profetizando sobre la distribución del Pan a los hombres, afirmó que esa tarea estaba a cargo de los Ángeles.

He aquí lo característico bien destacado de nuestra Doctrina, *facsimile* de la Pura Doctrina de Jesús, es decir, la misma Doctrina de Jesús: “ser pan, y ser repartida por Ángeles”.

El Pan de la Vida, que es el Pan del Cielo, no puede ser suministrado por los hombres, tengan ellos el título que tuvieren, aunque se revistan de todas las apariencias sugestivas para atraer a las almas.

Continuemos, entretanto, examinando si esta afirmación es o no la verdad sagrada.

¿Cuál fue el primer Pan espiritual que la Biblia nos dice haber sido dado a los israelitas?

- Los diez mandamientos, es decir, el Decálogo, escritos en las Tablas de la Ley.

¿Quién los escribió?

- ¿Moisés? ¡No! El texto dice que Moisés subió al Sinaí y Jehová, uno de los Espíritus Guías de Israel, fue quien los escribió por intermedio de la mediumnidad de Moisés.

¿Quién hizo a David y a Isaías escribir? ¿Quién hizo mover los labios de Malaquías, de Jeremías, de Ezequiel y de Daniel? ¿No fueron los Ángeles, los Espíritus, según se lee en los propios textos de estos libros encerrados en la Biblia?

¿Quién anunció a María el nacimiento del Mesías, y, por tanto, la materialización del Verbo de Dios? ¿No fue un Espíritu llamado Gabriel?

¿Quién habló a través de Esteban y anunció a través de Ágapo cosas que iban a suceder, y, de hecho, sucedieron? ¿No fueron los Espíritus?

¿Qué hombre en la Tierra se puede creer con autoridad para hablar de las cosas del Cielo? Hombre, uno sólo, Jesús, porque en él

había encarnado el Verbo de Dios y él era el Pan, podía darse incluso a todos; pero desde que el mundo existe, no consta en las páginas de la Historia que otro hombre lo igualase.

- Los Apóstoles – podría decir alguien.

Pero los Apóstoles no fueron Apóstoles mientras no recibieron el Espíritu en el Cenáculo.

Todo el pan que ellos distribuyeron, durante su permanencia en la Tierra, fue manipulado por los Ángeles, por los Espíritus de Dios, que después de la explosión de Pentecostés nunca los dejaron. Fue en este día cuando ellos recibieron el “bautismo” y fue en ese día cuando quedaron “bautizados”, porque “estar bautizado” es estar envuelto, es estar inmerso en los fluidos vivificadores de los Espíritus Santos.

Y si así no es, ¿cuáles fueron las obras que ellos practicaron, cuál Doctrina predicaron antes de recibir el espíritu, en el Cenáculo?

El hombre que, en un momento tranquilo de meditación, echa la vista al pasado, verá asombrado las transformaciones profundas, maravillosas incluso, realizadas sin que él se haya dado cuenta. Y si mirase para la vida del mundo, se maravillaría al ver cómo día a día, minuto a minuto, el tiempo, supremo devastador, viene destruyendo las más básicas teorías, las más incontestables ideas, los más sólidos monumentos, las más inatacables fortalezas levantadas por la voluntad humana.

Pero la Palabra de Jesús fue y será inalcanzable; la Palabra de Jesús no pasó: es permanente, eterna, inmutable. Así está escrito y así se ha de cumplir. Ella es indispensable para la evolución de la Humanidad y ha de realizar, sin duda alguna, su misión providencial, liberadora, reformando todas las instituciones decrepitas y alimentando, como Pan que es, a todos los hombres que, en busca de nuevos estados de libertad, buscan su espíritu vivificante.

La Lección de la Cena y del Lavapies es la Lección del Amor, de la Humildad, para la adquisición de las glorias futuras.

EL PRECURSOR DEL CRISTIANISMO

“He aquí que yo os enviaré el Profeta Elías, antes de que venga el gran y terrible día del Señor.”

(Malaquías, IV, 5).

“En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote de nombre Zacarías, del grupo de Abías, cuya mujer era descendiente de Aarón y se llamaba Isabel. Ambos eran justos ante Dios, pues guardaban irreprochablemente todos los mandamientos y preceptos del Señor. No tenían hijos, porque Isabel era estéril y los dos de avanzada edad.

Estando él de servicio ante Dios en el turno de su grupo, le tocó en suerte, conforme al uso litúrgico, entrar en el Santuario del Señor a ofrecer el incienso. Todo el pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. Y se le apareció a Zacarías un ángel del Señor, en pie, a la derecha del altar del incienso. Zacarías, se asustó al verlo, y se llenó de miedo. El ángel le dijo: No tengas miedo, Zacarías, pues tu petición ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará un hijo, al que pondrás por nombre Juan. Será para ti causa de gozo y alegría; y muchos se alegrarán de su nacimiento, porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licores y estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Convertirá a muchos israelitas al Señor, su Dios. Irá delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y enseñar a los rebeldes la sabiduría de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo sabré que es así? Pues yo soy viejo, y mi mujer de avanzada edad. El ángel le contestó: Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios, y he sido enviado a hablarte y darte esta nueva noticia. Te quedarás mudo y no podrás hablar hasta que suceda todo esto por no haber creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo. La gente estaba esperando a Zacarías y se extrañaba que permaneciese tanto en el santuario. Cuando salió, no podía hablarles, por lo que comprendieron que había tenido alguna visión en el santuario. Él les hacía señas y permaneció mudo. Al cumplir el tiempo de su ministerio, se fue a su casa.

Unos días después, Isabel, su mujer, quedó en cinta; estuvo cinco meses sin salir de casa; y se decía: El Señor ha hecho esto conmigo y me ha librado de la vergüenza ante la gente.”

(Lucas, I, 5-25).

“Unos días después María se dirigió presurosa a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Y dijo alzando la voz: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí?”

(Lucas, I, 39-43).

“A Isabel se le cumplió el tiempo de su parto y dio a luz un hijo. Los vecinos y parientes, al enterarse del gran favor que el Señor le había hecho, fueron a felicitarla. A los ocho días llevaron a circuncidar al niño. Querían que se llamara Zacarías, como su padre. Pero su madre dijo: No. Se llamará Juan.

Le advirtieron: No hay nadie en tu familia que se llame así. Preguntaron por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: Su nombre es Juan. Todos se quedaron admirados.

Inmediatamente se le soltó la lengua y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Todos los vecinos se llenaron de temor. Estas cosas se comentaban en toda la montaña de Judea. Todos los que las oían decían pensativos:

¿Qué llegará a ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él.”

(Lucas, I, 57-66).

“El niño crecía y se fortalecía en el espíritu. Y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel.”

(Lucas, I, 80).

“El año quince del reinado de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, estando Herodes al frente de Galilea, su hermano Filippo al frente de Iturea y de la región de Traconítida, y Lisaniás al frente de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, Dios habló a Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto. Y él fue recorriendo toda la región del Jordán, predicando un bautismo de conversión para recibir el perdón de los pecados, como está escrito en el libro del profeta Isaías: Voz que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus sendas; que los valles se eleven, que los montes y colinas se abajen, que los caminos tortuosos se hagan rectos y los escabrosos llanos, para que todos vean la salvación de Dios.

Iban muchos a que los bautizara. Juan les decía: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir del castigo inminente? Demostrad con obras vuestro arrepentimiento, y no os pongáis a decir: Tenemos por padre a Abraham; porque yo os digo que Dios puede sacar de estas piedras hijos de Abraham. Además, ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no de buen fruto será cortado y echado al fuego. La gente le preguntaba: ¿Qué tenemos que

hacer? Y él contestaba: El que tenga dos túnicas reparta con el que no tiene ninguna, y el que tiene alimentos que haga igual. Acudieron también unos publicanos a bautizarse, y le dijeron: Maestro, ¿qué tenemos que hacer nosotros? Y él les respondió: No exijáis nada más de lo que manda la ley. Le preguntaron también unos soldados: Y ¿nosotros qué debemos hacer? Y les contestó: No intimidéis a nadie, no denunciéis falsamente y contentaos con vuestra paga.”

(Lucas, III, 1-14).

“Con estas y muchas otras exhortaciones evangelizaba al pueblo. El Tetrarca Herodes, censurado por Juan a causa de Herodías, la mujer de su hermano, y por todos los crímenes que había cometido, añadió a todos ellos uno más y metió a Juan en la cárcel.”

(Lucas, III, 18-20).

“El rey se entristeció, pero por el juramento y por los invitados ordenó que se la dieran, y envió a cortar la cabeza de Juan en la cárcel. Trajeron la cabeza en una bandeja y se la entregaron a la muchacha, la cual se la llevó a su madre.”

(Mateo, XIV, 9-11).

“Y mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: No contéis a nadie esta visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. Los discípulos le preguntaron: ¿Por qué dicen los maestros de la Ley que Elías debe venir antes? Él respondió: Elías vendrá antes a ponerlo todo en orden. Pero yo os digo: Elías ha venido ya y no lo han reconocido, sino que lo han tratado a su antojo. Así también el Hijo del Hombre ha de padecer por parte de ellos. Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista.”

(Mateo, XVII, 9-13).

Había llegado el tiempo en que el mundo recibiría el complemento de la Revelación del Sinaí, y el Cristo de Dios, se presentaba para descender desde las Regiones Luminosas a los antros del mundo físico.

Una falange innumerable de Espíritus se preparó para auxiliar al Maestro en su tarea misionera. Unos lo tendrían que preceder en su

venida; otros, acompañarlo en su misión; otros, finalmente, vendrían a secundar sus esfuerzos, en Espíritu, en su atmósfera terrestre, auxiliando de la mejor manera que les fue permitido por Dios.

Las Escrituras dicen que, por la boca del Profeta Malaquías, se había anunciado la nueva encarnación de Elías, que fue, de hecho, el mayor de los profetas de la antigua dispensación.

Él venía, como el Ángel Mensajero, ante la Faz del Señor, para anunciarlo a los pueblos, pues, tan ilustre persona necesitaba, a su llegada, que algunas luces estuviesen encendidas, para iluminar la incomparable figura que venía a presentar, en el mundo, el Verbo Divino.

Llegado el tiempo de la recepción del Espíritu que fuera Elías, y que debería ser Juan Bautista, un Espíritu mensajero de lo Alto, y conocido en la Tierra con el nombre de Gabriel, se dirige a una familia de Judea, cuyo matrimonio de avanzada edad y sin hijos, tenían por nombre Zacarías e Isabel, y les anuncia la encarnación de ese hijo, que era el Profeta Elías, a quien darían todos los cuidados paternales.

El mensaje del Espíritu no fue aceptado por Zacarías, necesitando el Espíritu revelador volver mudo, al que debería ser el padre del niño, durante todo el tiempo de gravidez de su esposa, como prueba del aviso que le fue dado.

Y así ocurrió, habiendo sido dado por el Espíritu hasta el propio nombre del infante, que debería llamarse Juan, que quiere decir el *Enviado*.

Como se ve en los Evangelios, el nacimiento de Juan Bautista vino precedido de augurios y de promesas espirituales para aquellos que buscaban el Reino de Dios.

Durante el tiempo de gravidez de la esposa de Zacarías, coloquios espirituales, arrobos del alma y éxtasis se verificaron en el hogar de aquellos que verían brevemente la aparición del gran misionero, que sería la Voz clamando en el desierto de las conciencias.

Por ocasión de la visita de María, madre de Jesús, a su prima Isabel, el Espíritu saludó a María, como se desprende de la narrativa, y esta, también envuelta en los fluidos de los divinos Mensajeros, pronunció la inspirada oración que hoy corre por el mundo con el título *Magnificat*: “Mi alma engrandece el Señor, y mi Espíritu se alegró en Dios mi Salvador...”

Por fin, luego el tiempo determinado, Isabel tuvo un hijo y sólo entonces se soltó la lengua de Zacarías, cuyas primeras palabras fueron para recordar el nombre de Juan, que el Espíritu había puesto en aquél que sería su hijo carnal.

Estas manifestaciones fueron divulgadas por toda la región montañosa de Judea, y los pueblos se quedaron pensativos, porque decían: “la mano del Señor está con este niño”.

Zacarías, tomado por el Espíritu, habló acerca del futuro de su hijo, y de la misión que él venía a desempeñar en el mundo.

*

El propósito del Evangelio es anunciar a todos el camino de la Salvación, e indicar los medios para encontrar el mismo.

Ese libro no fue escrito para narrar genealogías, ni publicar biografías, que poco aprovecharían para el progreso de la Humanidad y para destacar la Religión.

Ese es, sin duda, el motivo por el cual el Evangelista calla sobre la vida del Bautista, hasta el día de su manifestación a Israel, es decir, el día en que el Precursor salió abiertamente al mundo para ejercer su noble tarea; el texto del Evangelista se limita a estas palabras: “El niño crecía y se fortalecía en Espíritu y habitaba en los desiertos, hasta el día de su manifestación a Israel.”

¿Qué habría hecho él en el transcurso de ese tiempo? El Evangelista no lo dice, pero es muy fácil adivinarlo.

Probablemente hacía lo que hace toda la gente pobre, todos los que no son acariciados por la fortuna del mundo: trabajaba, luchaba, se esforzaba para la manutención de la existencia material.

Pasad revista a la vida de todos los grandes hombres que nos legaron centellas de verdades imperecibles, de todos los eminentes

del pensamiento, de todos los genios que vinieron a traernos el progreso material, moral y espiritual, y veréis que desde la infancia hasta la vejez, ellos se han manifestado al mundo como máquinas que trabajan incesantemente, viviendo más para los otros que para sí mismos.

Así le debería ocurrir a Juan Bautista, operador del trabajo espiritual, ya experto en las lides de la vida corpórea.

Aquél que venía a anunciar la venida del Mesías y a preparar su camino, no podía dejar de cumplir los preceptos que nos mandan trabajar para vivir.

Juan Bautista no podía haber pasado una vida de ocio, escondido desde la infancia en los desiertos, para huir de los deberes materiales impuestos a todas las criaturas.

Y cuando el Evangelio dice que el Bautista habitaba en los desiertos, da a entender el menosprecio que sus contemporáneos hacían de aquellas individualidades, que, por “no vestirse de finas ropas y no habitar palacios”, dejaban de merecer la atención de sus conciudadanos y especialmente la de los grandes de su época.

Es posible que, antes de iniciar su misión, como era costumbre de los antiguos profetas, Juan se retirase para el desierto a fin de prepararse, por el ayuno y la oración, para el desempeño de sus deberes sagrados.

Y fue esta seguramente la explicación que Jesús quiso dar y dio veladamente a los que buscaban a Juan, a los que, en las cercanías de la ciudad de Naim, deseaban ver a Juan: “¿Qué saliste a ver en el desierto? ¿Una cana agitada por el viento? ¿O a un hombre vestido con ropas finas? Pero los que se visten ricamente y viven en el lujo, asisten en los palacios de los reyes.”

En esa misma ocasión el Divino Maestro, dando a conocer a todos el gran Espíritu que lo precediera, como revelador de su venida, dijo: “Juan es un profeta, mucho más que profeta, porque es de su persona que está escribiendo: aquí está, ahí envió ante ti a mi ángel, que ha de preparar tu camino.”

*

Pero, al final, llegamos a la fase luminosa de la vida del Mensajero de lo Alto, en que su luz brilla como un relámpago, y su voz retumba como un trueno.

Fue en el décimo quinto año del reinado de Tiberio César, siendo Pilatos gobernador de Judea, Herodes el Tetrarca de Galilea y los sumos sacerdotes Anás y Caifás, que circuló por Palestina la noticia de la aparición de un profeta que agitaba las masas populares en torno de su respetable figura; y a las orillas del Jordán, por donde pasaba, las multitudes afluían para escucharlo. Unos, se acercaban a él siguiendo sus pasos redentores; otros, ávidos de manifestaciones físicas y señales exteriores, le pedían el *bautismo del agua*, creyendo, sin duda, que la perfección y la pureza pueden vivir en el cuerpo cuando el espíritu está sucio.

Juan atendía a unos y otros dando a cada uno lo que cada uno necesitaba para la expiación de las faltas y redención del Espíritu.

Genio franco, leal, sincero, incorruptible, austero, el Bautista, cuya principal misión era preparar almas para el Señor, arreglar veredas por donde Jesús pudiese pasar; allanar valles, arrasar montes y oteros, aplanar caminos escabrosos, destruir las tortuosidades para que las sendas fueran derechas; él traía un arsenal de instrumentos para cortar árboles seculares, arrancar matas que ensombrecían las conciencias, arrancar raíces de nefastas plantas que perjudicaban la siembra, para que la simiente del Evangelio, que iba a ser sembrada, produjese el fruto necesario.

Y así fue como destruyó el orgullo de clase y de familia; combatió con gran tenacidad los vicios; atacó con admirable energía las pasiones; despertó en las almas el deseo del arrepentimiento por medio de las buenas obras que deberían practicar; destruyó, en fin, la vanidad humana, haciendo ver que Dios podría suscitar hasta de las propias piedras hijos a Abraham; y afirmó que la salvación para el Reino de Cristo no consistía si no en el desinterés, en el desapego a los bienes terrenos, en la severidad de costumbres, en la limpieza de carácter y en el cumplimiento del deber.

A los que le preguntaban: “qué tenemos que hacer para estar con Cristo”, respondía: “aquél que tenga dos túnicas reparta con el que no tiene ninguna; el que tenga alimentos, haga lo mismo”.

A unos publicanos que se acercaron a él solicitándole el bautismo, respondió: “no exijáis nada más de lo que manda la ley”.

A unos soldados que fueron a él, les dijo: “no intimidéis a nadie, no denunciéis falsamente y contentaos con vuestra paga.”

No pararon ahí las instrucciones que el Mensajero de Dios nos legó para que nos aproximemos a Cristo.

Destacando muy bien su tarea, dejando bien claro el papel que él representaba frente a la espiritualización de las almas, nunca quiso asumir la misión que sólo a Jesús le correspondía. Es así que decía franca y decisivamente que de nada valía *su bautismo del agua*, pues el que vendría después de él tendría que bautizar con el Espíritu Santo y Fuego.

¡Sólo a Jesús debía ser dada la gloria por todos los siglos!

Pero esas palabras no gustaron a las almas afectas a las cosas materiales: los espíritus obstinados se rebelaban contra la nueva doctrina; el sacerdocio tejía, en secreto, maquinaciones maléficas contra el Enviado; el tetrarca de Galilea, herido en su amor propio por la revelación, por parte del profeta, de deshonestidad que practicara; Herodías, su cuñada, rodeada de una corte enorme de aduladores, deliberaron, como medio más eficaz, prender al Profeta de la Revelación Cristiana, dándole, por fin, la muerte ultrajante de la decapitación.

Y así fue: ciñendo la corona del martirio, tejida por los grandes de su época, desapareció del escenario del mundo, alcanzando los altos paraísos de las glorias inmortales, aquél gran Espíritu, sabio, generoso y santo, que dedicó su existencia terrestre al servicio de muchos hombres que, después de su venida, han bebido, en sus enseñanzas, el elixir restaurador que nos da vida, para caminar en busca de Jesucristo.

Tal es, en un ligero esbozo biográfico, la historia del gran misionero al que llamamos el Precursor del Cristianismo, o el Bautista de la Revelación Cristiana.

MARÍA DE MAGDALA

“Un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús fue a su casa y se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora, la cual, al enterarse de que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, se presentó allí con un vaso de alabastro lleno de perfume, se puso detrás de él a sus pies, y, llorando, comenzó a regarlos con sus lágrimas y a enjugarlos con los cabellos de su cabeza, los besaba y ungió con el perfume. El fariseo que le había invitado, al verlo, se decía: Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca. ¡Una pecadora! Jesús manifestó: Simón, tengo que decirte una cosa. Y él: Maestro, di. Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía diez veces más que el otro. Como no podían pagarle, se lo perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más? Simón respondió: Supongo que aquél al que perdonó más. Jesús le dijo: Has juzgado bien. Y volviéndose hacia la mujer, dijo a simón: ¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella, en cambio, ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso; pero ella, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. Tú no me pusiste unguento en la cabeza, y esta a ungió mis pies con perfume. Por lo cual te digo que si ama mucho es porque se le han perdonado sus muchos pecados. Al que se le perdona poco ama poco. Y dijo a la mujer: Tus pecados te son perdonados. Los invitados comenzaron a decirse: ¿Quién es este que hasta perdona los pecados? Él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz.”

(Lucas, VII, 36-50).

“Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, se acercó a él una mujer con un vaso de alabastro de un perfume muy caro, y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba puesto a la mesa. Al ver esto los discípulos, se indignaron y dijeron: ¿A qué viene este derroche? Se pudo vender a gran precio y dárselo a los pobres. Jesús se dio cuenta, y les dijo: ¿Por qué molestáis a esa mujer? Ha hecho una buena obra conmigo. Pues siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho para mi sepultura. Os aseguro que donde se predique este Evangelio, en todo el mundo, se hablará también de lo que ésta ha hecho para recuerdo suyo.”

(Mateo, XXVI, 6-13).

“Camino adelante, llegó Jesús a una aldea; y una mujer, de nombre Marta, lo recibió en su casa. Marta tenía una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras. Marta, que andaba afanosa en los muchos quehaceres, se paró y dijo: Señor, ¿te parece bien que mi hermana me deje sola con las faenas? Dile que me ayude. El Señor le contestó: Marta, Marta, tú te preocupas y te apuras por muchas cosas, y sólo es necesaria una. María ha escogido la parte mejor, y nadie se la quitará.”

(Lucas, X, 38-42).

“Después de esto, iba por los pueblos y las aldeas predicando el Reino de Dios. le acompañaban los doce y algunas mujeres que había curado de espíritus malignos y enfermedades; María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; Susana y algunas otras, las cuales le asistían con sus bienes.”

(Lucas, XIII, 1-3).

“Era el día de la preparación de la Pascua, () y rayaba ya el sábado. Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea lo siguieron de cerca y vieron el sepulcro y cómo fue colocado su cuerpo. Regresaron y prepararon aromas y ungüentos. El sábado descansaron, como estaba prescrito.”*

(Lucas, XXIII, 54-56).

“María se quedó fuera, junto al sepulcro, llorando. Sin dejar de llorar, se asomó al sepulcro y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dijeron: Mujer, ¿Por qué lloras? Ella contestó: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Al decir esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús allí de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, y yo iré a recogerlo. Jesús le dijo: ¡María! Ella se volvió y exclamó en hebreo: ¡Rabbuni! (es decir, Maestro). Jesús le dijo: Suéltame, que aún no he subido al Padre; anda y di a mis hermanos que me voy con mi Padre y vuestro Padre, con mi Dios y vuestro Dios. María Magdalena fue a decir a los discípulos que había visto al Señor y a anunciarles lo que él le había dicho.”

(Juan, XX, 11-18).

(*) Preparación: Entre los judíos, el viernes, día en que se preparaban para celebrar el sábado. En la liturgia católica es el viernes santo.

María magdalena es la mujer de quien Jesús retiró siete espíritus malos. Llena de gratitud por la gracia que obtuvo, va a la casa de Simón, sabiendo que Jesús estaba allí; sin preocuparse con la dignidad del fariseo, sin temer escándalos ni preconcepciones, se lanza a los pies del Divino Maestro y le ofrece todo lo que tiene: perfume, lágrimas, corazón y espíritu. La extraordinaria mujer no abandona más a su Salvador: lo sigue por todas partes acompañada por aquellas mujeres que, como ella, habían recibido gracias y esparcían sobre los pasos del extraordinario Mesías el eterno perfume de sus esperanzas.

Lección profunda que necesita ser conocida para provecho de todos.

No es sólo por la inteligencia que el hombre se eleva a Dios, sino también por el corazón, por el sentimiento.

El sentimiento es el alma de la virtud, es el motor de las grandes acciones.

Es el sentimiento el que transforma y modela el alma; es también el sentimiento el que expresa todos los afectos puros, todas las gratitudes imperecederas.

Tanto en la mujer como en el hombre, el sentimiento es la cuerda vibratoria de las grandes emociones.

Platón, impulsado por la palabra de Sócrates, pone de lado todo lo que es del mundo y con su Maestro va a cultivar la Belleza y la Bondad, que sintetizan la sabiduría universal.

Magdalena, cautivada por el amor de Jesús, renuncia a los gozos de la Tierra y sigue los pasos del Galileo Humilde, en su gran misión de regeneración y redención.

La palabra del Joven de Galilea, impregnada de dulzura, llena de mansedumbre, la cautiva, y, con él, inicia su tarea de caridad y de amor.

La Doctrina Judaica, llena de preconcepciones para con las mujeres, fue aplastada por el clamor del amor divino, por el Verbo poderoso de Dios.

Liberador de la mujer, Cristo le otorgó la misión de amar y profetizar; la revistió de las preciosas facultades del Espíritu para la

realización del divino desideratum de unir ambos mundos, ambas Humanidades: la Humanidad que se arrastra en la Tierra, y la Humanidad que fluctúa en los Cielos.

La historia de María de Magdala es la historia de la rehabilitación de la mujer; para el cumplimiento de sus deberes cristianos, Jesús no hace selección de sexo en sus trabajos misioneros. Al contrario, se acerca a las mujeres, que, incluso sin que Él hablase, presentían en aquella eminente Figura, al Mesías prometido.

La intuición les decía, desde el fondo del alma, que ellas estaban ante el Hijo de Dios.

No era necesario que Jesús les demostrase su Individualidad, que hiciese milagros y prodigios para que creyesen: ellas lo adivinaban. Y es sin duda por ese motivo que el Maestro, en el descanso de sus trabajos misioneros, tenía el placer de descansar en la Aldea de Betania, donde, normalmente, se hospedaba en casa de Marta, María y Lázaro. Era allí donde Él se abría en sus consuelos más dulces y que, en amenas conversaciones, hablaba de la Vida de Más Allá de la Tumba, cuyas enseñanzas no se atrevía aún confiar a sus discípulos.

En los tiempos primitivos había un gran desprecio por la mujer.

La mujer era un ser secundario, sin superioridad intelectual; entretanto, no podían dejar de reconocer en la mujer un instrumento susceptible a las manifestaciones psíquicas.

Sea de la manifestación de los fenómenos de animismo, sea de los fenómenos propiamente espíritas, el sexo femenino aventaja al llamado sexo fuerte; es más pasible, más dócil, más dotado de sensibilidad, y, por tanto, de mediumnidad.

Según afirman diversos observadores, de entre estos Pitrés, un tercio de las mujeres está dotado de mediumnidad, mientras que en el sexo masculino sólo un quinto de hombres posee esa facultad. (*)

(*) No obstante, debemos observar que la mediumnidad existe en estado latente en casi la totalidad de las criaturas humanas, de ambos sexos.

En 360 personas magnetizadas por Bertillón, 265 eran mujeres, 50 hombres, y 45 jovencitos. En un estudio hecho en 17.000 individuos, la mujer representa el porcentaje mediúmnicó del 12 por ciento, mientras que el hombre no excede del 7 por ciento, casi la mitad. ¿Qué quiere decir esta estadística, si no que las mujeres son más susceptibles a las cosas divinas que los hombres? Los sacerdotes de las antiguas religiones, que eran profundos en el estudio del alma, comprendían muy bien el poder de la mujer como intermediaria entre el mundo visible y el invisible. Y tanto eso es verdad que la mujer era escogida para todos los fines de mediumnidad.

El Oráculo de Delfos, tan famoso en la Historia, era dirigido por sacerdotes, por hombres, pero el ejercicio del mediumnismo estaba asignado a las mujeres.

Entre los judíos, según refiere el Antiguo Testamento, las mujeres mantenían relaciones con los Espíritus. María, hermana de Moisés, era profetisa, así como Débora y Holda. En el Endor el Espíritu de Samuel es evocado por una mujer. En el Nuevo Testamento vemos que la profecía era ejercida por mujeres, con preferencia a hombres.

El Apóstol Pablo llega a desligar y a adormecer la mediumnidad de una joven, que de eso sacaba provecho para sus señores.

En Galilea y en Betania, las mujeres merecían más confianza para la profecía que los hombres.

Finalmente, los sacerdotes decidieron destituir a la mujer, privándola de sus funciones proféticas. Es posible que de ahí se originase el vestuario y el rasurado del rostro de los sacerdotes.

El gran criminalista, César Lombroso, dedica un capítulo de su libro *Espiritismo e Hipnotismo* a este hecho, en verdad digno de examinar.

¿Por qué el sacerdote usa sotana? ¿Por qué el sacerdote no usa barba y bigote?

Pero no entremos en esas indagaciones; continuemos con nuestro tema, que es la liberación de la mujer de los obstáculos materiales.

*

María, de Betania, es una figura destacada en el Evangelio; su amor puro por Jesús hizo de ella la verdadera mujer espiritual. Muchos escritores sacros exaltan el nombre de María Magdalena, y la propia Iglesia llegó a santificarla. San Modesto, gran prelado, dice que María Magdalena era la cabeza y directora de las personas de su sexo, que iban detrás de Jesucristo. En el comienzo del siglo VIII, las Iglesias de Oriente y de Occidente establecieron el culto a Magdalena. Los religiosos griegos le tributaron culto y la consideraban igual a los Apóstoles.

De hecho, la simpática figura, a quien dedicamos una página de nuestro libro, es digna de la más expresiva consideración y del más acrisolado amor.

Si estudiamos la vida de María Magdalena, veremos la extrema dedicación que ella consagraba a Jesús. El amor gentílico fue sustituido, en aquella criatura, por amor divino, y, por todas partes, ella sigue, con rara abnegación, a su Salvador.

En todos los pasos dolorosos de la Vida del Redentor, aparece María como el símbolo, la personificación de la mujer espírita.

Arrastrado al Calvario, María acompaña a Jesús: clavado en la cruz infame, ella no lo abandona: arrodillada, con los cabellos desaliñados, participa de su agonía.

Jesús expira, ponen su cuerpo en un sepulcro; ella se aparta, porque a eso es obligada por los soldados pretorianos; pero no se contiene; mientras unos huyen atemorizados y otros se esconden y temen, ella, la mujer extraordinaria, no piensa en sí misma, no medita en los peligros que le podrían sobrevenir, y prepara bálsamos perfumados y vuelve al sepulcro para dar su testimonio de amor sincero a aquél que le diera la vida del alma, dejando ver que,

ni incluso la muerte tiene poder para extinguir de su espíritu los sinceros afectos que dedica a su Maestro.

Y fue entonces cuando, caminando de un lado para otro, en el paroxismo de su dolor, María es una vez más agraciada con la visión de su Señor, que, con voz afectuosa la llama por su propio nombre “María”.

Loca de alegría, se precipita a los pies de Jesús Espíritu, y él le pide que evite el contacto, porque aún no había dado cuenta al Padre celestial de su tarea. Luego, estando ella con otras santas mujeres, Jesús se les aparece y les recomienda: “Id y decid a mis hermanos que partan para Galilea, porque será allí donde ellos me verán.”

Y en la misma tarde el mensaje tiene su cumplimiento: “Estando los once reunidos, con las puertas cerradas, vieron entrar a Jesús. Él tomó su lugar entre ellos, les habló con dulzura, increpándolos por su incredulidad, después les dice: “Id para Jerusalén, y no os vayáis de allá hasta que se cumplan los días en que habréis de recibir el Espíritu, para después salir por todas partes y predicar el Evangelio.”

En fin, Magdalena es el espejo en el cual las mujeres cristianas deben mirarse para ser felices no sólo en esta vida, sino también en la otra.

El Espiritismo, destacando el papel que Magdalena desempeñó en el Cristianismo, viene concurriendo para la liberación de la mujer del fardo del mundo y del yugo de las religiones sacerdotales. Viene a garantizarle el derecho del estudio, del libre examen y hasta del apostolado.

Es en el trabajo espírita, porque no le faltan dones, que la mujer puede progresar con mayor facilidad; es por el estudio y por la instrucción que ella se liberará del preconceito y de las modas nefastas que la deprimen, volviéndola factor de la concupiscencia y de la sensualidad.

¡El mundo se transforma; la mujer necesita renovarse en el Espíritu de Cristo!

Dotada de sensibilidad y receptividad para las revelaciones del Más Allá, ella debe volverse dócil, estudiar, instruirse, para liberarse del yugo de la Iglesia, y, consciente de sus deberes y de sus dones, auxiliar la obra de espiritualización, bajo la influencia del Espíritu de la Verdad, encargado de realizar, en la Tierra, el Reino de Dios.

MONOGENIA DIABÓLICA

“Acababa de expulsar a un demonio que había dejado mudo a un hombre. Cuando el demonio se fue, el mudo habló. La gente se quedó asombrada. Pero algunos dijeron: Este echa a los demonios con el poder de Belcebú, príncipe de los demonios. Otros, para probarlo, le pedían un milagro del cielo. Pero él, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado y cae casa sobre casa. Si Satanás se divide contra sí mismo, ¿cómo podrá subsistir su reino? ¿Por qué decís que yo echo los demonios con el poder de Belcebú? Si yo echo los demonios con el poder de Belcebú, ¿con qué poder los echan vuestros hijos? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo echo los demonios con el poder de Dios, es señal de que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y armado guarda su palacio, está segura su hacienda. Pero si sobreviene otro más fuerte que él y lo vence, le quita las armas en que confiaba y reparte todos sus bienes. El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparra.”

(Lucas, XI, 14-23).

Las Doctrinas Romana y Protestante, no se puede negar, constituyen una edición aumentada e ilustrada de la Religión Judaica. Sus puntos de contacto son tan enrevesados, mayormente en lo que se refiere a la Romana, sus sistemas tan destacados, que se puede afirmar sin miedo a equivocarse, que ellas son una prolongación del Judaísmo.

La construcción filosófica que sirve de base a la Doctrina Judaica poco difiere de la que orienta a los partidarios del Romanismo y del Protestantismo.

El espíritu de orgullo no se destaca más en aquella que en estas; las necias pretensiones de poseer la verdad absoluta, mantenidas por los sacerdotes judíos, caracteriza hoy a los padres y pastores; la ambición del poder, que forzaba el sacerdocio hebreo a adorar a César, se verifica en los sacerdotes de Roma, que se alían y dan su sanción moral a los gobiernos poco dignos, a los grandes, aunque estos sean ladrones y corruptos.

La *moneda de César*, con la que el fariseo tentó a Jesús, predomina en el clero de Roma.

El egoísmo de secta no se traduce más a la letra del judaísmo que a *la letra y al espíritu* del Catolicismo.

Si el Romanismo no hubiese perfeccionado las exterioridades y los ritos de su culto, su doctrina sería el facsímile de aquella que condenó a Jesús como un ser desequilibrado y demoníaco.

Otra cosa digna de comentar en el Romanismo, y en lo que sobrepuja al Judaísmo, son las pompas y el lujo de que se reviste.

Nunca se vio, en todas las épocas, sacerdocio más amigo de grandezas, de oro, de pedrería, de púrpura, de brocado, de lentejuelas, de diamantes, de zafiros, de esmeraldas, de topacios, de rubíes, de coronas, de diademas, de ornatos; de palacios, de palacetes, de monumentos lujosamente ornamentados, como aquellos en que son ministros los sacerdotes de la Religión de Roma. Las pompas, las ceremonias, las solemnidades, las fiestas y festejos, los festines y festividades con que el Romanismo agita a los pueblos, ciudades, villas y aldeas, sobrepasan todas las ceremonias y pompas del Judaísmo, tan condenadas por Cristo, sobrepasan incluso – duro es decirlo, pero nadie lo puede contradecir – las fiestas del buey Ápis de los egipcios, las bacanales griegas, las orgías romanas, las fiestas de Cibeles y la de los locos de la Edad Media.

Si por otro lado pasáramos revista al dogmatismo feroz con que el Judaísmo mantenía esclavizado al pueblo entero, no dejaremos de verificar que, en la sinagoga, también había un rayo de tolerancia que permitía la confrontación de las Escrituras, mientras que en la Iglesia nada más se oye que el duro y monótono ritual, que no afecta a la inteligencia ni toca el sentimiento.

Satanás e Infierno Eterno, figuras destacadas del Judaísmo, se ajustaron perfectamente al Romanismo y Protestantismo, extendiendo aún más su acción.

Las oraciones pagadas, condenadas en los Evangelios, constituyen una fuente de renta para la Iglesia, y los sacramentos, hábilmente examinados, fueron revestidos de pompas que

proporcionaron propinas ventajosas a las finanzas religiosas de Roma. El Hades de los griegos y el Infierno de los judíos fueron transformados en Infierno, Purgatorio, Limbo, y el “Reino de los Cielos, que el Maestro dice *hallarse en nosotros*, fue trasladado para *más allá del firmamento*, y sólo tienen derecho a entrar aquellos que llevarán la admisión del *representante* de San Pedro.

El Código Penal y el código Civil del Judaísmo también pasarán por una inteligente revisión, siéndoles añadidos derechos y ordenaciones atenuantes y párrafos agravantes. Las indulgencias, las promesas, los óbolos no fueron olvidados para consustanciar la vida del Romanismo y fortificar su poder.

Es casi absoluta la paridad existente entre el Romanismo y el Judaísmo. El Catolicismo es, pues, una ramificación, es decir, un complemento ilustrado del farisaísmo, y por constitución monogénica, tras sucesivos crecimientos, se presenta tal como el ser que le dio el origen, con la simple diferencia del progreso realizado debido a las influencias del medio y del tiempo.

Sus puntos de contacto son tan enrevesados, sus sistemas tan destacados, sus prácticas tan semejantes, que no es para admirar que el Catolicismo rechace el Espiritismo, por el mismo motivo por el cual el Judaísmo rechazó el Cristianismo, y, usando hasta, en la impugnación, la misma proposición lanzada a la cara de Cristo Jesús: “Es por Belcebú que él echa a los demonios.”

Pero ha llegado el tiempo de que brille la Luz: y así como desaparecieron de la Tierra el iguanodonte, y el *megalosaurio*, el Catolicismo, como el Judaísmo, semejante a momias que recuerdan un pasado de ignorancia y de atraso, servirán como padrones para recordar esas generaciones incultas, amortajadas en la noche de los tiempos.

En cuanto a Satanás y Belcebú, pedimos a nuestro lector consulte nuestro libro *El Diablo y la Iglesia* Frente al Cristianismo.

MANIFESTACIÓN DE LA MEDIUMNIDAD

“Cuando un hombre fuerte y armado guarda su palacio, está segura su hacienda. Pero si sobreviene otro más fuerte que él y lo vence, le quita las armas en que confiaba y reparte todos sus bienes.”

(Lucas, XI, 21-22).

Nos parece llegado el tiempo en que el Espiritismo reivindique sus derechos, alienados por las sectas parasitarias, que han mantenido la ignorancia de las masas e impedido el progreso de la Humanidad.

Creemos que esa manifestación, incluso en sus principios, será el gran acontecimiento del siglo, señalando una nueva etapa de progreso espiritual para los pueblos y las naciones.

La manifestación de la mediumnidad señalada en las Escrituras, como gran factor de las manifestaciones espíritas no sólo entre creyentes, sino entre incrédulos, no dejará de realizarse, y el tiempo está próximo en que los religiosos de todas las religiones, católicos, protestantes, musulmanes, budistas, ocultista o teosofistas, hasta incluso judíos intransigentes, se verán forzados a buscar la Verdad, que se les descubrirá entera.

“Mientras el hombre fuerte, bien armado, guarda su casa, sus bienes están seguros: pero cuando sobreviene otro más fuerte que él y lo vence, le quitará las armas en que confiaba y repartirá sus bienes”.

Esta doctrina, en su cumplimiento, realizará, sin duda, el más alto desideratum espírita, solucionando la cuestión religiosa oscurecida por los mercaderes de la fe y por el menosprecio de las gentes para las cosas espirituales.

La mediumnidad, que existe en estado latente en casi todas las criaturas humanas, tendrá su manifestación espontánea, y entonces, sobreviniendo una nueva luz, luz que ha sido vedada por la clase sacerdotal, la sociedad se desarrollará por los sentimientos afectivos

y fraternales de auxilio recíproco, que la comunicación del Espíritu le facilitará.

El momento actual denuncia una acción decisiva de lo alto para resolver el problema, no decimos de la unificación de las creencias, sino de la *unificación de los creyentes* bajo las sólidas bases de la verdadera fraternidad. (*)

Hablamos desilusionados de la *unificación de las creencias*, pues es imposible que los fieles guardas de la fe noble, presos como están a los intereses del mundo, puedan rendirse incluso a la evidencia de la Palabra Viva.

La resolución de ese problema vital no está afecta al hombre; es obra del Cielo y el Cielo en todos los momentos difíciles de la Humanidad ha hecho sentir su acción, a veces de modo violento, lo que no es dado al hombre prever.

No hay duda de que atravesamos un momento crítico. En su Sermón Profético, Jesús, después de haber señalado los presagios de la “gran tribulación” que precedería a su venida, recuerda, con la parábola de la higuera, el advenimiento del Reino de Dios, que vendrá a sustituir el Reinado Sacerdotal, transformando por completo la faz moral y espiritual del planeta.

La manifestación de la mediumnidad, cuyos elementos ya se hacen notar en todos los lugares, y aún más dentro de las Iglesias, repetimos, va a ser el acontecimiento sensacional del siglo; la profecía de Joel, repetida por Pedro en el cenáculo de Jerusalén, verá su gran realización, pues, dice el Señor:

“En los últimos días derramaré mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros mancebos tendrán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.”

(*) Es lo que actualmente se viene cumpliendo (1976).

SALVACIÓN POR LA FE

“Los Apóstoles le dijeron: Acrecienta nuestra fe. Y el Señor dijo: Si tuvierais una fe tan grande como un grano de mostaza y dijerais a este sicómoro: Arráncate y trasplántate al mar, él os obedecería. ¿Quién de vosotros, que tenga un criado arando o pastoreando, le dice cuando llega del campo: Pronto, ven y siéntate a la mesa? Más bien le dirá: Prepárame de cenar, y ponte a servirme hasta que yo coma y beba. Después comerás y beberás tú. ¿Tendría que estar agradecido al criado porque hizo lo que se le había ordenado?”

(Lucas, XVII, 5-9).

La Fe es el mayor tesoro del alma.

La Fe es el gran ascensor, es la luz que ilumina nuestros destinos, enriquece nuestra inteligencia y exalta nuestro corazón. La Fe es el emblema de la perfección, es la insignia del Poder.

Por eso dijo Jesús a sus discípulos: “Si tuvieseis Fe del tamaño de un grano de mostaza, diríais a este sicómoro: trasplántate al mar, y él os obedecerá”

La Fe trasplanta sicómoros y transporta montañas.

La Fe es un caudal que valora al alma, como el oro según el mundo, valora el hombre.

En la esfera material el hombre vale por lo que tiene.

En la esfera espiritual cada uno vale por la Fe que posee.

Lo mismo que ocurre en el mundo material, ocurre en el mundo moral y psíquico.

En el mundo terreno aparecen los haberes terrenos; en el Mundo de los Espíritus, los haberes intelectuales y espirituales.

Para poseer legalmente haberes de la Tierra, es indispensable el trabajo, el raciocinio, el esfuerzo.

Para adquirir la verdadera Fe, haber mayor que todos los haberes de la Tierra, también es indispensable el trabajo, el raciocinio, el estudio y el esfuerzo.

La prosperidad, cuando no viene del latrocinio, del fraude, es producto del esfuerzo del trabajo. La prosperidad espiritual es una conquista del Espíritu humano.

Los haberes materiales se resumen en el dinero; los haberes espirituales se caracterizan por la firmeza de la Fe, que motiva y sustenta la creencia.

La Fe, por eso mismo, es el tesoro que sustenta las finanzas de la Esperanza y de la Caridad.

El dinero facilita el bienestar físico.

La Fe eleva al hombre, no sólo espiritualmente, sino también físicamente.

Pero, así como el dinero no se gana sin el trabajo honesto, para que él sea bien ganado, la Fe no se adquiere sin gran esfuerzo.

¿Qué dijo el Maestro, cuando los discípulos le pedían que les aumentase la Fe?

“Yo no puedo decir que os sentéis ya a la mesa y que comáis. Trabajad primeramente: preparad la cena, es decir, trabajad; ceñíos, es decir, ilustraos; servirme para que aprendáis a hacer lo que yo deseo.”

La Fe no se compra en los templos de mercaderes, ni en las ferias; no se da por limosna, ni se adquiere por herencia.

Las Gracias caen de los Cielos, como las lluvias; la Esperanza brilla lejana como un astro perdido en el espacio infinito; la Caridad caliente, vivifica, ilumina y ampara como el Sol, pero la Fe sólo se obtiene por el cumplimiento de los más sagrados deberes, y, especialmente, por la adquisición de conocimientos, pues, dijo Allan Kardec: “Fe verdadera es aquella que puede encarar a la razón faz a faz en todas las épocas de la Humanidad”. Es la Fe “racional” la que el Espiritismo proporciona.

La Fe es sustancia, como sustancia es el grano de mostaza.

Dios ha concedido todos los dones a los hombres, menos la Fe. Por eso se ven todas las religiones y todos los religiosos de esas religiones dotados de dones, cautivándonos por la bondad, maravillándonos por su paciencia, atrayéndonos por su caridad.

Entretanto, en todas las religiones y entre todos los religiosos de esas religiones, notamos la ausencia de Fe.

¿Y por qué ocurre eso?

Porque la Fe no se adquiere sin estudio, sin trabajo, sin el libre examen, sin el ejercicio del libre albedrío. Y las religiones y los religiosos, en materia de libre examen, de libre albedrío para el estudio, son como los ciegos frente a la luz, son como los sordos en relación con los sonidos: por eso no tienen Fe.

¿Quién les ciega el entendimiento?

El dogma, el orgullo de saber, el espíritu preconcebido.

¿Quién les hiere los oídos?

Donde hay presunción de sabiduría, dogma, no hay Fe, porque el dogma se disfraza con la túnica de la Fe y toma, usurpa el lugar de la Fe.

La Fe es poderosa para combatir el dogma, así como transporta montañas y trasplanta sicómoros; pero la Fe no se impone por la fuerza, a cada uno fue dada la libertad de abatir el dogma, remover esa piedra que sepulta el alma humana.

Cuando el Señor proporcionó la recuperación de Lázaro, lo hizo con la condición de que los hombres removieran la piedra del sepulcro.

La Fe no cabe en un sepulcro con lápida.

Los Apóstoles le pidieron al Señor: “Auméntanos la Fe.”

¿Qué hizo el Señor?

Proponerles la parábola:

“¿Quién de vosotros, que tenga un criado arando o pastoreando, le dice cuando llega del campo: Pronto, ven y siéntate a la mesa? Más bien le dirá: Prepárame de cenar, y ponte a servirme hasta que yo coma y beba. Después comerás y beberás tú.”

La Fe es comida. La Fe es bebida. Y así como el comer y el beber no se obtiene sin adquirirlo y sin hacerlo, la Fe tampoco se conquista sin la aplicación de los medios adecuados para su obtención.

La Fe es la sabiduría consustanciada en el amor que nos conduce a Dios. ¡Esta es la Fe que salva!

PRUEBAS DE LA INMORTALIDAD, QUE JESÚS DIO A SUS DISCÍPULOS

“En ese mismo día, dos de ellos se dirigían a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos trece kilómetros. Iban hablando de todos estos sucesos; mientras ellos hablaban y discutían, Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar con ellos. Pero estaban tan ciegos que no lo reconocían. Y les dijo: ¿De qué veníais hablando en el camino? Se detuvieron entristecidos. Uno de ellos, llamado Cleofás, respondió: Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha sucedido en ella estos días? Él les dijo: ¿Qué? Ellos le contestaron: Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo, cómo nuestros sumos sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, pero a todo esto ya es el tercer día desde que sucedieron estas cosas. Por cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han dejado asombrados: fueron muy temprano al sepulcro, no encontraron su cuerpo y volvieron hablando de una aparición de ángeles que dicen que vive. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo encontraron todo como las mujeres han dicho, pero a él no lo vieron. Entonces les dijo: ¡Qué torpes sois y qué tardos para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que Cristo sufriera todo eso para entrar en su gloria? Y empezando por Moisés y todos los profetas, les interpretó lo que sobre él hay en todas las Escrituras. Llegaron a la aldea donde iban, y él aparentó ir más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: Quédate con nosotros, porque es tarde y ya ha declinado el día. Y entró para quedarse con ellos. Se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces sus ojos se abrieron y lo reconocieron; pero él desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras? Se levantaron inmediatamente, volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a sus compañeros, que decían: Verdaderamente el Señor ha resucitado y se apareció a simón. Ellos contaron lo del camino y cómo lo reconocieron al partir el pan. Estaban hablando de todo esto, cuando Jesús mismo se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz esté con vosotros. Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Él les dijo: ¿Por qué os asustáis y dudáis dentro de vosotros? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Tocadme y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como ellos no creían aún de pura alegría y asombro, les dijo: ¿Tenéis algo de comer? Le dieron un trozo de pez asado. Lo tomó y comió delante de ellos. Luego les dijo: De esto os hablaba cuando estaba todavía con vosotros. Es necesario que se cumpla todo lo

que está escrito acerca de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos. Entonces les abrió la inteligencia para que entendieran las Escrituras. Y les dijo: Estaba escrito que el Mesías tenía que sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que hay que predicar en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Sabed que voy a enviar lo que os ha prometido mi Padre. Por vuestra parte quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo Alto.”

(Lucas, XXIV, 13-49).

¡Magnífica narrativa! ¿Quién podrá negarle la veracidad y el acontecimiento que causó a los pueblos de aquél tiempo tan estupenda manifestación?

Era pasado el sábado de carnaval, el Sol brillaba en el firmamento camino del poniente; dos hombres caminaban en busca de Emaús, y mientras caminaban iban recordando las escenas sangrientas realizadas en el Gólgota; la muerte del inocente, la tiranía de Herodes, el servilismo de Pilatos, Anás y Caifás, los sumos sacerdotes; la degradación y la indiferencia de unos y la malevolencia de otros; la perversión de la opinión pública que prefirió a Barrabás antes que a Cristo. Caminaban bajo la impresión punzante de la muerte dolorosa que le dieron a aquél en el que ellos veían la redención de Israel, cuando Jesús redivivo se les aparece, conversa con ellos y, censurando la insensatez con la que interpretaban las Escrituras, los acompañó y se les muestra, partiendo el pan, cuando se hallaban preparados para la cena.

“Insensatos y lentos de corazón” – aunque eran discípulos del Nazareno – no podían, sin que se les abriese el entendimiento, comprender las verdades reveladas por los profetas o médiums, precursores de la Buena Nueva Cristiana.

Pero la creencia en la Verdad no los había liberado aún del error; volvían los dos a Jerusalén, donde se unieron a los once apóstoles y al narrar la aparición del Señor a Simón y cómo lo reconocieron al partir el pan, he aquí que Jesús se presenta en medio

de ellos, envolviéndolos en los irradiaciones de su Paz: *Pax vobis; ego sum, nolite timere*. La Paz sea con vosotros: soy yo, no temáis.

Creuyendo que veían un ser impalpable, idéntico a los Espíritus de diversas categorías que, es cierto, habían visto muchas veces, se asustaron, pero Jesús, que *ya había subido al Padre* y recibió la Palabra del Supremo Creador, según la cual debería volverse no solamente visible, sino también tangible a aquellos que debían seguir sus pasos, les ordena que lo toquen y consideren que “los Espíritus que se les han aparecido no son de carne y hueso.”

Incluso a los futuros Apóstoles del Cristianismo les era difícil creer en la materialización de Espíritus, hecho que, probablemente, hasta aquél momento solamente tres de ellos habían observado.

El Amado Hijo de Dios no se enoja por la falta de comprensión de los doce y prefiere darles pruebas convincentes de la Verdad anunciada: *¿Tenéis algo para comer? Ellos le dieron un trozo de pescado y un panal de miel, y Jesús lo tomó y comió ante ellos.*

De esta forma quedaron preparados para recibir el DON que les fue prometido, ordenándoles el Maestro que *se quedasen en la ciudad hasta que fuesen revestidos de la Fuerza de lo Alto.*

El fuego de Pentecostés aún no había bajado del Cielo, pero el cumplimiento de la profecía de Joel iba a tener su principio.

Los Apóstoles necesitaban recibir el bautismo de fuego del Amor de Dios; en el Cenáculo iba a tener lugar la más importante sesión espírita que la Historia recuerda. Los médiums políglotas, de prodigios, de maravillas iban a ser desarrollados y los *DONES de Curar, de la Fe, de la Palabra, de la Escritura, de la Ciencia, de Discernir los Espíritus* iban a ser concedidos a los Discípulos para el ejercicio de su elevada misión.

LA MANIFESTACIÓN DE PENTECOSTÉS

“Entonces los llevó hasta Betania. Levantó las manos y los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos y subió al Cielo. Ellos lo adoraron y se volvieron a Jerusalén llenos de alegría. Estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios.”

(Lucas, XXIV. 50-53).

“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente un ruido del Cielo, como de viento impetuoso, llenó toda la casa donde estaban. Se les aparecieron como lenguas de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar lenguas extrañas, según el Espíritu Santo les movía a expresarse.”

(Quiera el lector tener la bondad de consultar el Nuevo Testamento y leer todo el capítulo, que dejamos de transcribir debido a su extensión).

(Hechos de los Apóstoles, II).

Habiendo llevado Jesús a sus discípulos hasta Betania, los bendijo y se separó de ellos.

Narra el Evangelista Lucas que, después de haber presentado los Apóstoles al Divino Nazareno el culto de gratitud por el mucho amor que el Maestro les dedicó, volvieron a Jerusalén, llenos de alegría y constantemente se hallaban en el templo alabando y bendiciendo a Dios.

Los discípulos del Redivivo se preparaban para recibir el Poder de lo Alto, Poder que les había sido prometido, para el desempeño de su misión.

De modo que, concentrados por el espíritu de oración y meditación en las cosas divinas, se volvieron aptos para asimilar el Espíritu en sus más portentosas manifestaciones.

Se cumplió el día de Pentecostés – todos estaban reunidos, cuando, de repente, vino del Cielo un ruido, como de viento impetuoso y llenó toda la casa en donde se hallaban. Se les

aparecieron como lenguas de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar lenguas extrañas, según el Espíritu Santo les movía a expresarse.

En Jerusalén habitaban judíos y varones religiosos de todas las naciones.

Al oír el ruido, la multitud se reunió y quedó estupefacta, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Fuera de sí todos por aquella maravilla, decían: “¿No son galileos todos los que están hablando? Pues, ¿cómo los oímos cada uno en nuestra propia lengua?”

El don de las lenguas, el don de curar, el don de las maravillas, el don de la ciencia, todos los dones habían sido concedidos a los continuadores de la Misión de Jesús; ellos eran los intermediarios (*médiums*) de los Espíritus santificados, para que la Doctrina fuese transmitida a todos.

La sesión realizada en el Cenáculo fue asistida por partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de Libia y de Cirene, forasteros romanos, tanto judíos como cretenses, árabes; todos oyeron y observaron las maravillas de lo Invisible.

Pero una asamblea pública compuesta por hombres de diferentes condiciones y moralidad, no puede tener una opinión unánime. De ahí el hecho de que unos atribuían los fenómenos a la embriaguez de los apóstoles; otros no tomaban en serio los hechos y se burlaban.

Entonces el Apóstol Pedro, se levantó y esclareció:

“Estos hombres no están borrachos, pero se está cumpliendo lo que fue dicho por Joel: En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres, vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos sueños.”

“Arrepentíos y cada uno de vosotros sea bautizado (con el bautismo del Espíritu) y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque

la promesa os pertenece, a vuestros hijos y a todos los que están lejos, y a tantos como Dios, nuestro Señor, llame.”

Y así se realizó, bajo la suprema dirección de Jesús, la sesión para el desarrollo de los médiums, que deberían transmitir a sus hermanos de la Tierra, la Palabra del Cielo. *Pentecostés* fue la palabra que escogieron para explicar tan notable acontecimiento. Deriva del griego *Pentekosté* y significa “quincuagésimo”, es decir, 50 días. La Historia nos habla de dos *Pentecostés*: *Pentecostés* de los judíos y *Pentecostés* de los cristianos: el primero es una glorificación del Antiguo Testamento, el segundo del Nuevo Testamento.

La fiesta judaica de *Pentecostés* se celebraba para recordar el día en que Moisés recibió las Tablas de la Ley, los mandamientos del Sinaí.

La recepción del Decálogo se efectuó justamente cincuenta días después que los israelitas comieron el Cordero Pascual, ya liberados de la esclavitud de Egipto.

La fiesta cristiana de *Pentecostés* se celebra cincuenta días después de la Resurrección de Jesucristo.

¡Qué coincidente relación parece existir entre una y otra fiesta!

Los judíos celebraban su liberación del yugo del Faraón y de los egipcios; los cristianos celebraban su liberación del yugo de las tinieblas de la muerte por las apariciones de Jesucristo y el concurso de sus delegados del Mundo Espiritual.

Además de eso, se observa otra cosa admirable entre el *Pentecostés* cristiano y el del Antiguo Testamento; uno y otro celebran la promulgación de la Ley Divina; cincuenta días después de la maravillosa libertad del pueblo judío, Dios da Su Ley a Moisés, en el Monte Sinaí; y cincuenta días después de la más poderosa prueba de Vida Eterna, que el mayor de todos los Espíritus da a la Humanidad para su liberación de las cadenas de la muerte, desciende el Espíritu Santo sobre los discípulos del Nazareno, y, sobre la Piedra Fundamental de la Revelación, levanta la Iglesia Viva que debería transmitir a la Tierra las enseñanzas del Cielo.

EL VERBO DE DIOS

“En el principio existía aquél que es la Palabra, y aquél que es la Palabra estaba con Dios y era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por Él y sin Él nada se hizo. Cuanto ha sido hecho en Él es vida, y la vida es la luz de los hombres; la luz luce en las tinieblas y las tinieblas no la sofocaron. Hubo un hombre enviado por Dios, de nombre Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran en Él. No era Él la luz, sino testigo de la luz. Existía la luz verdadera, que con su venida a este mundo ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo; el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. A todos los que lo reciben les da el ser hijos de Dios; Él que no nació ni de sangre ni de carne, ni por deseo de hombre sino de Dios. Y aquel que es la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nosotros vimos su gloria, gloria cual de unigénito venido del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan daba testimonio de Él y proclamaba: Este es del que yo dije: El que viene detrás de mí ha sido antepuesto a mí, porque era antes que yo. De su plenitud, en efecto, todos nosotros hemos recibido, y gracia sobre gracia. Porque la Ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la fidelidad vinieron por Cristo Jesús. A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el Padre, nos lo ha dado a conocer.”

(Juan, I, 1-18).

El Verbo de Dios es la causa eficiente de todas las cosas.

“Todo fue hecho por Él; y nada de lo que ha sido hecho fue hecho sin Él.”

Él estaba en el Espíritu de Jesús, la Vida que era la Luz de los hombres. La Luz resplandeció en las tinieblas, y contra ella las tinieblas no prevalecieron, porque la Luz brilló más allá de la tumba cuando los hombres la creyeron apagada.

Hubo un hombre, Juan Bautista, que, siendo el mayor de los profetas, tuvo la misión de dar testimonio de la Luz, a fin de que todos creyesen por su intermedio.

Juan no era la Luz, porque la Luz sólo estaba en la Vida; el Espíritu de Jesús era la Vida; Juan sólo vino para testificarlo: existía la verdadera Luz, que, venida al mundo, alumbraba a todos los hombres.

Cristo estaba en el mundo, el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció. Vino para lo que era suyo, y los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, Él dio el derecho de volverse hijos de Dios: los cuales no nacieron de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.

El Verbo se hizo carne, vivió con un cuerpo humano, habitó entre nosotros, lleno de gracia, de poder, de verdad; el Verbo como la Luz ahuyentó las tinieblas; con la Vida aniquiló y venció a la Muerte, haciéndose el Camino sin Tinieblas y sin Muerte para subir al Padre; vimos su gloria, gloria como la del Unigénito de Dios, porque ningún otro, si no Jesús, Sagrario del Verbo de Dios, desempeñó misión igual.

Juan Bautista dio testimonio de Jesucristo, diciendo: “Este es del que yo os hablé: Aquél que ha de venir después de mí, ha sido antepuesto a mí, porque era antes que yo, porque ya existía antes de mí; y su Espíritu es Primogénito del Padre, con relación a este mundo, que ya es una construcción suya. Pues todos nosotros recibimos de su gracia porque somos sus súbditos. Él es el Gobernador de la Tierra.”

La ley fue dada por intermedio de Moisés, que fue el médium encargado de recibir la Ley, para regir el pueblo hebreo, que se encontraba bajo su dirección; pero la Gracia y la Verdad vinieron por Jesucristo, porque sólo Él fue Portavoz del Verbo de Dios, que es la Gracia y, al mismo tiempo, la Verdad; por eso Jesús es la Verdad. Nadie jamás vio a Dios, porque Dios no se reveló personalmente al mundo, sino por su Verbo; ese lo reveló; por eso el Verbo “era Dios”.

Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida; la Sal de la Tierra, la Luz de los Hombres; sólo por Él subiremos al Padre; todo eso lo dijo el Verbo de Dios y Juan Bautista lo testificó.

EL BAUTISMO DE JESÚS EL BAUTISMO DE LAS IGLESIAS

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado se salvará, pero el que no crea se condenará.”

(Marcos, XVI, 15-16).

“Por aquellos días Jesús vino desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En el momento en que salía del agua, vio los Cielos abiertos y al Espíritu Santo como una paloma bajando sobre él, y se oyó una voz del Cielo: Tú eres mi hijo amado, mi predilecto.”

(Marcos, I, 9-11).

“Entonces Jesús fue de Galilea al Jordán para que Juan lo bautizara. Pero Juan quería impedirlo, diciendo: Soy yo el que necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Jesús le respondió: Déjame ahora, pues conviene que se cumpla así toda justicia. Entonces Juan accedió a ello. Una vez bautizado, Jesús salió del agua; y en esto los cielos se abrieron y vio al Espíritu de Dios descender en forma de paloma y posarse sobre él. Y se oyó una voz del cielo: Este es mi hijo amado, mi predilecto.”

(Mateo, III, 13-17).

“Después de bautizar Juan al pueblo y a Jesé, aconteció que, mientras Jesús estaba orando, se abrió el cielo, descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma, y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi hijo amado, mi predilecto.”

(Lucas, III, 21-22).

“Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía hacia él, y le dijo: Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es de quien yo dije: Después de mí viene uno que es superior a mí, porque existía antes que yo. Yo no lo conocía; pero si yo he venido a bautizar con agua es para que él se dé a conocer a Israel. Y Juan atestiguó: He visto al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y posarse sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Sobre el que veas descender y posarse el Espíritu, ese

es el que bautiza en el Espíritu Santo. Yo lo he visto y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios.”

(Juan, I, 29-34).

No basta leer los Evangelios, es necesario estudiarlos. Los que se limitan a una simple lectura de los Evangelios no tienen el derecho de citarlos para hacer prevalecer sus ideas preconcebidas.

¿Cuántos Evangelios fueron escritos para hacer un Evangelio?

Cuatro: Evangelio según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan, sin enumerar las cartas apostólicas dirigidas a las diversas Iglesias existentes en aquél tiempo.

No se puede, por tanto, limitar la interpretación de la Palabra de un Evangelio; es necesario compararlos todos ellos, y, además, es indispensable buscar en la letra de los Evangelios el espíritu que vivifica.

Por lo que se desprende de la lectura de los cuatro Evangelios, con referencia al bautismo, comprendemos que esta expresión – bautismo – tiene una significación muy diferente de aquella que las Iglesias le dieron.

Examinemos detenidamente a los cuatro Evangelistas. Marcos se limita a decir que Jesús fue bautizado por Juan en el Río Jordán y que dijo a sus discípulos que fuesen por todo el mundo, que predicasen el Evangelio a toda criatura; el que creyese y fuese bautizado sería salvo, pero el que no creyese sería condenado.

Mateo dice que Jesús hizo cuestión de recibir el bautismo de Juan, y añade que, al salir Jesús del agua, el pueblo que estaba presente oyó una voz que dijo: “Este es mi Hijo amado”; y que esa voz venía de los Cielos. Dice más el trecho que “VIO los cielos abrirse y el Espíritu, como una paloma, descender sobre él.”

Aquél SE OYÓ, del texto, comparado con el VIO, indica claramente que fueron muchos los que *oyeron*, pero uno sólo *vio*. El lector verá más adelante que la manifestación *visual* alcanzó únicamente a Juan Bautista, mientras que la *auditiva*, llegó a todos los que estaban en esa ocasión en el Jordán.

Este punto es importante para una buena interpretación.

Lucas dice solamente que: habiendo recibido el pueblo el bautismo de Juan, Jesús también lo recibió.

Juan no dice que Jesús hubiese recibido el bautismo de Juan, pero parece aclarar bien el fin del encuentro que el Maestro tuvo con el Bautista:

Yo no lo conocía, pero para que él fuese manifestado a Israel, es que yo vine a bautizar con agua. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquél sobre el que vieras descender el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo he visto y testificado que ese es el Hijo de Dios.

El texto, por sí solo, es tan claro que exime cualquier interpretación. Hasta justificar plenamente el motivo por qué Juan fue a bautizar.

El Evangelista no dice nada sobre la recepción del bautismo por Jesús, o que Jesús hubiera sido bautizado por Juan. ¿Será posible que este Evangelista, que acompañaba todos los pasos de su Maestro Amado, callase sobre el bautismo, punto que, al parecer de las Iglesias, es el más importante, si de hecho Jesús hubiese sido bautizado por Juan?

Ante los Evangelios, ¿se puede afirmar definitivamente que el Bautista bautizó a Jesús?

Pero nosotros sabemos que ese acto se realizó, ya que Mateo lo afirma; el motivo principal, entretanto, no se prende al *bautismo-sacramento*, sino a la predicación de Cristo, a la manifestación de Jesús, como veremos.

Jesús, dice Mateo, se presentó a Juan para recibir su bautismo.

¿Pero con qué fin? ¿Será que el Espíritu más puro que vino a la Tierra estaría manchado, de modo que necesitaría lavarse de esas manchas? Y ¿creía Juan que su bautismo tendría virtud superior a la del Cordero de Dios, como él lo llamó?

Está claro que, siendo Jesús limpio y puro, no podía pedir limpieza ni pureza a un agua como la del Jordán.

Los padres y ministros, afectos al bautismo, dicen que Jesús procedió así para dar ejemplo. Pero ¿ejemplo de qué? En el

Evangelio no consta nada de esa lección de ejemplo. ¿Ejemplo de sumisión? Pero Juan Bautista era el primero que decía que su bautismo no tenía ningún valor, y que el fin a que fue destinada esa “práctica” no fue otro que el de conocer a Jesús y manifestarlo, presentándolo a las multitudes.

Jesús no quiso dar ejemplo de nada, pero su intención fue darse a conocer a Juan, su Precursor, para que él se librase de la misión de presentarlo como el Mesías que debía venir. Y el espíritu testificó cuando dijo al Bautista: “Este es mi hijo amado en quien me complazco.”

En el versículo 31 del capítulo I del Evangelista Juan se lee que: “Juan Bautista no conocía a Jesús pero tenía la certeza de su venida”, y, más aún, que el fin de Juan bautizando al pueblo era atraer gran multitud para ver si en medio de ese pueblo podía encontrar al Mesías y reconocerlo, como el Espíritu lo había anunciado.

En el versículo 33, Juan repite nuevamente no conocer a Jesús, pero el que lo envió a bautizar con agua, le dijo: “Sobre el que veas descender y posarse el Espíritu, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo; yo lo he visto y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios.”

Jesús no podía decir a Juan: “Yo soy el Mesías” porque incluso en aquél tiempo muchos tratantes se decían “mesías” representantes de Dios.

Él tenía que revelarse como Mesías y no *decirse* Mesías, y el Espíritu necesitaba *testificar*, como sucedió.

Añade también otra circunstancia: Juan no exaltaba su bautismo. Y tanto es así que a los que venían a él pidiendo el bautismo, el Profeta del Desierto decía: “Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que os amenaza? Dad, pues, frutos dignos de conversión, y no os ilusionéis con decir en vuestro interior: Tenemos por padre a Abraham...” (Mateo, III, 7-9).

El bautismo de Juan, desvirtuado por las sectas que dividieron el Cristianismo, no es más que el arrepentimiento, el cambio de vida, para recibir la Doctrina de Jesús y el consecuente *bautismo del*

Espíritu. Y fue así que Pedro y Andrés, que eran discípulos de Juan bautista, se hicieron discípulos de Jesús.

Pero, digamos alguna cosa más sobre el bautismo, ya que eso nos proponemos.

Todos saben que las Iglesias Romana y Protestante como la Ortodoxa, cada cual tiene su especie de bautismo. De entre todas, sin embargo, la que más se destaca por sus ostentaciones es la Romana.

Hablemos, con preferencia sobre esta, porque es, para nosotros, la religión tradicional, la que se constituye obligatoria en nuestro país, la que obligaba a todos a someterse a sus sacramentos, hasta la proclamación de la República, la cual, gracias a Dios, nos liberó de tal opresión y cautiverio.

El “Bautismo de Roma” consiste en dos o tres palabras pronunciadas por el sacerdote, que aplica agua, aceite y sal, al “catecúmeno”. Dice la Iglesia que, con ese sacramento, el individuo queda limpio del “pecado original” y, salvo de todas las penas, está apto para entrar en el Cielo.

Hagamos un análisis profundo de este sacramento, con la siguiente comparación.

Tenemos dos niños, ambos hijos de padres cristianos: uno muere después de recibir el bautismo, el otro también muere, pero antes de recibir tal sacramento.

Según la Iglesia, uno fue para el Cielo y el otro para el Limbo.

Pero, ¿qué mérito tiene el niño que se bautizó para ir al Cielo, y qué mérito tiene el que no se bautizó para ir al Limbo, si tanto uno como el otro no influyeron para tal fin?

El que recibió el bautismo, no lo recibió por sus esfuerzos, por su voluntad; el que dejó de recibir tal “gracia” tampoco hizo nada para que así ocurriese; ¿cómo puede el Supremo Señor, que es todo amor y justicia, premiar a uno y condenar al otro?

Se nos ocurre también otra consideración:

La Iglesia, para justificar “su bautismo”, dice ser él el antídoto del pecado original que, de Adán y Eva, se transmitió a todo el género humano.

Pero, ¿qué Dios es ese en quien la Iglesia cree que existen sentimientos tan indignos de odio hasta el punto de castigar por los antiguos pecados, de personas que no tienen ninguna afinidad con nosotros, ejerciendo su venganza en toda la Humanidad?

“El hijo, dice Ezequiel, no responde de las faltas de sus padres, ni estos por las de aquellos.”

El Evangelio dice: “Cada uno es responsable de sus obras.” Y esto es claro, lógico y racional. Hasta el “pavo de la fábula”, con el que el sr. Jaubert ganó el premio de los juegos florales de Toulouse, se defendió de la acusación que le hacían por haber el “Adán de los Pavos” pecado, y dicen que, además de la absolución del Tribunal, ganó los aplausos del auditorio.

Pero dejemos de lado la ironía inocente y argumentemos.

Vamos a escoger un matrimonio, marido y mujer, que, cuando eran niños, fueron bautizados en la Iglesia. Más tarde apareció en la ciudad donde residían un obispo o “misionero”, y el bautismo fue confirmado con la “unción”.

Está claro que el pecado que señalaba a esos dos seres desapareció, si en que el “bautismo apaga el pecado original”.

Después, ellos tienen un hijo: ese niño no puede absolutamente tener vestigio alguno de pecado, ya que sus padres se habían liberado de esa señal ignominiosa.

¿O querrán decir los sacerdotes que el Espíritu es oriundo de Adán y Eva, y no de Dios? pero si es así, el sacerdocio desconoce los Evangelios y los principios más rudimentarios de la Religión.

*

A nuestro modo de ver, que está de pleno acuerdo con los textos evangélicos, el verdadero bautismo no sobrepasa los límites del Espíritu.

Nunca, de ninguna manera, puede ser un acto material.

Promover la educación del niño, enseñarlo a amar a Dios y al prójimo, a ser humilde, bueno, caritativo, indulgente, trabajador y espiritual, he aquí el comienzo de la preparación espírita para la

consecuente recepción del bautismo del Espíritu Santo, cuya tarea está confiada exclusivamente a Jesús y a aquellos designados por Él, como se desprende de la lectura de los Evangelios.

Añade aún otra circunstancia, que esclarece la cuestión del bautismo: este viene después de estar establecida la creencia.

La *creencia* debe, por lo tanto, preceder siempre al *bautismo*. “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea, se condenará.” (Marcos, XVI, 15-16).

En este pasaje se ve claramente que es condición imprescindible para recibir el bautismo – creer; la creencia precede siempre al “don” del bautismo. Por ese motivo Jesús mandó a sus discípulos *predicar el Evangelio a toda criatura*. Es de notar que Jesús no los envió a *bautizar*, sino a *predicar el Evangelio*, para que el “bautismo” viniese después por el Espíritu.

Así lo entendió sabiamente Pablo, el Doctor de los Gentiles, conforme figura en *Hechos de los Apóstoles*, XIX, 1-7: “Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo, después de haber recorrido las regiones montañosas, llegó a Éfeso, encontró algunos discípulos y les preguntó: ¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe? Ellos contestaron: Ni siquiera hemos oído decir que haya Espíritu Santo. Él les pregunta: ¿Pues qué bautismo habéis recibido? Ellos contestaron: El bautismo de Juan. Pablo, sin embargo dijo: *Juan bautizó con bautismo de conversión, diciendo al pueblo que creyese en el que había de venir después de él, es decir, en Jesús*. Al oírlo, se bautizaron en el nombre de Jesús, el Señor. Cuando Pablo les impuso las manos, *descendió sobre ellos el Espíritu Santo y se pusieron a hablar en lenguas extrañas y a profetizar*. Eran en total unas doce personas.”

Esta interpretación está de pleno acuerdo con las palabras del Bautista, en el capítulo III, 7-12 del Evangelio según Mateo.

Se concluye, pues, que el fin de Juan Bautista, yendo al Jordán a bautizar *con el bautismo de la conversión*, en primer lugar fue atraer a las multitudes para recomendar a los hombres: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus veredas, arrepentíos

del mal; practicar el bien; espiritualizaos.” En segundo lugar fue, como dijo el propio Juan “para que Jesús fuese manifestado a Israel” y al mismo tiempo para que él, el Bautista, conociese a Jesús, de acuerdo con la señal que le daría Aquél que lo había enviado, es decir: “Aquél sobre quien verás descender el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo.” (Juan, 1-33).

A su vez, Jesús no fue a Juan Bautista con el fin de recibir el bautismo de ninguna clase, sino para presentarse a su Precursor como el Mesías anunciado y fuese, a su vez, anunciado por Juan como el Enviado de Dios, revestido de todas las señales del cielo, como se verificó al oírse la voz: “Tú eres mi hijo amado, mi predilecto.” (Marcos, I, 11).

*

La cuestión del bautismo ha preocupado a grandes pensadores de la Era Cristiana.

Desde los Apóstoles, unos eran de la opinión de que se debía efectuar el *bautismo del agua por inmersión*, mientras que otros creían que esa práctica no tenía ningún valor.

En el capítulo III, 22, del Evangelista Juan, se lee que Jesús fue con sus discípulos, para Judea y “allí se quedaron con ellos, y *bautizaba*”. Pero en el mismo Evangelio, tal vez debido a la controversia ya existente sobre el *bautismo*, el mismo Evangelista, en el capítulo IV, 2, dice claramente que “Jesús mismo *no bautizaba*, sino sus discípulos.”

En 1ª Carta a los Corintios, I, 14-17, hay un trecho en que se nota la disensión que había *por causa del bautismo*, donde Pablo dice: “Doy gracias a Dios de no haber bautizado a ninguno de vosotros, excepto a Cristo y Gayo. Así nadie puede decir que fuisteis bautizados en mi nombre. También bauticé a la familia de Esteban; no recuerdo de haber bautizado a nadie más. *Pues Cristo no me mandó a bautizar, sino a evangelizar*; y esto sin alardes literarios, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo.”

Pedro dice en *Hechos de los Apóstoles*, X, 47, haber ordenado bautizar con agua, en nombre de Jesucristo, a estos que habían recibido el Espíritu Santo, pero parece haberse arrepentido de aquél acto, cuando, refiriéndose al *bautismo*, dice en su 1ª Epístola, capítulo III, 21: "... a través de las aguas, la cual, figurando el bautismo, ahora os salvará, NO LA PURIFICACIÓN DE LA INMUNDICIA DE LA CARNE, sino la cuestión a respecto de una buena conciencia para con Dios."

Por lo que se observa, a pesar de ser el *bautismo por inmersión* aplicado a los que ya habían recibido la palabra y lo habían creído, aun así ese era el acto condenado por muchos seguidores de Jesús.

En tiempos de Tertuliano muchos filósofos cristianos se sublevaron contra la virtud del bautismo, por entender que *un simple lavado con agua no puede tener la virtud especial de lavar los pecados y de abrir el camino para el Cielo*.

Ese fue el modo de expresarse ilustres hombres del siglo II, que dio origen al Tratado del Bautismo, de Tertuliano, obra que parece condenar también el *bautismo de los niños*, aunque no participe de la opinión de sus contemporáneos, que condenaban el bautismo tal como se hacía.

Son muchas las sectas que, desde el principio, dividieron al Cristianismo, y no aceptaban terminantemente el bautismo, práctica que sirvió como piedra de escándalo en la interpretación de la Palabra clara, simple y humilde del Amoroso Rabí de Galilea.

Los *marcosianos*, los *valentinianos*, los *quintilianos* mantenían que la gracia, como don espiritual, no podía nacer de señales visibles y exteriores.

Los *selencianos* y los *hermianos* rechazaban también el agua, pero, interpretando materialmente, a la letra; los Evangelios, sustituían aquella materia por el *fuego*.

En la Edad Media hubo muchas agremiaciones religiosas oriundas del Cristianismo que combatían "el bautismo de la Iglesia", tales como los *maniqueos*, los *albigenses* y otros. Ellos declaraban definitivamente que, con el simple *bautismo por el*

agua, era absolutamente imposible comunicar al neófito el Espíritu Santo: para ellos, el verdadero bautismo espiritual consistía en la imposición de las manos, invocando sobre el neófito al Espíritu Santo rezando la oración dominical.

Los *valdenses* y otros rechazaban como inútil el bautismo de los niños, por no tener aún en esa edad la fe indispensable.

Los *anabaptistas* rechazaban el bautismo de los niños como inútil, porque exigía para la validez del sacramento la fe del neófito, la cual no creían que fuera sustituida por la fe de los padrinos.

Santo Tomás de Aquino decía que la eficacia del bautismo dependía de la propia fe del neófito, que no podía ser sustituida por la fe de los padrinos.

Los *armenios* creen que el bautismo es un simple símbolo y afirman, en lo tocante al *bautismo de los niños*, no ver en esos niños culpa alguna para ser condenados por no haber sido bautizados.

Los quakers niegan absolutamente la utilidad del bautismo.

Finalmente, iríamos lejos si pasásemos a estas páginas la síntesis de lo que se ha escrito y discutido sobre el bautismo.

Sometido a la criba de la razón, al calor de la discusión, él no puede permanecer, porque no es de Jesucristo; es palabra que pasa, es “materia” que se seca y desaparece como la flor de la hierba; es un culto, como tantos otros, oriundos de la adoración al “becerro de oro”, que ha absorbido a judíos y gentiles, desviando sus miradas de los preceptos recomendados por el Hijo de Dios, cuyas enseñanzas el Espiritismo viene a restablecer, convenciendo a los hombres de la Justicia, de la Verdad y de la Ley.

ASCENSIÓN ESPIRITUAL

“Jacob salió de Berseba con dirección a Jarán. Llegó a cierto lugar y se dispuso a pasar allí la noche, porque el sol ya se había puesto. Tomó una piedra, la puso por cabecera y se acostó.

Tuvo un sueño. Veía una escalera que, apoyándose en la tierra tocaba con su cima en el Cielo, y por la que subían y bajaban los ángeles del Señor. Arriba estaba el Señor, el cual dijo: Yo soy el Señor, el Dios de Abraham, tu antepasado, y el Dios de Isaac. Yo te daré a ti y a tu descendencia la tierra en que descansas. Tu descendencia será como el polvo de la tierra; te extenderás a oriente y occidente, al norte y al sur. Por ti y por tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la Tierra. Yo estoy contigo. Te guardaré donde quiera que vayas y te volveré a esta tierra, porque no te abandonaré hasta que no haya cumplido lo que te he prometido.

Jacob se despertó de su sueño y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía. Tuvo miedo y dijo: ¡Qué terrible es este lugar! ¡Nada menos que la casa de Dios y la puerta del Cielo. Se levantó muy de mañana, tomó la piedra que había puesto por cabecera, la levantó a modo de estela y derramó aceite sobre ella. Y dio a este lugar el nombre de Betel (Casa de Dios); antes se llamaba Luz.

Jacob hizo esta promesa: Si Dios está conmigo, me protege en este viaje que estoy haciendo y me da pan para comer, vestido para cubrirme y puedo volver sano y salvo a la casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios y esta piedra que he levantado a modo de estela será un santuario; de todo lo que me des te devolveré puntualmente la décima parte.”

(Génesis, XXVIII, 10-22).

“Jesús vio a Natanael, que se le acercaba, y dijo de él: Este es un israelita auténtico, en el que no hay engaño. Natanael le dijo: ¿De qué me conoces? Jesús le contestó: Antes que Felipe te llamase, te vi yo, cuando estabas debajo de la higuera. Natanael le respondió: Rabí, tu eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Jesús le contestó: ¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores que estas verás. Y añadió: os aseguro que veréis el Cielo abierto y a los ángeles de dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre.”

(Juan, I, 47-51).

La ascensión espiritual es una escalinata sublime, que, apoyada en la tierra, llega a los Cielos, pero, en su trayectoria, el hombre sólo puede subir esos peldaños por medio de la Revelación, porque la Revelación es el poderoso motor que mueve al alma para la realización de sus destinos inmortales.

Durmiendo en la “ciudad de la luz”, Jacob ve la escalera que le es mostrada, por donde suben y bajan ángeles bajo la suprema dirección del Señor, que se halla en la cumbre de esa escalera. Y la Revelación le dice: “Yo soy el Señor, Dios de Abraham y de Isaac; yo te daré la tierra en la que descansas y a tus descendientes que serán tan numerosos como las arenas del mar, y estaré contigo y te guardaré donde quiera que estés y por donde quiera que vayas, porque no te dejaré.”

Jacob se despierta y se admira de que el Señor estuviese allí. Por la madrugada tomó la PIEDRA sobre la cual inconscientemente reclinaba la CABEZA, la colocó como la *columna* que debe prevalecer, derramó sobre la piedra simbólica el aceite, que es el símbolo de la Fe, y llamó a aquél lugar CASA DE DIOS en vez de Ciudad de la Luz.

En verdad es necesario que se esté en la luz para ver la casa de Dios, que es la Revelación.

Donde está Dios, está la Revelación, porque la Revelación es la Palabra de Dios convidando al hombre a la ascensión espiritual.

*

Comparemos el sueño de Jacob con la parábola del filósofo:

“En medio de una cadena de montañas se eleva a los vientos un pico aislado, sobre el cual se percibe confusamente un antiguo edificio.

Un osado viajero se propone escalarlo.

Las hierbas de los precipicios, un tronco carcomido, una piedra que se mueve, todo le sirve de punto de apoyo: trepa, salta se arrastra y, finalmente, cubierto de sudor y fatigado, llega a la

deseada cima; y levantando los brazos a los Cielos, exclama lleno de alegría: ¡Siempre vencí!

Toda la cadena de montañas se extiende a sus pies. Los más bellos horizontes se abren ante él. Lo que sólo veía en parte, ahora lo abarca y domina de una sola mirada.

“Abajo, a lo lejos, ve obstáculos contra los cuales flaquearon sus primeros esfuerzos, y se ríe de su inexperiencia; de pie, contempla los que finalmente venció, y se admira de la propia audacia”.

“Los compañeros, muy débiles para vencer las dificultades del camino, no lo pudieron seguir si no con la vista, pero ese día conocieron un atajo, porque ese camino sólo es visible desde lo alto de la montaña. Es por ahí por donde desciende, entonces, el viajero que llegó a lo alto de la montaña, es por ahí por donde él se coloca al frente de los compañeros que quedaron en la ladera del monte y les dice: ¡Seguidme! Él os conducirá sin peligro y sin fatiga hasta la cima, cuya conquista tanto le costó.

¡Gracias a él, la montaña se hizo accesible!

Todos los viajeros pueden, desde lo alto, admirar el famoso edificio, los paisajes sublimes, los magníficos horizontes que desde allí se descubren.

*

He aquí la imagen de nuestra ascensión a los gloriosos parajes de la Inmortalidad.

Los hombres comunes caminan sin elevarse a la cima de la montaña, porque van y vuelven demorándose por caminos que no los conducen a las alturas espirituales.

A veces se elevan hasta la mitad del monte, pero vuelven atraídos a los planos inclinados, porque no transitan por el verdadero camino, el atajo que los conduciría con seguridad a la cima de la montaña.

Pero vamos a aclarar la parábola.

La cadena de montañas son las diversas religiones sacerdotales; el antiguo edificio es la Revelación sobre la cual Jacob basó toda su fe; las hierbas de los precipicios, son las virtudes que nos conducen al amor a Dios y al prójimo; la ladera, que arroja a los hombres al precipicio, son las malas pasiones.

El viajero que subió a la Cumbre es Jesús, seguido de sus mensajeros, de entre los que se destaca Allan Kardec, que nos enseñó el camino para subir también hasta la cima.

Los compañeros que intentaron la ascensión son todos los que actualmente se esfuerzan por llegar a ese lugar, pero que, entonces, presos a la atracción de la Tierra y vencidos por las dificultades, se detuvieron en el camino.

Todos los que estudian, investigan, analizan, van caminando. Los Evangelios nos aparecen iluminados por los fulgores del Espíritu; la muerte pierde su carácter fúnebre y la Espiritualidad de la Vida se refleja en nuestras almas, como las estrellas en el espejo de los mares.

Son dos mundos que se entrelazan, son dos planos de vida que se muestran solidarios, uno como complemento del otro; son dos Humanidades que, en una permuta de pruebas y de afectos, se declaran solidarias, son, finalmente, ángeles que descienden para auxiliar a otros, que, por su esfuerzo, también se volvieron ángeles, porque trabajaron para subir.

La ascensión espiritual es el resultado de la misma ley del progreso material y de la evolución intelectual: todo vibra, todo se armoniza en el amor y en la solicitud de Dios para con todos sus hijos.

DIÁLOGO DE JESÚS CON NICODEMO

“Había entre los fariseos un hombre importante, llamado Nicodemo. Una noche fue a ver a Jesús y le dijo: Maestro, sabemos que Dios te ha enviado para enseñarnos, porque nadie puede hacer los milagros que tú haces si no está Dios con él. Jesús le respondió: Te aseguro que el que no nace de nuevo no puede ver el Reino de Dios. Nicodemo le preguntó: ¿Cómo puede uno nacer de nuevo siendo viejo? ¿Es que puede volver al seno de su madre y nacer de nuevo? Jesús respondió: Te aseguro que el que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es Espíritu. No te extrañe que te diga: Es necesario nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere; oyes su voz, pero no sabes de dónde viene y a dónde va; así es todo el que nace del Espíritu. Nicodemo preguntó: ¿Cómo puede ser eso? Jesús respondió: ¿Tú eres maestro de Israel y no lo sabes? Te aseguro que hablamos de lo que sabemos y atestiguamos lo que hemos visto, y, a pesar de todo, no aceptáis nuestro testimonio. Si os hablo de cosas terrenas y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablara de cosas celestiales? Nadie ha subido al Cielo sino el que bajó del Cielo, el Hijo del Hombre, que está en el Cielo. Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así será levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él tenga la vida eterna.”

(Juan, III, 1-15).

Este Evangelio predica el encuentro de Jesús con Nicodemo: o de otra forma, la visita que Nicodemo hace al Nazareno, por la noche.

Vamos a estudiarlo en su sencillez edificante y procuremos comprenderlo, porque de su conocimiento nos viene una cantidad considerable de luces y verdades.

Dice el trecho que: “Había entre los fariseos un hombre importante entre los judíos, llamado Nicodemo, y este fue a ver a Jesús por la noche.”

Los fariseos eran, como fue escrito en el capítulo, “Fermento de los Fariseos y Saduceos”, un grupo muy grande de individuos, que formaban una Religión, como actualmente es grande el número de personas que componen la Religión de Roma.

Entretanto, en cuanto a la persona de este maestro del farisaísmo, no era un hombre malo, al contrario, de entre todos los sacerdotes de esa religión, el Evangelio destaca dos que se mostraron tolerantes con las palabras de Jesucristo. Uno era Gamaliel, que fue maestro de Pablo, antes que este apóstol se convirtiese en cristiano; y el otro fue Nicodemo.

Pero vosotros sabéis que el orgullo, el respeto humano y el preconcepción constituyen impedimentos muy grandes para nuestra espiritualización, para aproximarnos a Jesús.

Nicodemo era, pues, un hombre bueno, y, por ese motivo, deseaba inmensamente encontrarse con Jesús, para conversar con el Maestro sobre asuntos religiosos, porque tenía noticias de las predicaciones del Nazareno y de las curas que él hacía.

Pero como era rico, importante entre los judíos, era “maestro de la religión farisaica” y no quería que el pueblo y los otros sacerdotes de su secta supiesen sus deseos más íntimos; y para que todo quedase escondido, reservado, decidió buscar a Jesús a la noche, porque así nadie sabría de su visita.

Por eso dice el Evangelista Juan: *Nicodemo fue a ver a Jesús a la noche.*

Llegando a la casa donde el Maestro estaba hospedado, que era en la ciudad de Jerusalén, por ocasión de una fiesta de Pascua, que los judíos celebraban, el “importante fariseo” entabló conversación con Jesús, diciéndole: “Rabí, sabemos que eres maestro, venido de parte de Dios, pues nadie puede hacer estos milagros que haces, si Dios no está con él.”

Por este saludo, podéis comprender perfectamente que Nicodemo no era un incrédulo, o enemigo de Jesús; al contrario, era un creyente en los *milagros* realizados por Jesús, que consistían, casi totalmente, en las curas de diversos enfermos.

En cuanto a esa parte que se relaciona con los hechos producidos por el Nazareno, Nicodemo creía en ellos, por tanto estaba en desacuerdo con los demás sacerdotes de su “religión”; mientras estos decían que Jesús actuaba bajo la influencia del Diablo, Nicodemo creía piadosamente que la influencia que asistía

al Nazareno era divina; tanto es así que él dice: *Nadie puede hacer estos milagros que tú haces, si no está Dios con él.* ¿Qué le faltaba, pues, a Nicodemo para volverse cristiano, para seguir a Jesús? Desde que él creía en los hechos, en los fenómenos, como los llamamos hoy; desde que creía que esos hechos eran autorizados por Dios, no atribuyéndolos al origen diabólico, ¿por qué no se presentó luego como uno de los discípulos del Nazareno?

Esto quiere decir que no basta creer en los milagros, en los hechos, en las curas que marcan, en cierta forma, el Cristianismo, para ser cristianos.

Necesitamos creer también en la palabra, en la doctrina que Jesús predicaba.

En nuestro tiempo, como vemos, la mayoría del pueblo también cree en los fenómenos, en las curas, y muchos son los que piden remedios para las curas de sus enfermedades; son millares los Nicodemo que, a escondidas, desean conversar sobre Espíritus, sobre las almas, y que buscan saber la razón de las causas que los determinan, pero, también como Nicodemo, continúan filiados a sus religiones, que maldicen la legítima doctrina de Jesús, hoy, como los fariseos maldecían la misma doctrina, ayer. No basta creer en los hechos; es necesario comprenderlos después de haberlos estudiado.

No basta decir que los hechos vienen de Dios, es necesario saber *cómo vienen ellos de Dios.* Y para llegar al conocimiento de esos hechos, tenemos que estudiar justamente lo que Jesús hacía cuestión que fuese estudiado, es decir, la Vida Eterna.

Alrededor de la Vida Eterna es que giraban los maravillosos conceptos de su filosofía, de su doctrina de verdadera fe, de amor puro e inmaculado.

Todas las sentencias de Jesús eran luces, iluminando la Vida Eterna, la Vida Inmortal.

En el Sermón de la Montaña, el Maestro, para consolar a los sufrientes, a los humildes, a los perseguidos, a los mansos de corazón, nada les da, sino la certeza de la felicidad en la Inmortalidad, y, en cierta forma, se esfuerza para que todos esos que

lloraban y vivían coaccionados y hambrientos tuviesen la certeza absoluta de la Inmortalidad, de esa vida del más allá que es la Vida Eterna, en la cual serían todos hartos y provistos de todo lo que necesitasen si oyesen y creyesen en su Palabra.

Nicodemo, como se ve en el texto del Evangelio, aunque no fuese mal hombre, estaba tan impregnado de las enseñanzas de la Religión Farisaica, consistentes casi sólo en cultos y prácticas exteriores, que vacilaba a respecto de la *otra vida*, dudaba que el hombre, después de muerto el cuerpo, pudiese continuar viviendo, y que hubiese, de hecho, una vida real *más allá de la tumba*.

Jesús conocía esa parte débil de Nicodemo, y fue por eso que, después del saludo del “principal de los judíos”, dijo: *En verdad, en verdad te digo, que si alguien no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.*

Estas primeras palabras, dichas así de golpe al sacerdote de una religión que se decía la única verdadera, tienen un profundo significado para aquellos que desean estudiar, conocer y seguir la Religión de Jesucristo.

Así como la criatura recién nacida no tiene religión ninguna, no está presa a ninguna doctrina y no tiene conocimiento de nada, así también deben colocarse aquellos que quieren estudiar la Religión de Jesucristo, porque el alma, estando llena de una antigua religión, que fue obligada a recibir por donación de los ascendientes, no puede recibir la Religión de Cristo, así como una casa que está habitada por una familia no tiene lugar para recibir a otra familia u otros moradores.

Diciendo Jesús a Nicodemo: *Si alguien no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios*, dice anticipadamente al “principal de los judíos” que, fuese quien fuese, no alcanzaría la gracia del Reino de Dios si continuaba preso al Reino del Mundo, en el cual prevalecen las doctrinas de los sacerdotes, las doctrinas y religiones de invención humana.

Necesitaba, ante todo, salir de ese reinado, dejar esa obediencia, dejar a un lado todos esos dogmas, todos esos

sacramentos, todos esos cultos, todas esas falsas enseñanzas, y volverse ignorante como una criatura que nace de nuevo.

Así como una criatura nace en este mundo, habiendo venido de otro y nada recuerda de ese otro mundo de donde vino, así también el hombre debe dejar aquella religión arcaica, en la cual vive sin conocer la verdad y sin tener consuelo de ninguna especie, para después aprender lo que Cristo Jesús está enseñando.

En otras palabras: poner de lado todo espíritu preconcebido, todo orgullo de saber, todo egoísmo de virtudes, toda presunción de estar en la posesión de la verdad; porque el “camello” no puede entrar tan cargado en el Reino de los Cielos.

Añade también otra circunstancia: nadie puede cargar dos pesos; aunque la doctrina de Jesús sea leve, el “camello” sobrecargado y casi sin poder andar con tanta carga, no la soportará; así como no se pueden imponer a quien quiera que sea dos *yugos*. El buey, que ya lleva un yugo al cuello que le molesta mucho, que sangra y encallece, no admitirá otro yugo más, aunque sea leve como la palabra del Maestro, pues en última hipótesis, él no sabrá cual es el yugo que le pesa; por eso, así como el camello necesita aligerar una carga, para tomar *otro fardo*; así como el buey necesita liberarse del yugo que lo oprime, para engancharse a otro yugo, así también el hombre necesita lanzar lejos de sí todas las creencias antiguas que le pesan en la conciencia y le oprimen el alma, para recibir la Religión amorosa de Jesús, que, como dijo el Maestro, no pesa, es suave y agradable de llevar.

Es este el primer nacimiento que Jesús proclamó, como condición de Salvación para todas las criaturas humanas, y especialmente para los sacerdotes de todas las religiones humanas, incluso porque Jesús hablaba en aquella ocasión a un religioso que era sacerdote y principal representante de religiosos y sacerdotes de esas religiones.

*

Por lo que se desprende de la nueva pregunta de Nicodemo a Jesús, ya se puede concluir: él, no le convidó a *nacer de nuevo de*

esta forma – abandonar su secta, sus dogmas, sus cultos, sus honras, sus vanidades, sus preconceptos – fingió no entender la palabra, la orden expresa del Redentor del Mundo.

Y entonces muy admirado por haber proferido el Maestro tal sentencia, preguntó: “¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Puede, por ventura, entrar nuevamente en el vientre materno y renacer?”

A lo que Jesús le respondió: “En verdad, en verdad te digo que si alguien no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios; lo que es nacido de la carne es carne; lo que es nacido del Espíritu es Espíritu. No te maravilles que te diga: es necesario volver a nacer de nuevo.”

Por este trecho vemos, bien claro, que las condiciones de salvación impuestas por Jesús son dos: “nacer del agua y nacer del Espíritu”.

Vamos a analizar la primera proposición: “nacer del agua”.

¿Qué pretende el Maestro decir con esto: “nacer del agua”?

No puede ser otra cosa sino: nacer en este mundo, con un cuerpo carnal; pues todos los cuerpos orgánicos e inorgánicos son, en último análisis, productos del agua.

Sin agua en nuestro mundo no habría nacimiento, crecimiento y vida.

Todo nace del agua, todo vive del agua; los peces en los mares, en los lagos y en los ríos, ¿de dónde vienen? Del agua. Los animales en los campos y en los bosques, ¿de dónde vienen, sino del agua?

Los pájaros que deambulan por la Tierra y vuelan por los aires, ¿no es del agua de donde vienen?

¡Hasta las hierbas nacen del agua!

Plantad una simiente o un tallo, un trasplante, dejadlos sin agua y ellos no nacerán. Sacad a los peces del agua y ellos morirán. Los animales de los campos, de los bosques; las aves de tierra y los pájaros que vuelan; los hombres de las montañas y de las ciudades, todos ellos, sin agua, no nacerían, no crecerían, no vivirían porque el agua es condición de vida para los cuerpos, y hasta nuestro

propio cuerpo contiene tres cuartas partes de agua, con la cual se alimenta, vive, crece y se nutre.

Agua por dentro, agua por fuera; y hasta el propio niño en el vientre materno no dispensa el agua que lo envuelve y le da vida.

Es del agua de donde viene todo; por tanto, “nacer del agua” no quiere decir otra cosa, sino nacer en este mundo con cuerpo de la naturaleza que es peculiar al género humano.

¡Notad! El trecho del Evangelio es bien claro: “nacer del agua”.

Explicación más clara que esta, ni incluso el agua, por más limpia y cristalina que sea.

No es necesario pedir prestado el *dogma del bautismo* de las Iglesias, para explicar una cosa que el propio Evangelio, que es la Palabra de Jesús, enseña y explica con toda claridad.

Aquellos que vienen a este mundo y quedan convencidos de esas creencias irrisorias, creencias que no enseñan nada, que nada explican, y que, teniendo empañados los ojos por esos cultos y sacramentos sacerdotales hasta el punto de creer sólo en esta vida; son incrédulos completamente de la Vida Eterna, de la Vida del Espíritu, de la Vida del Espacio, de la Inmortalidad, como ocurrió con Nicodemo, que no comprendía la Palabra del Maestro; sólo podrán salvarse y entrar en el Reino de Dios muriendo, para verse cara a cara con la Vida Eterna, la Inmortalidad, y después volver a este mundo, “naciendo del agua con un cuerpo de carne”, haciéndose criaturas para entonces, sin preconceptos, sin vanidades, sin orgullo, estudiar la doctrina de Jesús y recibir esa *llave* con la cual se abre la puerta del Reino del Cielo.

Vamos a pasar ahora a la segunda condición de salvación: “nacer del Espíritu”.

Como quedó explicado anteriormente, según dijo Jesús, hay necesidad de nacer del agua, para entrar en el Reino de Dios, es decir, es necesario entrar en la vida material, en la vida carnal, justamente en esta vida en la que vivimos con un cuerpo de carne.

Pero como esta vida no es suficiente para efectuar nuestra ascensión para la felicidad, incluso en este mundo, Dios nos facultó,

como premisa de la Vida Eterna, la Vida Espiritual, la Vida Moral, porque el hombre no vive sólo del cuerpo, no vive sólo del pan.

Esta Vida Espiritual no es una cosa visible, pues afecta solamente a nuestro “Yo” interior, nuestro Espíritu que también es invisible.

Es una vida interior que sentimos, proclamada por todos los pueblos, por todos los códigos de Moral y trazada maravillosamente por Jesucristo en su Evangelio. Es en esta vida donde se manifiestan los placeres y los sufrimientos, también invisibles. Por un lado: las virtudes, la santidad, la paz de conciencia, la alegría de corazón; por otro lado: las malas pasiones, el remordimiento, la tristeza.

Diciendo Jesús: “es necesario nacer del Espíritu”, llamó la atención de Nicodemo para esta vida interior, a fin de que él supiera que, siendo Jesús, portador de un Espíritu nuevo, que debe normalizar en todas las almas la Vida del Espíritu, todos los que quisieran entrar en el Reino de Dios necesitan *nacer de ese Espíritu, vivir en ese Espíritu*; así como los que entrar en la vida carnal, nacen del agua y viven del agua.

El nacimiento, tanto del agua como del Espíritu, es indispensable.

No es suficiente nacer del agua, no basta tomar el cuerpo de carne en este mundo y nacer aquí, no basta encarnarnos aquí en esta Tierra, necesitamos, principalmente, “nacer del Espíritu”; por eso el Maestro añadió en el versículo 6: *Lo que es nacido de la carne es carne; lo que es nacido del Espíritu es Espíritu*.

Cuando visitó al Maestro, Nicodemo ya había “nacido del agua”, pero no había nacido del Espíritu; por eso le dijo Jesús: “lo que es nacido de la carne, es carne”, quiere decir: “aquél que sólo en el mundo terreno ve el medio de nacimiento y de vida”, es material, porque aún no percibió que el hombre no es solamente carne, es también Espíritu; y así como el hombre tiene cuerpo material y espiritual, existe también el Mundo Material y el Mundo Espiritual.

Nicodemo permanecía boquiabierto y admirado ante Jesús, pues no comprendía la Nueva Doctrina que el Nazareno le predicaba; Jesús insiste, afirmando: “No te maravilles si te digo que

es necesario nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni para dónde va: así es todo aquél que es nacido del Espíritu.”

Esta lección viene a confirmar, una vez más, la primera sentencia pronunciada por el Maestro, después de que Nicodemo lo saludó: *En verdad te digo que si alguien no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.*

Jesús insiste con Nicodemo para que él se vuelva como un niño, que no sabe de dónde vino, ni para dónde va; e hizo una comparación del conocimiento que tenemos sobre el viento: “Sabemos que el viento existe porque oímos su voz, su ruido, su susurro; pero no sabemos de dónde viene, ni para dónde va.”

Nicodemo creía que el Espíritu venía de Adán y Eva y que todos descendían de allá; y que, al salir de este mundo, iría al Seno de Abraham o para el Infierno. Creía así, porque así eran los *artículos de fe* de la Religión Farisaica, de la cual era sacerdote; pero Jesús afirmó que esa creencia no era verdadera, cuando dijo: “El viento sopla donde quiere, oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni dónde va”: así es aquél que es nacido, *que acaba de nacer del Espíritu*; renuncia de esas creencias falsas, caducas, y cree sólo en el Espíritu, aunque no sepas de dónde viene, ni para dónde va; porque después, quedando libre, aprenderás; el camello estando descargado y el buey sin yugo, les será fácil recibir *el fardo leve y el yugo suave*, prometido y ofrecido por Jesús a todos los que se encuentren preparados para el trabajo.

Pero Nicodemo, por más que Jesús lo explicase, no encontraba medios de comprender; o fingía no comprender; porque le era preciso abandonar las viejas creencias de su religión, que intentaban decirle de dónde venía él y para dónde iba, aunque el propio Nicodemo no creyese en las afirmativas falsas de la Religión de la que era sacerdote.

Y manifestándose admirado, se vuelve para Jesús y pregunta: “¿Cómo puede ser esto?”, a lo que el Maestro le respondió: “¿Tú eres maestro en Israel y no entiendes estas cosas? Si os hablo de

cosas terrenas y no me creéis, ¿cómo me creeríais si os hablara de las cosas celestiales?”

Al mismo tiempo, Jesús se muestra admirado por no comprender Nicodemo su Palabra tan clara. “¿Tú eres maestro, tú enseñas a los otros y no entiendes esto que te estoy enseñando? Si yo solamente estoy hablando de aquello que puedes ver con tus ojos, y que todos pueden observar todos los días – Si yo te muestro a los Espíritus naciendo en cuerpo, y los cuerpos naciendo del agua: te hablo de cosas que cualquier persona puede saber, porque son cosas que se ven siempre, bastando sólo prestar atención, y tu no entiendes; ¿cómo podré hablarte de las cosas celestiales, que nadie puede ver con los ojos de la carne, y que se hallan ocultas al hombre que sólo es nacido de la carne?”

Jesús prosiguió: Nosotros hablamos de lo que sabemos y atestiguamos lo que hemos visto; así sucede con lo que acabo de decirte; y no recibes mi testimonio; ese propio testimonio que está ante ti; ¿cómo podré hablarte de aquello que no está al alcance de tu vista?

Jesús terminó recordando a Nicodemo un pasaje de las Escrituras, que dice haber levantado Moisés una serpiente, en el desierto, por ocasión en que los israelitas atravesaron cierta región, después de la salida de Egipto, donde abundaban víboras venenosas, cuyas mordeduras mataban instantáneamente. Todos aquellos que miraban la Serpiente de Bronce no sufrían daño, aunque fuesen mordidos por las víboras.

Es que a Él, a Jesús, le importaba también sufrir todas las injusticias, todo el repudio de los hombres, ser levantado, ser crucificado; porque así su vida sería un ejemplo luminoso de la doctrina que Él predicaba, y todos aquellos que creyeran en sus palabras, tendrían la Vida Eterna, es decir, no estarían limitados, como están los demás hombres, a la vida terrena, como estaba el propio Nicodemo.

LAS ENSEÑANZA DE JESÚS A LA MUJER SAMARITANA

“Cuando supo Jesús que los fariseos conocían que él hacía y bautizaba más discípulos que Juan (aunque él mismo no bautizaba, sino sus discípulos) dejó Judea y salió otra vez para Galilea. Tenía que pasar por Samaria. Llegó a un pueblo llamado Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía. Llegó una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dijo: Dame de beber. (Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer). La samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (Es que los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús contestó: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te había dado agua viva. La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es profundo; ¿de dónde sacas esa agua viva? ¿Eres acaso tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus ganados? Jesús le respondió: El que bebe esta agua tendrá otra vez sed, pero el que beba del agua que yo le dé no tendrá sed jamás; más aún, el agua que yo le daré será en él manantial que salta hasta la vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para no tener sed ni venir aquí a sacarla. Jesús contestó: Anda, llama a tu marido y vuelve aquí. La mujer contestó: No tengo marido. Jesús le dijo: Muy bien has dicho que no tienes marido. Porque has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes no es marido tuyo. En esto has dicho la verdad. La mujer le dijo: Señor, ve que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se ha de adorar es Jerusalén. Jesús le dijo: Créeme, mujer; se acerca la hora que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y en ella estamos, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad. La mujer le dijo: Sé que vendrá el Mesías (es decir, el Cristo). Cuando él venga, nos lo aclarará todo. Jesús le dijo: Soy yo, el que habla contigo.”

(Juan, IV, 1-26).

Los tiempos que atravesamos son de renacimiento de los Evangelios, de predicación de la Palabra Divina. Parece que hemos llegado al tercer día, es decir, al día de la Resurrección del

Cristianismo, única doctrina que, en su pureza primitiva, nos proporciona todo el consuelo que necesitamos en la lucha por la vida y toda la luz que no nos puede faltar para la purificación de nuestras almas.

Llegando Jesús a Sicar, ciudad de Samaria, reposó cerca de la Fuente de Jacob, cuando, al mediodía, una mujer vino a sacar agua. El Maestro le pidió de beber y ella se sorprendió de que un “judío” le pidiera agua, porque los judíos no se trataban con los samaritanos, por motivos religiosos.

Jesús le hizo ver, entonces, que el “don” de Dios era más que un judío, más que un samaritano, y dijo a la mujer: “Si conocieras el “don” de Dios y quién es el que te pide agua, tú le habrías pedido “agua” y él te daría, porque quien bebiera del “agua” que yo le diera, nunca más tendrá sed.” La mujer creyó primero que Jesús le ofrecía un medio menos trabajoso de obtener el agua, sin buscarla en el Pozo de Jacob, pero después de afirmar el Maestro que la “Fuente” era manantial para la “Vida Eterna”, y después de haber revelado a la samaritana hechos ocurridos en su existencia, maravillada por las enseñanzas incomparables que recibió en aquél momento, enseñanzas que nunca tuvo ocasión de oír de los maestros samaritanos, dejó el cántaro y fue inmediatamente a la ciudad a llamar al pueblo para que fuese a ver a Aquél Hombre que le dijo todo lo que ella había hecho y preguntaba: “¿No será este el Cristo?”

Este cuadro, que dibuja los puros sentimientos de fraternidad en su elocuente lección, nos repite la adoración a Dios, en Espíritu y Verdad. Nos enseña aún más, que el “don” de Dios es la luz que nos guía a la Verdad, que esa luz no es privilegio de castas, de sectas, de familias. Jesús, siendo judío de nacimiento y afirmando que no era verdadera la adoración en el Templo de Jerusalén, así como no lo era en el Monte Garizin de los samaritanos, nos da una idea clara de que, estando Dios en todas partes, en todas partes debemos adorarlo, esforzándonos por cumplir su Ley.

El Maestro enseñó más, que el Agua que sacia toda sed es la que emana de lo Alto, su Doctrina, suministrada por el Espíritu de

Dios. Es así que, en un gran día de fiesta en Jerusalén, Él se levantó y exclamó: “Quien tenga sed venga a mí y beba. Quien cree en mí, como dice la Escritura, de su interior manarán ríos de agua viva.” (Juan, VII, 37-38).

Explicando las palabras del Maestro, dice Juan en el versículo siguiente: “Eso lo dijo refiriéndose al Espíritu que habrían de recibir los que creyeran en él.” El agua es, pues, la doctrina suministrada por el Espíritu.

¡Doctrina de vida, de luz, de verdad y de paz!

¡Doctrina que abarca a ambos mundos, el carnal y el de los Espíritus, única Doctrina que nos garantiza la felicidad eterna!

EL PARALÍTICO DE LA PISCINA

“Después de esto, los judíos celebraban una fiesta, y Jesús fue a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina llamada en hebreo Betsaida, con cinco soportales. En estos soportales había muchos enfermos, ciegos, cojos y paralíticos. Había allí un hombre, enfermo hacía treinta y ocho años. Jesús lo vio echado y, sabiendo que llevaba mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres curarte? El enfermo le respondió: Señor, no tengo a nadie que, al agitarse el agua, me meta en la piscina; y, en lo que yo voy, otro baja antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda. En aquél mismo instante el hombre quedó curado, tomó la camilla y comenzó a andar. Aquél día era sábado. Los judíos dijeron al que había sido curado: Es sábado y no puedes llevar tu camilla. Él les dijo: El mismo que me curó me dijo: Toma tu camilla y anda. Le preguntaron: ¿Quién es el hombre que te dijo: Toma tu camilla y anda? Pero él no sabía quién era, porque Jesús había desaparecido entre la mucha gente que allí había. Más tarde Jesús lo encontró en el templo y le dijo: Mira, has sido curado. No peques más, para que no te suceda algo peor. Él fue y dijo a los judíos que le había curado Jesús, y los judíos perseguían a Jesús porque hacía tales cosas en sábado. Jesús les dijo: Mi padre no deja de trabajar, y yo también trabajo. Por eso principalmente los judíos querían matarlo; porque no sólo violaba el sábado, sino que también llamaba a Dios su propio padre, haciéndose igual a Dios.”

(Juan, V, 1-18).

El progreso humano tiene como base la Revelación. Ella es la luz que en todos los tiempos ha iluminado las generaciones, para que conozcan los esplendores divinos.

Sin Revelación no hay Ciencia, ni Arte; no hay Filosofía, ni Religión.

En la infancia del Espíritu, la Revelación es como un velo que deja pasar únicamente una cierta porción de luz, para que no se le deslumbre el entendimiento; pero, a la medida que el Espíritu evoluciona; a la proporción que la inteligencia se desarrolla, el sentimiento se perfecciona y el Espíritu crece en conocimientos, la Revelación le abre horizontes nuevos, auxiliándolo en su ascensión para poseer la libertad total en el seno de los espacios infinitos.

Si consultamos la Historia de la Ciencia, veremos que nuestros inventos y los nuevos descubrimientos son oriundos de la revelación personal, cuyo ejecutor, Espíritu misionero que vino aquí para tal fin, no es más que un emisario de lo invisible que, en el momento de la realización de su tarea, es rodeado por los Mensajeros de la Inmortalidad para el buen cumplimiento de la tarea que vino a desempeñar.

La navegación marítima y aérea; la locomoción terrestre por el vapor y por la electricidad, ahí están como pruebas de lo que decimos, del progreso que nos anima alentado por el calor intenso de la Revelación.

El arte de hoy está más perfeccionado que el de ayer.

Nuevos instrumentos han proporcionado a los hombres trabajo que ayer les sería imposible ejecutar.

Lo mismo ocurre en la Filosofía y en la Religión. Según la Ley Mosaica y el atraso de aquella época, “Dios castigaba la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la 3ª generación”.

Por esa razón se proclamaba la lapidación de mujeres adúlteras en la plaza pública y prevalecía la ley de la resistencia: “ojo por ojo, diente por diente”.

Después, con la evolución religiosa, los profetas, bajo la influencia de la Revelación, es decir, de la comunicación de los Espíritus encargados del progreso humano, proyectaron más intensamente su luz, hasta la llegada del Cristianismo, doctrina excelente que no se puede comparar al Mosaísmo.

De ahí la distinción de la Antigua y de la Nueva Dispensación: Antiguo y Nuevo Testamento.

La Nueva Dispensación marca una nueva era en el mundo; pues, abolidos los artículos y párrafos del Código Antiguo, que violaban la Ley del Perdón y de la Caridad y proclamados estos Preceptos como único medio de salvación, Dios se dio a conocer en la magnitud de su amor, confirmando lo que dijo por boca del profeta: “No quiero la muerte del impío, sino que el impío se convierta y se salve.” (Ezequiel, XVIII, 23).

En la escala evolutiva de los conocimientos religiosos, como en todas las manifestaciones del pensamiento, la evolución, sea en el terreno material o en el plano espiritual, no se transforma bruscamente. Con mucha razón dijo el filósofo: *Natura non facit saltus*, “La Naturaleza no da saltos”.

La lectura de la Historia Religiosa apoya esta afirmación.

En la unión del Mosaísmo con el Cristianismo aparece la figura majestuosa de Juan Bautista, el mayor de los Profetas, empuñando el hacha para cortar de raíz los árboles estériles; la paleta, el arado y la piqueta, derrumbando colinas, montes, nivelando valles, para allanar veredas nuevas al intelecto humano, donde la simiente del Cristianismo debería germinar, brotar, crecer, florecer y fructificar.

Entrelazando en un mismo eslabón las verdades religiosas proclamadas en la Antigua Ley con las erigidas en la Nueva Ley, el Profeta separa y excluye, como quien separa la paja del trigo, las ideas nocivas para el desarrollo humano, para que puedan prevalecer las verdades prometedoras que Cristo grabó en los corazones de los que quieren seguir sus pasos amorosos.

Alrededor de esas verdades se reunieron los humildes, los sedientos de justicia, los hambrientos de nuevas verdades, los sufrientes vencidos por el peso del mundo, los afligidos a quienes las tinieblas oprimían la razón, los perseguidos por amor a la Justicia, todos los que, extasiados ante la gran figura del Profeta, tomaron nuevas veredas, que deberían conducirlos a Jesús.

Y fue para estos que el Maestro prometió el premio en los Cielos; fue para estos para los que reservó las bienaventuranzas, inclusive la gracia de ser llamados hijos de Dios, y de ver a Dios.

En fin, surgió el Cristianismo, que presenta una concepción de moral insuperable, aunque en el sentido filosófico y científico, pues el Cristianismo es Filosofía, Ciencia y Religión. Pero Cristo no dijo todo, dado el atraso del pueblo de entonces. Fue el que dio motivo a la Tercera Revelación, la más extraordinaria y poderosa manifestación de la Vida en la Eternidad.

La Humanidad no detiene su marcha y cuando parece detenerse por un instante, las aguas se agitan por la influencia de los ángeles y los cojos continúan caminando en busca de la perfección.

*

En Jerusalén había una fuente que el pueblo consideraba milagrosa; según creían, periódicamente descendía a aquellos lugares un ángel, que agitaba las aguas: el enfermo que se hallase en el estanque en el momento en el que se movía el agua, de allí salía completamente sano.

Como es natural, una romería de estropeados buscaba en el agua de Betsaida la curación para sus males.

Entre un gran número de cojos, ciegos y parálíticos, que allí se encontraban esperando que el agua se moviese, había un hombre que hacía 38 años estaba parálítico.

Jesús, cuya mirada escrutadora descendía a los pliegues más recónditos de la conciencia humana, lleno de compasión por el más enfermo de todos los dolientes y el más desprotegido que allí se encontraba, y para dar una enseñanza que debería repercutir a través de las generaciones, sin esperar la agitación de las aguas, él mismo, revestido del poder que le venía de Dios, decidió curar al parálítico, cuyos 38 años habían sido de martirio, y, por tanto, de reparación de los pecados que había cometido. Y con un gesto de generosidad se dirige al enfermo y le dice: “¿Quieres curarte?”

El enfermo, con su creencia infantil y sin conocer a aquél que consigo hablaba, le responde: “¡Señor! No tengo quien me ponga en el estanque cuando el agua se mueve.”

Entonces le dijo Jesús: “Levántate, toma tu camilla y anda.” E inmediatamente, a la influencia de la Divina Palabra, la parálisis desapareció; sus miembros se liberaron y el hombre quedó curado.

Son muchas las enseñanzas que recogemos de este episodio. Lo primero realza el hecho físico de la curación, que sobrepasa todo el entendimiento humano; lo segundo, la enseñanza moral que la

Nueva Revelación destaca y explica, tal como ninguna otra filosofía es capaz de hacer.

La poderosa acción de Jesús, cuya autoridad sobre los Espíritus maléficos era extraordinaria, unida a la manipulación de los fluidos atmosféricos convertidos en sustancia medicamentosa, explica la curación del enfermo que tantos años llevaba paralítico.

La Fluidoterapia ya representa hoy un papel destacado en la Medicina y los propios médicos no desconocen su valor, aunque le pongan nuevos nombres, como *sugestión*, *hipnotismo*, etc. Ese método de curar fue utilizado por los apóstoles y discípulos de Jesús, y los *médiums-curadores* se valen de él, actualmente, con gran provecho.

El Espiritismo, revelando a la Humanidad dónde beber las fuerzas y consuelos en las vicisitudes de la vida, enseña que podemos perfectamente, por intermedio de los mensajeros de Dios, conseguir la curación de nuestros males.

No hay milagros en este orden de hechos, sino simplemente fenómenos de toda una naturaleza espiritual, que los ignorantes no pueden comprender por no dedicarse a estudiar sus leyes y a investigar su origen.

Encarado por el lado científico, el hecho ahí está, tal como narra el Evangelio, y en Ciencia no es costumbre admitir solamente palabras; se exigen hechos, y hechos que se puedan verificar, como sucedió al paralítico de la piscina, lo cual no pasó desapercibido a los sacerdotes del tiempo de Jesús.

Encarando la narración del Evangelio por el lado moral, nos preguntamos a nosotros mismos: ¿Por qué un solo enfermo mereció la gracia de curarse sin la agitación de las aguas, mientras los otros permanecieron esperando el momento propicio para entrar en el estanque?

Es que, sin duda, todos los que allí estaban, como ocurre aun hoy con la mayoría de los enfermos que buscan las curas espíritas, buscaban únicamente la salud del cuerpo, la curación de los males físicos, mientras que el paralítico probablemente no sólo deseaba la libertad del cuerpo, sino también la del Espíritu.

El “agua movida” podría restablecer lo físico, pero, como materia que es, no alcanza al alma. Es lo que sucede a las aguas de varias fuentes, incluso de nuestro país – Caldas, Lindoia, Caxambu, Cambuquira.

Nuestras aguas termales curan también a los que tienen dinero y que a ellas se aproximan en cierto tiempo. Los que no lo tienen, quedan alrededor de las piscinas sin tener quien los sumerja en los estanques, al moverse las aguas, pero, muchas veces, reciben de lo Alto la virtud que los libera de los males. Y así como el agua del Pozo de Jacob no saciaba y nunca sació completamente la sed de la samaritana, el agua de la piscina, a su vez, no podía tampoco curar completamente a los enfermos; era una curación aparente, exterior, que dejaba a los enfermos, sujetos a molestias aún más graves.

Pero el punto principal del trecho evangélico es que, sin entrar en la *piscina*, el paralítico hacía 38 años, quedó curado.

Pero, ¿cuál es el motivo, preguntamos, del por qué Jesús se limitó a curar a uno, cuando habían tantos alrededor de la piscina? ¿Sería porque Jesús no podía o no quería curar a los otros?

Es, tal vez, porque sólo el paralítico por su creencia estuviese apto para recibir la salud, y los otros, no. Es, con seguridad, porque los otros no creían que Jesús pudiese curarlos, y tuviesen más fe en el agua de la piscina que en el Maestro; preferían el agua material a la espiritual.

Puede ser también porque los demás, con gran atraso espiritual y moral, rechazaron las exhortaciones del Maestro, pues no era costumbre de Jesús ir curando ciegamente sin anunciar a los enfermos la Palabra de la Vida.

Parece no haber duda sobre esta hipótesis de la exhortación. Las palabras del Maestro, al encontrarse él con el paralítico en el templo – “Mira, no peques más para que no te suceda cosa peor”, dan a entender que hubo, por ocasión de la curación, exposición doctrinaria que explicó el motivo de la enfermedad.

*

Ocurriendo la curación del paralítico un sábado, los judíos, que eran fieles observadores de los días, de las horas, de las prácticas exteriores y ritos de su Iglesia, se rebelaron contra Jesús por haber “violado el sábado”, y quisieron impedir al paralítico curado llevar su camilla. Pero a los recién curados, sin obedecer órdenes subalternas, se limitó a responder: “Aquél que me curó, dijo: Toma tu camilla y anda.”

“Él me dijo que caminase, yo no puedo dejar de escuchar su palabra para oír la vuestra, que nunca tuvo poder para curarme, ni incluso de colocarme en el estanco cuando el agua se agitaba.”

Volviendo a la recomendación de Jesús – “Mira, no peques más para que no te acontezca cosa peor”, el Maestro parece querer decir al paciente, como nos íbamos refiriendo, que aquella enfermedad tenía por causa el pecado que él cometió. Cesada la acción del pecado, bajo la palabrea de Jesús, cesó inmediatamente la enfermedad, siendo restituida la libertad al enfermo.

Pero los judíos eran ciegos de Espíritu, no veían lo que Jesús les mostraba; como ocurre con la mayoría de la Humanidad actual, semejante a un rebaño de ovejas ciegas guiado por ciegos, los judíos, en vez de aprender la lección que les era ofrecida, decidieron perseguir a Jesús, bajo el pretexto de que él curó en sábado.

Entonces el Maestro se dirige animosamente a ellos y les dice: “Mi padre no cesa de trabajar”, quiere decir: “Lo que está escrito en vuestra Ley, que Dios descansó el 7º día, tras la creación del mundo, no es verdad, porque Dios, mi Padre, trabaja sin cesar, y yo también trabajo siempre.”

Y así, esparciendo en todos los momentos de su vida en la Tierra, lecciones sustanciosas y edificantes a los que a Él se acercaban, Jesús estableció el amor a Dios y la Caridad, principios básicos de la Religión que debemos abrazar.

LA RESURRECCIÓN – EL ESPÍRITU – LA FE

“No os maravilléis de esto, pues llegará la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán; los que hicieron el bien resucitarán para la vida, y los que hicieron el mal resucitarán para la condenación.”

(Juan, V, 28-29).

“Cuando venga el defensor, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros también lo daréis, porque estáis conmigo desde el principio.”

(Juan, XV, 26-27).

“Vosotros habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo os voy a dar el reino como mi Padre me lo dio a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.”

(Lucas, XXII, 28-30).

“El Espíritu es el que da vida. La carne no sirve para nada.”

(Juan, VI, 63).

“Si tuvierais fe tan grande como un grano de mostaza, diríais a este sicómoro: Arráncate y trasplántate al mar, él os obedecería.”

(Lucas, XVII, 6).

Completándose el período de 40 días durante el cual Jesús, Señor y Salvador nuestro, después de la crucifixión y muerte de su cuerpo, permaneció con sus discípulos, congregándolos en un mismo Espíritu para que pudiesen, en la Iglesia Militante, comenzar la noble misión que les había sido otorgada.

Las apariciones diarias de Jesús a aquella gente que debería secundarlo en el ministerio de la Divina Ley, habían encendido sus corazones; y sus suaves y edificantes enseñanzas, llenas de mansedumbre y humildad, habían exaltado a aquellas almas,

elevándolas a las cimas de la espiritualidad, saneándoles el cerebro y preparándolos, como vasos sagrados, para recibir a los Espíritus santificados por su Palabra, como antes les había prometido Él, conforme narra el Evangelista Juan.

El Maestro tenía que dejar la Tierra, traspasar los mundos que oscilaban alrededor del Sol y elevarse a su suprema morada, para proseguir la tarea que Dios le confió.

Se aproximaba el momento de la partida. Él se iría, pero con amplia libertad de acción. Siempre que fuera útil vendría a observar el movimiento que se debería realizar entre las “ovejas descarriadas de Israel”, las cuales Él quería volver a conducir al “sagrado redil”.

Al darles sus últimas instrucciones, les recomendó que no saliesen de Jerusalén, (Lucas, XXIV, 49), donde se cumpliría la promesa de la que les habló, y que era la comunión con el Espíritu.

En ese ínterin, los discípulos lo interrogaron respecto al tiempo en que el reinado de Dios vendría a establecerse en el mundo. A lo que les respondió: “No os compete saber tiempos ni épocas de la transformación del mundo, pero sí ser mis testimonios en toda la Tierra, de la Doctrina que oísteis, para que el Espíritu sea con vosotros.”

Los discípulos deberían identificarse con el Espíritu y conocer el Espíritu de la Verdad, para que, con justos motivos, anunciar a las gentes, la Nueva de la Salvación que los libertaría del mal.

¿Quién sería, pues, ese Espíritu de la Verdad, ese extraordinario Consolador que, siendo portador de todos los dones y con todos los poderes, vendría a realizar una misión tan grande?

¿Sería un ente singular, milagroso, abstracto, sin significación decisiva y patente para los nuevos mensajeros, propulsores del progreso humano?

Ciertamente que no. El Espíritu Santo, Espíritu de la Verdad, Espíritu Consolador, representando en unidad la Ciencia el Amor, la Filosofía, ha de constituir forzosamente la colectividad de Espíritus evolucionados, no estando sujetos más a las vicisitudes terrenas, y en completa armonía para el buen ejercicio de la alta misión que, de hecho, desempeñaron y continúan desempeñando.

El Espíritu Santo no es un símbolo, una entidad abstracta, misteriosa, sino las altas individualidades, los ilustres sabios y santos del Mundo Espiritual, que asumieron el encargo de ejecutar la Ley Divina, y lo hacen aquí en la Tierra por el ministerio de los profetas, es decir, por los médiums, porque *profeta*, en lenguaje antiguo, no es otra cosa sino *médium*.

El Evangelio emplea en singular la expresión Espíritu Santo, no para designar una persona, sino una colectividad, como nosotros empleamos la palabra *gobierno*, para referirnos a la *junta gubernativa* de un país o de una ciudad.

Los discípulos, que iban a recibir la investidura de Apóstoles, constituían la Iglesia Militante, es decir, la que actúa en la Tierra; así como los Espíritus que componen la unidad santificante, constituyen la Iglesia Triunfante.

De manera que, en rigor, podemos afirmar que, actualmente, según se desprende de la lectura, Pedro, Pablo, Juan y todos los Apóstoles y los llamados Santos que se distinguieron por sus virtudes, forman parte de esa Unidad – Espíritu Santo, así como en el tiempo en que ellos estaban en el mundo, otros Espíritus Santos, del mundo Espiritual, vinieron a ser sus testigos y transmitir, por su intermedio, los mensajes divinos que les correspondía divulgar.

*

Pero, narran los *Hechos de los Apóstoles* que, habiendo Jesús concluido las enseñanzas preparatorias para que sus discípulos pudiesen recibir el Espíritu, estos vieron al Gran Mesías, de vuelta a la eterna morada, irse elevando por los aires hasta que desapareció ante los ojos de todos.

Maravillados con tan singular ascensión, llenos de alegría y admirados por el extraordinario poder del Divino Maestro, ellos se mantenían, con los ojos fijos en el cielo, cuando fueron atraídos por dos elevados Espíritus que, llevando vestiduras blancas, se pusieron a su lado, y les preguntaron: “Galileos, ¿por qué estáis mirando hacia el cielo? Este Jesús que se elevó en este momento de entre

vosotros para ser acogido en los Cielos, de la misma manera vendrá, cuando necesite visitar la Tierra.” (Hechos, I, 10-11).

¡Cuántos fenómenos interesantes, cuántos hechos espíritas de apariciones, de comunicaciones, de videncia, narra el Evangelio! ¡Cuántas pruebas de inmortalidad dio el ilustre Nazareno a sus discípulos! ¡Cuántas luces se esparcen de estos pasajes que estamos estudiando!

¿Cómo podrán aparecer dos varones con vestiduras blancas, si no hubiese Espíritus en el Espacio? ¿De dónde podrían venir ellos si no hubiese otra Vida más allá de la tumba? ¿Cómo podría estar Jesús cuarenta días, después de su muerte, con sus discípulos, si el hombre fuese todo materia? Y, ¿cómo podría Él elevarse a los espacios si ese cuerpo, que sobrevive a la muerte corporal, no fuese de naturaleza espiritual, como lo proclamó el Apóstol de los Gentiles?

Fueron esos hechos portentosos los que levantaron a los galileos conturbados por la muerte de su Maestro; fueron esas apariciones las que los llenaron de fe e hicieron que soportasen todos los tropiezos, afrontasen todos los suplicios y venciesen todas las barreras. Fue el grito de la Inmortalidad el que les despertó el raciocinio, les venció la timidez, les confortó el cerebro y el corazón para que saliesen por todas partes a anunciar a todas las gentes, la Palabra del Dios Vivo, los esplendores de la Vida Eterna.

Con la influencia de generosos sentimientos, llenos de vida, revestidos de energía, iluminados por esa Esperanza que sólo la verdadera Fe puede dar, es que ellos, descendiendo del Monte de los Olivos, donde habían recibido las órdenes del Hijo de Dios, volvieron a Jerusalén, donde esperaron la ilustre visita del Espíritu Consolador, para comenzar la misión redentora que con tanto coraje desempeñaron.

Y, entonces, pasaron diez días, más o menos, de profunda meditación, en fervorosas oraciones, manteniendo en la dulce calma del Cenáculo, los sentimientos de la más viva Fraternidad, que los envolvía con las afectuosas caricias de la mirada de Dios.

De entre todos, además de los once apóstoles, destacaban las santas mujeres, y el total estaba formado por 120 personas, que perseveraron unidas en oración y recordando las grandes enseñanzas que su Maestro les legara.

*

La Historia del Cristianismo es la suave melodía que canta la gloria de esos acontecimientos maravillosos de que nos hablan las Escrituras, comenzados en el Sinaí y sancionados por las reapariciones del Gran Enviado.

Quien estudie con buena voluntad y criterio, todo ese desarrollo de manifestaciones espíritas, todos esos fenómenos suprasensibles y supranormales relatados por todos los profetas y patriarcas referidos en el Antiguo Testamento y refrendados, en el Nuevo, por una suma no menos considerable de hechos, que están en íntima unión con el Mundo Espiritual; quien estudie con espíritu desprevenido todas esas manifestaciones espíritas que tanta esperanza nos vienen a dar, no puede dejar de tener una fe viva, robusta, inteligente, racional, de que el fin de la Religión es prepararnos, no sólo para la vida presente, sino también y, especialmente, para la futura, donde, en la Patria Invisible, proseguiremos nuestra labor de perfeccionamiento para aproximarnos a Dios.

Justificada en esos principios, nuestra Fe se yergue poderosa, inexorable, semejante a aquella “casa construida sobre la roca”, recordada en la parábola.

Es el sentimiento de la Inmortalidad el que nos anima, es la certeza de otra Vida la que nos hace vivir en esta con la frente levantada, sin desfallecer, aunque sangrando los pies por caminos pedregosos, dilacerando las carnes en las espinas que intentan impedir nuestra marcha triunfal hacia el Bien, hacia la Verdad, hacia Dios.

Es, revestidos de la Inmortalidad, que surcamos los mares borrascosos de la adversidad en frágil batel, sin que las olas impetuosas nos aparten del norte de la Vida.

Sin esas luces que nos vienen del Más Allá, sin esas claridades que surgen de las tumbas, sin ese poderoso faro hábilmente manejado por los Espíritus del Señor, ¿cómo podríamos mantener la estabilidad en la Fe?

Sin duda alguna, el Espiritismo es la base en la que se funda esa creencia que nos acerca y fortalece.

Es él también el que nos enseña la benevolencia, el amor, la humildad, el desapego a los bienes del mundo; las grandes lecciones de altruismo, de abnegación que la Inmortalidad nos impone.

¿Cómo podríamos, ante una sociedad materializada y metalizada, renunciar a gozos, a la fortuna, a las posesiones, a las comodidades, si no tuviéramos la seguridad de nuestras convicciones y si esas convicciones no se asentasen en hechos positivos, palpables, visibles, tangibles que los Espíritus nos proporcionan?

¿Cómo podríamos, en esta época de depresión moral que atravesamos, de mercancía vil, de descarada rapiña, de toda suerte de bajezas, cómo podríamos esforzarnos para liberarnos de la corrupción del siglo, hasta con prejuicio de nuestra vida material?

¿Cuál es el hombre racional que, teniendo la seguridad de que todo acaba en la tumba, renuncia a la fortuna, a los placeres, al bienestar, en beneficio de terceros, en beneficio de otros que tendrán también, forzosamente, como fin de la existencia, una simple fosa en el cuadrado de un cementerio?

¿Cuál es el loco que, pudiendo comer, beber, descansar, alimentarse del jugo de la vida, teniendo la seguridad de que todo termina con la muerte, va a vivir de los desperdicios, va a compartir su familia con los harapientos y parias que llenan las calles y las plazas?

Mirad las grandes catedrales con todos sus lujos, investigad a sus sacerdotes, observad a los felices del mundo con sus

comodidades, su fortuna, indagad sus creencias y veréis que la Fe no les anima el corazón.

Salid por las calles, por las plazas, agitad la bandera de la inmortalidad y veréis a todos esos gozadores lanzar sobre vosotros y vuestro estandarte las más duras maldiciones, las más locas injurias.

Es que les falta la Fe para el raciocinio, les falta el criterio que nace de la misma fe, les falta la verdad para guiarse mejor en el camino del deber impuesto por Dios.

Entretanto, así como piensan, actúan. Sólo creen en esta vida, aprovechan de ella todo lo que ella tiene de bueno, porque, de hecho, es irrisorio e irracional sacrificar placeres y comodidades para tener en recompensa los abismos de la *nada*.

Sin la Fe, ningún sentimiento generoso podrá levantar el alma humana; sin la Fe, ninguna caridad, ninguna esperanza, ninguna virtud puede nacer, crecer, florecer, fructificar en la conciencia de los hombres.

La Fe es el principal motor de la Religión, es el factor de todos los hechos nobles, de todos los encantos del alma, de todas las buenas acciones.

La Fe remueve todas las dificultades para aquél que camina hacia Dios; brilla en la inteligencia como el Sol en el espejo de las aguas; dignifica al hombre, lo eleva, lo ilumina y lo santifica.

No hay palabra que ocupe el menor número de letras y más sepa hablar a la razón y al corazón.

Con una sola sílaba expresa todo lo que necesita la criatura para conseguir su salvación.

Tener Fe es tener seguridad en nuestros destinos inmortales, es guiarnos por esa senda grandiosa, iluminada, que Cristo nos legó.

Tener Fe es poseer el mayor tesoro que el alma humana puede adquirir en la Tierra.

Fue interpretando esa gran virtud, que Pablo dedicó toda su gran Epístola a los romanos a la Fe, llegando a afirmar que todos los grandes de la Antigüedad, por la Fe, vencieron reinos, practicaron la justicia, alcanzaron las promesas, taparon las bocas a los leones, extinguieron la violencia del fuego, evitaron el filo de la espada; de

débiles se volvieron fuertes, se hicieron poderosos y pusieron en fuga ejércitos extranjeros.

El Espiritismo viene a realzar estos tres factores del progreso humano: la Resurrección, el Espíritu y la Fe, como partes integrantes de un mismo todo e indispensable al otro, testimonios vivos que se afianzan y se completan.

Ellos son las columnas principales del Cristianismo, que nos dan la visión de la Otra Vida, en la cual cogemos los frutos de nuestro trabajo, de nuestros esfuerzos por nuestro propio perfeccionamiento.

EL PAN DE LA TIERRA Y EL PAN DEL CIELO

“Al día siguiente la gente, que se había quedado a la otra parte del lago, notó que allí había sólo una barca y que Jesús no había subido a ella con sus discípulos, pues estos se habían ido solos. Entretanto, llegaron otras barcas de Tiberíades y atracaron cerca de donde habían comido el pan después que el Señor dio gracias. Cuando la gente vio que no estaban allí ni Jesús ni sus discípulos, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Lo encontraron al otro lado del lago y le dijeron: Maestro, ¿cuándo has venido aquí? Jesús les contestó: Os aseguro que no me buscáis porque habéis visto milagros, sino porque habéis comido pan hasta hartaros. Procuraos no el alimento que pasa, sino el que dura para la vida eterna; el que os da el Hijo del Hombre, a quien Dios Padre acreditó con su sello.”

(Juan, VI, 22-27).

Existe el pan del Cielo, así como existe el pan de la Tierra; existe el alimento para el alma, así como existe para el cuerpo; el alimento del cuerpo acaba, entretanto, como el cuerpo; el del alma permanece para la Vida eterna.

Quien solamente trabaja por los manjares de la Tierra, no tiene el alimento del Cielo; quien trabaja por el alimento del Cielo tiene el pan de la Tierra y el pan que permanece para la Vida Eterna.

Hay muchas especies de trabajo de la misma forma que hay diversas cualidades de trabajadores; trabajos de la Tierra, trabajos del Cielo en la tierra.

Aquellos yacen como tumbas bien adornadas en las necrópolis, que caen al rugir de las tempestades; los del Cielo aparecen en las alturas, iluminados por el fulgor de los astros y el brillo de las estrellas.

Lo que es de la Tierra, en la Tierra permanece; lo que es del Cielo, persiste en la Vida Eterna.

En el trabajo exclusivamente terreno, los miembros se cansan, el sudor gotea, el cerebro se aniquila, la vida se extingue.

En el trabajo del Cielo, la frente se eleva, el alma se engrandece, el cuerpo se fortalece, la mente se aclara, y la vida se eterniza.

Quien sólo trabaja para lo que es de la Tierra, trabaja para lo que perece. Quien trabaja para lo que es del Cielo, trabaja para el engrandecimiento moral y espiritual de sí mismo y de sus semejantes, trabaja por la comida que permanece para la Vida Eterna.

Hay Trabajo y trabajo; así como hay Pan y pan; así como hay tesoros en la Tierra y Tesoros en el Cielo.

Quien vive del Espíritu busca las cosas del Cielo; quien vive de la carne busca las cosas de la Tierra; la carne para nada sirve, el Espíritu es el que continúa viviendo.

“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para la Vida Eterna.”

RECONOCIMIENTO Y GRATITUD

“Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasó por entre Samaria y Galilea. Al entrar en una aldea, salieron diez leprosos a su encuentro, que se detuvieron a distancia y se pusieron a gritar: Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros. Al verlos, les dijo: Id a presentaros a los sacerdotes. Y mientras iban, quedaron limpios. Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando a Dios en voz alta y se echó a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era samaritano. Jesús dijo: ¿No han quedado limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo quien volviera a dar gracias a Dios, sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, anda: tu fe te ha salvado.”

(Lucas, XVII, 11-19).

“Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y no andaban con él. Jesús preguntó a los doce: ¿También vosotros queréis irnos? Simón Pedro le contestó: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.”

(Juan, VI, 66-69),

“Marta, que andaba afanosa en los muchos quehaceres, se paró y dijo: Señor, ¿te parece bien que mi hermana me deje sola con las faenas? Dile que me ayude. El Señor le contestó: Marta, Marta, tú te preocupas y te apuras por muchas cosas, y sólo es necesaria una. María a escogido la parte mejor, y nadie se la quitará.”

(Lucas, X, 40-42).

“Pilato les dijo: Tenéis guardias, id y asegurarlo como creáis. Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y montando la guardia.”

(Mateo, XXVII, 65-66).

“Pasado el sábado, María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a embalsamarlo.”

(Marcos, XVI, 1).

Reconocimiento y gratitud son las dos expansiones del alma humana, que señalan muy bien el estado moral de cada individuo.

El reconocimiento es el testimonio de la legitimidad de una cosa, de un hecho, de una persona.

El reconocimiento es principio inteligente que nos aproxima a la verdad.

Como acto de discernimiento, el reconocimiento puede dar lugar al buen y mal juicio que hagamos de un objeto o una persona.

Como virtud moral, el reconocimiento es el principio de la gratitud: donde aquel llega a su más elevada cima, esta comienza su espiral que se eleva al infinito.

El reconocimiento, que es discernimiento espiritual, obedece siempre al estado de espíritu del que juzga.

El reconocimiento, como producto del beneficio, es la confesión del bien, por el bien que el bien nos hizo.

La gratitud graba la idea del bien y mantiene, por el autor del beneficio, un vivo sentimiento de cariño.

El reconocimiento recuerda la idea del beneficio.

La gratitud aviva el recuerdo del benefactor.

El reconocimiento es un movimiento de inteligencia, variable, como variable es la inteligencia en cada ser humano.

La gratitud es una confirmación de la razón, sancionada por un gesto del corazón.

Hay reconocimiento y hay gratitud; donde aquél para, por no poder continuar su camino, esta comienza, en un surco de luz, la ascensión hacia la Eternidad.

No hay virtud más noble, por eso mismo más genial que la gratitud. Ella nos conduce por el amor y nos eleva a Dios.

Muchas son las almas reconocidas, pero pocas son las que tienen gratitud.

De los diez leprosos curados en tierras de Palestina, sólo uno volvió a dar gracias al Señor. De todos los restablecidos por el Señor no se cuentan, tal vez, tres, que siguiesen sus pasos. De todos los que oyeron de sus melodiosos labios la Palabra de Salvación, fue insignificante el número de los agradecidos; muchos fueron los

que reconocieron el Verbo de Dios, y mucho mayor fue el número de los que, a pesar de reconocerLo, despreciaron su Palabra.

Sacerdotes, doctores, rabinos, escribas, fariseos, gobernadores y césares, después de reconocer el Poder del Verbo Divino, decidieron crucificar al Inocente.

Y aquel mismo que después de haber mostrado su reconocimiento en la más alta expresión de inteligencia, se lava las manos por el derramamiento de sangre y accede al sacrificio de la víctima, porque no tiene el valor de ser grato.

El mundo está lleno de reconocidos, pero vacío de gratitud.

De ochenta y cuatro discípulos que siguieron al Maestro Nazareno, setenta y dos lo abandonaron en medio del camino dando motivo a la pregunta del Humilde Galileo a los otros doce: “¿También vosotros queréis irnos? A lo que Pedro respondió: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes Palabras de Vida Eterna.”

El reconocimiento incita el interés; la gratitud reviste el amor.

Marta y Lázaro son reconocidos, pero sólo María es agradecida: “*Venit mulier habens alabastrum unguenti nardo spicati pretiosi et fracto alabaastro, effudit super ejus* – una mujer con un frasco de fino perfume de nardo Lo ungió.” (Marcos, XIV, 3).

Nicodemo, movido por el reconocimiento, va al encuentro de Jesús, pero como no tiene gratitud, espera a la noche para acercarse al Hijo de Dios: *Nicodemo hic venit ad Jesum nocte*. (Juan, III, 1-2).

En el reconocimiento sólo actúa el interés.

En la gratitud es el amor el que habla.

Para guardar el sepulcro, Herodes envía soldados; Magdalena lleva flores y perfumes.

El reconocimiento es el principio inteligente que nos aproxima a la Verdad; la gratitud es un deber que a ella nos une.

En la vida particular, como en la vida social, hay reconocimiento y gratitud; pero aquél, cuando es ilustrado por la nobleza de carácter, es el principio en el que germinan las gracias que nos dan la pureza de sentimiento.

El reconocimiento es, finalmente, para la gratitud, lo que la bellota es para el caballo.

Así como aquella sólo se transforma en árbol por fuerza del tiempo y el poder de los elementos, el reconocimiento sólo se caracteriza en gratitud después de un cultivo perfeccionado de la Ley del Amor recordada por Cristo y de una evolución provechosa del Espíritu en los ciclos ascendentes de la Verdad.

LA PALABRA DE VIDA ETERNA

“Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y no andaban con él. Jesús preguntó a los doce: ¿También vosotros queréis irnos? Simón Pedro le contestó: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.”

(Juan, VI, 66-69).

La Inmortalidad es la luz de la vida; ella es el alma de nuestra alma; la esperanza de nuestra Fe; y la madre de nuestro amor.

Sin inmortalidad no puede haber alma, sin alma no hay esperanza, ni fe, ni amor; y sin esperanza, fe y amor todo desaparece de nuestra vista: familia, sociedad, religión, Dios.

La inmortalidad es la base, el cimiento, la roca viva donde se asienta esa trilogía sublime, es el faro luminoso que esclarece todas las virtudes, que ilumina toda sabiduría, que nos descubre, finalmente, los arcanos de nuestros destinos, resplandeciendo sobre nuestras cabezas el amor de Dios, esa aureola de santidad que brilla en la frente de los justos.

Es urgente, pues, que busquemos, primeramente, la inmortalidad, para creer firmemente en la Palabra de Jesús. Es urgente que estudiemos la inmortalidad, que conversemos con la inmortalidad, que oigamos a la inmortalidad con sus sustanciosas enseñanzas, a fin de, firmes y decididos, orientar nuestra vida, regular nuestros actos en la senda religiosa que nos fue trazada.

El hombre no puede atender al deber religioso sin conocer, y no puede creer que estudió al respecto sin que tener la seguridad de la inmortalidad, la convicción científicamente comprobada del seguimiento de la vida más allá de la tumba, donde, por sus esfuerzos, por sus trabajos, podrá conquistar la verdadera felicidad.

Sólo la fe en el porvenir nos libra del oscurantismo, del fanatismo, de la ignorancia.

La Palabra de Vida Eterna es la mayor belleza que Jesús nos legó.

Y así lo comprendieron sus discípulos cuando, al preguntarles el Maestro si no querían también irse como lo hicieron los demás que lo seguían ciegamente y con interés en panes y peces, respondieron: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

Jesús hizo muchas maravillas: curó enfermos, multiplicó panes y peces, transformó el agua en vino, calmó mares y vientos, pero esas maravillas no hacían quedarse a los doce discípulos; no fue por esas maravillas que ellos continuaron acompañando a Jesús, sino porque: “Sólo Él tenía la Palabra de Vida Eterna.”

La Palabra de Vida Eterna vale más que todas las maravillas, más que todo el mundo, porque las maravillas se acaban, el mundo se extinguirá, pero la Vida Eterna perdurará para siempre, y allí cogeremos los frutos de nuestra labor, el mérito de nuestros esfuerzos.

Cuando Pedro respondió a Jesús: “Sólo tú tienes palabras de Vida Eterna”, él ya había visto la Vida Eterna, Jesús ya lo había llevado al Tabor, donde llamó a los Espíritus de Moisés y de Elías, que hacía mucho que habían desencarnado, para testificarles la existencia de la Vida Eterna.

Moisés y Elías ya habían atravesado los umbrales de la muerte, y, entretanto, vinieron a demostrar que la muerte no existe en la acepción de la palabra, mostrándose así a los tres apóstoles, Pedro, Tiago y Juan.

Hay vida, no sólo en la Tierra, también hay Vida Eterna.

La Vida Eterna es el principio básico de la vida en la Tierra.

Y es de notar que el Maestro no se contentó con decir y demostrar que hay Vida Eterna, con la manifestación de Moisés y de Elías. Él mismo volvió de la Vida Eterna, tras la tragedia del Gólgota, para confirmar esa Nueva de Salvación.

Tomé no creía, porque no estuvo en el Tabor; dudaba de la Vida Eterna. Y cuando los otros discípulos contaron a Tomé que Jesús se les había aparecido, respondió que sólo creería si sus

manos tocasen las marcas de los clavos y la marca de la herida producida por la lanza.

Es de notar que el Divino Modelo no se negó a esas pruebas, sino al contrario, las permitió para que su discípulo recibiese la verdadera creencia.

Pero las apariciones de Jesús no se limitaron a los discípulos; se apareció a muchas mujeres y a más de quinientas personas, según narran los Evangelios.

Todo se extingue en este mundo: el dinero se acaba, las grandezas terrenas se desvanecen, pero la Palabra de Jesús permanece para siempre.

Quien quiera ser feliz, incluso en esta vida, necesita buscar la Palabra de Jesús y no separarse de ella.

De modo que, habiendo como hay, Vida Eterna y permaneciendo en ella la Palabra de Jesús, siempre seremos discípulos de aquél que vino al mundo para salvar y no para condenar al mundo. Y oyendo sus preceptos, imitando sus ejemplos, pidiendo a la Vida Eterna las luces necesarias para guiarnos en el mundo efímero en el que nos hallamos, no nos faltarán gracias y misericordias para vencer las luchas y extinguir las tinieblas que nos oprimen.

BUSCAD LA VERDAD Y LA LIBERTAD

“Jesús dijo a los judíos que habían creído en él: Si os mantenéis firmes en mi doctrina, sois de veras discípulos míos, conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres.”

(Juan, VIII, 31-32).

El hombre es un ser dotado de razón y sentimiento. Estos son los dos polos de la Vida Psíquica a través de la cual se realiza el eje del Ideal mantenedor de la evolución gradual del Espíritu.

El hombre es un ser polarizado por el raciocinio y animado por sentimientos de virtud, por afectos que lo prenden a la Fraternidad y sólo cuando utiliza esos atributos en busca de la Verdad, se levanta, se dignifica, se eleva y se santifica.

¡Fuera de esa esfera de acción y de educación el hombre es una *bestia*! ¡*Bestia* porque no siente, *bestia* porque no piensa!

Pensar es existir; asimilar afectos, virtudes, amor; es vivir: ¡*Cogito, ergo sum*! “¡Pienso, luego existo!”

Hay hombres que piensan; hay hombres que sienten; unos y otros están en los principios de la vida. Es necesario, entretanto, que el *pensamiento* vaya acompañado del *sentimiento*, porque el *pensamiento* sin el *sentimiento*, y el *sentimiento* sin el *pensamiento*, son facultades abstractas que encaminan al alma hacia el gran Ideal, pero no lo liberan completamente de la ignorancia y del atraso.

En el alma libre el *pensar* se completa con el *sentir*, y el *sentir*, con el *pensar*, porque la Verdad no teme al error, la luz no puede ser absorbida por las tinieblas.

Todos los grandes pensamientos sólo pueden ser asimilados después de ser sentidos, y todos los nobles sentimientos sólo pueden ser comprendidos después de ser pensados.

Cuando Descartes proclamó: *Cogito, ergo sum*, no sólo pensó, sino que también sintió; pensó existir y sintió la vida en sí mismo.

La comprensión no viene sólo del raciocinio, sino del raciocinio unido al sentimiento: estos son los dos grandes faros resplandecientes de la Senda de la Vida.

Abrid claros a vuestro entendimiento por el raciocinio; alargad las esferas del sentimiento; no os atemoriceís ante las alturas y las lejanías, porque el águila y el cóndor no traspasan el círculo de su vuelo; los pájaros tienen sus límites en los aires.

¡Hombres! Volad, desprendeos de la oscuridad de la ignorancia que cercena vuestra inteligencia y os ata a pesados dogmas.

¡Volad! ¡Dad expansión a vuestra razón, dejad palpitar vuestros corazones a los generosos sentimientos para ascender a las esferas de la Ciencia y del Amor, donde la Verdad brilla con todos sus esplendores!

¡Recordaos, oh hombres, que estáis dotados de razón y sentimiento!

¡Buscad la Palabra de Jesús, permaneced en su palabra, sed verdaderamente sus discípulos, y “conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres”!

EL CIEGO DE SILOÉ

“De camino, vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego? Jesús respondió: Ni este ni sus padres. Nació ciego para que resplandezca en él el poder de Dios. Debemos hacer las obras del que me envió mientras es de día. Cuando viene la noche nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Dicho esto, escupió en la tierra e hizo lodo con la saliva, le untó con ello los ojos y le dijo: Ve a lavarte en la piscina de Siloé (que significa enviado). Fue, se lavó y volvió con vista. Entonces los vecinos y los que solían verlo pidiendo limosna decían: ¿No es este el que se sentaba a pedir? Unos decían: Es este. Y otros: No, es uno que se le parece. Pero él decía: Soy yo. Y le preguntaban: Pues, ¿cómo se te han abierto los ojos? Él contestó: Ese hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó con ello los ojos y me dijo: Ve a lavarte a Siloé. Fui, me lavé y vi. Y le preguntaron: ¿Dónde está ese? Contestó: No lo sé.

Llevaron a los fariseos al que antes había sido ciego, pues era sábado el día en que Jesús había hecho lodo y abierto sus ojos. Los fariseos, a su vez, le preguntaron cómo había obtenido la vista. Él les dijo: Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo. Algunos fariseos dijeron: Ese no puede ser un hombre de Dios, pues no guarda el sábado. Otros decían: ¿Cómo puede hacer tales milagros un hombre pecador? Estaban divididos. Preguntaron de nuevo al ciego. A ti te ha abierto los ojos: ¿qué piensas de él? Él contestó: Que es un profeta. Los judíos no podían creer que hubiera sido ciego y ahora viese, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo, del que decís que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve? Los padres contestaron: Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Cómo ve ahora, no lo sabemos; ignoramos quién abrió sus ojos. Preguntádselo a él; ya es mayor y os puede responder. Sus padres hablaron así por miedo a los judíos, que habían decidido expulsar de la sinagoga al que reconociera que Jesús era el mesías. Por eso los padres dijeron: Ya es mayor y os puede responder; preguntádselo a él. Llamaron otra vez al que había sido ciego, y le dijeron: Di la verdad ante Dios; nosotros sabemos que este hombre es pecador. Él respondió: no sé si es pecador o no; sólo sé que yo era ciego y ahora veo. Le preguntaron: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Respondió: Ya os lo he dicho y no me habéis hecho caso. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos? Ellos le insultaron diciendo: Tú eres su discípulo; nosotros lo somos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios. Pero de este no sabemos ni de dónde es. Él les contestó: Es curioso: Vosotros no sabéis ni de dónde es, y él me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que le es fiel y hace su voluntad. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego

de nacimiento. Si él no fuera de Dios, no podría hacer nada. Le respondieron: Todo tú eres pecado desde que naciste, ¿y nos enseñas a nosotros? Y lo expulsaron de la sinagoga.

Jesús oyó que lo habían expulsado; fue a buscarlo y le dijo: Tú crees en el Hijo de Dios? él le respondió: ¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: lo estás viendo; es el que habla contigo. Respondió: Creo, Señor. Y se puso de rodillas ante él. Jesús dijo: Yo he venido a este mundo para que los que no ven, y los que ven se queden ciegos. Al oír esto, algunos fariseos que estaban con él le preguntaron: ¿Somos también nosotros ciegos? Jesús les dijo: Si fuereis ciegos, no tendríais culpa; pero como decís que veis, seguís en pecado.”

(Juan, IX, 1-41).

La vida de Jesús es una lección extraordinaria. Fuente de enseñanzas inagotables para la Vida Eterna, sólo por ella seremos capaces de fortalecernos para el cumplimiento de los designios divinos.

Todos los maestros de la Tierra se han equivocado y continúan equivocándose, sólo Jesús dijo la Eterna Verdad, que irá siendo asimilada en la proporción que crezcamos en su conocimiento y a medida que las gracias de Dios abunden en nosotros.

*

Jesús pasaba y vio a un hombre que era ciego de nacimiento, y después que vio al ciego conoció todo. Por la naturaleza de la ceguera conoció no sólo que el ciego lo era de nacimiento, sino también que sus padres no habían pecado para que el ciego así naciese, es decir, que la “mancha” no era hereditaria.

Conoció más el médico excelente que la ceguera de ese hombre no provenía de ningún pecado que él hubiese cometido; sino, que aquella larga enfermedad, antes de ser un castigo, era una gracia de Dios, para que sus obras fuesen manifiestas.

*

De estos párrafos que acabamos de leer, podemos suponer tres cosas:

1° - Que la ceguera de nacimiento es producida por pecados de los padres.

2° - Que la ceguera de nacimiento es producida por pecados del propio ciego.

3° - Que la ceguera de nacimiento es una gracia de Dios para que sus obras sean manifiestas.

Vamos a analizar estas tres proposiciones ligeramente.

¿La ceguera de nacimiento es producida por pecados de los padres?

Dura cosa es ir contra de las enseñanzas sagradas, o argumentar con el sentido de las Escrituras.

¿Cómo podremos afirmar, por un lado, que, “los hijos no pagan por los pecados de los padres”, y por otro, decir que “la ceguera de nacimiento es producida por pecados de los padres”?

¿No será, acaso, una injusticia y una blasfemia afirmar que, si los padres robaron, injuriaron, mataron, persiguieron, los hijos vengan a sufrir las consecuencias de estos desatinos, de estos males practicados por sus progenitores?

Si Jesús dijo a sus discípulos que cada uno es responsable por sus obras, ¿cómo puedo pagar yo por los pecados de mis padres?

Jesús no faltó nunca con la verdad; su palabra es de vida y de luz; en él no hay tinieblas; ¿cómo afirmar que la “ceguera puede tener como causa los pecados de los padres?”

Está escrito en el trecho del Evangelio, que más arriba figura, que, habiendo preguntado los apóstoles al Maestro: “¿Quién pecó para que este hombre naciese ciego, él o sus padres?”, Jesús respondió: “Ni él pecó ni sus padres.”

Por la pregunta de los apóstoles comprendemos que ellos creían que la ceguera de nacimiento era ocasionada, o por los pecados de los padres, o por pecados del propio Espíritu.

Y por la respuesta que Jesús les dio, también podemos comprender que a esa creencia no le faltaba fundamento, porque, si así fuese, Jesús, que les estaba enseñando y que era el Maestro de todos ellos, les diría: “Os equivocáis, con vuestro pensamiento, porque el pecado de los padres no puede cegar a los hijos, así como nadie puede pecar antes de nacer.”

Pero Jesús no les dijo esto: dejó que alimentasen su creencia, su modo de pensar, y se limitó a afirmar, *en cuanto a aquél ciego* que: “ni él pecó, ni sus padres, pero se había producido aquella ceguera para que las obras de Dios fuesen manifiestas”.

*

De hecho, de acuerdo con las enseñanzas de Cristo, iluminadas por el Espiritismo, los hijos no pueden pagar por los pecados de los padres, pero los pecados de los padres pueden llegar al auge de cegar a los hijos.

He aquí la interpretación de la creencia de los apóstoles, que Jesús no quiso destruir: Si los padres roban, los hijos no son responsables del robo; si ellos matan, los hijos no son responsables de la muerte; si ellos mienten, calumnian, difaman, los hijos no tienen que responder por la mentira, por la calumnia, por la difamación; pero si los padres educan a los hijos en esas pasiones, en esos vicios, esos defectos de los padres se reflejan en los hijos y los hijos pagan las consecuencias funestas de esa mala educación; de la misma forma, los padres tienen que presentar severas cuentas a Dios por las faltas que sus hijos practicaran, ya que ellas son causadas por la educación que recibieron en el hogar.

De modo que, sea hablando moralmente, sea hablando espiritualmente, los padres son condenados por las faltas de los hijos, y los hijos son condenados por las faltas de los padres.

Se cuenta la historia de una mujer que nunca supo dar educación al hijo y que, volviéndose este un ladrón y un asesino, fue condenado a la horca. Solicitado, como era costumbre en otros tiempos, hacer la última petición, dijo tener el deseo de besar a su

madre antes de morir. Le fue concedido permiso y para tal fin le hicieron a la vieja subir los escalones de la horca, donde se hallaba el hijo listo para ser ejecutado. Él abrazó a su madre, y, llegando su rostro al de ella, con los dientes le arrancó un pedazo de carne de la cara, y dijo: “Tú eres culpable de mi suplicio; él es el resultado de la educación que me diste.”

He ahí un hecho que resume millares de otros hechos que se llevan a cabo en el mundo: *de hijos que sufren el pecado de los padres y padres que sufren el pecado de los hijos.*

Así como ocurre en el plano moral, también ocurre en el plano espiritual.

¿Habría mal que más haya hecho sufrir a los hijos que la “religión” llamada “de nuestros padres?”

¿No es este el mayor de los pecados de los padres, por el cual pagan los hijos?

¿Qué les sucede a los hijos de los católicos y de los protestantes que heredan, como si la religión fuese dinero, casas o haciendas, la “religión de sus padres”?

Nosotros, que hemos tenido la felicidad de estar en relación con el mundo espiritual y de conversar con los “muertos”, sabemos bien de cerca cuan grandes son los sufrimientos de los que se llevan para Más Allá de la Tumba esa herencia sin valor. Aunque los comunicantes no dejen de ser Espíritus de cierta categoría, pasan mucho tiempo en gran perturbación; caminan de un lado para otro sin encontrar el Cielo, el Infierno y el Purgatorio, que habían recibido por “herencia” de sus padres; y comienzan a verificar que los sacramentos que recibieron no les hizo ningún beneficio, y hasta despertar de esa terrible pesadilla, beben la hiel que les fue dada, en vez del agua pura de la Revelación Espiritual. Y el dolor por el que pasan también los padres, perturbados, al ver alucinados a sus hijos, hasta el punto de no conocerlos, ni querer oírlos, para iniciarse en la Vida Espiritual.

Incluso excluyendo ese cuadro tan común, que se desarrolla en el otro plano de la Vida, ¿no será un sufrimiento atroz para un padre, pensar que su hijo fue para el “Infierno Eterno”, que le

enseñaron que existía al otro lado de la tumba? O entonces ¿el hijo que ve morir a su padre o a su madre, cree a esos seres queridos condenados para siempre en el Reino de Plutón?

He aquí cómo el padre paga por el hijo, y el hijo por el padre.

Cuando Jesús dijo que: “quien amase a su padre, a su madre, a sus hermanos y a sus amigos, más que a Él no sería digno de Él”, quiso afirmar que el pecado de creencias falsas y preconcepciones de los padres es tan venenoso, tan perjudicial, que llega a contaminar a los hijos, oscureciéndoles la visión de la Vida Espiritual.

¿De dónde vienen las guerras, el odio y las disensiones? ¿No será de las malas creencias de los padres, reflejándose en los hijos?

Dice la sentencia popular: “tal padre, tal hijo”, haciendo alusión a esa herencia tan perjudicial que impide el progreso de la familia y de la sociedad.

*

Encontrando Jesús al “ciego de nacimiento”, vio que la ceguera era de nacimiento y no provenía de pecado de los padres, por eso decidió curar al ciego.

Si la ceguera de ese ciego viniese del pecado de los padres, es muy posible que el Maestro no se lanzase a hacer tan dificultosa cura.

¡De cuántos ciegos espirituales está lleno el mundo, sin que el mismo Jesús actualmente los pueda curar!

Y ¿eso por qué? Porque la ceguera proviene del pecado de los padres; la “religión engañosa” de los padres hizo leucoma en los ojos de los hijos, y como la vista es cosa delicada, ellos no permiten que se les quite la catarata.

La ceguera puede ser causada por el pecado de propio ciego.

¿Cómo analizar esta hipótesis sin admitir la Ley de la Reencarnación?

¿Cómo puede Dios crear un alma pecadora, y, por ser pecadora, condenarla a la ceguera?

¡Admitiendo una única existencia terrestre para cada individuo, no se explica por qué unos nacen ciegos, otros sordos, otros lisiados, otros idiotas, otros estúpidos; mientras otros son sabios e inteligentes!

Las religiones dominantes no explican esas anormalidades.

Encarándose la cuestión ante la Filosofía Espírita, aquello que parecía hipótesis, vivir muchas veces en la Tierra, se vuelve realidad. Se llega a la conclusión de que el Espíritu ya existía antes del nacimiento del cuerpo, y continúa existiendo después de la muerte del mismo cuerpo, y, por una serie de vidas sucesivas, se va perfeccionando, pasando por pruebas necesarias para su progreso y adquiriendo conocimientos indispensables para su evolución.

El que es deformado hizo mal uso de sus miembros; el lisiado es el resultado del mal empleo que el Espíritu hizo de los órganos, cuando estuvo encarnado otra vez en la Tierra.

La lengua le fue dada al hombre para hablar bien; si habla mal, estará desviando su itinerario y se paralizará un día, como la locomotora fuera de sus carriles.

Los ojos son dos luminarias para guiar al cuerpo, como dice el Evangelio: si ellos no desempeñan esos menesteres, se oscurecen.

Esto es lo que se llama “ceguera producida por el propio ciego”.

Entretanto, este pecado es más fácil de extinguirse que el otro, esta ceguera es más fácil de ser curada que la otra, que resulta del pecado de los padres, porque cuando es el propio ciego el que peca, el pecador es uno sólo, pero cuando son los padres los que pecan, los pecadores son tres: el padre, la madre y el hijo; el padre porque enseñó, la madre porque confirmó, el hijo porque aceptó y refrendó el pecado, pasándolo a su descendencia.

El Evangelio dice que Jesús curó a muchos ciegos por sus propios pecados, durante su peregrinación en la Tierra. Además de aquellos a quien les abrió los ojos ante los mensajeros de Juan Bautista y en otras ocasiones narradas por los Evangelistas, Mateo

refiere que, después de la resurrección de la hija de Jairo, curó a dos que Lo seguían y clamaban: “Hijo de David, ten misericordia de nosotros”.

Cuando Jesús pasaba por el Camino de Jericó, otros dos clamaron: “Hijo de David, ten misericordia de nosotros.” Y el Divino Maestro los hizo recuperar la vista.

Pasemos a la tercera hipótesis:

La ceguera de nacimiento es gracia de Dios para que sus obras sean manifiestas.

Todas esas enfermedades incurables que Jesús curó, durante su pasaje por este mundo, son gracias de Dios; y los enfermos, lejos de ser pecadores y sufrir la consecuencia del pecado de sus padres, eran Espíritus misioneros, Enviados para que en ellos las obras de Dios fuesen manifiestas. Esto fue lo que Jesús quiso dar a entender, cuando curó al “ciego de nacimiento”, y dijo, en primer lugar, “que ni él ni sus padres pecaron, sino que eso sucedió para que las obras de Dios fuesen manifiestas”; y, en segundo lugar, cuando mandó al “ciego” lavarse en la *piscina de Siloé*.

Siloé quiere decir Enviado, y mandando Jesús a lavarse al ciego en aquella piscina, quiso mostrar a sus discípulos y a los demás, que asistían a la cura, que aquél “ciego” era “Enviado”. Enviado para que las obras de Dios fuesen manifiestas públicamente por su intermedio.

Pasemos ahora al ciego propiamente dicho.

Examen hecho en el ciego.

Jesús pasó, vio a un hombre ciego, vio que la causa de la ceguera no era pecado del ciego, ni de sus padres.

Vio más, que la ceguera, en vez de ser tiniebla, era luz, y decidió curar al hombre, porque, curándolo, las obras de Dios serían manifiestas.

*

Hacía muchos años que vivía el hombre que era ciego, y vivía andando por las calles porque era mendigo y pedía limosna.

Todos los días encontraban los fariseos a ese hombre y nunca se interesaron de examinarlo, ni de intentar curarlo. Fue necesario que los vecinos del ciego lo llevaran a la sinagoga, a la iglesia, para ser examinado por los sacerdotes del farisaísmo que, a pesar de todos los testimonios de ceguera, no querían creer que el hombre hubiese sido ciego de nacimiento.

Investigaron las pruebas, pero no creyeron en ellas; investigaron a los padres del ciego, y no creyeron en los padres del ciego; investigaron al ciego y no creyeron en el ciego; finalmente, por causa de todas las informaciones y afirmaciones, el ciego fue expulsado de la iglesia.

Sabiéndolo Jesús, decidió dar una lección a los fariseos, pues era preciso hacer que la obra de Dios resplandeciese aún con más intensidad.

Entonces, llamó al que era ciego y le preguntó: “¿Tú crees en el Hijo de Dios?” “¿Quién es el Señor?”, preguntó el ciego. “Soy yo, el que habla contigo”, respondió Jesús. El hombre que era ciego, dijo: “Creo Señor”, y se arrodilló ante él. Entonces, Jesús dijo abiertamente: *Yo he venido a este mundo para que los que no ven, y los que ven se queden ciegos.*

Esta sentencia demuestra la justicia de los designios de Dios y su admirable sabiduría.

El ciego que era pobre, que mendigaba, desprovisto de sabiduría, de alardes, expulsado de la iglesia, fue curado, vio a Jesús, afirmó su creencia en el Hijo de Dios y lo adoró.

Los fariseos, que no eran ciegos, que no eran pobres, que no mendigaban, que estaban llenos de sabiduría terrena, que eran sacerdotes y estaban dentro de las iglesias, vieron a Jesús, pero no creyeron en Jesús, no lo recibieron y hasta lo persiguieron y crucificaron.

¡Qué triste contraste hay entre los fariseos y el ciego!

¿Y por qué es así? Porque el ciego fue ciego por amor a la gloria de Dios, para que la gloria de Dios fuese manifiesta; mientras

que los fariseos se hicieron videntes por odio a la gloria de Dios, para que la gloria de Dios no fuese manifiesta.

¡El que no veía comenzó a ver, y los que pensaban ver se volvieron ciegos! Ciegos, completamente ciegos; ciegos de la peor especie de ceguera: la ceguera espiritual, enfermedad que permanece en la Vida Eterna.

Tan ciegos eran los fariseos, y tanto más ciegos se volvieron, que llegaron hasta no conocerse más e incluso no saber que eran ciegos. Tal fue la confusión en la que se hallaban que preguntaron a Jesús: “¿Nosotros también somos ciegos?”

Y Jesús les respondió, haciendo alusión al ciego de nacimiento al que había curado, porque no tenía pecado y por ser necesaria la manifestación de las obras de Dios: “Si fuéis ciegos no tendríais pecado alguno, pero vuestro pecado permanece, porque vosotros decís: *Nosotros vemos*”.

Pero, ¿qué veían los fariseos?

Veían el mundo, veían las calles, veían las casas, veían las cosas de la Tierra, veían el dinero. (*) Pero, ¿será esto, verdaderamente, *ver*? Si es así, cualquier asno también ve. El asno también ve las calles, las casas y los carros. Los fariseos veían como ven los asnos, pero no veían como ven aquellos que quieren ver manifiestas las obras de Dios. En verdad, ellos *no* vieron a Jesús, no vieron la cura del ciego, *no* vieron al ciego, *no* vieron las obras de Dios que fueron manifiestas a todos. Entretanto, el ciego fue curado ante ellos, Jesús estaban frente a ellos, y las obras de Dios fueron manifiestas ante sus ojos.

Las gracias de Dios son luces que nos iluminan el camino de la Vida, que nos muestran las obras divinas, desvendándonos el reino de la felicidad inmortal. Quien ama a Dios y procura acercarse a sus obras, si está ciego, ve; si está sordo, oye; si está mudo, habla; porque las obras de Dios fortalecen nuestros sentidos para extasiarnos con sus maravillas.

(*) Veían la Ley, y dice Pablo: “Es evidente que por la Ley nadie será justificado ante Dios, porque el justo vivirá de la fe.” (Gálatas, IV, 11).

VIDA Y DESTINO

“Todos los que vinieron antes de mí eran ladrones y salteadores, pero las ovejas no les hicieron caso. Yo soy la puerta; el que entra por mí se salvará; entrará y saldrá y encontrará pastos. El ladrón sólo entra para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.”

(Juan, X, 8-10).

La vida es una lucha tenaz, un caminar incesante para la realización del destino. El destino es la luz que, cuanto más nos aproximamos a ella, más ilumina y resalta los horizontes de la vida.

La vida material tiene el naciente y el ocaso: nace con las caricias promisorias de la aurora; muere oculta en las tinieblas de la noche.

¡Y la vida nace y renace tantas veces como las arenas del mar y los átomos del aire!

En la Tierra imperan las alternativas: el día extiende su luminoso lienzo de gasa, iluminando, a los ojos humanos, las bellezas de la Naturaleza; la noche nubla las alegrías y las esperanzas con su manto tenebroso.

En lo alto brillan las estrellas, pero aumentan las nubes; ahora, el aire derrama fluidos en los pétalos de las rosas y de los jazmines, perfumando la atmósfera; ahora, resuenan los rayos concentrando la savia de las plantas en el tallo trémulo de terror.

En las fases tan diversas de la vida terrestre, a la pureza del alma suceden las pasiones malsanas, y, a estas, la enfermedad y la vejez abrumadora.

Mientras rubios niños corren y saltan en los prados aterciopelados de musgos y sombreados por la arboleda, y los jóvenes fascinados por las grandezas y dominados por la sensualidad se internan en los lodazales, los viejos y desvalidos curvados por el peso de los años y de los dolores, caminan hacia la tumba con la esperanza del renacimiento.

En la alegría y en la tristeza, en la abundancia y en la miseria, en la vejez y en la juventud, en la salud y en la enfermedad, en la sabiduría y en la ignorancia, en la vida y en la muerte, el Espíritu puede detener su marcha ascensional hacia la Verdad, pero no se libra de su destino.

En las laderas de las montañas también surgen claridades y descienden chispas luminosas.

La luz del destino proyecta auroras desde el nacimiento hasta la muerte y resalta, en su plenitud, los horizontes de la Vida Eterna.

Tengamos fe: la vida es una lucha tenaz para la conquista de la perfección; el destino es grandioso y crea promisorias felicidades. ¡Todo camina hacia la luz!

En el camino recorrido por Cristo, brillan las verdades precursoras del destino; Él es la luz que alumbra a los hombres el derrotero de la perfección; en él está la Vida de todas las grandes almas; Él es el Camino, la Verdad y la Vida; Él nos guía hacia el destino y el destino es la Vida Eterna, donde reinan las más eternas felicidades.

Tengamos fe y caminemos con la Luz de la Vida por el camino trazado por Jesús; Buen Pastor, Él quiere que tengamos vida, y nos la da en abundancia.

LAS CONVERSIONES EN LA HORA DE LA MUERTE

“Jesús contestó: ¿No tiene doce horas el día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque le falta la luz.”

(Juan, XI, 9-10).

Uno de los hechos significativos que se han observado en las religiones de los hombres, y muy especialmente en la Iglesia Romana, es el de la conversión del hereje cuando se le aproxima la muerte.

Esos hechos son incluso comunes, sea porque el rebelde a la creencia, al aproximarse la hora fatal se agarra a todas las tablas que él cree que son de salvación y se declara convertido; sea porque, incluso contra la voluntad del delincuente, y cuando se trata de un personaje de renombre, la Iglesia lo convierte.

El hecho es que escritores materialistas, librepensadores, que pasaron la vida entera negando los “santísimos sacramentos” de la Iglesia, y hasta vivieron en actitud hostil a los reverendísimos prelados, en la ante-visión de la muerte se aproximan, o se dice que se aproximan a la Religión de Roma, y, algunos, a la Religión Protestante.

Parece una *ley fatal*, que en Psicología podría llamarse *inversión de ideas*, esa que separa a los sabios y pensadores personalistas de la Iglesia, e, in-extremis, los une de nuevo, tras el bautismo de la pila.

El fenómeno, entretanto, es perfectamente explicable.

El individuo que pertenecía a la Iglesia por herencia o donación, que le hicieron sus antepasados, llegando a la edad de la razón, no está conforme con los *artículos de fe* que le fueron impuestos; se considera, o lo consideran excomulgado, y en la expansión del genio, sea en el Arte, en la Ciencia o en la Filosofía,

apunta con certeras flechas los dogmas sacerdotales. Y cuando el entusiasmo declina y desaparece, como una llama, por falta de combustible, vuelve a su punto de partida, inconsciente, como era antes cuando era dilecto hijo de la Iglesia.

Entretanto, conviene no olvidar que ningún sabio, filósofo, artista o letrado, cuando en plena celebración de sus ideas geniales, tomó en serio el *problema del ser y del destino*, e incluso en sus palabras escritas y verbales, cuando alguien hacía referencia a la divinidad, no se mantenía a la altura de un verdadero hijo de Dios.

Esta proposición es digna de anotar.

Cada uno de ellos, destacándose lo más posible en su esfera de acción, creaba una religión personal que, forzosamente, tenía que ser absorbida por otra del mismo género, *humana*, que contase con mayor influencia, mayor número de individuos, como mantenedores materiales y morales de tal sistema.

El número es siempre vencedor, la fuerza mayor vence a la menor; mientras la acción perdura, perdura la reacción, pero cuando aquella declina, esta vence; y así la *religión* del número ha vencido.

El poeta en la expansión de su entusiasmo, el músico y el pintor absorbidos por la melodía de sonidos y la armonía de los colores, el filósofo absorto con la ética de los individuos, el sabio fascinado por las maravillas de la creación, el letrado extasiado con las letras, encerrado en las bibliotecas, cada cual compenetrado de las funciones que exalta su personalidad, se olvidan de los deberes espirituales para consigo, para con su semejante y para con Dios.

Entonces cada uno crea su *dios*, a quien levanta altares, donde ellos mismos son alabados como *creadores*, en detrimento del Creador.

Cuando llega el momento de la desilusión, en que la musa se desvanece, los oídos se cierran, la vista se oscurece, la razón se adormece, la Ciencia se degenera y la sabiduría no corresponde a las exigencias del alma, desaparece el *dios* que crearon, se derrumban los altares, y ellos, retrocediendo a la *creencia hereditaria*, llaman a las puertas de las Iglesias, que se honran en

tener como hijos, *aunque estén muertos*, a tan grandes personalidades.

No es el alma, en busca de la salvación, la que a la Iglesia causa regocijo, sino la *honra del nombre del muerto*, la que le satisface el orgullo.

La vejez es como la infancia: se entrega inconscientemente, forzada por las circunstancias, como el recién nacido al *bautismo sectario*.

En la víspera de la muerte física, como en el comienzo de la vida terrena, el hombre, que no descubrió los horizontes del alma, de la Inmortalidad, no indagó los arcanos celestes, las magnificencias de Dios, es siempre el mismo: infantil en su nacimiento, infantil en su decrepitud.

“Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque le falta la luz.”

No es el Arte, la Poesía, la Ciencia, la Filosofía, la elocuencia, la sabiduría terrena lo que dan la luz espiritual; no son los títulos honoríficos, brillantes y solemnes los que abren los ojos del alma; no es el agua, ni la sal, el óleo y media docena de palabras en lengua muerta, sino el estudio imparcial de la religión, estudio exento de preconceptos y de personalismo; es el estudio humilde con el propósito de conocer la verdad para abrazarla, es la sumisión a los designios de Dios, Causa Primera de todo cuanto existe.

La ley fatal del libre albedrío, del estudio, del trabajo, del libre-examen y sobre todo de la *vivencia* cristiana obliga a grandes y pequeños, a sabios e ignorantes.

¿No tiene doce horas el día? Pues, estudia, trabaja, examina e investiga mientras te favorece la razón, para que, cuando te falten las fuerzas y la muerte se acerque a ti, no te atemorice ni te trague en las tinieblas.

LOS PASOS DE JESÚS

“Os he dicho estas cosas estando con vosotros; pero el defensor, el Espíritu Santo, el que el Padre enviará en mi nombre, él os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho.”

(Juan, XIV, 25-26).

La Religión de Jesús es la eterna Religión de la Luz y de la Verdad. Ella no se limita a la práctica de simples virtudes, tal como los hombres creen. Abarcando los amplios horizontes de la Vida Espiritual, nos enseña los medios indispensables para adquirir la Inmortalidad.

La Religión de Jesús no desaparece en la tumba, sino que se eleva como un Sol majestuoso más allá del sepulcro; donde todo parece sumergirse en tinieblas, en la nada, la Verdad y la Vida se manifiesta con todo su fulgor.

¡La Religión de Jesús no es la Religión de la Cruz, sino la Religión de la Luz! ¡No es la Religión de la Muerte, sino la de la Vida! ¡No es la Religión de la Desesperanza, sino la de la Esperanza! ¡No es la Religión de la Venganza, sino la de la Caridad! ¡No es la Religión de los Sufrimientos, sino la de la Felicidad!

La muerte, la desesperación, el martirio, los sufrimientos, son oriundos de las religiones humanas, así como la Cruz es el instrumento de suplicio inventado por los verdugos de la vieja Babilonia, de la Roma Primitiva, cuyos señores masacraban cuerpos y almas, infringiendo los preceptos del Decálogo.

La Religión de Jesús no es la Religión de la Fuerza, sino la Religión del Derecho.

Cuando las multitudes absortas se acercaban al Maestro querido, para oír sus prédicas investidas de Fe, perfumadas de Caridad y resplandecientes de Esperanza, nunca el Joven Nazareno

les hizo señales con una cruz; nunca pretendió poner sobre los hombros de sus infelices hermanos el peso del madero infamante.

Por el contrario, los atraía con su mirada piadosa, con sus exhortaciones sublimes y con sus amorosos consejos; para todos tenía palabras de perdón, de afecto y de consuelo.

A los afligidos y desanimados les decía: “Venid a mí, vosotros que estáis sobrecargados; aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón; llevad sobre vosotros mi yugo, que es suave, mi carga, que es ligera, y tendréis descanso para vuestras almas.”

La gran misión de Jesús fue destruir todas las cruces que el mundo había levantado; arrasar todos los calvarios. Él fue el portador del bálsamo para todas las heridas, del consuelo para todas las aflicciones, de la luz para todas las tinieblas.

Sólo aquél que tuvo la dicha de recorrer las páginas del Nuevo Testamento y acompañar los pasos de Jesús desde su nacimiento hasta su muerte y gloriosa resurrección, bien podrá valorar en qué consiste la Doctrina del Resucitado.

Es admirable ver al Gran Evangelizador en medio de la plebe harapienta, repartiendo, con todos, los tesoros de su amor. Les hablaba la lengua del Cielo; los convidaba a la regeneración, a la perfección; les hacía percibir el futuro lleno de promesas saludables; los animaba a buscar las cosas de Dios; finalmente, procuraba grabar en aquellas almas, turbadas por el sufrimiento, el benévolo reflejo de la Vida Eterna, que Él tenía por misión ofrecer a todas las almas.

Jesús no fui el emisario de la espada, el gladiador que lleva el luto y la muerte a la familia y a la sociedad; sino el Médico de las Almas, el Príncipe de la Paz, el Mensajero de la Concordia; el Gran Exponente de la Fraternidad y del Amor a Dios.

A lo largo de los caminos pedregosos por donde pasó, por las ciudades y aldeas, el Maestro animaba a sus oyentes a ser buenos, les mostraba los tesoros del Cielo y a todos les garantizaba el auxilio de ese Dios Invisible, cuyo amparo se extiende a los pájaros del cielo y a los lirios de los campos.

Tras su admirable Sermón de la Montaña, y para demostrar la acción de sus palabras, cura a un leproso que, postrado a sus pies, lo adora, diciendo: “¡Señor, si quieres, puedes curarme!”

En su viaje por Cafarnaum, un centurión se aproxima a él y le pide que cure a su criado: el ejército celestial se pone en movimiento y el enfermo se restablece.

Llegando a la ciudad de Cafarnaum, entra en casa de Pedro y encuentra en la cama, presa de una fiebre maligna, a la suegra de este. Inmediatamente, a la imposición de sus manos compasivas, la pobre anciana se levanta.

Acompañado de sus discípulos, en una barca en el Mar de Galilea, se desencadena una tempestad, el viento sopla fuerte y las olas se encrespan. Los discípulos, llenos de pavor, llaman al Maestro, y a una palabra suya los vientos cesan y el mar se calma.

Cuando llegan a la otra orilla, él retira una legión de Espíritus malignos que obsesaban a un pobre hombre.

Al salir nuevamente de la tierra de los gadarenos y de vuelta a Cafarnaum, unos hombres se aproximan al Nazareno y le llevan un paralítico que yacía en una camilla. El enfermo recibe el perdón de sus faltas y el hombre, curado, da gracias a Dios.

Jairo, uno de los dirigentes de la sinagoga, sabiendo los grandes prodigios realizados por Jesús, corre a su encuentro y le pide que libere a su hija de la muerte. Mientras Jesús camina hacia la casa de Jairo, una mujer que sufría, hacía doce años, molestias incurables, le toca la túnica y sana. Llegando el Maestro a la casa del fariseo, libra a la jovencita de las garras de la muerte.

Cuando Jesús sale de la casa de Jairo, dos ciegos corren tras el Maestro, clamando: “Hijo de David, ten misericordia de nosotros” Sus ojos se abren y ellos salen a divulgar, en Galilea, las grandes cosas que el Señor les hizo.

En el mismo instante un grupo de hombres le traen al hijo de Dios un mudo endemoniado; Jesús expulsa al Espíritu maligno y el mudo recupera el habla.

Y en proporción que las gracias eran dadas, la multitud crecía, porque en ellas crecía la Palabra de Dios; y Jesús andaba por todas

partes anunciando a todos el Reino de Dios: contaba parábolas, hacía comparaciones y, bajo la forma de alegoría, propagaba en las almas la Voluntad Suprema para que todos, evitando obstáculos, pudiesen, con el auxilio divino, liberarse de los sufrimientos oprimentes por los que pasaban.

Durante un largo período de tres años consecutivos, Jesús, todo dedicado a la gran misión que tan bien desempeñó, no perdió un solo momento para dejar bien clara su tarea liberadora.

Gran Reformador Religioso, derogó todos los cultos, todos los ritos, todos los sacramentos de invención humana, que sólo han servido para dividir a la Humanidad, formar sectas, constituir partidos, en perjuicio de la unificación de los pueblos, de la fraternidad que él supo proclamar bien alto.

Y fue por eso que fariseos y escribas, sacerdotes, doctores de la Ley y pontífices congregados en complot maléfico, hostigaron a la muchedumbre bestializada contra el Cariñoso Rabino, y, unidos a los Herodes, a los Caifases, a los Pilatos y Tartufos; unos por malevolencia sanguinaria, otros por ambición y orgullo, otros por avaricia, vil mercancía, cobardía y servilismo, llevaron al Afectuoso Evangelizador al Patíbulo infamante, torturándolo hasta la muerte.

Pero el triunfo de la Verdad no se hizo esperar; cuando todos creían muerto al Redentor del Mundo, cuando creían haber extinguido su Doctrina de Amor, he aquí que la Piedra del Sepulcro, donde habían depositado el cuerpo de Mozo Galileo, estremece al toque de los luminosos Espíritus; la cavidad de la roca se muestra vacía; Jesús se aparece a María Magdalena, resuena por todas partes el eco de la Resurrección.

Triunfante de las calumnias, de las injurias, de los tormentos, de los suplicios, de la muerte, el Hijo Amado de Dios recomienza sus valiosas lecciones, embalsamando a sus queridos discípulos con los efluvios de la Inmortalidad, únicos que nos garantizan Fe viva, Esperanza sincera y Caridad eterna.

No valió la prevención de los sacerdotes, la orden de Pilatos; no valieron los sellos que lacraban el sepulcro ni los soldados que lo guardaban; en el amanecer del primer día de la semana todo fue

derribado, y Cristo, resucitado, volvió a la arena mundial, victorioso en la lucha contra sus terribles verdugos.

Y en su narrativa llena de sencillez, dice el Evangelio, por todos los Evangelistas, que Cristo Jesús apareció después de muerto, se comunicó con los once apóstoles, se apareció a los demás discípulos, y, después, a más de quinientas personas de las cercanías de Jerusalén; les explicó nuevamente las Escrituras, les repitió la Doctrina, que no puede quedar encerrada en una tumba, ni en una Iglesia; delante de ellos realizó fenómenos estupendos, como la Maravillosa Pesca, les anunció todas las cosas que debían suceder, les garantizó la venida del Consolador, les prometió, además de eso, su asistencia hasta la consumación de los siglos, no sólo a ellos, sino a todos los que siguiesen sus pasos y se elevó a las altas regiones del Espacio, desde donde velaría por nosotros.

La Religión de Jesús no consiste en dogmas y promesas falaces; es la Religión de la Realidad.

Religión sin manifestaciones y comunicaciones de los Espíritus, es la misma cosa que una ciudad sin habitantes o una casa sin moradores.

La Religión consiste justamente en esa comunión de Espíritus, en ese auxilio recíproco, en ese afecto mutuo.

¿Por qué es Cristo nuestra esperanza y nuestra fe? ¿Por qué le dedicamos amor, respeto y veneración? ¿Por qué le confiamos nuestras aflicciones? ¿Por qué le hacemos oraciones? ¿Por qué le dedicamos admiración y le rendimos gracias?

Porque sabemos que Él puede y viene a iluminarnos la vida, a fortalecernos la creencia, nos protege y nos ampara, nos auxilia y acaricia, como un padre dedicado proporcionaría la felicidad y el bienestar a sus hijos.

Pues siendo Cristo las primicias del Espíritu, como lo afirma el Apóstol Pablo; estando nosotros seguros de que Él resucitó, apareció, se comunicó, ¿por qué no pueden hacer lo mismo aquellos Espíritus que fueron nuestros amigos y parientes, aquellos que vivían con nosotros, manteniendo mutuo cariño?

En la *Epístola a los Corintios*, el Apóstol de la Luz, dice: “Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó y es nula nuestra fe.”

La resurrección de Cristo implica la resurrección de los muertos; y si fuese contraria a la Ley de Dios, la manifestación, la aparición, la comunicación de los muertos, Jesús hubiera infringido esa Ley; hubiera ido al encuentro de su primer mandamiento, que dice que tenemos la obligación de obedecer a nuestro Padre Celestial, a amarLo de todo nuestro corazón, entendimiento y alma y con todas nuestras fuerzas.

Pero ya que Cristo se apareció y se comunicó, es una señal segura de que la Ley de Dios consiste en la comunicación de los Espíritus. ¿Jesús no invocó, en el Tabor, a los Espíritus de Moisés y Elías?

Esta es la Religión de Jesús, pues se basa en hechos irrefutables; esta es la Religión de la Fraternidad, porque tiene por base el amor verdadero, que no termina en la tumba; seguir los pasos de Jesús es lo bastante para que seamos guiados por Él y vencamos también como Él venció, la muerte, como el triunfo de la Resurrección.

EL SERMÓN DE LA ÚLTIMA CENA

(Juan, XIV – XVIII).

El Sermón de la última Cena es tan importante, edificante y sustancial como el Sermón de la Montaña.

Este es la entrada del Espíritu en la Vida Perfecta; aquél es la fuerza, la esperanza y la fe para proseguir en tan gloriosa senda.

El Sermón de la Montaña es la prédica pública, dirigida a la multitud que, sedienta de la Verdad, corría presurosa a beber, en la fuente primordial, las enseñanzas que les aclaraban el entendimiento y les acariciaba el corazón oprimido.

El Sermón de la última Cena es el conjunto de consejos, exhortaciones y recomendaciones que Jesús dirige particularmente a aquellos que, de hecho, quieren ser sus discípulos.

Lean los capítulos XIV, XV, XVI y XVII de Juan y verán en ese discurso de Jesús, la bella, indiscutible, concisa y maravillosa Doctrina Cristiana que el Respetable Maestro fundó en la Tierra.

El Lavapies y la Cena no son más que símbolos, pretextos para la reunión, donde el Maestro debería exhortar, consolar y fortalecer a sus discípulos, para que, con fe y coraje, resistiesen a las pruebas por las que pasarían con la Tragedia del Gólgota.

Lo principal de tal reunión no consiste, pues, en la Cena y en el Lavapies, como creen las Iglesias y los sacerdotes. Lo principal consiste en las Enseñanzas que de ahí se extraen, como luces fulgurantes, a través de las páginas de los Evangelios.

Después de haber repartido Jesús con aquellos que deberían cuidar de su Doctrina, el Pan, que para Jesús simbolizaba la misma Doctrina, y el Vino que, como esencia de la Vida, representa el Espíritu que ha de vivificarla siempre; después de tomar una palangana y una toalla, lavar y enjugar los pies de todos, en señal de humildad y pureza del alma, comienza su memorable discurso con las doce palabras de resignación, bienestar y esperanza: “No se turbe vuestro corazón; ¿creéis en Dios? Creed también en mí; en la

Casa de mi Padre hay muchas moradas...” Y prosiguiendo en sus conceptos les garantiza que, ni él, Jesús, dejaría de asistirlos y protegerlos, así como también bajo su dirección, el Padre Celestial les enviaría el Espíritu Consolador, cuya falange de Mensajeros los auxiliaría en su gloriosa tarea.

Jesús les proporciona toda clase de auxilio, les garantiza todas las bienaventuranzas, les dice que continuaría viviendo, volvería, se manifestaría y los asistiría por todos los siglos de los siglos.

Aún hace más; les avisa de que no se manifestaría al mundo, porque el mundo no estaba preparado para recibirlo; los hombres no tenían los “cuerpos lavados” cuanto más los pies para seguirlo. Garantiza, finalmente, a sus futuros apóstoles, el Amor de Dios, y añade que todo lo que les había dicho fue con el consentimiento del Padre: que la Palabra no era suya, sino de Dios.

Tras esta sustanciosa advertencia, propagó en sus discípulos el espíritu vivificante de la fe en la inmortalidad y, en forma de Parábola, prosiguió en sus exhortaciones.

El Maestro comienza comparándose a una Vid, y anuncia que es la “Verdadera Vid”.

La vid está compuesta de tronco, gajos, hojas y frutos. Los gajos salen del tronco y su finalidad es producir hojas y frutos.

Así también sus discípulos deben estar unidos a él, como los gajos a la vid, y para permanecer en la Vid necesitan dar frutos, como gajos que son de la Vid Verdadera. Y les hace ver que la “vara que no diera frutos será cortada y lanzada fuera”, mostrando así la necesidad del trabajo espiritual para la fructificación de la virtud. Y así como el *gajo*, la *vara* recibe la savia de la vid, labora, la manipula para que broten los frutos, – las uvas – así también los apóstoles o discípulos reciben el Espíritu de la Fe de su Maestro, para trabajar con ese Espíritu, bendita savia, a fin de brotar los frutos de esa labor.

A fin de apropiarse mejor la necesidad del cumplimiento de ese deber, Jesús dice que el Viticultor de la Vid, representado en él, es el Padre Celestial, es el Creador de todas las cosas, es, finalmente, Dios.

Con esta afirmación, el Maestro quiso decir que su obra es divina, celestial y, por tanto, ninguna potestad conseguirá destruirla, pues el Viticultor no dejará de velar por su Vid.

Entonces el Señor abre a sus seguidores su amoroso corazón, embalsamado de los más puros sentimientos y de los más vivos afectos y les dice: “Así como el Padre me amó, así también yo os amé; permaneced en mi amor; y si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.”

Dijo más: que ellos sólo serían sus amigos si hiciesen lo que él les ordenara, y pasó entonces a prevenirlos de lo que les debía suceder: “que el mundo los aborrecería, que ellos serían perseguidos, pero que no se diesen por vencidos, porque vencerían”.

Insistió tenazmente para que todos esperasen la “venida del Espíritu de la Verdad, de los Espíritus encargados de guiar sus pasos, de iluminarles el Camino, de fortalecerles la Fe”. Dijo que esos Espíritus darían testimonio de él, y harían más aún: “convencerían al mundo del pecado, de la justicia y del juicio”.

Determinó que sus discípulos dijese a las generaciones que *él no había dicho la última palabra, sino al contrario, quedaban muchas cosas por decir; no lo hacía porque ellos no comprenderían, pero el Espíritu de la Verdad estaría encargado de esa misión; Apóstoles invisibles estarían siempre con aquellos que quisiesen recibir su Palabra, y además de explicarla con alegría, anunciarían las cosas que deberían suceder.*

Finalmente, el Maestro ofrece, a sus seguidores, su Palabra de despedida; demuestra su compasión por todos; los exhorta nuevamente para que se prevengan de las tribulaciones; los anima a la victoria; se muestra como vencedor y les anuncia la aproximación de la hora en que iban a ser esparcidos, cada uno para su lado.

Concluye, al final, su tocante prédica con una oración, un clamor del alma para santificar mejor sus palabras, para hacerlas vibrar en el alma de sus discípulos, para unir aquella *Iglesia Naciente* a los Agentes de la Divina Voluntad; para unir aquél puñado de hombres, que en el futuro serían el baluarte de la Verdad;

finalmente, para demostrarles que estaba en íntima unión con el Padre de los Espíritus y que de Él había recibido todas las órdenes.

Es que Jesús, en esa misma oración, no sólo oró por aquellos que se hallaban con él; sino que rogó hasta por nosotros, que meditamos hoy en sus enseñanzas y por todos aquellos que más tarde recibirán esas enseñanzas.

Esos actos, esas palabras, ese espíritu de dedicación, ese celo sobrehumano, ese carácter edificante con que el Divino Maestro ilustró todos los momentos de su vida, ungidos siempre de aquella caridad que excede a todo entendimiento humano; esa oración extraordinaria, admirable, en que, en un coloquio de amor con el Supremo Creador, resumió, dio cuenta de su grandiosa misión y al mismo tiempo solicitó para todos el amparo de los Cielos, sólo podían ser apreciados a la luz del Espiritismo, porque es, en Verdad, esta Doctrina que estaba destinada por el propio Jesús a propagar en el alma humana la savia vivificante del Evangelio.

El Sermón de la última Cena encierra, como el de la Montaña, todas las condiciones doctrinarias, para hacer feliz al hombre en la Tierra y divinizarlo en los Cielos.

Quien escucha estas Palabras y pone en práctica esas enseñanzas edifica su casa sobre la roca; y aunque soplen los vientos y se desborden las aguas, la casa permanece y el amparo de los buenos Espíritus nunca falta a sus moradores.

COMUNIÓN DE PENSAMIENTO

“Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy afable y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.”

(Mateo, XI, 29-30).

“No ruego sólo por ellos, sino también por los que crean en mí a través de su palabra. Que todos sean una sola cosa; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean una sola cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí.”

(Juan, XVII, 20-23).

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí.”

(Juan, XIV, 6).

Comunión viene del latín *comunio*, que quiere decir, “sociedad, participación mutua”, y, según Cicerón, “parentesco, relaciones comunes de opiniones y creencias”.

Pensamiento es un acto particular del Espíritu, o una operación de inteligencia.

Comunión de pensamiento es, por tanto, participación del Espíritu.

Comulgar viene de la palabra *communicare*, “comunicar, conversar, participar, corresponderse”.

El P. Manuel Bernardez dice:

“La confianza con que los santos de la Tierra se *“comunican* con los santos del Cielo.”

Garret dice: “*Comulgaba* silenciosamente conmigo en estas graves meditaciones.”

Comulgar de pensamiento es tener el mismo modo de pensar: la misma creencia religiosa, científica, política o literaria.

Los hombres de ciencia tienen su exégesis implacable; los literatos están sujetos a ciertas y determinadas reglas; los políticos tienen su comunión exclusiva, y el sectarismo religioso su comunión de pensamiento intolerante, como se muestra en nuestros días.

Pero el hombre verdaderamente religioso, discípulo de Jesús debe comulgar en pensamiento con su Maestro.

Por eso es que el Nazareno se expresó así: “Aprended de mí que soy humilde y manso de corazón; cargad mi yugo y mi fardo; sed uno conmigo, así como yo soy uno con el Padre Celestial: yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí.”

Si comulgamos en pensamiento con Jesús, estamos en la Caridad, *Deus Caritas est*, y Dios nos da la gracia de la sabiduría del Cielo.

Para que comulguemos con los hombres, en pensamiento, es necesario que los hombres comulguen en pensamiento con Jesús.

Sólo en Jesús encontramos la fuerzas para dominar nuestras pasiones, sólo Él tiene la Verdad que esclarece, la Vida que alimenta; sólo en Él vemos el Camino que nos conduce a Dios.

Y para comulgar en pensamiento con Jesús es necesario estudiar sus enseñanzas y poner en práctica sus ordenaciones.

La humildad, el estudio, el trabajo, el raciocinio, la buena voluntad, y la oración, son los elementos indispensables para llegar al Maestro y con Él aprenderemos a ser humildes y mansos de corazón, para poder descubrir las maravillas de la Vida Eterna.

CRUZ Y CRUCES

“Jesús quedó en manos de los judíos y, cargando con la cruz, salió hacia el lugar llamado “Calvario”, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron. Con él crucificaron a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Pilatos, por su parte, escribió y puso sobre la cruz este rótulo: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.”

(Juan, XIX, 17-19).

¡Cruz! ¡Madero infamante, que serviste de instrumento para el suplicio de mi Maestro! ¡Símbolo de torturas y desventuras, emblema de la malicia humana, invento satánico del odio y de la venganza, origen de todos los artefactos, de todas las máquinas, de todos los utensilios, de todas las rejas, de todos los hierros, lanza, puñal, cuchillo, que masacraron cuerpos y pisotearon almas, yo te maldigo, como la luz maldice las tinieblas, como la verdad maldice el error, como el amor maldice el mal!

Eres tú, santo de los fariseos y custodia de los ignorantes, que hasta hoy deambulas por los caminos y por las calles, pregonando virtudes mortíferas, afamada por los necios y mercaderes, después de la cena trágica del Gólgota; y por la magia de mil miradas en ti concentradas, arrastras, todos los días, a las tinieblas del Espacio, a millones de Espíritus que gritan como un búho agorero de las necrópolis y revolotean, ciegos como vampiros, sin orden, sin alimento y sin reposo.

¡Maldita cruz! ¡Tus víctimas gritan por mi voz, y sus penas serán el juicio, ante las almas, de tu condenación!

¡Cruz maldita del suplicio de Palestina, que impediste dos mil años de progreso humano! ¡Cruz que te rebelaste ante la más poderosa Voluntad de Dios que se mostró en la Tierra! ¡Cruces pequeñas, que participasteis en la masacre de ladrones, de adúlteros, de parias, de falsarios; cruces de todos los tamaños que consumasteis las obras de tus inventores, sirviendo de patíbulo para

los innovadores, los descubridores, los genios propulsores de la evolución mundial; caed, malditas, quebrad vuestros brazos, triturad vuestras células y desapareced en el infierno de la nada! ¡Soplad, vientos del Progreso! ¡Librad a nuestro planeta de las larvas de esa esfinge que cayó; iluminad, soles de la Espiritualidad, para que el disco de la muerte se apague de las conciencias y no obsesione más a las almas con sus ilusiones engañosas!

¡Cruz traicionera, madre de todas las cruces, que falseaste la Justicia y Misericordia de Dios, cae, y en tu caída estridente aplasta a los Herodes, a los Caifases, a los Anases que cultivan tus dones, estimulan tus virtudes, que endiosan tu nombre, que luchan, que trabajan, que se esfuerzan para verte de pie como atractivo a su dominio, como sugestión de tu fuerza; cae, somete y arrástrate a tus tinieblas con tus aduladores; desaparece con el Dragón que extiende sus tentáculos por toda la Tierra!

¡Cae, madero infamante! Quiebra tus brazos; disuelve tus moléculas...

*

La brisa serena de la madrugada ya se hace sentir, y los colores prometedores del séptimo día despuntan bellos y esplendorosos en los horizontes de nuestro mundo.

La cruz, emblema de la muerte, va a caer, para dar lugar al Espíritu, personificación de la resurrección...

CRISTIANISMO E INMORTALIDAD

“Pasado el sábado, María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a embalsamarlo. El primer día de la semana, muy de madrugada, al salir el sol, fueron al sepulcro. Iban diciéndose: ¿Quién nos rodará la puerta del sepulcro? Levantaron los ojos, y vieron la losa había sido removida; era muy grande. Entraron en el sepulcro y, al ver a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca, se asustaron. Pero él les dijo: No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado. No está aquí. Ved el sitio donde lo pusieron. Id, decid a sus discípulos y a Pedro que él irá delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como él os dijo. Ellas salieron huyendo del sepulcro, porque se había apoderado de ellas el temor y el espanto, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo. Jesús resucitó al amanecer del primer día de la semana, y se apareció primero a María Magdalena, de la que había lanzado siete demonios. Ella fue a decírselo a los que habían andado con él, que estaban llenos de tristeza y llorando. Ellos, al oír que vivía y que ella lo había visto, no lo creyeron.”

(Marcos, XVI, 1-11).

“Pasado el sábado, al rayar el alba, el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. De pronto hubo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, se acercó, hizo rodar la losa del sepulcro y se sentó en ella. Su aspecto era como un rayo, y su vestido blanco como la nieve. Los guardias temblaron de miedo y quedaron como muertos. Pero el ángel, dirigiéndose a las mujeres, les dijo: No temáis; sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como dijo. Venid, ved el sitio donde estaba. Id en seguida a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis. Ya os lo he dicho. Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y con miedo y gran alegría corrieron a llevar la noticia a los discípulos. De pronto Jesús salió a su encuentro y les dijo: Dios os guarde. Ellas se acercaron, se agarraron a sus pies y lo adoraron.”

(Mateo, XXVIII, 1-9).

“El primer día de la semana, al rayar el alba, volvieron al sepulcro llevando los aromas preparados. Y se encontraron con que la puerta había sido rodada del sepulcro. Entraron y no encontraron el cuerpo de Jesús, el Señor. Mientras ellas estaban desconcertadas por esto, se presentaron dos varones con vestidos deslumbrantes. Ellas se asustaron y bajaron los ojos; ellos les dijeron:

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado. Recordad lo que os dijo estando aún en Galilea, que el Hijo del Hombre debía ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y resucitar al tercer día. Ellas se acordaron de estas palabras. Regresaron del sepulcro y contaron todo a los once y a todos los demás. Eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas las que decían estas cosas a los apóstoles. Aquellas palabras les parecieron un delirio, y no las creían. Pero Pedro se levantó y se fue corriendo al sepulcro; se asomó, y sólo vio los lienzos; y regresó a casa maravillado de lo ocurrido.”

(Lucas, XXIV, 1-12).

“El primer día de la semana, al rayar el alba, antes de salir el sol, María Magdalena fue al sepulcro y vio la piedra quitada. Entonces fue corriendo a decirselo a Simón Pedro y al otro discípulo preferido de Jesús; les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Pedro y el otro discípulo salieron corriendo hacia el sepulcro los dos juntos. El otro discípulo corrió más que Pedro, y llegó antes al sepulcro; se asomó y vio los lienzos por el suelo, pero no entró. En seguida llegó Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos por el suelo; el sudario con que le habían envuelto la cabeza no estaba en el suelo con los lienzos, sino doblado en un lugar aparte. Entonces entró el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó; pues no había entendido aún la Escritura según la cual Jesús tenía que resucitar de entre los muertos. Los discípulos se volvieron a su casa. María se quedó fuera, junto al sepulcro, llorando. Sin dejar de llorar, se asomó al sepulcro y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, sentados uno a la cabecera y el otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Contestó: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Al decir esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús allí de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, y yo iré a recogerlo. Jesús le dijo: ¡María! Ella se volvió y exclamó en hebreo: ¡Rabbuni! (es decir, Maestro). Jesús le dijo: Suéltame, que aún no he subido al Padre; anda y di a mis hermanos que me voy con mi Padre y vuestro Padre, con mi Dios y vuestro Dios. María Magdalena fue a decir a los discípulos que había visto al Señor y a anunciarles lo que él le había dicho.”

(Juan, XX, 1-18).

El Cristianismo es la Religión de la Inmortalidad. Sin esta no se comprende la Misión de Jesús, no se puede absolutamente comprender su íntimo pensamiento.

En Jesús no se ven sólo palabras, sino también los ejemplos, y hechos que basan su Doctrina.

Estas partes de los Evangelios prueban exuberantemente nuestra afirmación.

Ya preguntamos: ¿qué sería el Cristianismo sin las apariciones de Jesús?

¿Será posible que la incomparable Doctrina que Él fundó tuviese por conclusión la muerte?

En este caso, tendrían razón aquellos que no creen en el más allá de la tumba.

Pero, no es así; la Inmortalidad resplandece de su Palabra, que es luz para iluminarnos el porvenir.

La pérdida irreparable del Maestro consternaba el corazón de sus discípulos, cuando las autoridades superiores rasgan el velo de la muerte y aparece la Magdalena y les revela los misterios de la Vida del Más Allá en su vigor.

Siguiendo esta aparición, se manifiesta también el recién muerto, que, demostrando así el proseguimiento de su existencia, recomienda, a su mediadora, dar la noticia a sus discípulos de aquella manifestación, para que también ellos así lo hiciesen, porque, como ya había dicho, “el discípulo debe ser como el Maestro”.

La resurrección es la Vida, y la Vida se manifiesta en el hombre y al hombre.

Jesús es la Vida porque se manifiesta vivo a los hombres, para que los hombres comprendan que la tumba no es el fin: Jesús es la resurrección.

El Espíritu vive, insistamos, y la muerte no es más que una transformación para un estado mejor.

DEMOSTRACIÓN DE LA INMORTALIDAD – LA PESCA MILAGROSA

“Jesús se manifestó de nuevo a los discípulos en el mar de Tiberíades. Fue de este modo: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás “el Mellizo”, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zabedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Le contestaron: Nosotros también vamos contigo. Salieron y subieron a la barca. Aquella noche no pescaron nada. Al amanecer, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dijo: Muchachos, ¿tenéis algo que comer? Le contestaron: No. Él les dijo: echad la red al lado derecho de la barca y encontraréis. La echaron, y no podían sacarla por la cantidad de peces. Entonces el discípulo preferido de Jesús dijo a Pedro: Es el Señor. Simón Pedro, al oír que era el Señor, se vistió, pues estaba desnudo, y se echó al mar. Los demás discípulos llegaron con la barca, ya que no estaba lejos de tierra, a unos cientos, arrastrando la red con los peces. Al saltar a tierra, vieron unas brasas y un pescado sobre ellas, y pan. Jesús les dijo: Traed los peces que acabáis de pescar. Simón Pedro subió a la barca y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, no se rompió la red. Jesús les dijo: Venid y comed. Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: ¿Tú quién eres?, pues sabían que era el Señor. Entonces Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio; y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que se apareció a los discípulos después de haber resucitado de entre los muertos.”

(Juan, XXI, 1-14).

Para grabar mejor en el alma de sus discípulos la realidad absoluta de la sobrevivencia, Jesús, el Maestro y Señor, no se conforma con las pruebas que ya les había dado de la Vida del Más Allá; repitió esas pruebas con otros tantos hechos inequívocos y perentorios, que representan cuanto puede al Espíritu separado de su cuerpo mortal y en su existencia real de la Vida Eterna.

La “pesca milagrosa”, la acción que el Maestro ejerció sobre sus seguidores, los hechos que les presentó, al partir el pan, al distribuir los peces, en fin, repitiendo propiamente lo que ya había hecho, cuando vivía con ellos en su manifestación corporal, apareciendo, comunicándose, fortaleciendo relaciones con los seres queridos, Jesús, no sólo les quiso dar una prueba de su amor, sino también destacar que la aparición y comunicación de los Espíritus

representa la Ley Providencial para que el hombre comprenda en qué consiste la vida y qué es la Muerte.

Parece claro y lógico que, si fuese condenada por Dios la comunicación entre ambos mundos – el visible y el invisible – Jesús, el Maestro por excelencia, el Representante, el Enviado del Supremo Señor, el ejecutor de sus Leyes, no hubiera sancionado con el ejemplo esa ley que rige ambos mundos.

Si es un crimen practicar ese ministerio, como creen erróneamente los jefes de las religiones sacerdotales, Jesús es un criminal, infractor de la Ley, en lugar de ser un cumplidor de la misma.

¿Y será creíble que el Maestro, que se nos presentó como el ejemplo vivo de la Verdad, Él que se afirmó el Camino, la Verdad y la Vida, y que dijo que no pasaría una tilde de la Ley sin que todo fuese cumplido, infringiese la Ley con esas apariciones y manifestaciones?

Las apariciones de Cristo autorizan forzosamente las apariciones de los “muertos”, y, en consecuencia, sus comunicaciones con nosotros.

Pablo, que es doctor en esta materia, dice: *Si los muertos no resucitan, Cristo tampoco resucitó, y es nula nuestra fe.*

Resurrección quiere decir “aparición, manifestación, comunicación”, palabras que, traducidas en hechos, se hallan estrechamente unidas. Y así como los Apóstoles supieron de la Resurrección de Cristo teniendo con Él relaciones de amistad y simpatía, los verdaderos cristianos, que *saben que la vida en su realidad es una y que la existencia terrestre no es más que una fase de la Vida Real*, también supieron de la resurrección de los “muertos” comunicándose con ellos.

Si es pecado, si es un crimen tener relaciones con los que pasaron para el Más Allá, *ipso facto* no puede dejar de haber pecado en las comunicaciones de Cristo y en las de los *santos*, cuyas narrativas llenan las páginas de la Historia.

LA INCRECULIDAD Y LA REALIDAD DEL ESPÍRITU

“Tomás, uno de los doce, a quien llamaban el “Mellizo”, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Él les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creo.

Ocho días después, estaban nuevamente allí dentro los discípulos, y Tomás con ellos. Jesús llegó, estando cerradas las puertas, se puso en medio y les dijo: La paz esté con vosotros. Luego dijo a Tomás: Trae tu dedo aquí y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente. Tomás contestó: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús dijo: Has creído porque has visto. Dichosos los que creen sin haber visto.”

(Juan, XX, 24-29).

El Amor de Jesús excede a todo el entendimiento humano. En su abnegación y en el deseo que mantenía en hacer creyentes sinceros, no midió las exigencias del Apóstol Tomás, que dijo que sólo creería en su resurrección o sobrevivencia si lo viese y lo examinase.

Y Jesús, completamente materializado, se vuelve visible y tangible a su discípulo, satisfaciendo así los necesarios deseos que él tenía de basar su fe sobre pruebas positivas. El Maestro enseñó más: que esa Fe no se negaba a quien quiera que fuese, y aquellos que creían sin ver ya se hallaban maduros en la creencia, pues ya habían observado fenómenos, no teniendo más necesidad de pruebas positivas; por eso mismo eran bienaventurados.

Como se verifica, el modo de proceder de Jesús está en completa oposición con el de los sacerdotes de las múltiples Iglesias esparcidas por el mundo.

Mientras estos exigen una fe ciega en sus dogmas, Jesús procura demostrar la Verdad con hechos tangibles.

El Maestro no exige la esclavitud de la razón ni la degeneración del sentimiento, antes respeta y proclama el libre

albedrío de cada uno, ese atributo concedido a la criatura para su progreso moral, científico y religioso.

Consintiendo Jesús que su Apóstol lo examinase *para poder creer*, en la resurrección, previno también a todos, en cierta forma, que el Consolador, el Espíritu de la Verdad, que Él enviaría en nombre del Padre, reproduciría su Doctrina no sólo con palabras, sino también con hechos de la misma naturaleza por Él producidos. La Religión no consiste sólo en palabras y hechos.

“Así como yo hice, haced vosotros también, dijo el Divino Maestro a sus discípulos, porque yo lo hice para daros ejemplo.”

En sus predicaciones Jesús decía siempre a los que lo seguían: “Aquél que crea en mí, ríos de agua viva manarán de su vientre”, aludiendo así al Espíritu que debería ser dado a todos los que lo siguiesen.

Sin comunicación no hay revelación, y sin revelación el hombre material, ignorante, orgulloso, egoísta, no podría ocuparse con asuntos que se refieren a su vida espiritual; atrasaría su progreso y su felicidad.

Así como no puede haber fraternidad y paz sin religión, tampoco puede haber religión sin comunión espiritual.

EL APÓSTOL PABLO – EL GRITO DE LA INMORTALIDAD

“Saulo, por su parte, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, con el fin de que si encontraba algunos que quisieran este camino, hombres o mujeres, pudiera llevar los presos a Jerusalén. En el camino, cerca ya de Damasco, de repente le envolvió un resplandor del cielo; cayó a tierra y oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él preguntó: ¿Quién eres, Señor? Y él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Levántate y entra en la ciudad; allí te dirán lo que debes hacer. Los que lo acompañaban se quedaron atónitos, oyendo la voz, pero sin ver a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos, no veía nada; lo llevaron de la mano a Damasco, donde estuvo tres días sin ver y sin comer ni beber.

Había en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor llamó en una visión: ¡Ananías! Y él respondió: Aquí estoy, Señor. El Señor le dijo: Vete rápidamente a la casa de Judas, en la calle Recta, y pregunta por un tal Saulo de Tarso, que está allí en oración y ha tenido una visión: un hombre llamado Ananías entraba y le imponía las manos para devolverle la vista. Ananías respondió: Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y decir todo el mal que ha hecho a tus fieles en Jerusalén. Y está aquí con plenos poderes de los sumos sacerdotes para prender a todos los que te invocan. El Señor le dijo: Anda, que este es un instrumento que he elegido yo para llevar mi nombre a los paganos, a los reyes y a los israelitas. Yo le mostraré cuánto debe padecer por mí. Ananías partió inmediatamente y entró en la casa, le impuso las manos y le dijo: Saulo, hermano mío, vengo de parte de Jesús, el Señor, el que se te apareció en el camino por el que venías, para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo. En el acto se le cayeron de los ojos como escamas, y recobró la vista; se levantó y fue bautizado. Comió y recobró fuerzas. Y se quedó unos días con los discípulos que había en Damasco. Y en seguida se puso a predicar en las sinagogas proclamando que Jesús es el Hijo de Dios. Todos los que lo escuchaban se quedaban estupefactos y decían: ¿No es éste el que perseguía en Jerusalén a los que invocan ese nombre, y no ha venido aquí para llevarlos encadenados a los sumos sacerdotes? Saulo cobraba cada vez más ánimo y tenía confundidos a los judíos de Damasco, demostrando que Jesús es el Mesías.”

(Hechos de los Apóstoles, IX, 1-22).

Pablo es el más bello brote del Árbol del Cristianismo.

De entre todos los grandes en la Fe, que se distinguieron por su dedicación y amor a la causa de Jesús, Pablo es el Espíritu cuya luz sobrepasa a todos los anhelos de la Caridad, es la sabiduría que supera a todas las ciencias, es el prodigio de todos los prodigios, es el coraje, la energía que afronta todas las grandezas, es el Genio inigualable de todos los tiempos.

Sólo se sabe de un Espíritu, al que la Humanidad reverencia, admira, adora y está en una esfera superior a la del Apóstol de los Gentiles: Nuestro Señor Jesucristo.

Dotado de gran sabiduría, iluminado por una inteligencia singular, revestido de un criterio extraordinario, el Maestro de los Gentiles tuvo la envidiable felicidad de ser convertido a la Verdad por el Espíritu de Jesucristo, que hizo de él su Vaso de Honra, para que llevase a las gentes la Palabra de la Redención.

La conversión de Pablo es el hecho más culminante de la Vida del Cristianismo.

El grito de Damasco: *¡Saulo, Saulo, Yo soy Jesús! Te es duro resistir contra el agujón:* es el grito de la Inmortalidad y Comunión Espírita, la que se repite, hoy, por todo el mundo llamando a los hombres al Camino, a la Verdad y a la Vida.

Todos los discípulos de Jesús recibieron la enseñanza oral de la Divina Doctrina durante la encarnación del Mesías; sólo Pablo la recibió después de la desencarnación del Nazareno.

Todos presenciaron y fueron testigos de mil fenómenos que el Embajador de Dios realizó como prueba de su misión.

Solamente Pablo fue testigo de un fenómeno que le hizo soportar todas las amenazas, todos los peligros, toda la persecución: la aparición del Hijo de Dios.

Todos recibieron consejos, dádivas, promesas; ahora era el pedazo de pan, el vino, los peces, los milagros, ahora la Doctrina, el auxilio monetario; Pablo recibió el propio Espíritu del Maestro, que lo asistía, como Elías reposaba sobre Eliseo.

Por eso él fue el mayor de todos, por eso él es el mayor de todos: *Ya no soy más yo quien vive, sino Cristo es el que vive en mí;*

ya no soy más yo quien habla y quien actúa, sino Cristo es el que habla y quien actúa en mí, decía el gran misionero.

Pablo es el *primus inter pares* de los portavoces del Cristianismo; su desapego de las mundanas glorias y de los viles intereses terrenos se destaca de modo convincente en las páginas del Nuevo Testamento: “Nunca fui un peso a quien quiera que sea; para mi subsistencia, y para auxiliar a mi prójimo, me sirvieron estos brazos.”

Pablo era tejedor, fabricaba o manipulaba tiendas de campaña.

No hubo dominador ni dominio por más fuerte que fuese que pudiera separar al Apóstol de su Maestro querido: “¿Quién me separará del amor de Cristo Jesús? ¿La salud, la enfermedad, la abundancia, la miseria, las autoridades, la vida y la muerte? Nada me separará del Amor de Cristo.”

Conocedor de todos los “misterios”, de todo motivo de la Vida y de la Muerte, en sus memorables Epístolas resaltan, como chispas luminosas, la sobrevivencia humana, la comunicación espírita, la reencarnación, la evolución para la perfección, para la salvación final de todos los seres vivos, en la Vida Eterna y Bienaventurada del “Dios Desconocido” que él anunciaba a judíos y gentiles.

Revestido de una admirable humildad, estaba, entretanto, dotado de un genio inflexible: ni las fieras lo atemorizaban. Ofendido en su cara por el sumo sacerdote Ananías, en el Sanedrín, no pudo contenerse ante el insulto: “¿Dios te golpeará, muro blanqueado! ¿Tú estás ahí sentado para juzgarme según la Ley, y contra la Ley mandas que yo sea herido?”

En el Adriático, es también Pablo con su coraje cristiano, el que desafía a la tempestad, aunque estaba prisionero, y salva a la tripulación del desánimo y del naufragio.

En la Isla de Malta, una víbora le muerde en una mano y los indígenas exclaman: “¿Este hombre es verdaderamente homicida, se salvó del mar, pero la Justicia no lo dejó vivir!”

Pero el Mediador de Jesucristo sacude el reptil en el fuego y continúa con su calma habitual; y viendo nuevamente los gentiles

que el doctor del Apostolado Cristiano era invulnerable al veneno, lo proclamaron dios.

Pablo es verdaderamente admirable: antiguamente sus ropajes, curaban a los enfermos, hoy, sólo su nombre levanta nuestro espíritu abatido por las mundanas luchas.

¡Salve, Apóstol Venturoso, ruega a tu Maestro por mí y ampárame con el poder de tu fe y la luz de tu sabiduría!

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

“Había un enfermo, Lázaro, de Betania, el pueblecito de María y de su hermana Marta. María era la que ungió con perfume al Señor y le enjugó los pies con sus cabellos; su hermano estaba enfermo. Las hermanas mandaron a decir al Señor: Tu amigo está enfermo. Jesús, al enterarse, dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino para que resplandezca la gloria de Dios y la gloria del Hijo de Dios. Jesús era muy amigo de Marta, de su hermana y de Lázaro. Y aunque supo que estaba enfermo, se entretuvo aún dos días donde estaba. Sólo entonces dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea. Los discípulos le dijeron: Maestro, hace poco querían apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí? Jesús contestó: ¿No tiene doce horas el día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque le falta la luz. Dijo esto, y añadió: Lázaro, nuestro amigo, duerme, pero voy a despertarlo. Los discípulos le dijeron: Señor, si duerme, se recuperará. Pero Jesús hablaba de su muerte, y ellos creyeron que hablaba del reposo del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Vamos a verlo. Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a sus compañeros: Vamos también nosotros a morir con él.

A su llegada, Jesús se encontró con que hacía cuatro días que Lázaro estaba muerto. Betania distaba de Jerusalén unos tres kilómetros, y muchos judíos habían ido a casa de Marta y María para consolarlas. Así que oyó Marta que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras que María se quedó en casa. Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero yo sé que Dios te concederá todo lo que le pidas. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le respondió: Sé que resucitará cuando la resurrección, el último día. Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto? Le contestó: Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir al mundo. Dicho esto, fue a llamar a María, su hermana, y le dijo al oído: El Maestro está ahí y te llama. Ella, así que lo oyó, se levantó rápidamente y salió al encuentro de Jesús. Jesús, aún no había entrado en el pueblo; estaba todavía en el sitio donde lo había encontrado Marta. Los judíos que estaban en casa de María y la consolaban, al verla levantarse y salir tan deprisa, la siguieron, creyendo que iba al sepulcro a llorar. Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Jesús, al verla llorar y que los judíos que la acompañaban también lloraban, se estremeció y, profundamente emocionado, dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Le contestaron: Ven a verlo, Señor. Jesús se echó a llorar, por lo que los judíos decían: Mirad cuánto lo quería. Pero

algunos dijeron: Este, que abrió los ojos al ciego, ¿no pudo impedir que Lázaro muriese? Jesús se estremeció profundamente otra vez al llegar al sepulcro, que era una cueva con una gran piedra puesta en la entrada. Jesús dijo: Quitad la piedra. Marta, la hermana del difunto, le dijo: Señor, ya huele, pues lleva cuatro días. Jesús le respondió: ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra. Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo bien sabía que siempre me escuchas; pero lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado. Y dicho esto, gritó muy fuerte: ¡Lázaro, sal fuera! Y el muerto salió atado de pies y manos con vendas, y envuelta la cara en su sudario. Jesús les dijo: Desatadlo y dejadlo andar.

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María y vieron lo que hizo creyeron en él. Pero algunos se fueron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

(Juan, XI, 1-46).

Esta narrativa, de una sencillez verdaderamente singular, representa una de las bellísimas escenas del Cristianismo, sea en su aspecto religioso y moral, sea en su modalidad científica o filosófica.

Por ella se descubre la muerte bajo sus dos aspectos: el físico y el psíquico.

Aquellas afirmaciones características de Jesús, diciendo: *Lázaro duerme (no muere) pero yo voy a despertarlo*, al lado de esta otra: *Lázaro murió*, despiertan inmediatamente la idea de dos muertes: *la muerte corporal y la muerte espiritual*.

En efecto, leyéndose, con atención, el texto evangélico, y poniendo uno al lado del otro el modo de ver Jesús y el modo de ver del evangelista, comprendemos inmediatamente que el Caso de Lázaro no deja de ser un caso psíquico, fenómeno cataléptico, que tanto puede durar dos horas, como cuatro o cinco días. De estos casos la Medicina no conoce perfectamente las causas. La catalepsia presenta todas las apariencias de la muerte: rigidez, insensibilidad, pérdida de la inteligencia, aspecto cadavérico, etc.

Esa “enfermedad” era muy común en Judea, donde los entierros eran inmediatos.

Vemos, por ejemplo, en el capítulo V, versículo 5 y siguientes de los Hechos de los Apóstoles, que Ananías, de acuerdo con Safira, su mujer, vendió una propiedad y se quedó con parte del precio, que debería ser entregado a los Apóstoles, sólo por el hecho de que Pedro los reprendió severamente, *cayeron ambos muertos y en menos de tres horas fueron enterrados*.

En estos dos ejemplos vemos que no se trata de muerte real, sino de simples casos de síncope o letargia.

Eso fue, seguramente, lo que le ocurrió a Lázaro.

Víctima de la letargia, inmediatamente lo hicieron enterrar, permaneciendo en el sepulcro durante la crisis cataléptica.

Jesús, conociendo la naturaleza de su amigo Lázaro y las crisis a las que él estaba sujeto; dotado también, el Maestro, de esa doble vista, o clarividencia, que salva distancias y no conoce barreras, demostró que Lázaro no fue atacado por una enfermedad física, sino que su trastorno era de orden psíquico, como se observa en los casos de sonambulismo, catalepsia y letargia. Esto fue lo que le hizo retrasarse cuatro días para llegar a Betania. Él tenía la certeza de que no existía la ruptura de los lazos fluídicos que unen el Espíritu al cuerpo.

Y tanto es así, que lo despertó con un fuerte grito: *Lázaro, sal fuera*, realizando la resurrección de su amigo. Como verán después los lectores, emplean el término *resurrección* en su restricta significación.

*

Esclarecida, pues, la naturaleza de la muerte de Lázaro: *muerte psíquica*, busquemos conocer el factor indispensable de esa muerte y sus causas.

La muerte psíquica – no encontramos otra expresión más adecuada –, es ocasionada siempre por una modificación molecular que impide temporalmente las transmisiones de relación que existe entre el cuerpo y el Espíritu. Una gran super-excitación, o preocupación del Espíritu, interrumpe esas relaciones, más o menos

como ocurre en el momento del sueño. En este caso el Espíritu no piensa más en el cuerpo y se produce la insensibilidad. Vemos también ciertos casos en los cuales, incluso en vigilia, ignoramos lo que pasa en nuestro cuerpo. En el ardor del combate el militar no sabe si está herido.

La *muerte psíquica* es, pues, una exteriorización del Espíritu, exteriorización esa de grados variados, que va desde la simple sugestión al desdoblamiento de la personalidad. En esos casos, el individuo es siempre un *individuo psíquico*, cuya facultad debe ser bien empleada y desarrollada para que no haya perjuicio colectivo.

Lázaro, miembro principal de aquella familia de Betania, y que tenía cierta afinidad con Jesús, no podía dejar de ser un individuo psíquico, pero que no practicaba sus facultades y vivía ajeno a las cosas espirituales. El Evangelio no nos habla de ese hombre sino cuando narra su *resurrección*, lo que quiere decir que él era como si no existiese, era un *muerto* que vivía allí tratando de otras cosas, extrañas a las que ennoblecen el alma y exaltan el corazón. Su materialidad se mostró tan acentuada que llegó a morir, aunque no hubiese separación entre el alma y el cuerpo. Y así permaneció cuatro días, y más habría permanecido si Jesús no hubiera venido a *resucitarlo*, pues su “muerte aparente” tomó aspectos tan nítidos de una “muerte real” que llegaron a llevarlo a la tumba, lo que hizo a su hermana Marta pensar que “ya olía mal”.

La muerte psíquica se puede, pues, traducir como desaparición del Espíritu, así como la muerte física es la desaparición del cuerpo.

Con la resurrección se realizó el “milagro” de la aparición, del resurgimiento del Espíritu en el cuerpo y, consecuentemente la resurrección – reaparición del cuerpo –, después de haber sido movida la piedra y dada la orden necesaria por Jesús para que *Lázaro saliese de la tumba*.

Encarando la cuestión por el lado científico, observamos una bella cura de catalepsia realizada con la ayuda del magnetismo, del que Jesús era el mayor de todos los representantes. Además, en todas sus curas no utilizaba otro proceso. Quien eche un vistazo

sobre las curas realizadas por el Gran Maestro, verá que ningún otro proceso fue empleado por Él, si no la imposición de manos y la Palabra; al paralítico Él le dijo: “Toma tu camilla y anda”; al ciego le dijo: “Ve”; al sordo, “Oye”, y así sucesivamente.

¿La Ciencia de hoy está más adelantada que la de hace 2000 años atrás, principalmente la Medicina? ¡Apostamos que incluso con la ayuda de los sueros y de las transfusiones, los grandes médicos de nuestro país y del extranjero no son capaces de resucitar a los Lázaros que caminan todos los días hacia las tumbas!

*

A propósito de este esclarecimiento sobre la resurrección de Lázaro, parece oportuno pasar a estas páginas el modo de ver de los Espíritus, registrado en *La Génesis Según el Espiritismo* sobre las Resurrecciones.

Tratando de las “resurrecciones” de la hija de Jairo y del hijo de la Viuda de Naim, narrados en los Evangelios, ellos dicen: “El hecho de la vuelta a la vida corporal, de un individuo, realmente muerto, sería contrario a las leyes de la Naturaleza. Ahora bien, no es necesario recurrir a esa derogación para explicar las resurrecciones realizadas por Cristo.

“En ciertos estados patológicos, cuando el Espíritu no está en el cuerpo, y el periespíritu sólo está unido a él por algunos puntos, el cuerpo tiene todas las apariencias de la muerte y se afirma una verdad absoluta, cuando se dice que la vida está pendiente de un hilo. Este estado puede durar más o menos tiempo; ciertas partes del cuerpo pueden incluso entrar en descomposición sin que la vida esté definitivamente extinguida. Mientras no se rompe el último hilo, el Espíritu puede, sea por una acción enérgica de su propia voluntad, sea por *un influjo fluídico extraño, igualmente poderoso*, ser de nuevo llamado al cuerpo. Así se explican ciertas prolongaciones de la vida contra toda probabilidad, y ciertas supuestas resurrecciones. Es la planta que brota de nuevo muchas veces por una sola de sus raíces; pero, desde que las últimas moléculas del cuerpo carnal, o

este último, quede en un estado de descomposición irreparable, la vuelta a la vida es imposible”.

Queda así bien entendida la resurrección de Lázaro, bajo el punto de vista científico.

Víctima o no por una catalepsia, o por otra enfermedad cualquiera, el hecho es que la muerte era aparente y no real; no se había roto el último hilo, el periespíritu aún se hallaba unido al cuerpo por algunos puntos. Jesús, con su gran poder, reemplazó las deficiencias del enfermo y lo hizo volver a la vida corpórea, reconstituyéndole el organismo afectado.

*

Encaremos ahora el caso por el lado religioso.

Siendo el objeto principal de Jesús dignificar su Doctrina, con hechos emocionantes que influyesen en el cerebro y en el corazón de sus discípulos, no quiso excluir de su tarea en la Tierra, las curas, por ser ellas las que más influyen en la conversión de infieles. Y durante toda su peregrinación en el mundo, donde quiera que encontrase un enfermo que curar, un paralítico tendido, un sediento en asfixiante disnea, un ciego, un sordo, un mudo, un leproso, con un gesto de sus divinas manos, con una palabra ungida de misericordia, con una mirada envuelta de amor y de bondad, destruía aquellos males, restaurando la salud al enfermo.

Las curas de Jesús ocupan un gran capítulo de los Evangelios. Con ellas se podría escribir un libro, cuyos dictados concurrieran, sin duda, para hacer sanar a muchos enfermos que, sin fe y sin conciencia de los saludables efectos de las fuerzas superiores de la Naturaleza, cuando son bien aplicadas, harían desaparecer muchos males que afligen a infelices enfermos, que inútilmente imploran la salud que la Ciencia Académica no da, porque está absolutamente separada del Espíritu del Cristianismo.

No digamos, por tanto, que esas curas se hicieron exclusivamente bajo la dirección de Jesús, o que fue Jesús el único que las hizo, en virtud de su divinidad milagrosa.

En todos los tiempos y en todos los países las curas espíritas han sido objeto de meditación y admiración. Y el propio Jesús, cuando organizó su Colegio Apostólico y envió a los Apóstoles, de dos en dos, a predicar el Evangelio, una de las principales cosas que les recomendó fue: “Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsar a los demonios; gratis lo habéis recibido, dadlo gratis”. (Mateo, X, 1-9).

No vienen al caso más citas, que no corresponden en esta breve disertación.

Concluimos que, sea bajo el punto de vista científico, sea bajo el punto de vista religioso, la Resurrección de Lázaro es una de las grandes lecciones que el Joven Nazareno nos legó; es indispensable, por tanto, que la estudiemos atentamente.

Dos palabras más y terminaremos.

Resurrección es un término que puede ser empleado bajo el punto de vista material y espiritual.

Cuando decimos que tal individuo “resucitó”, afirmamos que él *reapareció*, porque “resucitar” quiere decir “reaparecer”.

Esa reaparición se puede dar en cuerpo carnal o en Espíritu. Por ejemplo: Lázaro “resucitó”, reapareció con su cuerpo carnal, que todos ya creían muerto.

Pero los “muertos” también resucitan en *cuerpo espiritual*. Fue así como Moisés y Elías resucitaron en el Tabor, como Samuel resucitó en el Endor, como Jesucristo resucitó en Jerusalén y alrededores. De estos, murieron los cuerpos carnales, pero ellos resucitaron con sus cuerpos espirituales.

La Inmortalidad no es atributo del cuerpo material, sino del cuerpo fluídico, celeste, espiritual.

La Resurrección de Lázaro fue una manifestación física del poder de Jesús; la Resurrección de Jesús fue una gracia psíquica de la Sabiduría Divina.

CONCLUSIÓN

Las varias ediciones de esta obra demuestran su buena aceptación, la atención que le han concedido estudiosos y espíritus de buena voluntad.

Es señal de que este libro, representando el Espíritu del Cristianismo, lejos de constituir una obra de principios dogmáticos, o de un credo personalista, orienta al neófito en el estudio de los Evangelios, no sólo bajo el punto de vista religioso, sino también moral, filosófico y científico.

De hecho, no es posible separar la Religión de esos otros factores de la elevación humana: Moral, Filosofía, Ciencia, así como no podemos comprenderla sin los fundamentos sólidos, objetivos y subjetivos de la Inmortalidad. Conviene repetir, pues, lo que quedó registrado en las ediciones anteriores.

La Inmortalidad para nosotros lo es todo. Es por ella que el mundo gira, los pájaros cantan, las fieras rugen, los hombres se mueven y la luz se hace. La Inmortalidad es la Vida, y la Religión está en la Vida para poder estar en Dios.

¿De qué valdría el conjunto de las magníficas Parábolas del Maestro sin la Inmortalidad, sin la certeza de la sobrevivencia para la adquisición de la felicidad prometida?

¿De qué valdrían sus geniales enseñanzas, envueltas en tanta dulzura y humildad, sus constantes llamadas de amor al prójimo, de amor a Dios, del desprendimiento de las cosas de la Tierra, de la paciencia en las pruebas, de indulgencia para con los que nos hieren, de perdón, de constante ejercicio para la perfección, sin la sobrevivencia, sin la Inmortalidad?

De las Parábolas de Jesús y sus enseñanzas resaltan las chispas de fuego que forman la eterna llama que ilumina nuestra alma inmortal. No constituyen únicamente una llamada a la Caridad, sino antes una demostración de la Fe que da la Esperanza, y de la Esperanza que nos incita a trabajar por nuestro progreso, para ser los propios arquitectos de nuestra existencia futura, sea en

este mundo o en mundos extra-terrestres, hacia los cuales debemos dirigir nuestra mirada.

El propósito de las reediciones de este libro es, pues, espiritualizar al hombre, llevarlo a la posesión de sí mismo, entonar en su interior un himno a la inmortalidad, hacer repercutir en su alma las sublimes estrofas del Resucitado, sus incesantes convites para que lo sigamos, sus reiteradas afirmativas de una vida infinita, a través de los mundos que constituyen las moradas de la Casa de Dios y del tiempo sin tiempo y sin segundos, para aquellos que ya se cercioraron de que la Vida es sucesión continua de progreso para la perfección, y que, cuanto más perfectos son los Espíritus, mayores son sus facultades para estudiar los enigmas del Universo, las maravillas de la Creación.

No existe la muerte, no hay fin; hay pasajes de un estado de inferioridad a un estado de superioridad, gradual, sin intervalos, sin abismos, sin saltos bruscos, porque, en la Naturaleza, seres y cosas obedecen a una misma Ley de Relatividad, ley justa y equitativa promulgada en los Consejos de Dios. Toda la creación goza de esa gracia, todos los seres viven y se alimentan de ella, en ella crecen, progresan, se hacen adultos en el entendimiento, y, emergiendo del instinto, flotan en el océano luminoso de la Inteligencia, donde cantan su gloriosa epifanía.

Permita el Supremo Señor que esta modesta obra lleve a los hogares donde entre, la Paz, la Esperanza y la Fe; que ella sea, para los que la compusieron un fardo leve, un yugo suave, donde puedan encontrar apoyo, orientación para una vida nueva, un consuelo para mitigar dolores ocultos, una puerta abierta para la Verdad, para el Amor, para la Felicidad.

¡Jesucristo nos auxilie para que alcancemos con facilidad la gracia prometida!

ÍNDICE

Pág.

Prólogo.

PRIMERA PARTE

PARÁBOLAS DE JESÚS

Parábola del Sembrador.....	
Parábola de la Cizaña.....	
Parábola del Grano de Mostaza.....	
Parábola de la Levadura.....	
Parábola del Tesoro Escondido.....	
Parábola de la Perla.....	
Parábola de la Red.....	
Parábola de la Oveja Perdida.....	
Parábola del Siervo Despiadado.....	
Parábola de los Obreros de la Viña.....	
Parábola de la Higuera Seca.....	
Parábola de los dos Hijos.....	
Parábola de los Labradores Malos o de los Arrendatarios Infieles.....	
Parábola del Festín de Bodas.....	
Parábola de la Higuera en Germinación.....	
Parábola de los Siervos Buenos y Malos.....	
Parábola de las Vírgenes Sensatas y de las Necias.....	
Parábola de los Talentos y de las Minas.....	
Parábola de la Simiente.	
Parábola de la Candela.	
Parábola de la Higuera que Secó.	
Parábola del Ciego que guía a otro Ciego.	
Parábola del Buen Samaritano.	
Parábola del Amigo Inoportuno.	
Parábola del Avaro.	
Parábola del Siervo Vigilante.	
Parábola de los Primeros Lugares.	
Parábola del Gran Banquete.	
Parábola del Dragma Perdido.	
Parábola del Hijo Pródigo.	
Parábola del Administrador Infiel.	

Parábola del Rico y Lázaro.
Parábola del siervo Trabajador.
Parábola del Juez Injusto.
Parábola del Fariseo y del Publicano.

SEGUNDA PARTE

ENSEÑANZAS DE JESÚS

Los Apóstoles.
Las Bienaventuranzas – Una parte del Sermón de la Montaña.
Pobres de Espíritu y Espíritus Pobres.
Mansedumbre e Irritabilidad.
Resignación e Indiferencia.
Limpieza de Corazón.
Luz Mortecina y Sal Insípida.
Los Dos Testamentos y la Derogación de la Ley.
El Juramento.
La Religión de los Hombres y la Religión de Dios.
La Vida en la Tierra y la Vida Eterna.
Los Dos Caminos y las Dos Puertas.
Los Dos Fundamentos.
Jesús y el Centurión.
Las Dos Muertes.
La Tempestad Calmada.
El Mayor Profeta.
El Espíritu de Sistema y las nuevas Verdades.
El Sábado y el Templo.
La Enseñanza de la Religión.
Jesús Camina sobre las Aguas – El pedido de Pedro.
La Tradición y el Mandamiento.
Examen de las Religiones.
El Fermento de los Fariseos y de los Saduceos.
Inmortalidad y Religión.
Reencarnación o Pluralidad de las Existencias Corpóreas.
La Piedra Desechada.
Trinidad Devastadora - ¡Ay de vosotros los que Descuidáis los Mandamientos de la Ley!
Odres Nuevos – Vino Nuevo – Odres Viejos – Paños Nuevos y Vestidos Viejos.
La Fe y el Amor.

La Transfiguración en el Tabor.	
La Prueba de la Riqueza.	
Deberes Espíritas – El Gran Mandamiento.	
Las Señales de los Tiempos.	
La Cena de Pascua.	
El Precursor del Cristianismo.	
María de Magdala.	
Monogenia Diabólica.	
Manifestación de la Mediumnidad.	
Salvación por la Fe.	
Pruebas de la Inmortalidad, que Jesús dio a sus Discípulos.	
La Manifestación de Pentecostés.	
El Verbo de Dios.	
El Bautismo de Jesús y el Bautismo de las Iglesias.	
Ascensión Espiritual.	
Diálogo de Jesús con Nicodemo.	
Las Enseñanzas de Jesús a la Mujer Samaritana.	
El Parálítico de la Piscina.	
La Resurrección – El Espíritu – La Fe.	
El Pan de la Tierra y el Pan del Cielo.	
Reconocimiento y Gratitude.	
La Palabra de Vida Eterna.	
Buscad la Verdad y la Libertad.	
El Ciego de Siloé.	
Vida y Destino.	
Las Conversiones en la Hora de la Muerte.	
Los Pasos de Jesús.	
El Sermón de la Última Cena.	
Comunión de Pensamiento.	
Cruz y Cruces.	
Cristianismo e Inmortalidad.	
Demostración de la Inmortalidad – la Pesca Milagrosa.	
La Incredulidad y la Realidad del Espíritu.	
El Apóstol Pablo – El Grito de la Inmortalidad.	
La Resurrección de Lázaro.	
Conclusión.	